



DE LA AUTORA DE «**PERDIDA**»

**GILLIAN
FLYNN
LUGARES
OSCUROS**

Roja & Negra

Libby Day tenía siete años cuando su madre y sus dos hermanas fueron víctimas de lo que los medios llamaron la masacre de la granja de Kinnakee, Kansas. Ella salvó la vida y testificó contra su hermano Ben, a quien señaló como el culpable.

Veinticinco años después, el Kill Club —una sociedad secreta obsesionada con crímenes célebres— localiza a una Libby en franca decadencia y pretende que les ayude a escarbar en los cabos sueltos de aquella noche, quizá en busca de alguna prueba que absuelva a Ben. Ella aceptará remover el pasado y volver a contactar con personas a las que deseó olvidar, siempre y cuando reciba a cambio algún tipo de honorario.

Lo que Libby no sabe es que una verdad inimaginable saldrá a flote y la pondrá de nuevo en aquella misma situación: huyendo de la muerte en una carrera desquiciada.



Gillian Flynn

Lugares oscuros

ePub r1.0

Titivillus 27.06.16

Título original: *Dark Places*
Gillian Flynn, 2009
Traducción: Manuel Manzano Gómez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de epublibre.org. Sus editores no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello ni tampoco la mencionada página. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante textos como éste



*A mi apuesto marido,
Brett Nolan*

*Los Day eran un clan que podría haber tenido una larga vida,
pero un buen día Ben Day perdió un tornillo.*

*El muchacho invocó el oscuro poder de Satanás
y mató a su familia una noche aciaga.*

A la pequeña Michelle la estranguló.

Después descuartizó a Debby: una sangrienta visión.

*Dejó a mamá Patty para el final
y de un tiro le voló la tapa de los sesos.*

*La pequeña Libby consiguió sobrevivir,
pero para vivir algo que no era una vida.*

Cantado en el patio de una escuela,
alrededor de 1985

LIBBY DAY

Ahora

Albergo la maldad en mi interior, tan real como un órgano más. Rájame la barriga y mis vísceras resbalarán fuera, carnosas y oscuras, y caerán al suelo para que puedas pisotearlas. Es la sangre de los Day. Hay algo malo en ella. Nunca fui una niña buena, y me he vuelto peor después de los asesinatos. La Pequeña Huérfana Libby creció huraña y blandengue entre un puñado de parientes lejanos —primos segundos y tías abuelas— y amigos de amigos, viviendo en un sinfín de caravanas y granjas a lo largo y ancho de Kansas. Iba a la escuela con la ropa heredada de mi hermana muerta: camisetas con los sobacos amarillos como la mostaza. Pantalones con la culera demasiado ancha, cómicamente holgados, sujetos con un cinturón harapiento ceñido hasta el último agujero. En las fotos del colegio siempre aparezco con el cabello despeinado —con pasadores que cuelgan flojamente de un mechón de pelo, como si fueran objetos lanzados desde un avión que hubieran quedado atrapados entre lianas—, y siempre con unas abultadas bolsas debajo de los ojos, unos ojos de casera borracha. Quizá alguna vez con los labios curvados en una mueca de disgusto donde debería haber lucido una sonrisa. Quizá.

No fui una niña adorable, y con el tiempo me he convertido en una adulta profundamente desagradable. Pinta un cuadro de mi alma y te saldrá un garabato con colmillos.

ERA UN DEPRIMENTE y lluvioso mes de marzo, y yo estaba tumbada en la cama pensando en suicidarme: una de mis aficiones preferidas. El ensueño de una

tarde indolente: una escopeta, mi boca, un tiro, y mi cabeza rebotando, una, dos veces, sangre en la pared. Salpicaduras, charcos. «¿Ella quería ser enterrada o incinerada? —preguntaría la gente—. ¿Quién debería asistir al entierro?». Y nadie lo sabría. Todos, quienesquiera que fueran, simplemente se mirarían los zapatos o los hombros unos a otros hasta que se hiciera el silencio, y entonces alguien pondría una cafetera al fuego, enérgicamente, haciendo la cantidad justa de ruido. El café va fenomenal para las muertes súbitas.

Saqué un pie fuera de las sábanas, pero no fui capaz de bajarlo hasta el suelo. Estoy, sospecho, deprimida. Supongo que llevo deprimida veinticuatro años. Puedo sentir una versión mejor de mí misma en algún lugar de mi interior —oculta detrás del hígado o adherida a un trozo de bazo dentro de mi cuerpo achaparrado, infantil—, una Libby que me dice que me levante, que haga algo, que crezca, que me mueva. Pero suele ganar la maldad. Mi hermano masacró a mi familia cuando yo tenía siete años. Mi madre, mis dos hermanas, todas muertas: bang bang, crac crac, chas chas. Después de eso, ya nada tenía que hacer yo, nada se esperaba de mí.

Al cumplir los dieciocho heredaré 321 374 dólares, procedentes de todos aquellos que quisieron ayudarme tras leer las noticias sobre mi triste historia, benefactores cuyos «corazones me acompañaban en el sentimiento». Cada vez que oigo esa frase, y la oigo muy a menudo, imagino jugosos corazones con alas de pajarito revoloteando hacia alguna de las casas de mierda de mi infancia; yo de niña en la ventana, meciéndome y agarrando cada corazón luminoso, que deja caer sobre mí montones de billetes verdes. «¡Gracias, toneladas de gracias!». Cuando aún era una niña, las donaciones eran depositadas en una cuenta bancaria administrada de un modo muy conservador, cuyo saldo, por aquel entonces, aumentaba considerablemente cada tres o cuatro años aproximadamente, cada vez que algún noticiario de radio o revista se acordaba de mí. «El flamante día de la pequeña Libby: la única superviviente de la masacre de la Pradera cumple diez agridulces añitos». (Yo, con unas coletas desaliñadas, sentada en la hierba, que apestaba a meados de comadreja, delante de la caravana de mi tía Diane, y ella, con sus pantorrillas como troncos de árbol y una extraña camiseta, posando en los escalones de la caravana, detrás de mí). «¡Los dulces dieciséis añitos de la

niña valiente!». (Yo, de nuevo en miniatura, la cara iluminada por las velas del cumpleaños, la camisa demasiado apretada sobre unos pechos que ese año ya habían llegado a la talla 110, un tamaño de cómic en mi cuerpo diminuto, ridículo, pornográfico).

Había vivido de ese dinero durante más de trece años, pero ya casi se había acabado. Tenía una reunión esa misma tarde para determinar exactamente en qué se había gastado. Una vez al año, el hombre que administraba el dinero, un impasible banquero de mejillas sonrosadas llamado Jim Jeffreys, insistía en llevarme a almorzar. La «comprobación», lo llamaba él. Comeríamos un menú de veinte dólares y hablaríamos sobre mi vida: él me conocía desde que era así de alta, después de todo, je, je. En cuanto a mí, no sabía casi nada de Jim Jeffreys, y nunca pregunté, porque yo veía esas citas con los ojos de una niña: sé cortés, pero lo justo, y lo conseguirás. Respuestas lacónicas, suspiros cansados. (Lo único que sospechaba de Jim Jeffreys era que debía de ser cristiano, un beato de iglesia: tenía la paciencia y el optimismo de quien cree que Jesús está siempre mirándolo). Yo no esperaba otra «comprobación» hasta ocho o nueve meses más tarde, pero él había insistido, dejando mensajes telefónicos con una voz seria, amortiguada, diciendo que había hecho todo lo posible por «alargar la vida de los fondos», pero que era momento de empezar a pensar en «los próximos pasos».

Y aquí apareció de nuevo la maldad: pensé inmediatamente en aquella otra muchacha del periódico, Jamie No-sé-qué, que había perdido a su familia el mismo año, 1985. Ella se había quemado parte de la cara en un incendio provocado por su padre, que mató a todos los demás miembros de su familia. Cada vez que aporreo el cajero automático, pienso en esa tal Jamie, en cómo me robó la celebridad y en que, de no haber sido por ella, ahora yo tendría el doble de dinero. Esa Jamie No-sé-qué debía de estar ahora de compras en algún centro comercial con mi pasta, comprando maletines elegantes y joyas, y maquillándose en la pringosa sección de perfumería para alisarse la cara, lustrosa a causa de las cicatrices. Un pensamiento horrible, por supuesto. Eso, al menos, lo sabía.

Finalmente, finalmente, finalmente, logré salir de la cama con un gemido que sonó a efectos especiales y vagué por la parte delantera de mi casa. Había alquilado un pequeño *bungalow* de ladrillo en una ladera con más *bungalows*

pequeños, todos plantados ilegalmente en un risco con vistas a los corrales de ganado de Kansas City. Kansas City, Missouri, no Kansas City, Kansas. Hay una diferencia.

Mi barrio, de tan olvidado, ni siquiera tiene nombre. Lo llaman «Al Otro Lado del Camino». Es un lugar extraño, de segunda, lleno de callejones y excrementos de perro. Los otros *bungalows* están atestados de viejos que han vivido en ellos desde que fueron construidos. Los viejos se sientan, grises y flácidos como pudines, tras las ventanas, asomándose a todas horas. A veces caminan hasta sus automóviles de puntillas, trastabillando tan fatigosamente que me hacen sentir culpable, como si debiera ir a ayudarles. Pero eso no les gustaría. No son ancianos amables: son viejos mudos, viejos cabrones a los que no les gusta que yo sea su vecina, esa *recién llegada*. La zona entera apesta a desaprobación. Así que oigo el ruido de su desdén y el del perro flacucho y rojizo de dos puertas más abajo que ladra todo el día y aúlla toda la noche, un ruido de fondo constante que no te das cuenta de que te está volviendo loca hasta que se detiene, sólo unos benditos instantes, para empezar de nuevo. El único sonido alegre del barrio suele llegar cuando estoy durmiendo: los arrullos matinales de los niños. Un tropel de ellos, de caras rechonchas y abrigados con muchas capas, caminando hacia alguna guardería escondida en el nido de ratas que son las calles que hay a mis espaldas, agarrados a una sección de la larga cuerda de la que tira un adulto. Todas las mañanas pasan, cual pingüinos, por delante de mi casa, pero nunca los he visto volver. Por lo que sé, trotan alrededor del mundo entero y vuelven a pasar frente a mi ventana a la mañana siguiente, puntualmente. En cualquier caso, me siento unida a esos pequeños. Hay tres niñas y un niño entre ellos, todos aficionados a las chaquetas rojas brillantes; cuando no los veo, porque me he quedado dormida, me siento triste. Tristísima. Ésa es la palabra que usaría mi madre, no una tan dramática como «deprimida». He estado tristísima durante veinticuatro años.

ME PUSE UNA falda y una blusa para la cita, y me sentía como una enana: la ropa de adulto, de niña grande, no me queda bien. Apenas mido un metro y medio: uno cuarenta y ocho, en realidad, pero siempre redondeo hacia arriba. Demándame. Tengo treinta y un años, pero la gente tiende a dirigirse a mí con

un cierto sonsonete, como quien le pide a un niño que se ponga a hacer manualidades.

Me encaminé hacia abajo por la cuesta llena de maleza que hay delante de mi casa y el perro rojizo del vecino me escupió sus ladridos entrometidos. En el suelo, al lado de mi coche, vi los esqueletos aplastados de dos crías de pájaro, con sus picos chatos y esas alas que les dan aspecto de reptiles. Deben de llevar ahí un año. No puedo resistirme a mirarlos cada vez que subo al coche. Haría falta una buena riada que los arrastrara lejos.

Dos mujeres mayores hablaban en el porche delantero de una casa al otro lado de la calle, y yo notaba que evitaban mirarme. No conozco el nombre de nadie. Si una de esas mujeres se muriera, yo ni siquiera podría decir: «La pobre vieja señora Zalinsky ha muerto». Tendría que decir: «Esa vieja zorra mezquina del otro lado de la calle la ha palmado».

Sintiéndome como una niña fantasma, subí en mi anónimo automóvil de tamaño mediano, que parece estar hecho de plástico. Aún sigo esperando que se presente alguien del concesionario y me diga lo que parece obvio: «Es una inocentada. No puedes conducir eso. Estábamos de broma». En trance, conduje mi coche de juguete durante diez minutos hasta el centro, para encontrarme con Jim Jeffreys. Llegué al aparcamiento del restaurante veinte minutos tarde, con la tranquilidad de saber que él me sonreiría amablemente y no diría nada de mi retraso.

Se suponía que yo lo llamaría por el móvil cuando llegara y él saldría a buscarme. El restaurante —un estupendo asador al viejo estilo de Kansas City— está rodeado de edificios vacíos que parecen controlarlo todo, como si una tropa de violadores acechara en sus cáscaras vacías a la espera de mi llegada. Jim Jeffreys nunca será El Tipo Que Permitió Que Le Pasara Algo Malo a Libby Day. Nada malo puede pasarle a «La valiente niña Day, la pequeña niña perdida», la patética niña pelirroja de siete años con grandes ojos azules, la única que sobrevivió a «La masacre de la pradera, a la matanza de Kansas, al sacrificio de la granja de Satán». Mi madre y mis dos hermanas mayores, todas asesinadas por Ben, el único que quedó y al que yo señalé como el asesino. Yo fui la niñita mona que llevó al adorador de Satanás de mi hermano ante la justicia. Fui una gran noticia. El *Enquirer* publicó mi foto llorosa en primera página con el título de «Cara de Ángel».

Miraba por el espejo retrovisor y aún ahora podía ver mi cara de niña. Las pecas se me habían aclarado, y la dentadura enderezado, pero mi nariz todavía era chata, y mis ojos, redondos como los de un gato. Ahora me teñía el pelo de rubio platino, pero las raíces seguían creciendo rojas. Parecía que mi cuero cabelludo sangrara, sobre todo a la luz del sol del atardecer. Encendí un cigarrillo; hacía meses que no fumaba, y de pronto pensé: «Necesito un cigarrillo». Soy así, mis propósitos no me duran nada.

—Vamos, niña Day —me animé. Es lo que me digo cuando me odio a mí misma.

Salí del automóvil y fui fumando de camino al restaurante, sosteniendo el cigarrillo con la mano derecha para no tener que ver la izquierda, la destrozada. Ya era casi de noche: las nubes migratorias flotaban en el cielo como manadas de búfalos y el sol en el horizonte lo inundaba todo de rosa. En dirección al río, entre las serpenteantes rampas de la autopista, los obsoletos silos de grano se alzaban vacíos, oscuros e inútiles.

Crucé el aparcamiento caminando sobre una miríada de vasos rotos. Nadie me atacó. Al fin y al cabo, sólo eran las cinco de la tarde pasadas. Jim Jeffreys era uno de esos tipos que cenan temprano, y que además se sienten orgullosos de ello.

Cuando entré, estaba sentado en la barra bebiendo a sorbos una gaseosa, y lo primero que hizo, como yo sabía que haría, fue sacar el móvil de la chaqueta y mirarlo como si el aparato lo hubiera traicionado.

—¿Me has llamado? —dijo frunciendo el entrecejo.

—No, me olvidé —mentí. Sonrió.

—Bueno. En cualquier caso, me alegro de que estés aquí. ¿Lista para hablar claro?

Dejó dos dólares en la barra y me llevó hasta una mesa con sofá de cuero rojo que dejaba ver su relleno amarillo por los descosidos. Al sentarme, noté los rebordes del cuero roto en la parte posterior de los muslos. Los cojines olían a humo de cigarrillos.

Jim Jeffreys nunca bebía alcohol en mi presencia, y nunca me había preguntado si quería una copa, pero, cuando llegó el camarero y le pedí un vaso de vino tinto, él intentó no parecer sorprendido, o defraudado, ni puso caras raras. «¿Qué tipo de tinto?», preguntó el camarero, pero yo no tenía ni

idea; nunca recuerdo los nombres de los vinos tintos, ni de los blancos, ni sé qué parte del nombre se supone que tienes que decir bien claro, así que contesté: «De la casa». Él pidió un bistec, y yo unas patatas rellenas. Cuando el camarero se fue, Jeffreys soltó un larguísimo suspiro de dentista y dijo:

—Bien, Libby, estamos entrando en una fase nueva.

—¿Cuánto queda? —pregunté, pensando: «Diezmildiezmil».

—¿Lees los extractos que te envió?

—A veces —mentí de nuevo. Me gusta recibir correo, pero no leerlo; los extractos probablemente estarían entre un montón de papeles en alguna parte de mi casa.

—¿Has escuchado mis mensajes?

—Creo que su móvil no va bien. Siempre se corta.

Había escuchado los suficientes mensajes como para saber que había problemas. Normalmente colgaba después de oír la primera frase de Jim Jeffreys, que siempre empezaba igual: «Libby, soy tu amigo Jim Jeffreys, y...».

Jeffreys tamborileó con los dedos y sacó hacia fuera el labio inferior.

—Hay 982 dólares y 12 centavos en la cuenta. Como te dije, podrías haberla mantenido a flote con algún tipo de trabajo regular, pero... —Sacudí las manos e hizo una mueca—. Las cosas no han funcionado así.

—¿Y qué hay del libro? ¿No iba a...?

—Lo siento, Libby. Te digo lo mismo cada año. No es culpa tuya, pero el libro... no. Nada.

Hace tiempo, para sacarle partido a mis veinticinco años de edad, un editor de libros de autoayuda me pidió que escribiera sobre cómo me había sobrepuesto a mis «fantasmas del pasado». Yo entonces no me había sobrepuesto a casi nada, pero había aceptado la idea del libro y había hablado por teléfono con una mujer de Nueva Jersey que iba a ser la auténtica escritora. El libro salió en la Navidad de 2002, con una foto de cubierta en la que aparecía yo luciendo un desafortunado corte de pelo tipo peluche. Se titulaba *¡Un nuevo día! No basta con sobrevivir a los traumas de la infancia. ¡Hay que superarlos!*, e incluía unas cuantas instantáneas de mi familia muerta y yo, mezcladas entre doscientas páginas de una pesada papilla de pensamientos positivos. Me pagaron ocho mil dólares, y algunos grupos de supervivientes me invitaron a dar charlas. Volé a Toledo para visitar a un

grupo de personas que se habían quedado huérfanas siendo muy jóvenes, y a Tulsa, a una reunión especial de adolescentes cuyas madres habían sido asesinadas por sus padres. Dedicué mi libro a un montón de niños ansiosos que me formulaban preguntas que no venían a cuento, como que si mi madre hacía pasteles. Firmé ejemplares a ancianos mustios que me miraban por encima de sus gafas bifocales, con alientos que olían a café y a acidez de estómago. «¡Empieza un nuevo día!», escribía yo, o «¡Un nuevo día te espera!». Qué suerte tener un apellido con el que poder hacer juegos de palabras. Todos los que se acercaban a mí eran personas mayores de aspecto lánguido e indeciso, y siempre en grupos pequeños. En cuanto comprendí que de gente así nunca sacaría nada, me negué a ir a ningún otro lado. El libro, de todos modos, estaba siendo un fracaso.

—Parecía que iba a dar mucho más dinero —mascullé. Yo sólo quería el libro para ganar dinero, de una manera infantilmente obsesiva: la tópica idea de que, si lo deseaba lo suficiente, ocurriría. Debía ocurrir.

—Lo sé —dijo él. Después de seis años, no tenía nada más que añadir sobre el tema. Miró cómo me bebía el vino en silencio—. Pero de alguna manera, Libby, esto significa el comienzo de una nueva fase muy interesante de tu vida. Quiero decir, ¿qué quieres ser de mayor?

Esa pregunta debería haberme resultado estimulante, pero me provocó un estallido de rabia. Yo no quería ser nada, ésa era la puta cuestión.

—Entonces ¿ya no queda más dinero?

Jeffreys sacudió la cabeza con tristeza y se puso a echarle sal a su bistec recién servido, encharcado en sangre, roja como la grosella.

—¿Qué hay de las nuevas donaciones? El vigésimo quinto aniversario está al caer.

Sentí otra oleada de rabia por verme obligada a decir eso en voz alta. Ben empezó su orgía asesina a eso de las dos de la madrugada del 3 de enero de 1985. El tiempo me devolvía la masacre de mi familia, y allí estaba yo, esperándola. ¿Quién había dicho algo parecido? ¿Por qué no podían quedar aunque sólo fueran cinco mil dólares?

Sacudió la cabeza otra vez.

—No hay más, Libby. ¿Cuántos años tienes? ¿Treinta? Ya eres toda una mujer..., y las personas cambian y siguen adelante. Quieren ayudar a otras

niñas, no...

—No a mí.

—Me temo que no.

—¿Las personas siguen adelante? ¿De verdad? —Sentí la sacudida del abandono, como cuando era una niña, cuando alguna tía o prima me llevaban a casa de otra tía o prima: «Yo ya la he tenido, ahora te toca a ti quedártela un tiempo». Y la nueva tía o prima serían amables durante aproximadamente una semana, intentando a toda costa aliviar mi amargura, y entonces... Normalmente era culpa mía. Lo digo de verdad, no pretendo hacerme la víctima. Rocié el cuarto de estar de una prima con Aqua Net y le pegué fuego. Mi tía Diane, mi guardiana, la hermana de mi madre, mi querida tía, vino a buscarme —y a llevarme a su casa— media docena de veces antes de cerrarme la puerta para siempre. Le hice cosas muy malas a esa mujer.

—Me temo que no paran de producirse nuevos asesinatos, Libby. —Jeffreys hablaba de forma monótona—. Las personas prestan atención a las cosas durante poco tiempo. Mira lo que están haciendo esos chalados con Lisette Stephens.

Lisette Stephens era una guapa morena de veinticinco años que había desaparecido camino de casa a la hora de la comida del día de Acción de Gracias. Todo el mundo en Kansas City se había movilizado para buscarla: no podías poner la tele sin ver su fotografía sonriéndote. La historia se había convertido en una noticia nacional a principios de febrero. Durante un mes no había pasado nada en absoluto. Lisette Stephens estaba muerta, y a estas alturas ya tenía que saberlo todo el mundo, pero nadie quería ser el primero en poner fin a la fiesta.

—Sin embargo —continuó Jim Jeffreys—, creo que a todo el mundo le gustaría oír que te van bien las cosas.

—Impresionante.

—¿Qué hay de la universidad? —dijo masticando un trozo de carne con la boca abierta.

—No.

—¿Qué tal si te buscamos algún trabajo de oficina, archivando cosas y cotilleando?

—No. —Me encerré en mí, ignorando la comida, proyectando mi

expresión tristoná. Ésta era otra de las palabras de mi madre: «tristoná». Significa mostrar tristeza de modo que fastidie a los demás. Estar triste ofensivamente.

—Bueno, ¿por qué no te tomas una semana y piensas en ello? —Devoraba su bistec, su tenedor se movía de arriba abajo rápidamente. Jim Jeffreys quería irse. Jim Jeffreys no tenía nada más que hacer allí.

SE FUE DEJÁNDOME tres cartas y una mueca supuestamente optimista. Tres cartas que parecían propaganda. Jim Jeffreys solía darme cajas de zapatos llenas de cartas, la mayoría con cheques dentro. Yo los firmaba y después el donante recibía una carta tipo escrita con mi rígida caligrafía. «Gracias por tu donación. Son las personas como tú las que me permiten seguir adelante, hacia un futuro más luminoso. Sinceramente para ti, Libby Day». Decía «para ti», en vez de «tuya», un error de expresión que, en opinión de Jeffreys, a la gente le resultaría conmovedor.

Pero las cajas de zapatos llenas de donaciones se habían acabado y yo me había quedado con tres simples cartas y el resto de la noche para matar el tiempo. Volví a casa. Varios automóviles me hicieron luces hasta que me percaté de que iba conduciendo con los faros apagados. La línea del horizonte de Kansas City brillaba al este, como un modesto Monopoly, con torres de radio que destacaban aquí y allá. Intenté pensar en cómo ganar dinero. En cosas que hicieran los adultos. Me imaginé a mí misma con una cofia de enfermera, sosteniendo un termómetro; después con un uniforme azul ceñido, acompañando a un niño al cruzar la calle; después haciéndole la comida a mi maridito, luciendo un collar de perlas y un delantal de flores. «Las cagadas de siempre —pensé—. Tu idea de ser adulta sigue siendo la de los libros ilustrados». Y, mientras pensaba eso, me vi escribiendo el abecedario en una pizarra ante las alegres miradas de un grupo de escolares. Intenté pensar en trabajos realistas, algo con ordenadores. Introdutor de datos, ¿no era eso una especie de trabajo? ¿Atención al cliente, quizá? Una vez vi una película en la que una mujer paseaba perros para ganarse la vida, siempre vestida con una bata y un suéter, llevando ramos de flores y tirando de un perro baboso y cariñoso. Recordé que no me gustan los perros, me dan miedo. Finalmente pensé, por supuesto, en trabajar en una granja. Nuestra familia había dado

granjeros durante un siglo, hasta mi madre, hasta que la mató Ben. Entonces la granja fue vendida.

De todos modos, no sabría qué hacer en una granja. Tengo recuerdos de aquel sitio: Ben recogiendo el estiércol en medio del frío barro de primavera, golpeando con fuerza a los terneros para que no se apartaran del camino; mi madre hundiéndose las ásperas manos en los sacos de semillas marrones que luego florecerían en maíz; los chillidos de Michelle y Debby saltando sobre las balas de paja del granero. «¡Esto pincha!», se quejaba Debby, y saltaba de nuevo. Nunca puedo detenerme en estos pensamientos. He etiquetado los recuerdos como si vinieran de una región particularmente peligrosa: el Lugar Oscuro. Detenerme demasiado en la imagen de mi madre intentando arreglar de nuevo la cafetera rota, o en la de Michelle bailando en camisón, con los calcetines subidos hasta las rodillas, haría que mi mente se hundiera en el Lugar Oscuro. Persistentes manchas de color rojo estallando en la noche. El hacha inevitable, rítmica, moviéndose mecánicamente como si estuviera cortando leña. La escopeta de caza disparando en el pequeño vestíbulo. Los chillidos de cuervo aterrorizado de mi madre, con media cabeza arrancada, pero aún intentando salvar a sus hijas.

«¿Qué hace un auxiliar administrativo?», me pregunté.

Subí hacia mi casa, caminando por una acera en la que alguien había grabado «Jimmy ama a Tina» en el cemento, décadas antes. A veces me venían *flashes* de cómo debía de funcionar esa pareja: él era un jugador de béisbol de una liga menor / ella, un ama de casa de Pittsburgh luchando contra el cáncer. Él, un bombero divorciado / ella, una abogada que se había ahogado en la Costa del Golfo el año pasado. Ella era maestra / él había muerto de un aneurisma fulminante a los veinte años. Aunque repugnante, era un buen divertimento para mi cabeza. Tenía la costumbre de matar siempre a uno de ellos, al menos.

Miré mi casa alquilada, preguntándome si el tejado estaba torcido. Si se viniera abajo, no perdería demasiado. No tenía ningún valor, excepto un viejo gato llamado *Buck*, que aún me aguantaba. Mientras caminaba despacio, cansada, sus maullidos de resentimiento me llegaron desde el interior de la casa y recordé que aún no le había dado de comer. Abrí la puerta y el viejo gato vino hacia mí, lento y zigzagueante, como una vieja tartana con una rueda

rota. No me quedaba comida para gatos —la tenía apuntada en la lista de la compra desde hacía una semana—, así que fui a la nevera, cogí unas cuantas lonchas de un queso suizo ya endurecido y se las di. Después me senté y abrí mis tres sobres. Los dedos me olían a leche agria.

Nunca pasé de la primera carta.

Querida señorita Day:

Espero que le llegue esta carta, ya que parece que no tiene un sitio web. He leído sobre usted, he seguido su historia de cerca durante años, y estoy muy interesado en saber qué hace actualmente y cómo se encuentra. ¿Va a dar alguna charla? Pertenezco a un grupo que le pagaría quinientos dólares por venir. Por favor, contacte conmigo. Estaré encantado de proporcionarle más información.

Con cariño,

LYLE WIRTH

P. D.: Ésta es una oferta comercial legal.

¿De *stripper*? ¿En algo porno? Recuerdo la época en que salió el libro, con su capítulo «Las fotos de cómo ha crecido la pequeña Day». Lo más destacable era yo, con diecisiete años, mis palpitantes pechos de mujer apenas contenidos dentro de un top barato de mercadillo. A consecuencia de eso recibí bastantes proposiciones de revistas guarras, pero ninguna ofrecía suficiente dinero como para que me lo tomara en serio. Y aún ahora quinientos tampoco bastarían, si es que esos tipos querían que me desnudara. Pero quién sabe —«¡piensa en positivo, pequeña Day!»—, quizá era realmente una oferta legal, otro de esos grupos de víctimas que me necesitaba para enseñarles que tenían una razón para hablar de sí mismos. Quinientos por unas cuantas horas de simpatía era un buen intercambio.

La carta estaba mecanografiada, salvo un número de teléfono que aparecía al final, escrito a mano y con trazos firmes. Marqué el número, esperando que me respondiera un contestador automático. En cambio, se hizo una pausa cavernosa en el auricular. El teléfono había sido descolgado, pero nadie

hablaba. Me sentí incómoda, como si hubiera llamado a alguien en medio de una fiesta de la que se suponía que yo no sabía nada.

Al cabo de tres segundos, se oyó una voz masculina:

—¿Hola?

—¿Qué tal? ¿Está Lyle Wirth? —*Buck* se estaba frotando contra mis piernas, ansioso por que le diera más comida.

—Sí, ¿quién eres? —De fondo, un silencio profundo. Como si él estuviera dentro de un hoyo.

—Soy Libby Day. Tú me escribiste una carta.

—¡Caramba, Libby Day! ¿En serio? ¿Dónde estás? ¿Estás en la ciudad?

—¿En cuál?

El hombre, o el chico —sonaba joven—, le gritó algo a alguien detrás de él, que incluía la frase «Ya los he hecho», y luego gruñó en mi oreja.

—¿Estás en Kansas City? Vives en Kansas City, ¿verdad?... ¿Libby?

Yo estaba a punto de colgar, pero el chico empezó a gritar «¿Holaaa? ¿Holaaa?» al teléfono, como si yo fuera un alumno despistado, así que le dije que vivía en Kansas City y que qué quería. Él soltó una de esas risitas en plan «Jejeje, no-te-lo-vas-a-creer-pero...».

—Bueno, como te decía en la carta, quería hablar contigo para que vinieras a vernos. Si te parece.

—¿Para hacer qué?

—Bueno, pertenezco a un club especial... Tenemos una reunión extraordinaria la semana que viene, y...

—¿Qué tipo de club?

—Bueno, uno, ya te digo, especial. Una especie de grupo alternativo...

No dije nada, le dejé que se enrollara. Tras el arrojito inicial, noté que se sentía incómodo. Bien.

—Oh, mierda, es imposible explicarlo por teléfono. ¿Puedo, esto..., invitarte a un café?

—Es muy tarde para un café —dije, y entonces pensé que él probablemente no quería decir esta noche, sino tal vez algún día de esta semana, y entonces me pregunté de nuevo cómo mataría yo las próximas cuatro o cinco horas.

—¿Una cerveza? ¿Vino? —preguntó él.

—¿Cuándo?

Pausa.

—¿Esta noche?

Pausa.

—Perfecto.

LYLE WIRTH TENÍA la pinta de un asesino en serie. Lo que significaba que probablemente no lo era. Si vas por ahí descuartizando putas o persiguiendo a la gente para comértela, intentas parecer normal. Estaba sentado a una mesa de juego mugrienta en medio del Tim-Clark's Grille, un antro húmedo situado junto a un mercadillo de segunda mano. El local había cobrado fama por sus barbacoas, pero se había aburguesado. Había una incómoda mezcla de veteranos canosos y tipos melenudos con pantalones vaqueros ajustados. Lyle no era ni lo uno ni lo otro: tenía unos veinte años y un cabello castaño ondulado que había intentado domar con demasiada gomina por todas partes menos donde le hacía falta, así que le quedaba medio rizado, medio lustroso. Llevaba gafas sin montura, una cazadora impermeable y unos vaqueros ajustados, pero no a la moda: simplemente eran muy estrechos para él. Sus rasgos eran demasiado delicados para resultar atractivos. Los hombres no deben tener labios de fresa.

Me miró mientras caminaba hacia él. Al principio no me reconoció. Se limitó a repasar de arriba abajo a la desconocida. Cuando casi había llegado a su mesa, el cerebro le hizo un clic: las pecas, el esqueleto de pajarillo, la nariz chata, que resultaba aún más chata y agresiva cuanto más se la miraba.

—¡Libby! —dijo. De pronto se dio cuenta de que sonaba demasiado familiar y corrigió—: ¡Day! —Se puso en pie, apartó una de las sillas plegables, adoptó la posición de firmes y volvió a sentarse—. ¡Eres rubia!

—Bueno, sí —dije. Odio a la gente que empieza las conversaciones con obviedades. ¿Qué se supone que hay que decir? «Sí, hoy hace mucho calor. Ya lo creo». Miré alrededor para pedir una copa. Una camarera con una camiseta minúscula y un voluptuoso cabello moreno nos daba la espalda revelando sus bonitas posaderas. Tamborileé con los dedos en la mesa hasta que se volvió, mostrando una cara que debía de tener por lo menos setenta años, las mejillas con el aspecto de una tortita arrugada y las manos surcadas por venas

purpúreas. Algunas articulaciones de su cuerpo crujieron cuando se inclinó para tomar nota, y arrugó la nariz cuando vio que sólo le pedía una cerveza.

—Aquí hacen unas pechugas realmente buenas —dijo Lyle. Pero él no había pedido pechuga, simplemente bebía a sorbos los restos de un batido.

La verdad es que no como carne desde que vi a mi familia rebanada y descuartizada. Todavía estaba intentando apartar de mi mente a Jim Jeffreys y su bistec grasiento. Me encogí de hombros, y mientras traían la cerveza miré alrededor como una turista. Lo primero en lo que me fijé fue en que Lyle tenía las uñas sucias. La camarera vieja llevaba la peluca torcida: mechones de pelo blanco sudado se le pegaban al cuello. Se los remitió como pudo mientras agarraba una ración de fritura que chirriaba bajo la lámpara de calor. Un hombre gordo sentado en la mesa contigua comía costillas de cerdo y examinaba lo que había comprado en el mercadillo: una vieja jarra *kitsch* con una sirena pintada. Sus dedos habían dejado marcas de grasa en los pechos de la sirena.

La camarera dejó la cerveza en la mesa con un golpe y se puso a ronronearle algo al gordo, al que llamó «cariñito».

—Bueno, háblame de tu club —le insté.

Lyle se sonrojó y la rodilla empezó a temblarle debajo de la mesa.

—Bien, ya sabes que hay chicos a los que les da por jugar al Fútbol Fantasy o por coleccionar cromos de béisbol... —Asentí. Él soltó una extraña risita y continuó—: O mujeres que leen revistas de cotilleo y se saben de memoria la vida de los actores, incluido el nombre de sus hijos y el del pueblo donde nacieron.

Hice una comedia inclinación de cabeza.

—Bueno, pues es algo parecido, sólo que, bueno, nosotros nos llamamos el Kill Club.

Le pegué un trago a la cerveza y dulces burbujas estallaron en mi nariz.

—No es tan raro como suena.

—Pues suena jodidamente raro.

—¿Sabes a cuánta gente le gustan los misterios? ¿O está enganchada a los blogs de crímenes reales? Bueno, pues en este club hay mucha gente así. Cada uno tiene un crimen que le obsesiona: Laci Peterson, Jeffrey MacDonald, Lizzie Borden..., tú y tu familia. Vuestra historia es una de nuestras preferidas.

Por no decir la que más. Más que la de JonBenet. —Me pilló haciendo una mueca, y añadió—: Una verdadera tragedia. Y tu hermano en la cárcel por ¿cuánto, veinticinco años?

—No sientas pena por él. Mató a mi familia.

—Está bien. —Chupó un cubito de hielo de su batido—. Pero ¿has hablado alguna vez con él sobre aquello?

Sentí que me ponía a la defensiva. Hay personas por ahí que juran que Ben es inocente. Me mandan por correo recortes de periódicos que hablan sobre él, pero nunca los leo; los tiro en cuanto veo su fotografía, con la melena roja sobre los hombros en plan Jesucristo, enmarcando su cara resplandeciente, llena de paz. A sus cuarenta y tantos. Nunca he ido a verlo a la cárcel. Su prisión actual está, convenientemente, a las afueras de nuestro pueblo —Kinnakee, Kansas—, donde cometió los asesinatos. Pero no soy una nostálgica.

La mayoría de los fans de Ben son mujeres. Orejadas y dentonas, con traje chaqueta, peinadas con permanente y de labios apretados. De vez en cuando se presentan en mi puerta con los ojos demasiado brillantes, y me dicen que mi declaración fue errónea. Que estaba confusa, que me manipularon, que mentí cuando juré —a la edad de siete años— que mi hermano era el asesino. A veces me gritan, soltando abundante saliva. Algunas incluso han llegado a pegarme. Eso las hace aún menos convincentes: una mujer roja como un tomate e histérica es muy fácil de ignorar, y yo siempre busco una razón para ignorar. Si fueran un poco más amables conmigo podrían obtener algo de mí.

—No, no hablo de Ben. Y si la cosa va de eso, no me interesa.

—No, no, no. Es como una especie de convención. Simplemente tendrías que venir y dejar que te hiciéramos algunas preguntas. ¿Realmente nunca piensas en aquella noche?

Lugar Oscuro.

—No.

—Podría resultarte muy interesante. Hay algunos fans..., verdaderos expertos en el tema, que saben más que los que llevaron el caso. Aunque ya sé que eso no es tan difícil.

—Así que se trata de un puñado de gente que quiere convencerme de que Ben es inocente.

—Bueno... quizá. Aunque quizá tú los convenzas a ellos de lo contrario.
—Descubrí en él un atisbo de condescendencia. Se inclinó hacia delante, los hombros tensos, excitado.

—Quiero mil dólares.

—Puedo darte setecientos.

Paseé la mirada por el local, sin comprometerme a nada. Aceptaría cualquier cantidad que él quisiera darme, pues estaba buscando un trabajo real para ya mismo, y no podía permitirme regatear. Yo no soy una persona que pueda comprometerse con nada cinco días a la semana. ¿Lunes, martes, miércoles, jueves, viernes? Nunca he madrugado cinco días seguidos; ni siquiera recuerdo haber comido cinco días seguidos. Permanecer ocho horas en un lugar de trabajo, ocho horas enteras fuera de mi casa, me resulta impensable.

—Setecientos está bien —dije.

—Excelente. Y habrá un montón de gente aficionada a coleccionar objetos, así que tráete algunos *souvenirs*, cosas de tu infancia que quieras vender. En total, puedes sacarte dos mil fácilmente. Sobre todo con las cartas. Cuanto más personales mejor, claro, y si es posible, cercanas a la fecha de los asesinatos. El 3 de enero de 1985. —Dijo la fecha como si la repitiera a menudo—. Trae también alguna cosa de tu madre. La gente está realmente... fascinada con tu madre.

La gente siempre lo estaba. Todos querían saberlo: ¿qué clase de mujer es asesinada por su propio hijo?

PATTY DAY

2 de enero de 1985

8.02

Ben estaba hablando por teléfono otra vez. Ella oía el cuchicheo infantil de su voz, como de dibujos animados, al otro lado de la puerta. Él se había empeñado en que le pusieran un supletorio en su habitación; la mitad de sus compañeros de clase, juró, figuraban en la guía telefónica. Lo llamaban «la Línea Infantil». Ella se había reído y después se había cabreado porque él se había cabreado porque ella se había reído. (En serio, ¿una guía telefónica para niños? Pero ¿cómo podían estar tan malcriados esos mocosos?). Ninguno de los dos volvió a mencionar el tema, ambos estaban avergonzados. Unas semanas después, Ben llegó a casa, inclinó la cabeza hacia la bolsa que traía en la mano y le mostró el contenido: una conexión telefónica doble que permitía usar dos teléfonos con la misma extensión y un teléfono de plástico bastante ligero, no muy diferente de las versiones de juguete de color rosa que usaban sus hermanas para jugar a secretarias. «¿Despacho del señor Benjamin Day?», decían ellas, intentando involucrar en el juego a su hermano mayor. Ben solía sonreír y decirles que dejaran un mensaje; pero últimamente las ignoraba. Desde que Ben trajo a casa su juguete máspreciado, la expresión «maldito cable telefónico» había entrado en el hogar de los Day. El cable salía de la toma que había en el panel de la puerta de la cocina, pasaba por encima del contador, continuaba por el pasillo y se metía por la rendija de debajo de su puerta, que siempre estaba cerrada. Uno u otro tropezaba con el cable al menos una vez al día, y a eso solía seguirle un grito (si era alguna de las niñas)

o una maldición (si eran Patty o Ben). Ella le había pedido muchas veces que fijara el cable a la pared, tantas como él había ignorado el ruego de su madre. Patty lo atribuía a la terquedad normal de un adolescente, y a Ben la actitud de su madre le resultaba agresiva. A ella le entristecía verlo enfadado, o que se mostrara apático, o algo peor en lo que ni siquiera había pensado. ¿Y con quién hablaba? Antes de la misteriosa insistencia por el segundo teléfono, Ben no llamaba casi nunca. Tenía dos buenos amigos, los hermanos Muehler, los Futuros Granjeros de América, dos muchachos tan reservados que solían colgar cuando respondía ella. Pero nunca mantenían largas conversaciones tras la puerta cerrada.

Patty sospechaba que su hijo tenía alguna novia por ahí, pero sus pocas indirectas en ese sentido lo habían incomodado tanto que su piel pálida se volvía casi azulada y sus pecas de color ámbar brillaban, en señal de advertencia. Ella había desistido por completo. No era el tipo de madre que se entromete demasiado en la vida de sus hijos. Ya era suficientemente difícil para un chico de quince años conseguir un poco de intimidad en una casa llena de mujeres. Él había puesto un candado en la puerta de su habitación después de un día en que, a la vuelta de la escuela, encontró a Michelle hurgando en los cajones de su escritorio. La instalación del candado, al igual que la del teléfono, fue presentada como un hecho consumado: un martillo, unos golpes, y de repente ahí estaba. Su nido infantil, asegurado. De nuevo, ella no pudo culparlo. La granja había sido demasiado femenina durante años, desde que Runner los había dejado. Las cortinas, las colchas, incluso las velas, eran todas de colores pastel y tenían encajes. Zapatitos rosa, ropa interior con estampados de flores y pasadores de pelo abarrotaban cajones y armarios. Las pequeñas reafirmaciones de Ben —el enredado cable de teléfono y el varonil candado metálico— eran comprensibles, realmente.

Ella oyó una carcajada procedente del cuarto de Ben, y eso la enervó. Su hijo nunca se había reído a carcajadas. A los ocho años de edad, mirando fríamente a una de sus hermanas, había dicho: «Michelle tiene un saco de la risa», como si fuera algo que se debía arreglar. Patty lo describía como estoico, pero su autosuficiencia iba más allá de eso. Su padre, desde luego, no sabía qué hacer con él; alternaba entre el juego bruto (Ben, rígido y con expresión indiferente, mientras Runner rodaba por el suelo como un cocodrilo)

y la recriminación (Runner quejándose a gritos de que el niño no era nada divertido, de que era raro, o de que era una nenaza). A Patty no le había ido mucho mejor. Hacía poco había comprado un libro sobre cómo educar a un adolescente que escondía debajo de la cama como si se tratara de pornografía. El autor decía que hay que ser valiente, preguntar, pedir respuestas a tus hijos, pero ella no podía. Más de una pregunta espinosa había hecho que Ben se enfadara mucho, activando en él aquel silencio intolerablemente profundo. Cuanto más intentaba entenderlo, más se escondía él. En su habitación. Hablando con gente que ella no conocía.

Sus tres hijas también estaban despiertas desde hacía horas. Una granja, incluso aquélla —patética, superendeudada y devaluada— exigía levantarse temprano, y la rutina era muy dura en invierno. Ahora estaban trasteando por la nieve. Las había mandado afuera, como quien echa a una manada de cachorros, porque no quería que despertaran a Ben. Después se enfadó cuando le oyó hablando por teléfono, señal de que ya se había levantado. Sabía que ésa era la razón por la que estaba haciendo tortitas, el desayuno favorito de las niñas. Para vengarse. Ben y las niñas la acusaban siempre de tomar partido por unas o por otro. A Ben siempre le pedía que tuviera paciencia con las pequeñas, que solían tomarle el pelo; a las niñas, que se callaran, que no molestaran a su hermano. Michelle, de diez años, era la hija mayor, Debby tenía nueve, y Libby, siete. («Jesús, mamá, es como si hubieras tenido una camada», le reprochaba Ben). Ella apartó la delgada cortina para mirar a las niñas: Michelle y Debby, jefa y ayudante, construían un fuerte de nieve con algún plan que no iban a compartir con Libby; Libby intentaba meter las narices en el asunto, ofreciéndoles bolas de nieve, piedras y un palo largo y cimbreado, todo ello rechazado apenas con una mirada. Finalmente Libby flexionó las piernas, soltó un buen grito y se lio a puntapiés hasta derrumbarlo todo. Patty se apartó de la ventana. Lo que venía luego eran golpes y lágrimas, y no estaba de humor.

La puerta de Ben crujió al abrirse y sus pesados pasos al final del pasillo le dijeron que llevaba esas grandes botas negras que ella odiaba. «Ni las mires siquiera», se dijo lo mismo que se decía cada vez que él se ponía los pantalones de camuflaje. («Papá llevaba pantalones de camuflaje», se defendía cuando ella se quejaba. «Cuando iba a cazar. Se los ponía cuando iba

a cazar», puntualizaba ella). Patty echaba de menos al niño que solía pedirle que le comprara ropa no llamativa, que sólo vestía vaqueros y camisas de cuadros escoceses. El chico de oscuros rizos pelirrojos, obsesionado con los aviones. Y allí estaba ahora, con una chaqueta vaquera negra, pantalones vaqueros negros y un gorro de lana calado hasta los ojos. Él masculló algo y se dirigió a la puerta.

—No antes de desayunar —dijo ella. Él se detuvo, volviendo sólo el perfil hacia su madre.

—Tengo que hacer un par de cosas.

—Me parece muy bien, pero antes desayuna algo con nosotras.

—Odio las tortitas. Ya lo sabes. ¡Maldita sea!

—Te haré algo. Siéntate. —Él no desafiaba una orden directa, ¿o sí? Se miraron fijamente. Patty estaba a punto de ceder cuando Ben suspiró ruidosamente y se sentó en una silla. Empezó a jugar con el salero, esparciendo los granos de sal por la mesa y juntándolos luego en un montoncito. Ella estuvo a punto de reprenderle, pero se reprimió. Ya era suficiente con haber conseguido que se sentara a la mesa.

—¿Con quién hablabas? —le preguntó Patty, dándole un poco de zumo de naranja que sabía que dejaría intacto sólo para molestarla.

—Con gente.

—¿Gente, en plural?

Él se limitó a arquear las cejas.

La mosquitera se abrió, la puerta de la calle golpeó contra la pared y se oyeron una serie de pisotones retumbando contra la estera del suelo: propio de niñas bien enseñadas como ellas. La pelea debía de haberse solucionado rápidamente. Michelle y Debby discutían ahora sobre algún dibujo animado de la televisión. Libby fue directamente a sentarse al lado de Ben, sacudiéndose del pelo un poco de nieve. De las tres hijas de Patty, sólo Libby sabía cómo desarmar a Ben: le sonreía, mirándolo de hito en hito, y después miraba hacia delante fijamente.

—Eh, Libby —dijo él jugando aún con la sal.

—Eh, Ben. Me gusta tu montaña de sal.

—Gracias.

Patty pudo ver a Ben retraerse visiblemente cuando las otras dos entraron

en la cocina y sus voces fuertes y llenas de vida estallaron contra las paredes.

—Mamá, Ben está ensuciándolo todo —dijo Michelle.

—Está bien, cielo, las tortitas ya casi están listas. Ben, ¿te apetecen unos huevos?

—¿Por qué le haces huevos a él? —se quejó Michelle.

—Ben, ¿quieres unos huevos?

—Vale.

—Yo también quiero huevos —dijo Debby.

—Pero si a ti no te gustan los huevos —soltó Libby. Ella siempre solía ponerse del lado de su hermano—. Ben necesita huevos porque es un chico. Un hombre.

Eso provocó que Ben sonriera levemente, lo que a su vez hizo que Patty eligiera la tortita más redonda para Libby. Mientras se freían los huevos, puso los bizcochos en platos. La previsión para cinco desayunos salió sorprendentemente bien. Era la última comida decente que quedaba, pero ella no quería preocuparse por eso ahora. Ya lo haría después de desayunar.

—Mamá, Debby ha puesto los codos en la mesa. —Michelle, con su tono mandón.

»Mamá, Libby no se ha lavado las manos. —Michelle de nuevo.

—Tú tampoco. —Debby.

—Nadie lo ha hecho. —Libby, riéndose.

—Pequeña marrana —dijo Ben dándole un codazo en el costado. Esa expresión era una vieja broma entre ambos. Patty no sabía cuándo había empezado. Libby inclinó la cabeza hacia atrás y rio más fuerte, una risa ensayada para agradecer a Ben.

—Grandullón cabroncete. —Libby se rio tontamente a modo de respuesta.

Patty pasó la bayeta a la mesa. Que Ben se tomara la molestia de fastidiar a una de sus hermanas era todo un acontecimiento, y a ella le parecía que podría seguir de buen humor si todo el mundo se limitaba a quedarse en su lugar. Necesitaba estar de buen humor, del mismo modo que se necesita dormir después de una noche en vela, cuando sueñas con meterte en la cama. Todos los días se despertaba y se juraba a sí misma que no permitiría que la granja se le cayera encima, no permitiría que la arruinara (llevaba un retraso de tres años con el préstamo, y no veía la manera de arreglar la situación) y la

convirtiera en el tipo de mujer que ella odiaba: melancólica, con mala cara, incapaz de disfrutar de nada. Todas las mañanas se arrodillaba en la alfombra a los pies de la cama y rezaba, pero ahora ya se había convertido en una promesa: «Hoy no quiero chillar, no quiero gritar, no quiero encerrarme en una burbuja, esperando que algo solucione las cosas. Disfrutaré del día». Podría hacerlo hasta la hora de la comida, justo antes de amargarse.

Estaban todos juntos, todos limpios. Tras una rápida oración, todo fue bien hasta que Michelle abrió la boca.

—Ben tiene que quitarse el gorro.

La familia Day tenía como norma no llevar gorros en la mesa. Era algo tan innegociable que Patty incluso se sorprendió de tener que decírselo.

—Ben se quitará el gorro —dijo Patty en tono amable.

Ben inclinó la cabeza hacia su madre y Patty sintió una punzada de tristeza. Algo no marchaba bien. Sus cejas, normalmente unas líneas rojizas, estaban negras; la piel de debajo, de un púrpura oscuro.

—¿Ben?

Se quitó el gorro, y en su cabeza había una mata de cabello negro, revuelto como el de un viejo perro labrador. Aquello fue un *shock*, como tragar agua helada. Su niño pelirrojo, la característica que definía a Ben, ya no era pelirrojo. Parecía más viejo. Malo. Como si ese niño que ahora estaba frente a ella hubiera intimidado al Ben que ya sabía en el olvido.

Michelle gritó, Debby estalló en lágrimas.

—Ben, mi vida, ¿por qué? —exclamó Patty. Se había propuesto no reaccionar de forma exagerada, pero eso fue precisamente lo que hizo. Ese acto estúpido de adolescente (porque de eso se trataba) hizo que de repente la relación que tenía con su hijo se resintiera hasta la desesperación. Cuando Ben posó la mirada fija en la mesa mientras sonreía afectadamente, dolido por la conmoción de las chicas, Patty encontró una excusa para él. Él había odiado su pelo rojo desde niño, porque los otros niños le hacían rabiar por tenerlo así. Quizá todavía lo odiaba. Quizá era un acto de reafirmación. Algo positivo. Era Patty la que le había dado su pelo rojo, y él lo había hecho desaparecer. Era obvio que se trataba de un rechazo. Libby, la única que también era pelirroja, estaba claro que pensaba lo mismo. Sentada, miraba fija y malhumoradamente un mechón de su pelo que había cogido entre dos de sus delgados dedos.

—Bueno —dijo Ben, sorbiendo un huevo y levantándose—. Basta de dramas. Sólo es pelo, nada más.

—Pues tu pelo era precioso —dijo Patty.

Él hizo una pausa, como si estuviera considerándolo. Luego sacudió la cabeza —contra el comentario de su madre, contra la mañana entera, ella no lo sabía— y caminó hacia la puerta.

—Tranquilízate —dijo sin volverse—. Regresaré dentro de un rato.

Ella supuso que daría un portazo, pero en cambio cerró la puerta suavemente, lo que le pareció todavía peor. Patty se sopló el flequillo y echó un vistazo alrededor de la mesa. Todos los ojos azules la miraban esperando alguna reacción. Ella sonrió y soltó una débil risita.

—Bueno, todo esto es un poco raro —dijo. Las niñas se irguieron, ahora visiblemente más tiesas en sus sillas.

—Él es el raro —añadió Michelle.

—Ahora su pelo es como su ropa —dijo Debby, secándose las lágrimas con el dorso de la mano mientras se metía un trozo de tortita en la boca.

Libby apenas miraba su plato, los hombros hundidos hacia delante. Tenía una de esas miradas de abatimiento que sólo un niño puede tener.

—Todo está bien, Lib —dijo Patty y, como quien no quiere la cosa, para quedarse a solas con ella, mandó fuera a las otras niñas.

—No, no lo está —repuso ella—. Él nos odia.

LIBBY DAY

Ahora

Cinco noches después de mi cerveza con Lyle, bajé con el coche desde el risco donde está mi casa y continué hasta más allá del valle de la zona oeste de Kansas City. El barrio había prosperado en la época dorada del negocio del ganado y ahora llevaba unas cuantas décadas de decadencia. Estaba todo lleno de construcciones altas y silenciosas que mostraban nombres de empresas ya desaparecidas: Raftery Cold Storage, London Beef, Dannhauser Cattle Trust. Algunos edificios habían sido convertidos en atracciones y casas del terror para las celebraciones de Halloween: toboganes gigantescos, castillos de vampiros y adolescentes borrachos que llevaban cervezas escondidas dentro de sus chaquetas con la inicial bordada de su hermandad.

A principios de marzo el lugar se veía desolado. Mientras iba conduciendo por las calles solitarias, vi a algunas personas entrando o saliendo de edificios, aunque no tengo ni idea de qué hacían. Cerca del río Missouri, la zona pasaba de estar semivacía a inquietantemente desocupada, una perfecta ruina.

Sentí cierto desasosiego cuando aparqué frente a un edificio de cuatro plantas con un cartel que decía: TALLMAN CORPORATION. Era uno de esos momentos en los que desearía tener más amigos. O amigas. Debería tener a alguien a mi lado. Por lo menos a alguien que esperara noticias mías. De haber sido así, habría dejado una nota en la puerta de mi casa, explicando dónde estaba, con la carta de Lyle incluida. Si yo desaparecía, la poli tendría un

lugar por donde empezar. Por supuesto, si tuviera una amiga, quizá me llamara para decirme: «No pienso dejar que hagas eso, cariño». Las mujeres siempre dicen ese tipo de cosas, en un tono protector.

O quizá no. Los asesinatos me habían dejado permanentemente apartada de ese tipo de llamadas. Había asumido que lo peor del mundo puede pasar, porque lo peor del mundo ya había pasado. Pero entonces ¿no existía la menor posibilidad de que yo, Libby Day, sufriera daño alguno porque ya lo había sufrido todo? ¿Estaba a salvo, por definición? Una conclusión estadística brillante, irrefutable. No puedo decidir, así que me encuentro entre una drástica sobreprotección (durmiendo siempre con las luces encendidas y el viejo revólver Colt Peacemaker en la mesilla de noche) y la ridícula imprudencia (aventurándome a ir al Kill Club en un edificio desocupado).

Llevaba unas botas de tacón alto, para ganar algunos centímetros, la derecha mucho más ancha por culpa de mi pie malo. Quería hacerme crujir todos los huesos del cuerpo, para relajarme. Estaba tensa, cabreada, y los dientes me rechinaban. Nadie debería necesitar dinero de un modo tan acuciante. Había intentado ver en breves *flashes* y con buenos ojos lo que había hecho el día anterior. Me había convertido en algo noble. Aquella gente estaba interesada en mi familia, y yo me sentía orgullosa de mi familia. Les proporcionaría a esos extraños una visión de las cosas que sólo yo podía proporcionarles. Y, si querían darme dinero, lo aceptaría. No era tan buena como para no hacerlo.

Pero, en realidad, no me sentía orgullosa de mi familia. A nadie le habían gustado nunca los Day. Mi padre, Runner Day, era un loco borracho y violento, aunque su aspecto físico no impresionaba: era pequeño y de puños débiles. Mi madre había tenido cuatro hijos a los que no podía cuidar debidamente. Pobres niños de granja apestosos y manipuladores, con las camisas rotas y pinta de menesterosos, mocosos y cargados de virus. Mis dos hermanas y yo fuimos la causa de al menos cuatro epidemias de piojos en nuestra corta experiencia escolar. Los sucios Day.

Y aquí estaba yo, veintitantos años después, dando una imagen de precariedad, necesitada de cosas. De dinero, específicamente. En el bolsillo trasero de los vaqueros llevaba una nota que Michelle me había escrito un mes antes de las muertes. La arrancó del cuaderno de espiral y, tras quitarle la tira

de papel sobrante, la había plegado cuidadosamente en forma de flecha.

En ella, Michelle hablaba de las típicas cosas que le ocupaban la cabeza en cuarto curso: un chico de su clase, su profesor idiota, unos vaqueros de diseño horribles que alguna niña malcriada le había regalado por su cumpleaños. Era aburrido, nada memorable; tengo cajas enteras llenas de esas tonterías que he ido arrastrando de casa en casa y que no había abierto hasta ahora. Por eso podría sacar dos mil dólares. Sentí una punzada de alegría culpable al pensar en toda la mierda que podría vender: notas, fotografías y basura que nunca había tenido agallas de tirar. Salí del coche, respiré hondo y el aire me ensanchó el cuello.

La noche era fría, con alguna que otra bolsa de aire templado de primavera aquí y allí. Una enorme luna amarilla flotaba en el cielo como un farolillo chino.

Subí los escalones de mármol sucios de hojas que crujían bajo mis botas con un desagradable sonido de huesos viejos. Las puertas eran de metal grueso, pesado. Golpeé una vez, esperé, golpeé tres veces más y seguí esperando bajo el resplandor de la luna, como una actriz de vodevil. Estaba a punto de telefonar a Lyle cuando la puerta se abrió. Un chico alto, de rostro alargado, me miró de arriba abajo.

—¿Sí?

—¿Está Lyle Wirth?

—¿Por qué tendría que estar Lyle Wirth aquí? —dijo muy serio, regodeándose.

—Venga, tío, que te jodan —dije bruscamente, y di media vuelta, sintiéndome como una idiota. Ya había bajado tres escalones cuando el chico me llamó.

—¡Oye, espera, no te cabrees!

Pero yo había nacido cabreada. Podía imaginarme saliendo del útero cabreada. Tardo poco en perder la paciencia. La expresión «que te jodan» no aguanta mucho rato en la punta de mi lengua, y siempre la tengo ahí.

Hice una pausa entre dos escalones, mirando hacia abajo.

—Conozco a Lyle Wirth, obviamente —dijo el chico—. ¿Estás en la lista de invitados?

—No lo sé. Mi nombre es Libby Day.

Abrió la boca, que cerró de nuevo con un sonido gutural, y me lanzó la misma mirada escrutadora que Lyle días antes.

—Pero... ¡eres rubia!

Levanté las cejas.

—Entra, te acompañaré abajo —dijo, abriendo la puerta de par en par—. Vamos, no voy a morderte.

Hay pocas frases que me molesten más que «no voy a morderte». La única que me jode mucho más es cuando algún borracho acodado en la barra de un bar me ladra, al ver que no le hago ni caso: «¡Sonríe, no puede ser tan malo!». Sí que puede ser malo, mamón.

Volví sobre mis pasos, mirando desafiante al chico y caminando tan condenadamente despacio que tuvo que pegarse contra la puerta para mantenerla abierta. Capullo.

Entré en un vestíbulo que parecía una cueva, con lámparas rotas de latón colocadas de tal forma que semejaban tallos de trigo. La habitación tenía más de doce metros de altura. En el pasado, el techo había sido pintado con una especie de mural, imágenes desconchadas de chicos y chicas de campo labrando o cavando. Una muchacha, cuya cara se había desvanecido, sostenía en la mano una cuerda de saltar. ¿O era una serpiente? Toda la esquina oeste del techo estaba agujereada en distintos puntos: donde el roble debería mostrar una explosión de hojas verdes de verano, había una porción de cielo azul nocturno. Se veía el resplandor de la luna, pero no la luna. El vestíbulo estaba a oscuras, sin luz eléctrica, pero podían verse montones de basura en las esquinas. Los organizadores habían echado a los okupas y barrido el lugar para lavarle la cara. A pesar de todo, olía a meados, y en una de las paredes había un condón pegado como si fuera un espagueti.

—Chicos, ¿no podíais haber montado una especie de sala para banquetes? —mascullé. El suelo de mármol vibró a mis pies. Evidentemente toda la vida de aquel lugar sucedía en el piso inferior.

—No somos exactamente un comité de bienvenida —dijo el chico. Tenía cara de niño, carnosa y con lunares. Llevaba un diminuto pendiente turquesa que yo siempre había asociado con los fans de *Dragones y mazmorras*. Tíos de esos que tienen hurones por mascotas y les encantan los trucos de magia—. Además, este edificio tiene un cierto... ambiente. Uno de los Tallman se voló

los sesos aquí en 1953.

—Qué agradable.

Nos miramos. Su rostro parecía cambiar de forma en la penumbra. No vi ninguna manera evidente de bajar al piso inferior. Estaba claro que el ascensor de la izquierda no funcionaba, pues el tablero de mandos estaba medio congelado en el suelo. Me imaginé dentro a un grupo de fantasmas vestidos de ejecutivos esperando pacientemente a que empezara a moverse de nuevo.

—Entonces... ¿vamos a algún sitio?

—Oh. Sí. Escucha, quería decirte... Siento lo de tu familia. Supongo que, aunque ha pasado mucho tiempo, aún... Sencillamente no puedo ni imaginarlo. Esto es como una de esas historias de Edgar Allan Poe. Pero que ocurrió de verdad.

—Intento no pensar en ello demasiado —dije. La respuesta estándar.

Él se rio.

—Bueno, entonces me temo que estás en el lugar equivocado.

Doblamos una esquina y continuamos por un pasillo flanqueado de viejas oficinas. Avancé pisando cristales rotos y mirando las salas que encontrábamos a nuestro paso: vacía, vacía, un carro de la compra, un bien apilado montón de excrementos, los restos de una hoguera y un vagabundo que me saludó: «¡Hola, tú!», dijo levantando alegremente una botella de licor.

—Su nombre es Jimmy —dijo el chico—. Parece un buen tío, así que dejamos que se quede.

«Qué compasivos», pensé, y me limité a saludar a Jimmy con la cabeza. Llegamos a una pesada puerta de emergencia y, nada más abrirla, me inundó los oídos un estruendo de sonidos procedentes del sótano: una mezcla de música de órgano y *heavy metal*, y el griterío de una multitud que se esforzaba por hacerse oír.

—Adelante —dijo él. Yo no me moví. No me gusta tener a nadie detrás de mí—. Oh..., sígueme.

Pensé en dar media vuelta, pero me imaginé a ese tipo, ese puto malabarista de festival renacentista, diciéndoles a sus amigos: «¡Ha flipado, se ha largado por patas!». Y todos riéndose sintiéndose unos tipos duros. Y a él añadiendo: «Esa chica es realmente distinta a como me la imaginaba», extendiendo la mano a un metro del suelo para mostrarles lo pequeña que era.

«Quetejodanquetejodanquetejodan», tararéé, y lo seguí. Continuamos bajando hasta una puerta del sótano cubierta de folletos: «*Stand 22*: ¡Tablón de anuncios de Lizzie Borden! ¡Objetos coleccionables a la venta o para intercambiar! *Stand 28*: ¡Coloquio sobre Karla Brown y Bite Marks! *Stand 14*: Teatro improvisado: ¡Interrogatorio de Casey Anthony! *Stand 15*: ¡Los terribles tratos de Tom: la paliza de Jonestown y la dulce Fanny Adams!».

Entonces vi un folleto azul fotocopiado con una foto mía en una de las esquinas: «¡Un Día Malo! La masacre de la granja de Kinnakee, Kansas: ¡¡¡Disección del caso y una invitada muy muy especial!!!».

De nuevo pensé en irme, pero la puerta se abrió y accedí a un sótano húmedo, sin ventanas, con unas doscientas personas apiñadas, apoyadas las unas en las otras y gritándose al oído. Una vez, en la escuela nos mostraron un documental sobre una plaga de saltamontes en el Medio Oeste, y eso es lo que vi allí: todos aquellos ojos saltones mirándome, bocas masticando chicle, brazos, codos y cuerpos inclinados. La sala estaba organizada como un mercadillo, con filas de *stands* delimitadas con cadenas de hierro baratas. Cada *stand* estaba dedicado a un asesinato diferente. A primera vista, conté unos cuarenta. Un generador conseguía a duras penas alimentar un cable con bombillas que colgaba de alambres tendidos por el techo y que se balanceaba a un ritmo desigual, iluminando las caras en ángulos horripilantes: una fiesta de máscaras de la muerte.

En la otra punta, Lyle me reconoció y se abrió paso a codazos a través del gentío hasta llegar junto a mí. Nos estrechamos las manos. Él era, aparentemente, un tipo importante allí: todo el mundo quería tocarlo, decirle algo. Se inclinó para escuchar a un tipo que le susurraba algo al oído y, cuando se puso derecho, se golpeó la cabeza con una bombilla y todos los que estaban a su alrededor se rieron, sus caras brillaban intermitentemente, como iluminadas por la luz giratoria de un coche de policía. Rostros de hombres. Rostros de chicos. Sólo había unas pocas mujeres: cuatro, que yo pudiera ver, todas con gafas, feas. Los hombres tampoco eran atractivos. Había excompañeros de colegio, indefinibles chicos de la periferia y una buena cantidad de veinteañeros con cortes de pelo baratos y gafas de empollón, tipos que me recordaron a Lyle y al chico que me había traído hasta aquí abajo. Seres comunes y corrientes, pero con un aire de arrogancia inteligente.

Llamémoslo *aftershave* antipersonas.

Los hombres que había detrás de Lyle sonrieron abiertamente a sus espaldas, estudiándome como si fuera su nueva novia. Él sacudió la cabeza.

—Lo siento, Libby. Se supone que Kenny tenía que avisarme de tu llegada, y yo te habría acompañado hasta aquí. —Miró a Kenny por encima de mi cabeza. El chico se encogió de hombros y se fue. Lyle me guiaba entre la muchedumbre, empujándome por el hombro con dedos firmes. Algunos iban disfrazados. Un hombre con chaleco y sombrero de copa negros pasó junto a mí ofreciéndome caramelos y riéndose. Lyle me susurró—: El tarado de Frederick Baker. Llevamos años intentado dejar fuera a los jugadores de rol, pero... hay demasiada gente en este rollo.

—No sé qué significa todo esto —dije, preocupada porque estaba a punto de perderlo. Codos y hombros me daban empujones, y cada pocos pasos tenía que retroceder y volver a avanzar—. En serio, no sé de qué coño va todo esto.

Lyle suspiró con impaciencia y miró el reloj.

—Nuestra sesión no empieza hasta medianoche. ¿Quieres que te enseñe todo esto y te explique un poco lo que hacemos?

—Quiero mi dinero.

Se mordió el labio inferior, sacó un sobre del bolsillo trasero y me lo puso en la mano mientras se acercaba a mi oído y me pedía que lo contara más tarde. El fajo era grueso, y eso me calmó un poco.

—Déjame enseñarte todo esto. —Recorrimos el perímetro de la sala, *stands* repletos a derecha e izquierda, con vallas de metal que me recordaban a las perreras. Lyle me empujó con el dedo, invitándome a seguir adelante—. El Kill Club. No, no me sermonees, sabemos que es un mal nombre, un nombre feo. Pero el Kill Club, nosotros lo llamamos KC, es una de las razones por las que organizamos esta gran reunión cada año... Como te decía, es básicamente para personas que resuelven casos. Y para aficionados a los crímenes famosos. De todos ellos, hasta el de Fanny Adams.

—¿Quién es Fanny Adams? —le corté, celosa. Se suponía que yo iba a ser la estrella de todo este montaje.

—Una niña de ocho años que fue descuartizada en Inglaterra en 1867. Ese tipo que acabamos de ver, el del sombrero de copa, va disfrazado de su asesino, Frederick Baker.

—Eso es realmente enfermizo. —Así que estaba muerta para siempre. Eso era bueno. No había competencia.

—Bueno, fue un asesinato célebre. —Me pilló haciendo una mueca—. Aunque, claro, pertenece a un grupo menos interesante. La mayoría de esos asesinatos han sido resueltos, y no revisten misterio alguno. Para mí, lo mejor de todo es llegar a la resolución de un caso. Tenemos expolicías, abogados...

—¿También hay jugadores de rol de mi caso? ¿Hay jugadores de rol disfrazados de mi familia? —Un hombre fornido, con mechas en el pelo, que llevaba una muñeca hinchable vestida de rojo, se detuvo casi encima de mí, sin siquiera verme. Los dedos de plástico de la muñeca me rozaron la mejilla. Alguien detrás de mí gritó: «¡Scott y Amber!». Aparté al tipo y traté de encontrar entre la multitud a alguien vestido como mi madre, o como Ben, a algún cabrón con una peluca roja, blandiendo un hacha. Apreté la mano en un puño.

—No, por supuesto que no —dijo Lyle—. Yo nunca permitiría eso, Libby, un juego de rol sobre... aquello. No.

—¿Por qué todos son hombres? —En uno de los *stands*, dos tipos rechonchos vestidos con camisetas de polo discutían sobre unos asesinatos de niños en un burdel de Missouri.

—No todo son hombres —dijo Lyle a la defensiva—. La mayoría de los investigadores son hombres; si vas a una convención de crucigramas, verás lo mismo. A las mujeres les va más la creación de redes sociales. Ellas hablan sobre por qué se identifican con las víctimas, porque han tenido maridos maltratadores o por cualquier otro motivo, toman café y compran fotos antiguas. Hemos tenido que ser más cuidadosos con ellas, porque a veces se implican demasiado.

—Sí, a veces es mejor no mostrarse demasiado humano —dije, demostrando ser una hipócrita de mierda. Afortunadamente, Lyle no me hizo caso—. Ahora, por ejemplo, están todas obsesionadas con el asunto de Lisette Stephen. —Señaló a su espalda, donde un pequeño grupo de mujeres se agolpaban frente a un ordenador con el cuello estirado hacia abajo como las gallinas. Dejé atrás a Lyle y me dirigí hacia el *stand*. Estaban viendo un vídeo sobre Lisette. Lisette y las compañeras de su hermandad. Lisette y su perro. Lisette y su compañera de hermandad más parecida a ella—. ¿Ves lo que

quiero decir? —continuó Lyle—. Ellas no quieren resolver casos, sólo miran cosas que podrían ver por internet en sus casas.

El problema con Lisette Stephens era que no había nada que resolver: no tenía novio, ni marido, ni compañeros de trabajo molestos, ni extraños exconvictos haciendo trabajos de mantenimiento en su casa. Sencillamente desapareció sin razón aparente, salvo que era guapa. Era la clase de chica en la que se fijaba la gente. El tipo de chica con la que los medios de comunicación se volcaban cuando desaparecía.

Junto al ordenador había un montón de camisetas estampadas en las que se leía «Devuelve a Lisette a casa». Veinticinco dólares. Ellas, sin embargo, estaban más interesadas en el ordenador portátil. Ahora estaban leyendo los mensajes del sitio web. Muchos de ellos estaban acompañados de fotos que desentonaban. «Te queremos, Lisette, sabemos que volverás a casa», aparecía junto a una instantánea de tres mujeres de mediana edad en la playa. «Paz y amor para tu familia en este momento de necesidad», junto a una foto de un perro labrador. Las chicas volvieron a la página principal para contemplar la foto de los medios de comunicación que más les gustaba: Lisette y su madre, ambas abrazadas, mejilla contra mejilla, radiantes.

Me encogí de hombros, tratando de ignorar mi preocupación por Lisette, a la que no conocía. Y luché de nuevo contra los celos. De todos aquellos *stands* dedicados a los asesinatos, quería que el de los Day fuera el más grande. Era un ataque de amor: mis muertos eran los mejores. Tuve un *flash* de mi madre, su pelo rojo recogido en una coleta, tirando de mis gastadas botas de invierno y luego frotándome los dedos de los pies, uno por uno. «Ahora calentamos el dedo gordo, y ahora el meñique». En ese recuerdo podía oler el pan tostado con mantequilla, aunque no sé si había pan tostado con mantequilla. En ese recuerdo aún tenía todos los dedos de los pies.

Me estremecí profundamente, como un gato.

—Vaya, ¿alguien ha caminado sobre tu tumba? —dijo Lyle, y entonces comprendí la ironía—. Bien, ¿qué más tenemos? —Nos detuvimos en un atasco de gente delante de un *stand* llamado El Bazar del Extraño Bob, regentado por un individuo con un enorme bigote negro que sorbía sopa. Tenía cuatro calaveras alineadas en una mesa detrás de él con un letrero que rezaba: LOS CUATRO FINALISTAS. El tipo le gritó a Lyle que le presentara a su pequeña

amiga. Lyle le hizo señas, abriéndose paso entre el gentío. Se encogió de hombros y me susurró: «Un jugador de rol».

—Bob Berdella —le dijo Lyle al hombre, bromeando con el nombre de un famoso asesino de homosexuales—, ésta es Libby Day, cuya familia fue... la de la masacre de la granja de Kinnakee, Kansas. Los Day.

Desde detrás de la mesa, el hombre se inclinó hacia mí. Un trozo de hamburguesa babosa le colgaba de un diente.

—Si tuvieras polla, ahora estarías en trocitos en mi basura —dijo, y estalló en carcajadas—. A trocitos pequeñitos.

Me soltó un manotazo. Yo di un paso atrás involuntariamente, y a continuación me lancé en tromba hacia Bob, con el puño levantado, rabiosa, como siempre que me daban un susto. A por su nariz, para hacerlo sangrar, para machacar ese pedazo de carne con chile que había en medio de su cara, después golpearle de nuevo. Antes de que pudiera llegar hasta él, Bob empujó su silla hacia atrás, levantando las manos y murmurando, no a mí sino a Lyle: «Amigo, sólo estaba jugando, no quería hacerle daño, hombre». Ni siquiera me miró cuando se disculpaba, como si yo fuese una niña. Mientras le gritaba a Lyle, me fui para él. No le acerté en la nariz, pero sí le di un buen bofetón en la barbilla, como el que se les da a los perros.

—Que te jodan, capullo.

Lyle reaccionó por fin, murmuró disculpas y me alejó de allí. Yo aún tenía los puños apretados y la mandíbula tensa. Antes de irme, le propiné una patada a la mesa de Bob con la bota, lo suficiente para que se tambaleara con fuerza y la sopa se le cayera al suelo. Lamenté no haberlo alcanzado de lleno por culpa de la mesa. No hay nada más vergonzoso que una mujer bajita errando un puñetazo. También habría podido suceder que Lyle hubiera tenido que llevarme en volandas, mientras yo pateaba los pies en el aire como una niña pequeña. Miré hacia atrás. El hombre se había quedado allí, con los brazos caídos, el mentón amoratado, tratando de decidir si estaba arrepentido o enfadado.

—Desde luego no ha sido la primera pelea en el Kill Club, pero sí, tal vez, la más extraña —dijo Lyle.

—No me gusta que me amenacen.

—Él en realidad no quería... Lo sé, lo sé —murmuró Lyle—. Como te he

dicho, alguna vez tendremos que deshacernos de esos jugadores de rol y dejar sólo a los investigadores serios. Te gustará la gente de nuestro grupo, el grupo de los Day.

—¿Es el grupo de los Day o el grupo de la masacre de la granja de Kinnakee, Kansas? —refunfuñé.

—Oh. Sí, así es como lo llamamos. —Trató de colarse a través de otro cuello de botella en el estrecho pasillo, pero terminó aplastado a mi lado. Mi rostro estaba pegado a pocos centímetros por encima del culo de un tipo. Camisa azul Oxford, almidonada. Mantuve la mirada en el perfecto pliegue central. Alguien con una enorme barriga de payaso me empujaba por detrás.

—Muchos creen que Satanás tuvo algo que ver en el asunto —dije—. La masacre de la granja de Satanás. Los asesinatos de Satanás en Kansas.

—Nosotros no creemos en eso, intentamos evitar cualquier referencia al diablo. ¡Perdón! —dijo, abriéndose paso.

—Así que es una cuestión de marca —solté, con los ojos fijos en la camisa azul. Empujamos hasta doblar una esquina que daba al frescor de un espacio abierto.

—¿Quieres ver más grupos? —Señaló a su izquierda, hacia un grupo de hombres en el *Stand* 31: cortes de pelo baratos, unos cuantos bigotes y muchas camisas desabotonadas. Discutían en voz baja—. Estos chicos son bastante buenos —dijo Lyle—. Básicamente están creando su propio misterio: creen que han identificado a un asesino en serie. Un tipo que ha cruzado los estados de Missouri, Kansas, Oklahoma y que ha ayudado a morir a gente. Padres de familia, a veces personas mayores, atrapados por las deudas, que han superado el límite de sus tarjetas de crédito, con hipotecas de alto riesgo, gente sin salida.

—¿Se dedica a matar a gente que no sabe administrar su dinero? —pregunté entornando los ojos.

—No, no. Creen que es una especie de doctor Kevorkian para personas con problemas de solvencia pero que tienen buenos seguros de vida. Lo llaman «el Ángel de la Deuda».

Uno de los chicos, con una mandíbula prominente y unos labios que no llegaban a cubrirle los dientes, se volvió hacia Lyle:

—Creemos que el Ángel estuvo en Iowa el mes pasado: un tipo con una de

esas mansiones cursis y cuatro hijos tuvo uno de esos accidentes espectaculares con una moto de nieve en el momento oportuno. El año pasado hubo como uno al mes. Economía, tío.

El joven se disponía a continuar, tratando de arrastrarnos al interior del *stand*, lleno de gráficos, calendarios y recortes de periódicos, y una desordenada mezcla de frutos secos esparcida por toda la mesa. Los chicos los cogían a puñados y se les caían de las manos. Las galletitas saladas y los cacahuetes rebotaban contra sus zapatillas de deporte. Negué con la cabeza, para que Lyle me llevara a otro sitio. Fuera, en el pasillo, tragué una bocanada de aire sin olor a sudor y miré el reloj.

—Perfecto —comentó Lyle—. Hay mucho por ver. Vamos. Creo que te gustará nuestro grupo. Es mucho más serio. Mira, ya hay gente allí. —Señaló un *stand* muy ordenado en la esquina donde una mujer gorda de cabellos rizados sorbía café en un enorme vaso de plástico. Dos hombres delgados de mediana edad miraban hacia la sala con las manos en jarras, ignorando a la mujer. Parecían polis. Tras ellos, un viejo calvo sentado a una mesa garabateaba notas en un cuaderno, mientras un chico en edad universitaria leía tenso por encima de su hombro. Un grupo de tipos anodinos llenaba la parte del fondo, hojeando entre montones de carpetas o sencillamente holgazaneando.

—Mira, más mujeres —dijo Lyle en tono triunfante, señalando a la montaña de mujer de los cabellos rizados—. ¿Quieres ir ahora, o prefieres esperar y hacer una entrada triunfal?

—No, vamos ahora.

—Es un buen grupo, son fans serios. Les gustarás. Apuesto a que incluso aprenderás unas cuantas cosas de ellos.

Di un gruñido y lo seguí. La mujer fue la primera en verme. Entrecerró los ojos y luego los abrió como platos. Llevaba una carpeta de fabricación casera en la que había pegada una foto mía de pequeña. En ella, yo llevaba al cuello una cadenita de oro que alguien me había regalado. Parecía que quisiera darme la carpeta: la sostenía como quien ofrece el folleto de la programación del teatro. Yo no extendí la mano. Observé que había dibujado en mi cabeza unos cuernos de demonio.

Lyle me pasó un brazo por el hombro, y enseguida lo quitó.

—Hola a todos. Nuestra invitada especial, la estrella de la Convención del Kill Club de este año. Libby Day.

Algunas cejas levantadas, bastantes cabezas asintiendo con admiración y uno de los tipos que parecían polis exclamando «mierda». El hombre estaba a punto de chocarle los cinco a Lyle con la mano levantada, pero se lo pensó mejor y congeló el brazo en un involuntario saludo nazi. El hombre mayor me echó un vistazo y siguió garabateando notas. Por un momento pensé con pavor que tendría que soltar un discurso, pero en vez de eso murmuré un áspero «hola» y me senté a la mesa.

Tras las presentaciones habituales, las preguntas. Sí, vivía en Kansas City. No, ahora estaba entre dos trabajos. No, no tenía ningún contacto con Ben. Sí, él me escribía unas cuantas veces al año, pero yo tiraba las cartas sin abrir a la basura. No, no tenía curiosidad por leerlas. Sí, estaba dispuesta a vender la próxima que me llegara.

—Bueno —interrumpió por fin Lyle con un potente grito—, tenéis delante a una figura clave en el caso de los Day, una testigo directa, así que ¿por qué no empezamos a hacer preguntas de verdad?

—Yo tengo una pregunta de verdad —dijo uno de los tipos que parecían polis. Esbozó una media sonrisa y se irguió en la silla—. Si no te importa, iré al grano.

Aún está esperando que le diga que no me importa.

—¿Por qué testificaste que Ben mató a tu familia?

—Porque lo hizo —dije—. Yo estaba allí.

—Tú estabas escondida, cariño. Es imposible que vieras lo que dices que viste; si no, también estarías muerta.

—Yo vi lo que vi —fue mi respuesta, la de siempre.

—Tonterías. Viste lo que te dijeron que viste, porque eras una niña buena que necesitaba ayuda. La acusación te presionó férreamente. Te utilizaron para conseguir su objetivo con mayor facilidad. El trabajo policial más burdo que he visto nunca.

—Yo estaba en la casa...

—Sí, pero ¿cómo explicas los disparos que mataron a tu madre? —soltó el tipo, inclinándose hacia delante y apoyando los codos en las rodillas—. Ben no tenía restos de pólvora en las manos.

—Chicos, chicos —interrumpió el hombre mayor, agitando sus gruesos dedos—, y señoritas —añadió, baboso, asintiendo hacia mí y hacia la mujer del cabello rizado—. Ni siquiera hemos presentado los hechos del caso. Debemos respetar el protocolo; de otro modo, esto puede convertirse en una sesión de chat como las de internet. Tenemos que asegurarnos de que todos estamos en la misma página.

Nadie puso objeciones, así que el hombre se humedeció los labios, miró por encima de sus gafas bifocales y carraspeó alguna flema. El hombre demostraba autoridad, aunque de un modo malsano. Me lo imaginé solo en su casa, comiendo melocotones en conserva en la encimera de la cocina, sorbiendo el almíbar. Empezó a recitar sus notas.

—Hecho: alrededor de las dos de la madrugada del 3 de enero de 1985, una persona, o varias, asesinaron a tres miembros de la familia Day en su granja de Kinnakee, Kansas. Las muertes incluyen a Michelle Day, de diez años; a Debby Day, de nueve, y a la matriarca de la familia, Patty Day, de treinta y dos. Michelle Day fue estrangulada; Debby Day murió por heridas producidas por un hacha; Patty Day, de dos heridas producidas por tiros de escopeta, varias heridas de hacha y cortes profundos efectuados con un cuchillo de caza, marca Bowie.

Sentí que la sangre me subía a las orejas y me dije a mí misma que no estaba oyendo nada nuevo. Nada por lo que asustarse. En realidad, nunca había oído los detalles de los asesinatos. Había dejado que las palabras cruzaran mi cerebro y me salieran por las orejas, como una enferma de cáncer que escucha aterrorizada la jerga codificada del médico sin entender nada, excepto que son muy malas noticias.

—Hecho —continuó el hombre—: la hija más pequeña, Libby Day, de siete años, estaba en la casa en el momento del suceso, y escapó del asesino o asesinos a través de una ventana de la habitación de su madre. Hecho: el hijo mayor, Benjamin Day, de quince años, afirma que esa noche, tras discutir con su madre, se fue a dormir al granero de un vecino. Nunca proporcionó una coartada, y su actitud con la policía no le ayudó mucho. Posteriormente fue detenido y condenado, a causa de los rumores que aseguraban que había empezado a participar en ceremonias satánicas: las paredes de la casa estaban cubiertas de símbolos y palabras asociadas al culto al diablo. Escritas con la

sangre de su madre.

El viejo hizo una pausa para conseguir un efecto dramático, miró al grupo y volvió a sus notas.

—Más censurable es el hecho de que su hermana superviviente, Libby, testificara que «había visto» a su hermano Ben cometer los asesinatos. A pesar del testimonio confuso de Libby y de su corta edad, Ben Day fue condenado, «a pesar de la sorprendente ausencia de pruebas físicas». Os convocamos para que exploréis otras posibilidades y para debatir el caso. El hecho manifiesto es que los asesinatos fueron cometidos la madrugada del 3 de enero de 1985. Un día nefasto, sin juegos de palabras. —Risas ahogadas, miradas acusadoras hacia mí—. Cuando esa familia se levantó aquella mañana, no había nada que los amenazara. Algo salió realmente mal aquel día.

Una foto se había deslizado parcialmente fuera de la carpeta del orador. Se veía una pierna gorda y sanguinolenta y parte de un camisón de color lavanda. Debby. El hombre se percató de que yo estaba mirando la foto y la guardó de nuevo con un rápido gesto, como si aquello no fuera asunto mío.

—La opinión general es que lo hizo Runner Day —intervino la gorda, a quien, al hurgar en el bolso, se le cayeron al suelo unos pañuelos de papel.

Salí de mi aturdimiento al oír el nombre de mi padre. Runner Day. Un tipo miserable.

—Él va a ver a Patty —continuó la mujer—, intenta intimidarla para que le dé dinero, como siempre, no consigue nada, se cabrea y enloquece. Al parecer, ese hombre no estaba en sus cabales.

Sacó un frasco y se tragó dos aspirinas como hacen en las películas, con una rápida y violenta sacudida hacia atrás de la cabeza. Después me miró en busca de confirmación.

—Sí, eso creo. No me acuerdo bien de él. Se divorciaron cuando yo tenía unos dos años, y no hemos tenido mucho contacto después. Regresó una vez y estuvo con nosotros durante un verano, el anterior a los asesinatos, pero...

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé.

La mujer clavó la mirada en mí.

—¿Y qué hay de aquella huella de zapato de hombre? —preguntó un hombre desde el fondo—. La policía nunca explicó por qué había huellas de

zapato de hombre manchadas de sangre en una casa donde no había ningún hombre que llevara zapatos...

—La policía nunca explica casi nada —soltó el viejo.

—Igual que la mancha de sangre en las sábanas de Michelle —intervino Lyle volviéndose hacia mí—. Aquel tipo de sangre no pertenecía a nadie de la familia. Lamentablemente, las sábanas eran de los servicios sociales, por lo que la Fiscalía argumentó que la sangre podía provenir de cualquier persona.

«Sábanas levemente usadas». Sí. Los Day éramos grandes aficionados a la beneficencia: el sofá, la tele, las lámparas, los pantalones, hasta las cortinas eran de los servicios sociales.

—¿Sabes cómo encontrar a Runner? —preguntó el chico joven—. ¿Podrías hacerle algunas preguntas para nosotros?

—Y yo sigo pensando que sería útil hacerles unas cuantas preguntas a los amigos de Ben de aquella época. ¿Mantienes contactos en Kinnakee? —dijo el viejo.

Varias personas empezaron a discutir sobre el posible móvil de Runner, sobre los amigos de Ben y el deficiente procedimiento de la policía.

—Eh, un momento —dije—. ¿Qué pasa con Ben? ¿Es que ya lo habéis descartado?

—Por favor, ésa es la sentencia más injusta que he visto nunca —terció la gorda—. Y no finjas que crees lo contrario. A menos que estés protegiendo a tu padre. O que estés demasiado avergonzada por lo que hiciste.

Entonces la miré. Llevaba una mancha de huevo en el pelo. «¿Quién come huevos a medianoche? —pensé—. ¿O se la ha hecho esta mañana?».

—Nuestra amiga Magda está volcada en el caso y decidida a hacer todo lo posible por liberar a tu hermano —dijo el viejo levantando las cejas condescendentemente.

—Este hombre es un ser maravilloso —comentó Magda apuntando su barbilla hacia mí—. Escribe poemas y música, y todo en él transmite esperanza. Deberías conocerlo, Libby, deberías conocerlo de verdad.

Magda pasó las uñas por las carpetas que había sobre la mesa, una por cada miembro de la familia Day. La más gruesa estaba cubierta de fotos de mi hermano: Ben, pelirrojo y joven, sosteniendo sombriamente un bombardero de juguete; Ben, con el pelo negro, atemorizado en la foto de la ficha policial

después de su detención; Ben hoy, en la cárcel, de nuevo pelirrojo, con pinta de estudioso, con la boca un poco abierta, como pillado a mitad de una frase. Al lado estaba la carpeta de Debby, con una sola foto de ella disfrazada de gitana en Halloween: mejillas sonrosadas, labios rojos, sus cabellos castaños cubiertos con el pañuelo rojo de mamá, las caderas ladeadas, pretendiendo quedar *sexy*. A su derecha se veía mi brazo pecoso extendido hacia ella. Era una foto de familia, de la que yo no tenía recuerdo.

—¿De dónde has sacado esa foto? —le pregunté.

—De por ahí. —Tapó la carpeta con su mano rechoncha.

Miré hacia la mesa, reprimiendo el deseo de embestirla. La fotografía del cuerpo sin vida de Debby volvió a deslizarse fuera de la carpeta del viejo. Vi la pierna ensangrentada, el vientre rebanado, un brazo casi cortado del todo. Me incliné sobre la mesa y agarré al tipo por la muñeca.

—Quita esa mierda de ahí —mascullé. El tipo guardó la foto de nuevo, se puso la carpeta en el pecho a modo de escudo y me miró, parpadeando.

Todos me miraban ahora con curiosidad, un poco preocupados, como si yo fuera un conejillo, una mascota, y acabaran de darse cuenta de que podía tener la rabia.

—Libby —dijo Lyle en un tono suave de presentador de televisión—. Nadie duda de que estuvieras en la casa. Nadie duda de que sobrevivieras a una prueba increíblemente horrible que ningún niño debería soportar nunca. Pero ¿realmente viste con tus propios ojos lo que dices que viste? ¿O fuiste coaccionada?

Yo me estaba imaginando a Debby arreglándome el pelo con sus dedos regordetes, trenzándolo al estilo «raspa de pescado», que ella insistía en que era más complicado que las trenzas francesas, resoplando su aliento caliente en mi nuca. Atando una cinta verde en la punta, convirtiéndome en un regalo. Ayudándome, en equilibrio al borde de la bañera, a sostener el espejito de mano para que pudiera ver el reflejo de mi nuca en el espejo del lavabo. Debby, que de manera desesperada quería que todo fuera bonito.

—No existe ni una sola prueba de que nadie, excepto Ben, matara a mi familia —dije, volviendo al mundo de los vivos, donde yo vivo por mi cuenta—. ¡Por los clavos de Cristo, si ni siquiera presentó un recurso de apelación! Nunca ha hecho nada por salir de la cárcel. —Yo no sabía nada de convictos,

pero me parecía que estaban siempre apelando, de manera obsesiva, aunque no tuvieran la más mínima posibilidad. Cuando me imaginaba la cárcel, veía monos de color naranja y cuadernos amarillos. Ben había demostrado ser culpable con su actitud inerte: mi testimonio fue sólo la puntilla.

—Tenía razones suficientes para interponer ocho recursos —sentenció Magda con grandilocuencia. Me di cuenta de que era una de las mujeres que se presentaban en mi puerta para gritarme. Me alegré de no haberle dado a Lyle mi dirección—. Que no luche no quiere decir que sea culpable, Libby, significa que ha perdido la esperanza.

—Bueno, pues me alegro.

Lyle abrió los ojos como platos.

—Oh, Dios. Realmente crees que lo hizo Ben. —Después se rio, una vez, involuntariamente, y se reprimió de inmediato; pero su risa había sido auténtica—. Perdóname —murmuró. Nadie se ríe de mí. Todo lo que yo digo o hago debe tomarse muy muy en serio. Nadie se burla de una víctima. No soy una persona que haga gracia.

—Bueno, que disfrutéis de vuestras teorías conspiratorias —dije, y me levanté de la silla de golpe.

—Oh, no te lo tomes así —dijo el poli—. Quédate. Convéncenos.

—Él nunca... presentó... una apelación —dije como una maestra de preescolar—. Eso es suficiente para mí.

—Pues entonces eres idiota.

Le enseñé el dedo corazón, un gesto duro, como si estuviera metiéndoselo hasta el fondo. Luego me di la vuelta, y alguien detrás de mí dijo:

—Sigue siendo una pequeña mentirosa.

Me abrí paso de nuevo entre la multitud, a mi manera, a codazos y rodillazos, hasta que alcancé el aire fresco de las escaleras, dejando atrás el bullicio. Mi única victoria era el fajo de billetes en el bolsillo y el convencimiento de que aquellas personas eran tan patéticas como yo.

LLEGUÉ A CASA, encendí todas las luces y me metí en la cama con una botella de ron empalagoso. Me tumbé de lado y miré los complicados pliegues de la nota de Michelle, que había olvidado vender.

LA NOCHE HABÍA tomado partido. Del mismo modo en que el mundo estaba dividido entre los que creían que Ben era culpable y los que lo creían inocente, ahora esa docena de tipos extraños metidos en un sótano de las afueras se habían cambiado de bando, con los bolsillos llenos de ladrillos, y ¡bum! Bueno, así estaban las cosas ahora. Magda y Ben, los poemas y la fuerza de la esperanza. Las huellas y las manchas de sangre, y Runner convertido en loco. Por primera vez desde el juicio de Ben, me había sometido al juicio de la gente que creía que yo estaba equivocada, y resulta que no me encontraba del todo preparada para ese desafío. Mujer de poca fe. En otro momento, sencillamente podría haberme encogido de hombros, como siempre. Pero esas personas estaban tan seguras, se mostraban tan despectivas, como si me hubieran advertido de mi error mil veces, que decidí no dejarme vapulear más. Había ido allí pensando que se comportarían como suele hacerlo la gente: intentando ayudarme, cuidar de mí, solucionar mis problemas. En cambio, se habían burlado de mí. ¿Realmente era tan fácil desconcertarme? ¿Era tan débil?

No. Aquella noche vi lo que vi, pensé, mi mantra de siempre. A pesar de que no era cierto. Lo cierto era que no vi nada. ¿Vale? Bueno. Técnicamente no vi nada. Sólo lo oí. Sólo lo oí porque estaba escondida en un armario mientras mi familia moría, por la sencilla razón de que yo era una pequeña cobarde.

AQUELLA NOCHE, AQUELLA noche, aquella noche. Me había despertado en la oscuridad de la habitación que compartía con mis hermanas, la casa estaba tan fría que había escarcha en el lado interior de las ventanas. Debby se había metido en la cama conmigo en algún momento —a menudo dormíamos juntas para darnos calor— y su culo regordete me empujaba el estómago, presionándome contra la pared fría. Yo era sonámbula desde que había aprendido a caminar, así que sólo recuerdo que pasé por encima de Debby y que vi a Michelle durmiendo en el suelo, con su diario entre las manos, como siempre, chupando un bolígrafo en sueños y babeando la tinta negra mezclada con su saliva. Ni me molesté en despertarla, en llevarla de nuevo a la cama. Las horas de sueño eran celosamente defendidas en nuestra casa, fría y repleta de gente, y ninguna de nosotras se levantaba sin oponer resistencia. Dejé a

Debby en mi cama y abrí la puerta para escuchar mejor las voces que se oían abajo, en la habitación de Ben: susurros urgentes que casi eran gritos. Sonidos de gente que cree que está siendo silenciosa. Se veía luz por debajo de la puerta de Ben. Fui a la habitación de mi madre, me metí en su cama y me acurruqué contra su espalda. En invierno, ella dormía siempre con un par de camisetas y varios suéteres: al tacto, parecía un enorme animal de peluche. Normalmente, cuando notaba mi presencia junto a ella, no se movía, pero aquella noche recuerdo que se dio la vuelta hacia mí y pensé que me iba a echar. En cambio, me abrazó con fuerza y me besó en la frente. Me dijo que me quería. Casi nunca nos decía que nos quería. Por eso supongo que lo recuerdo, o creo que lo hizo, a menos que me lo haya inventado después de los hechos para sentirme mejor. Pero vamos a suponer que ella me dijo que me quería y que me dormí inmediatamente después.

Cuando me desperté, puede que minutos o quizá horas después, ella no estaba. Al otro lado de la puerta cerrada, donde no podía verla, mi madre estaba llorando y Ben le gritaba. Se oían más voces; Debby sollozaba y gritaba: «Mamimamimamimichelle», y a continuación se oyó el ruido de un hacha. Entonces yo ya distinguía ese ruido. Metal zumbando en el aire —ése era el sonido— y, después de la oscilación del hacha, un golpe seco y un gorgoteo. Debby soltó un gruñido y sonó como si tragara aire con dificultad. Ben le gritó a mamá: «¿Por qué me haces esto?». Y Michelle no dijo nada, algo muy extraño en ella, porque Michelle era la que siempre gritaba más, pero no dijo nada. Mamá gritó: «¡Corre! ¡Corre! No. No». Y sonó un disparo, y mi madre siguió gritando, pero ya no era capaz de articular palabras, sólo se oía una especie de chasquidos, como un pájaro golpeando las alas contra las paredes al final del pasillo.

Pasos fuertes de botas pesadas y los pequeños pies de Debby, aún viva, corriendo hacia la habitación de mamá, y yo pensando: «No, no, no vengas aquí», y luego las botas resonando en el pasillo tras ella y alguien arrastrándose y arañando el suelo, y más gorgoteos, más gorgoteos, y golpes, y después un ruido sordo y el sonido del hacha, y mi madre que sigue emitiendo horribles graznidos, y yo quieta, helada, en el dormitorio de mi madre, a la escucha, y otro disparo estallando en mis oídos de nuevo y otro golpe seco que sacudió el suelo bajo mis pies. Yo, cobarde, esperando a que todo se acabe.

Medio acurrucada dentro y fuera del armario, meciéndome hacia delante y hacia atrás. «Desaparece, desaparece, desaparece». Portazos y más pasos y un lamento, Ben susurrando para sí mismo, frenético. Y después llorando, con un llanto profundo de hombre, y la voz de Ben, sé que era la voz de Ben, gritando: «¡Libby! ¡Libby!».

Abrí una ventana de la habitación de mi madre y atravesé la mosquitera rota, un golpe de nalgas en el suelo cubierto de nieve, los calcetines empapados de inmediato, el pelo enredado en los arbustos. Corrí.

«¡Libby!». Miré atrás, hacia la casa, sólo una linterna en una ventana, todo lo demás negro. Cuando llegué a la laguna mis pies estaban en carne viva. Llevaba dos capas de ropa, como mi madre, calzones largos debajo del camisón, pero estaba temblando, el viento me agitaba la ropa y me golpeaba en el vientre.

Frenéticos *flashes* de luz barrían el cañizal, después el bosquecillo de al lado, luego una zona de terreno muy cercana a mí. «¡Libby!». La voz de Ben otra vez. Cazándome. «¡Quédate donde estás, cariño! ¡Quédate donde estás!». Los destellos de la linterna acercándose cada vez más, aquellas botas crujendo sobre la nieve y yo llorando con fuerza contra la manga de mi camisón, entre convulsiones, casi a punto de salir y acabar de una vez, y entonces la linterna volvió sobre sus pasos y se alejó de mí, y me quedé sola, para morir de frío en la oscuridad. Luego la linterna salió de la casa y yo me quedé donde estaba.

Horas más tarde, a la débil luz del amanecer, cuando ya estaba demasiado aturdida para sostenerme de pie, volví a casa, los pies pesados como el hierro, las manos heladas cerradas en un puño. La puerta estaba abierta, y entré cojeando en el interior. En el suelo de la cocina había un solitario montoncito de vómito, guisantes y zanahorias. Todo lo demás era rojo: pintadas de aerosol por las paredes, charcos en la alfombra, un hacha ensangrentada abandonada en el brazo del sofá. Encontré a mi madre tendida en el suelo frente a la habitación de sus hijas, la parte superior de la cabeza cortada en una rebanada triangular, se veían enormes cortes de hacha a través del camisón, un pecho descubierto. Por encima de ella, largos mechones de pelo rojo con masa cerebral adheridos a las paredes. Debby estaba a su lado, los ojos muy abiertos y una raja sanguinolenta cruzándole la mejilla. El brazo

rebanado casi por completo; el hacha le había cortado el estómago, tenía la tripa abierta, flácida como la boca de alguien que duerme. Llamé a Michelle, aunque sabía que estaba muerta. Entré de puntillas en nuestro cuarto y la encontré acurrucada en la cama con sus muñecas, el cuello ennegrecido por los cardenales, con las zapatillas aún puestas, un ojo abierto.

Las paredes estaban pintadas con sangre: pentagramas y palabras obscenas. Coño. Satanás. Todo estaba roto, hecho jirones, destruido. Botes de conserva habían sido lanzados contra las paredes, cereales esparcidos por el suelo. Había un paquete individual de arroz inflado en la herida del pecho de mi madre, tal era el caos. Un zapato de Michelle colgaba del ventilador, sujeto por los cordones.

Me arrastré cojeando hasta el teléfono de la cocina, tirado en el suelo, marqué el número de mi tía Diane, el único que me sabía de memoria, y cuando tía Diane contestó, grité: «¡Están todos muertos!», con una voz tan fuerte que me hice daño en los oídos. Entonces me escondí en el hueco que había entre la nevera y el horno, y esperé a Diane.

En el hospital, me sedaron y me amputaron tres dedos del pie congelados y la mitad del dedo anular de la mano. Desde entonces sólo he estado esperando morir.

ME SENTÉ BAJO la luz eléctrica amarilla. Me obligué a olvidar la casa de los asesinatos y volví a mi habitación de adulta. No iba a morir pronto, estaba sana como un perro de caza, así que necesitaba un plan. Mi cerebro calculador, propio de los Day, afortunadamente, gracias a Dios, volvió a pensar en mi propio bienestar. La pequeña Libby Day acababa de descubrir su enfoque vital. Llámese instinto de supervivencia, o llámese como lo que es: codicia.

Aquellos «entusiastas seguidores de los Day», aquellos «investigadores», pagarían por algo más que simples cartas viejas. ¿No me habían preguntado si podía localizar a Runner o a algún amigo de Ben? Pagarían por una información que sólo yo podía darles. Esos graciosillos que memorizaban los planos de mi casa, que llenaban carpetas de fotos con las escenas del crimen, tenían sus propias teorías acerca de cómo asesinaron a los Day. Siendo tan frikis, les sería difícil encontrar a alguien que se prestara a hablar con ellos.

Yo podía hacerlo en su lugar. La policía complacería a una pobrecita como yo, y muchos de los implicados también. Podía hablar con mi padre, si eso era lo que querían, y podía encontrarlo.

No es que eso fuera a llevar necesariamente a nada. En casa, bajo la cálida luz de hámster en su jaula, de nuevo a salvo, me recordaba a mí misma que Ben era culpable (*tenía* que serlo), principalmente porque yo no era capaz de barajar cualquier otra posibilidad. No si yo iba a empezar a ponerme en marcha, y por primera vez en veinticuatro años necesitaba ponerme en marcha. Empecé a hacer cuentas en mi cabeza: quinientos dólares, pensé, por hablar con los polis; cuatrocientos por hablar con alguno de los amigos de Ben; mil por dar con el paradero de Runner; dos mil por hablar con Runner. Y era seguro que los fans tenían una lista entera de personas a las que yo podía engatusar un rato en mi papel de Huérfana Day. Podía alargar eso durante meses.

Me quedé dormida, con la botella de ron en la mano, tranquilizándome: Ben Day es un asesino.

BEN DAY

2 de enero de 1985

9.13

Ben se deslizaba por el hielo, las ruedas de su bici resplandecían. Era un camino de *motocross*, para el verano, y ahora estaba cubierto de hielo, así que era una estupidez pasar por allí. Pero aún era más tonto lo que estaba haciendo él: pedalear tan rápido como podía sobre los baches, con tallos de maíz rotos a ambos lados del camino, como rastrojos, mientras intentaba despegar un maldito adhesivo de una mariposa que una de sus hermanas le había pegado en el cuentakilómetros. Llevaba allí semanas, se había fijado decenas de veces, y le cabreaba verlo allí pegado, aunque no lo suficiente como para dedicarle mucho tiempo. Estaba convencido de que había sido Debby la que lo había puesto, con un brillo triunfal en los ojos y sin pensárselo mucho: «¡Queda bonito!». Ben ya había medio quitado aquella cosa brillante cuando chocó contra un montoncito de tierra, la rueda delantera giró a la izquierda completamente, y la parte de atrás de la bicicleta se levantó de repente y se le cayó encima. No llegó a volar del todo. Se levantó, una pierna se le había quedado atrapada en la bici, y cayó de lado, arañándose el brazo contra los rastrojos, la pierna derecha torcida bajo el peso de su cuerpo. Se estrelló de cabeza contra el duro suelo, sus dientes sonaron como campanas. Cuando pudo volver a respirar de nuevo —tras diez segundos llenos de lágrimas—, se dio cuenta de que le goteaba sangre por debajo del ojo. Bien. Se la esparció con los dedos por la mejilla, e inmediatamente notó un nuevo hilo de sangre que le afloraba de una herida en la frente. Deseó haberse

golpeado más fuerte. Nunca se había roto un hueso, un hecho que sólo admitía cuando lo presionaban de verdad. «¿En serio, colega? ¿Cómo puede uno pasar por la vida sin romperse nada? ¿Tu mamá te envolvía en plástico de burbujas?». La primavera anterior había ido a la piscina del pueblo con unos chicos y se había quedado en el borde del trampolín, sobre aquel gran agujero seco, mirando el fondo de hormigón, dispuesto a lanzarse, a aplastarse, a ser el chico loco. Botó un par de veces sobre el trampolín, se tomó otro trago de *whisky*, saltó arriba y abajo unas cuantas veces más, y luego se bajó y volvió al lado de los chicos, a los que apenas conocía, y que se habían limitado a observarlo por el rabillo del ojo.

Un hueso roto habría sido lo ideal, pero un poco de sangre no estaba mal. Ahora fluía constante, mejilla abajo, por la barbilla, goteando en el hielo. Pequeños lagos de un rojo puro.

«Aniquilación».

La palabra surgió de la nada; tenía la cabeza espesa, frases y fragmentos de canciones se apretujaban allí dentro. Aniquilación. Le había sobrevenido una imagen donde veía a bárbaros del norte blandiendo hachas. Se había preguntado por un segundo, uno solo, si se habría reencarnado, y si eso sería parte de la memoria sobrante, flotando en su cerebro como las cenizas de un incendio. Luego recogió la bici y desechó la idea. Ya no tenía diez años.

Comenzó a pedalear, la cadera derecha magullada, el brazo ardiéndole por los arañazos causados por los rastrojos. Quizá también tenía un buen moretón. A Diondra le gustaría eso, le pasaría el dedo por encima suavemente, en círculos, y luego le daría un golpecito para burlarse de él cuando saltara de dolor. A Diondra le gustaban las reacciones contundentes, era una llorona, una quejica y una gritona cuando se reía. Cuando quería parecer sorprendida abría los ojos como platos, las cejas le llegaban casi hasta el nacimiento del pelo. Le gustaba saltar desde detrás de las puertas para asustarlo y que él fingiera perseguirla. Diondra, su chica, la chica con un nombre que le hacía pensar en princesas o en *strippers*, no estaba seguro. Ella tenía un poco de ambas: deslumbrante pero de mala calidad.

Algo se había soltado en la bici. En algún lugar cerca de los pedales se oía un ruido como de clavo que rebotaba dentro de una lata. Se paró a mirar, tenía las manos enrojecidas por el frío, como las de un viejo, y débiles, pero por

más que miró no vio nada roto. Se le acumuló más sangre en los ojos mientras intentaba encontrar el problema. Joder, era un inútil. Él era demasiado pequeño cuando su padre los abandonó. No había tenido ocasión de aprender nada práctico. Había visto a chicos arreglando motos, tractores y coches, pero las piezas de los motores parecían los intestinos de metal de un animal desconocido para él. Él sabía de animales y armas de fuego. Era cazador, como todos en su familia, aunque eso no era mucho motivo de orgullo desde que había descubierto que su madre era mejor tiradora que él.

Quería ser un hombre útil, pero no estaba seguro de cómo conseguirlo, y eso le hacía cagarse de miedo. El verano anterior, su padre había vuelto para pasar en la granja unos meses, y Ben había albergado esperanzas de que finalmente fuera a enseñarle algo, de que se tomara la molestia de ejercer de padre. Sin embargo, Runner siempre acababa haciendo todas las reparaciones mecánicas él mismo, sin invitarlo siquiera a mirar cómo lo hacía. Al contrario, dejó bien claro que Ben debía apartarse de su camino. Seguro que Runner pensaba que él era como un gatito: cada vez que su madre hablaba de la necesidad de arreglar algo, Runner decía: «Eso es trabajo de hombres», y le desafiaba con una sonrisa a que lo contradijera. Estaba claro que Runner no le iba a enseñar una mierda.

Además, no tenía dinero. Corrección: tenía cuatro dólares y treinta centavos en el bolsillo, pero eran para él, para pasar la semana. Su familia no tenía dinero ahorrado. Disponían de una cuenta bancaria que siempre estaba poco menos que vacía; había visto un extracto cuyo saldo era, literalmente, de un dólar y diez centavos, por lo que en algún momento toda su familia había tenido menos dinero en el banco que lo que él llevaba encima en ese instante. Su madre no podía atender ella sola la granja, lo que la ponía de los nervios. Cargaba una remesa de trigo en un camión prestado y no ganaba nada —menos de lo que gastaba en hacerlo crecer—, y cuando lograba obtener un poco de dinero, tenía que utilizarlo para pagar deudas. «Los lobos están en la puerta», decía siempre, y cuando él era más pequeño, se la imaginaba asomada a la puerta de atrás, lanzando billetes a una jauría de mastines que los devoraban como si fueran carne. Nunca era suficiente.

¿Alguien, en algún momento, decidiría deshacerse de la granja? ¿No deberían quitársela de encima? Lo mejor era venderla, empezar de cero, en

algún lugar que no tuviera nada que ver con esa cosa grande y agonizante. Pero había pertenecido a los padres de su madre, y ella era una sentimental. No obstante, si uno se paraba a pensarlo detenidamente, era una postura bastante egoísta. Ben trabajaba todos los días en la granja, y los fines de semana iba a la escuela para su trabajo de mierda de chico de la limpieza. (De la escuela a la granja y de la granja a la escuela, ésa era su vida antes de conocer a Diondra. Ahora tenía un bonito triángulo de sitios adonde ir: la escuela, la granja y la enorme casa de Diondra en las afueras del pueblo). Daba de comer al ganado y recogía el estiércol en casa, y casi hacía lo mismo en la escuela: limpiaba los baños y la cafetería, la mierda de los demás críos. Y todavía se esperaba de él que le diera la mitad del sueldo a su madre. «Las familias lo comparten todo». ¿Ah, sí? Bueno, y los padres cuidan de sus hijos, ¿qué hay de eso? ¿Cómo se les había ocurrido tener tres críos más cuando no eran capaces ni de mantener al primero?

La bicicleta traqueteaba mucho, y Ben temía que de un momento a otro fuera a desmontarse pieza a pieza, como en las comedias de la tele o en los dibujos animados; acabaría sentado en el sillín, pedaleando sobre una sola rueda. Odiaba tener que ir en bici hasta lugares como Opie para pescar. Odiaba no poder conducir. «Nada más triste que un chico a punto de cumplir dieciséis años», diría Trey, sacudiendo la cabeza y echándole el humo a la cara. Decía eso cada vez que Ben iba en su bicicleta a ver a Diondra. Por lo general, Trey era guay, pero era de esos que no paran de meterse con los demás. Trey tenía diecinueve años, el pelo largo, muy moreno y opaco, como el alquitrán fresco. Era primo segundo de Diondra, o algo así de raro, tío o amigo de la familia, o hijastro de un amigo de la familia. Había cambiado su historia unas cuantas veces, o Ben nunca le había prestado suficiente atención. Cosa que era perfectamente posible, porque, cuando Trey estaba por allí, Ben se ponía inmediatamente tenso, consciente de cada parte de su propio cuerpo y de cada uno de sus movimientos. ¿Por qué ponía las piernas de ese modo? ¿Qué tenía que hacer con las manos? ¿Ponérselas en la cintura o metérselas en los bolsillos?

Se sentía incómodo de cualquier manera. E, hiciera lo que hiciera, tendría que aguantar alguna broma. Trey siempre encontraba en las personas algún detalle o gesto insignificante, cosas que a uno le pasaban desapercibidas, que

le inspiraban algún comentario mordaz y luego, para colmo, se lo contaba a todo el mundo. «Parece que vayas a regar», le soltó la primera vez que lo vio. Ben llevaba unos vaqueros que quizá, posiblemente, le quedaban un poco cortos. Tal vez un solo centímetro. «Parece que vayas a regar»... Diondra había explotado a reír con esa broma. Ben esperó a que se le pasara, y también Trey, pero para volver a la carga. Ben esperó diez minutos sentado en un rincón, sin decir nada, buscando una postura en que no se le vieran demasiado los calcetines. Luego fue al lavabo, se aflojó el cinturón y se bajó los vaqueros hasta las caderas. Cuando volvió al estudio de Diondra —en el piso de abajo, con alfombras azules y pufs por todas partes, como champiñones—, el segundo comentario de Trey fue: «Y ahora te pones el cinturón a la altura de la polla, tío. Así no engañas a nadie».

Ben descendía por el sendero bajo la fría sombra del invierno, copos de nieve flotaban en el aire como motas de polvo. No tendría coche ni cuando cumpliera los dieciséis. Su madre tenía un Cavalier que había comprado en una subasta; antes había sido un coche de alquiler. Y no podían permitirse un segundo coche, su madre lo había dejado bien claro. Tendrían que compartirlo, así que Ben se negó en redondo a usarlo. Se imaginaba yendo a buscar a Diondra en aquel coche que olía a usado, a humanidad, a patatas fritas rancias, y en cuyos asientos se veían manchas de sexo. Además de todo eso, ahora había libros escolares de las niñas, muñecas rotas y pulseras de plástico. No, eso no funcionaría. Diondra le dijo que podía conducir su coche (ella tenía diecisiete años, otro problema, porque ¿no era vergonzoso ir dos cursos por debajo de tu novia?). Pero eso estaba mucho mejor: los dos en el CRX rojo de ella, con la suspensión trasera levantada, los cigarrillos mentolados de Diondra llenando el coche de humo perfumado y los Slayer sonando a tope. Sí, mucho mejor.

Se irían lejos de ese pueblo de mierda, a Wichita, donde el tío de Diondra tenía una tienda de deportes y podía darle trabajo. Ben se había presentado a las pruebas para entrar en el equipo de baloncesto y en el de fútbol, y había sido rechazado enseguida en ambos y para siempre, por lo que pasarse los días en un lugar lleno de pelotas de baloncesto y de fútbol resultaría irónico. Aunque rodeado de todo aquel equipamiento, podría practicar todo lo que quisiera, hasta ser lo bastante bueno para entrar en algún equipo de algo. Eso

tenía que ser algo positivo para él.

Pero lo más positivo era Diondra, por supuesto. Diondra y él en su propio apartamento de Wichita, comiendo algo del McDonald's, viendo la tele y haciendo el amor, y fumando paquetes enteros de cigarrillos en una noche. Ben casi no fumaba cuando no estaba con Diondra; ella era la adicta, fumaba mucho, olía a tabaco hasta recién duchada, parecía que si le rajaras la piel saldría una nube de humo mentolado por la herida. A él le había llegado a gustar, era un olor reconfortante, olía a hogar, como para otras personas el pan caliente. Así es como sería: Diondra y él, ella con sus rizos castaños engominados (otro olor que la definía: aquella punzada aguda en el aire), sentados en el sofá viendo las telecomedias que ella grabaría cada día. Se había enganchado a los dramas: mujeres esbeltas bebiendo champán, con diamantes que refulgían en sus dedos mientras sus maridos las engañaban, o ellas engañaban a sus maridos, o personas que sufrían amnesia y que también acababan engañando a alguien. Llegaría a casa del trabajo, sus manos olerían al cuero de las pelotas de baloncesto, y ella habría comprado hamburguesas en el McDonald's o algo en el Taco Bell y pasarían el rato y bromearían sobre las mujeres chillonas de la tele, y Diondra las señalaría con sus preciosas uñas —ella amaba sus uñas— y entonces insistiría en pintárselas a él, o en pintarle los labios, cosa que también adoraba hacer, a ella le encantaba ponerlo guapo, decía siempre. Acabarían en una lucha de cosquillas en la cama, desnudos, echándose *ketchup* en la espalda, y Diondra se reiría como un mono, tan alto que los vecinos golpearían en el techo.

Pero esa imagen no estaba del todo completa. Había olvidado deliberadamente un detalle muy alarmante, había omitido ciertos hechos. Eso no podía ser buena señal. Significaba que todo era un sueño. Él era un niño idiota que no podía tener algo tan insignificante como un apartamento de mierda en Wichita. Ni siquiera podía tener eso. Sintió una furia familiar. Su vida era una larga serie de negaciones, que simplemente lo esperaban a la vuelta de la esquina.

«Aniquilación». Vio hachas de nuevo, armas de fuego, cuerpos ensangrentados aplastados contra el suelo. Los gritos daban paso a los lamentos y al trino de los pájaros. Quería sangrar más.

LIBBY DAY

Ahora

Durante una temporada, unos cinco meses, viví con un primo segundo de Runner en Holcomb, Kansas, mientras la pobre tía Diane se recuperaba de mis particularmente furiosos doce años. No recuerdo mucho de aquellos cinco meses, excepto que hicimos un viaje con la escuela a Dodge City para aprender cosas sobre Wyatt Earp. Creíamos que veríamos armas, búfalos, putas. En cambio, unos veinte de nosotros nos pasamos el día arrastrándonos cansinamente y dándonos codazos a través de una serie de habitaciones pequeñas, mirando registros, entre polvo y lloriqueos. Ni el mismísimo Earp me impresionó, pero yo adoraba a los villanos del Lejano Oeste, con sus bigotes grasientos, su ropa acartonada y aquellos ojos que brillaban como el níquel. Los fugitivos de la ley siempre eran calificados de «mentirosos y ladrones». Y allí, en una de aquellas habitaciones que olían a cerrado, donde el empleado hablaba del arte de archivar con un tono monótono, yo me alegraba de haber encontrado a un compañero de viaje. Porque pensé: «Así soy yo». Soy una mentirosa y una ladrona. No me dejes entrar en tu casa y, si lo haces, no me dejes sola. Me llevo cosas. Podrías pillarme con tu collar de finas perlas repiqueteando en mis manitas codiciosas, y yo te diría que me recordaba a mi madre y que sólo lo estaba tocando, sólo un segundo, y que lo sentía mucho, que no sabía qué me había pasado.

Mi madre nunca tuvo ninguna joya que no le pusiera la piel verde, pero a ti no te interesa saber eso. Y volveré a llevarme tus perlas al menor descuido.

Robo bragas, anillos, discos, libros, zapatos, iPods, relojes. Si voy a una

fiesta a casa de alguien —no tengo amigos, pero siempre hay gente que me invita a algún sitio—, pillo unas cuantas camisetas y me las pongo debajo del suéter, me meto un par de pintalabios en el bolsillo y toda la calderilla que pueda encontrar en el bolso de alguna invitada despistada. A veces incluso me llevo el bolso, si la gente está lo suficientemente borracha. Simplemente me lo cuelgo al hombro y me voy. Píldoras, perfumes, broches, bolígrafos. Comida. Tengo una petaca de la Segunda Guerra Mundial que pertenecía al abuelo de alguien, un alfiler de la Phi Beta Kappa ganado por el tío favorito de no sé quién y una de esas tazas plegables antiguas que ya no recuerdo ni dónde ni cuándo robé. Si alguien me pregunta, digo que es herencia de familia.

Las cosas que pertenecían de verdad a mi familia, esas cajas debajo de la escalera, no puedo tenerlas a la vista. Prefiero las cosas de otras personas. Vienen con la historia de otros.

Algo que tengo en casa y que no he robado es una novela basada en hechos reales que se titula *La cosecha del diablo: El sacrificio satánico de Kinnakee, Kansas*. Se publicó en 1986, y fue escrita por una antigua periodista llamada Barb Eichel. Eso es todo lo que sé realmente. Al menos tres medio novios me han regalado un ejemplar de ese libro, solemnemente, con prudencia, y a los tres los mandé al carajo de inmediato. Si digo que no quiero leer ese libro, es que no quiero leer ese libro. Es como mi costumbre de dormir siempre con la luz encendida. A todos los tíos con los que me acuesto les digo que siempre dejo la luz encendida, y ellos siempre responden: «Yo cuidaré de ti, nena», o algo parecido, e intentan apagar las luces. Como si fuera tan sencillo. Parece que les sorprenda que duerma con las luces encendidas.

Saqué *La cosecha del diablo* de un montón de libros apilados en un rincón; lo guardo por la misma razón que guardo las cajas con los papeles de mi familia y los trastos, porque quizá lo quiera algún día, y si eso no sucede es igual. No quiero que nadie más lo tenga.

La primera página decía:

Kinnakee, Kansas, en el corazón de América, es una tranquila comunidad agrícola donde todos se conocen entre sí, van a la iglesia juntos, envejecen juntos. Pero no es inmune a los males del mundo exterior, y en las

primeras horas del 3 de enero de 1985 esos males destruyeron a tres miembros de la familia Day en un río de sangre y horror. Ésta es una historia no sólo de asesinatos, sino también de culto al diablo, de rituales sangrientos y de la difusión de la adoración a Satanás por todos los rincones de Estados Unidos, incluidos los lugares más acogedores, los que parecen más seguros.

Los oídos empezaron a zumbarme con los sonidos de la noche: un fuerte gruñido masculino, un lamento desde lo más hondo de la garganta. Los gritos de *banshee* de mi madre anunciando la muerte cercana. Lugar Oscuro. Miré la foto de contracubierta de Barb Eichel. Tenía el cabello corto y de punta, grandes aretes en las orejas y una sonrisa triste. La biografía decía que vivía en Topeka, Kansas, pero de eso hacía más de veinte años.

Quería telefonar a Lyle Wirth con mi propuesta de información a cambio de dinero, pero no estaba dispuesta a escuchar de nuevo sus discursos sobre mí y sobre la muerte de mi familia. («¡Realmente crees que lo hizo Ben!»). Necesitaba ser capaz de discutir con él, en vez de quedarme sentada sin tener nada que decir, como una ignorante. Que es básicamente lo que soy. Continué hojeando el libro, tumbada boca arriba, apoyada sobre una almohada doblada, con *Buck* controlándome con su mirada gatuna, esperando cualquier movimiento mío hacia la cocina. Barb Eichel describía a Ben como «un solitario vestido de negro, impopular y furioso» y «obsesionado con la versión más brutal del *heavy metal* —llamada *black metal*—, canciones que, se rumorea, no son sino llamadas codificadas al mismísimo diablo». Fui saltándome párrafos, naturalmente, hasta encontrar una referencia a mí: «Angelical pero fuerte», «determinada y triste» con un «aire de independencia que normalmente no se ve en niños con el doble de edad». Nuestra familia había sido «alegre y bulliciosa, que miraba hacia delante, a un futuro de aire limpio y vida limpia». Ja. Sin embargo, éste era supuestamente el libro definitivo sobre los asesinatos y, después de todas aquellas voces en el Kill Club diciéndome que era idiota, estaba ansiosa por hablar con una desconocida que también creía que Ben era culpable. Munición para Lyle. Me imaginé a mí misma enumerando los hechos con los dedos: «Esto, esto y esto prueba que estáis equivocados, capullos», y a Lyle frunciendo los labios,

pensando que después de todo yo tenía razón.

Si él quería, todavía estaba dispuesta a recibir su dinero.

No estaba segura de por dónde empezar, así que llamé a Información Telefónica de Topeka y, bingo, tenían el número de Barb Eichel. Seguía en Topeka, y todavía estaba en el listín. Bastante fácil.

Respondió al segundo tono. Su voz sonaba alegre y chillona, hasta que le dije quién era yo.

—Oh, Libby. He pasado todos estos años preguntándome si alguna vez te pondrías en contacto conmigo —dijo después de emitir un sonido gutural, algo como «eehhhh»—. O si debía ser yo quien te buscara. No estaba segura, no estaba segura...

Podía imaginármela mirando por toda la habitación, tamborileando con las uñas, asustadiza, una de esas mujeres que estudian el menú durante veinte minutos y luego se echan a temblar cuando llega el camarero.

—Me gustaría hablar contigo sobre... Ben —empecé, sin saber muy bien cómo abordar el asunto.

—Lo sé, lo sé, le he escrito varias cartas de disculpa durante estos años, Libby. Sencillamente no sé cuántas veces debería pedir perdón por ese maldito, maldito libro.

Eso no me lo esperaba.

BARB EICHEL COMERÍA conmigo. Quería explicármelo todo en persona. Ella no solía conducir (intuí la verdadera causa: se medicaba, tenía ese tono nervioso de los que se meten demasiadas pastillas), así que si era yo la que iba a verla me lo agradecería mucho. Por suerte, Topeka no está demasiado lejos de Kansas City. No es que yo estuviera ansiosa por ir hasta allí, pues ya había oído suficiente como para hacerme una idea. La ciudad era conocida por ser una especie de infernal clínica psiquiátrica, en serio, hasta había un enorme cartel en la autopista que decía algo así como: ¡BIENVENIDOS A TOPEKA, LA CAPITAL PSIQUIÁTRICA DEL MUNDO! La ciudad estaba repleta de chalados y terapeutas, y yo solía ir regularmente para visitarme como una rara y privilegiada paciente externa. Bravo por mí. Hablábamos de mis pesadillas, de mis ataques de pánico, de mis problemas de ira. En los años de adolescencia, hablábamos sobre mi tendencia a la agresión física. Por lo que a

mí respecta, la ciudad entera, la capital de Kansas, apestaba a babas de manicomio.

Me había leído el libro de Barb antes de ir a verla, llegaba armada con hechos y preguntas. Sin embargo, mi confianza desapareció en algún momento de las tres horas que tardé en hacer en coche un trayecto de cuarenta y cinco minutos. Demasiados giros equivocados, maldiciéndome por no tener internet en casa, por no ser capaz de descargarme la dirección exacta. Sin internet, sin cable. No soy buena para ese tipo de cosas: para cortarme el pelo o para cambiarle el aceite al coche o para acordarme de ir al dentista. Cuando me trasladé a mi *bungalow*, me pasé los primeros tres meses envuelta en mantas porque no podía dar de alta el gas. Me lo han cortado tres veces en los últimos años, porque a veces no puedo decidirme a firmar un cheque. Tengo problemas para valerme por mí misma.

La casa de Barb, cuando por fin la encontré, era aburridamente hogareña, un bloque de estuco que ella había pintado de verde pálido. Relajante. Montones de carillones de viento. Abrió la puerta y dio un paso atrás, como si se sorprendiera de verme. Tenía el mismo corte de pelo que en la foto del libro, ahora con algunos mechones grises, y llevaba unos anteojos con una cadenita de esas que las viejas describen como «en la onda». Pasaba de los cincuenta, y tenía unos ojos oscuros y saltones que sobresalían en su cara angulosa.

—¡Ohhh, hola, Libby! —soltó ella, y de repente me abrazó, alguno de sus huesos se me clavó en el pecho izquierdo. Olía a pachuli y a lana—. Entra, entra. —Un perrillo faldero vino trotando por las baldosas hacia mí, ladrando feliz. Un reloj dio la hora—. Oh, espero que no te asusten los perros, éste es un encanto —dijo, viendo cómo se me subía encima de un salto. Odio a los perros, incluso a los pequeñitos y encantadores. Mantuve las manos en alto, para no acariciarlo—. Vamos, *Weenie*, deja en paz a nuestra amiga —le pidió con voz añorada. Después de oír su nombre, aún me gustó menos.

Me hizo sentar en una sala de estar que parecía de peluche: sillas, sofá, alfombras, cojines, cortinas, todo era grueso y mullido y estaba cubierto con varias capas de tela. Ella entraba y salía agitada, hablaba por encima del hombro en vez de quedarse allí quieta, y me preguntó dos o tres veces si quería beber algo. Supuse que me ofrecería alguna de esas apestosas

infusiones *New Age*, uno de esos téis tipo Raíces de Frutos del Bosque o Delicado Elixir de Jazmín, así que simplemente le pedí agua. Miré si había botellas de alcohol por la sala, pero no vi ninguna. Definitivamente debía de haberse tomado unas cuantas pastillas. A aquella mujer le rebotaba todo — ¡bing, bang!— como si estuviera colocada.

Trajo bandejas de bocadillos para que comiéramos en el salón. Mi agua estaba llena de cubitos de hielo. Me la bebí de un par de tragos.

—Entonces ¿cómo está Ben, Libby? —preguntó cuando por fin se sentó, aunque mantuvo su bandeja a un lado. Lo que le permitía una retirada rápida.

—Oh, no lo sé. No mantengo contacto con él.

Pareció que no me había oído; estaba sintonizando su propia estación de radio interior. Algo de *jazz* ligero.

—Obviamente, Libby, me siento muy culpable por la parte que me toca, aunque el libro salió después del veredicto —se apresuró a decir—. Sin embargo, yo formé parte de aquel juicio precipitado. Fue cosa de aquella época, la década de los ochenta. Tú eras muy pequeña, y no puedes recordarlo. Enseguida le pusieron a aquel terrible suceso la etiqueta de «ritual satánico».

—¿Qué? —Me pregunté cuántas veces metería mi nombre en la conversación. Ésta parecía una de ellas.

—Toda la comunidad psiquiátrica, la policía, el juez, todo el mundo creía que había algún adorador del diablo detrás de todo el asunto. Estaba... *de moda*. —Se inclinó hacia mí, los pendientes se balanceaban, las manos en las rodillas—. La gente creía realmente que existía una extensa red de adoradores satánicos, creía que era algo común. Un adolescente empieza a actuar de un modo extraño..., es un adorador de Satanás. Un niño en edad preescolar llega de la guardería con un extraño moretón o hace un extraño comentario sobre sus intimidades..., sus maestros son adoradores de Satanás. ¿Recuerdas el juicio de la guardería McMartin? Aquellos pobres maestros vivieron un infierno durante años antes de que les fueran retirados los cargos. Ritual satánico. Era una buena historia. Me cautivó, Libby. No la cuestioné lo suficiente.

El perro empezó a olfatearme, y yo me puse tensa, esperando que Barb lo echara afuera. Sin embargo, no se percató, tenía los ojos fijos en el girasol de cristales de colores que reflejaba la luz dorada que entraba por la ventana.

—Y la historia funcionó —continuó Barb—. Ahora puedo verlo todo bajo una nueva luz, Libby. A lo largo de esta última década he conseguido reunir una gran cantidad de pruebas que no encajan con la teoría de que Ben era un adorador de Satanás. Ignoré señales evidentes.

—¿Como cuál?

—Bueno, como el hecho de que tú fuiste claramente coaccionada, que no eras un testigo creíble, que el psiquiatra que te asignaron para «devolverte afuera» puso las palabras en tu cabeza.

—¿El doctor Brooner? —Me acordaba del doctor Brooner: un *hippy* melenudo con una nariz enorme y ojos pequeños que me recordaba a un inofensivo animal de cuento. Él fue la única persona que, aparte de mi tía Diane, me gustó en todo aquel año, y la única persona con la que hablé acerca de aquella noche, ya que Diane no estaba dispuesta a hacerlo. El doctor Brooner.

—Un curandero charlatán —dijo Barb, y se rio. Yo estuve a punto de protestar, me puse a la defensiva: de algún modo aquella mujer acababa de llamarme mentirosa a la cara, cosa que era verdad pero que seguía molestándome, y continuó—: ¿Y la coartada de tu padre? ¿Aquella novia que dijo que estuvo con él? No hubo manera de comprobarlo. Ese hombre no tenía una coartada de verdad, y le debía un montón de dinero a un montón de gente.

—Mi madre no tenía dinero.

—Tenía más que tu padre, créeme. —La creí. Una vez mi padre me envió a casa de un vecino para suscitarle pena y que me diera de comer. También me dijo que rebuscara por debajo de los cojines del sofá y le llevara la calderilla que encontrara—. Y luego aquella huella de zapato de hombre *en la sangre* —continuó—. Toda la escena del crimen estaba contaminada: otra cosa que me salté en el libro. Hubo gente entrando y saliendo de aquel lugar durante todo el día. Tu tía vació armarios enteros de trastos, ropa y cosas para ti. Hicieron todo lo que el procedimiento policial dice que no hay que hacer. Pero a nadie le importó. La gente se había vuelto loca. Tenían a un chico raro que no caía bien a nadie, sin dinero, que no sabía buscarse la vida y al que casualmente le gustaba el *heavy metal*. Es sencillamente vergonzoso —se contuvo—. Es terrible. Una tragedia.

—¿Hay algo que pueda sacar a Ben de la cárcel? —pregunté, y el

estómago me dio un vuelco. El hecho de que la voz más autorizada sobre el caso de Ben hubiera cambiado de opinión me ponía enferma. Había ido a dar con otra persona que sabía positivamente que yo había cometido perjurio.

—Bueno, tú estás intentándolo, ¿no? Creo que es imposible deshacer todas estas cosas después de tantos años; el plazo para las apelaciones venció hace mucho. Habría que intentar interponer un recurso de *habeas corpus* y eso es... Se necesitan pruebas realmente definitivas para echar la pelota a rodar de nuevo. Como pruebas de ADN realmente convincentes. Desafortunadamente, tu familia fue incinerada, así que...

—Vale, bueno, gracias —la interrumpí, necesitaba irme a casa, ya.

—Como te he dicho, escribí el libro después del veredicto, pero si puedo hacer algo para ayudarte, dímelo, Libby. De algún modo me siento culpable. Y asumo esa responsabilidad.

—¿Hiciste alguna declaración? ¿Le dijiste a la policía que no creías que lo hubiera hecho Ben?

—Bueno, no. Hacía mucho tiempo que la mayoría de la gente había llegado a la conclusión de que Ben no había sido el autor de los crímenes —dijo Barb con su voz chillona—. Supongo que habrás cambiado oficialmente tu declaración, ¿no? Eso sería de gran ayuda.

Ella esperaba que le contara más cosas, que le explicara por qué había ido a verla. O que le dijera, por supuesto, que Ben era inocente y que yo iba a arreglar todo aquello. Barb me miraba mientras comía, masticando con excesivo cuidado. Yo devolví mi bocadillo —pepino y humus— a la bandeja, dejando la marca del pulgar en el pan blando. Las paredes de la habitación estaban cubiertas de estanterías llenas de libros, todos de autoayuda. *¡Ábrete a la luz del sol!*; *Ánimo, ánimo, chica*; *Basta de maltratarte*; *Levántate, mantente arriba*; *Conviértete en tu mejor amigo*; *¡Sigue adelante, prospera!* Había más y más libros, docenas, todos con títulos para levantar el ánimo. Cuanto más leía, más desgraciada me sentía. Remedios de hierbas, pensamiento positivo, autoperdón, vivir asumiendo los errores. Hasta había uno para evitar los retrasos. No me creo a los que escriben libros de autoayuda. Años atrás, salí de un bar con un amigo de un amigo, un chico guapo y normal, con el pelo cortado al rape, que tenía su apartamento cerca de allí. Después del sexo, después de que se quedara dormido, empecé a

curiosear por su habitación. El escritorio estaba lleno de notas adhesivas:

No te preocupes por las cosas pequeñas, sólo son cosas pequeñas.

Si dejáramos de intentar ser felices, pasaríamos mejor el tiempo.

Disfruta de la vida: nadie sale vivo de aquí.

No te preocupes, sé feliz.

Para mí, todas aquellas esperanzas urgentes eran más aterradoras que si hubiera encontrado un montón de cráneos con mechones de pelo todavía pegados. Me fui de allí, aterrorizada y con la ropa interior en la mano.

No me quedé mucho más rato con Barb. Me fui con la promesa de llamarla pronto y un pisapapeles azul con forma de corazón que le robé del taquillón de la entrada.

PATTY DAY

2 de enero de 1985

9.42

El lavabo estaba teñido del color púrpura fangoso del tinte de pelo de Ben. Así que en algún momento de la noche se había encerrado en el baño, se había sentado en la taza del váter y había leído las instrucciones de la caja de tinte para el pelo que Patty encontró a la mañana siguiente en la basura. En la caja se veía la imagen de una mujer con labios brillantes de color rosa y pelo moreno, peinado a lo paje. Se preguntó si la habría robado. No podía imaginarse a Ben, su cabizbajo Ben, comprando tinte para el pelo en el supermercado. Así que lo habría robado. Luego, en medio de la noche, su hijo había medido y mezclado el tinte que se había puesto. Se había sentado, con su pelo pelirrojo lleno de aquella mezcla química y había esperado. La idea de que, en aquella casa de mujeres, su hijo se tiñera el pelo él solo en medio de la noche la puso increíblemente triste. Obviamente era una tontería pensar que podría haberla llamado para que lo ayudara, pero hacer algo así, sin un cómplice, resultaba muy triste. La hermana mayor de Patty, Diane, le había hecho a ella los agujeros de las orejas en ese mismo lavabo dos décadas atrás. Patty calentó un alfiler con un mechero barato y Diane cortó una patata por la mitad y la puso, fría y húmeda, en la parte de atrás de la oreja de su hermana. Le anestesió el lóbulo con un cubito de hielo y —«quédate quieta, quédate quietaaaaa»— clavó el alfiler en la carne. ¿Por qué usaron la patata? Para no pincharla en el cuello o algo así. Patty se había acobardado después de la primera oreja y se había dejado caer junto a la bañera; la cabeza del alfiler

aún sobresalía del lóbulo. Diane, vestida con un camisón de lana, se acercó a ella, muy seria, con otro alfiler caliente.

—Tienes que dejarte hacer el segundo, no puedes ir por ahí con uno sólo.

Diane, la hacedora. Los trabajos no debían dejarse a medias, ni por el mal tiempo, ni por pereza, ni por una oreja palpitante, ni porque se hubiera derretido el hielo, ni por culpa de una hermanita pequeña miedosa.

Patty se tocó sus pendientes de oro. El de la izquierda estaba descentrado: culpa suya, por moverse en el último segundo. Sin embargo, allí estaban, dos señales del atrevimiento adolescente, y lo había hecho con su hermana, igual que la primera vez que se pintó los labios o se puso una compresa, del tamaño de un pañal, en el año 1965, más o menos. Algunas cosas no había que hacerlas sola.

Echó desengrasante en el lavabo y empezó a frotar, el agua se tiñó de verde oscuro. Diane llegaría pronto. Siempre se dejaba caer algún día entre semana, si ese día «tenía que coger el coche», que era su manera de hacer que las treinta millas que había hasta la granja parecieran parte de sus recados diarios. Diane se burlaría de la última historia de Ben. Cuando Patty estaba preocupada por la escuela, los profesores, la cosecha, Ben, su matrimonio, los niños, la granja (desde 1980 siempre, siempre, siempre era la granja), anhelaba la llegada de Diane como un buen trago de *bourbon*. Diane, sentada en una silla de jardín en el garaje, fumando un cigarrillo tras otro, le diría que era una tonta, que se espabilara. Las preocupaciones te encuentran con demasiada facilidad, sin que las invites. En el caso de Diane, las preocupaciones eran casi presencias físicas, criaturas viscosas con agujas de hacer ganchillo en vez de dedos, destinadas a ser vencidas de inmediato. Diane no se preocupaba, eso era algo que hacían las mujeres menos valientes.

Pero Patty no podía relajarse. Ben se había distanciado demasiado durante el último año, se había vuelto un chico raro, tenso, que se encerraba en su habitación y escuchaba una música que hacía temblar las paredes, canciones que escupían palabras a gritos por debajo de su puerta. Palabras alarmantes. Al principio ella no se había tomado la molestia de escucharlas, aquella música era horrible, demasiado frenética; pero un día llegó del pueblo a casa temprano —Ben pensaba que no había nadie en casa—, se plantó en su puerta y oyó lo siguiente:

*Has perdido el control
de mi corazón y de mi alma.
Satanás posee mi futuro,
mira cómo se despliega.*

El disco estaba rayado y repetía una y otra vez aquel burdo mensaje: «Has perdido el control de mi corazón y de mi alma, Satanás posee mi futuro, mira cómo se despliega».

Y otra vez. Y otra vez. Y Patty comprendió que Ben estaba junto al tocadiscos, levantando y bajando la aguja y repitiendo aquellas palabras una y otra vez, como una plegaria.

Quería a Diane a su lado. Ahora. Diane, sentada en el sofá como un osito amoroso, vestida con una de sus tres viejas camisas de franela, mascando chicles de nicotina sin parar, hablaría de la vez que Patty volvió a casa con una minifalda y todos se quedaron sin habla, como si fuera una perdida. «Pero no lo eras, ¿verdad? Eras sólo una niña. Pues eso es él». Y luego chasquearía los dedos, como si no tuviera la menor importancia. Las chicas estaban rondando al otro lado de la puerta del baño cuando ella salió. Sabían que Patty estaba limpiando aquello y que algo iba mal. Intentaban decidir si debían echarse a llorar o recriminarle algo a alguien. Cuando Patty lloraba, invariablemente lloraban también al menos dos de sus hijas, y si alguien de la familia se metía en problemas, en la casa soplaban vientos de culpa. Las mujeres de la familia Day eran la viva imagen del gregarismo. Y allí estaban, en una granja llena de horcas.

Se lavó las manos, agrietadas, enrojecidas y duras, y se miró en el espejo para asegurarse de que sus ojos no estaban húmedos. Tenía treinta y dos años, pero parecía una década mayor. Tenía la frente arrugada como un abanico de papel y profundas patas de gallo en las comisuras de los párpados. Su cabello pelirrojo estaba salpicado de mechones blancos, duros como alambres, y era de una delgadez poco atractiva, toda huesos y ángulos, como si se hubiera tragado la estantería del trastero: martillos, bolas de naftalina y unas cuantas botellas. No era una persona a la que apeteciera abrazar; de hecho, sus hijos nunca se acurrucaban entre sus brazos. A Michelle le gustaba cepillarle el pelo (pero de un modo impaciente y nervioso, como hacía la mayoría de las cosas),

y Debby solía apoyarse en ella cuando estaban de pie (sin apretar y distraídamente). Y la pobre Libby ni la tocaba, a menos que estuviera realmente herida, y lo entendía, también.

El cuerpo de Patty había sido tan usado entre los veinte y los treinta años que llegó a tener callos en los pezones: a Libby la había alimentado a base de biberón.

El estrecho cuarto de baño ni siquiera tenía botiquín (¿qué haría cuando las niñas fueran al instituto? ¿Un lavabo para cuatro mujeres? ¿Y dónde estaría Ben entonces? Tuvo una rápida y deprimente visión de él en alguna habitación de motel, solo, con toallas tiradas por el suelo y leche podrida), sólo unos pocos artículos de higiene apilados en el lavamanos. Ben lo había amontonado todo en un rincón: un desodorante en aerosol, un bote de laca para el pelo y una lata pequeña de talco infantil que ella no recordaba haber comprado. Ahora estaban salpicados del mismo color violeta que lo ensuciaba todo. Les pasó el trapo como si fueran de porcelana. No estaba preparada para otro viaje a la tienda. Hacía un mes había ido hasta Salina, de buen humor y con actitud positiva, a comprar algunas cosas: colutorio, loción facial, pintalabios. Llevaba un billete de veinte dólares. Un derroche. Sin embargo, el enorme surtido de cremas faciales —hidratantes, antiarrugas, protectoras solares— la había abrumado. Si compras una crema hidratante, tienes que llevarte una crema limpiadora complementaria y un tónico, y antes de que puedas pasar a la crema de noche ya te han volado cuarenta pavos. Se fue de la tienda sin nada, sintiéndose una idiota.

—Tienes cuatro críos; nadie espera de ti que parezcas una rosa —le decía Diane.

Pero quería parecer una rosa, aunque fuera sólo de vez en cuando. Meses atrás, Runner había vuelto, acababa de caer del cielo con el rostro bronceado y sus ojos azules y un montón de historias de barcos pesqueros en Alaska y del circuito de carreras de Florida. Se presentó allí, desgarrado, con unos vaqueros sucios, sin hacer la más mínima referencia al hecho de que no había aparecido en tres años y que no le había enviado un solo dólar. Él le preguntó si podía quedarse con ellos hasta que encontrara algo; naturalmente estaba arruinado, a pesar de haberle dado a Debby, como si fuera un regalo maravilloso, la media Coca-Cola caliente que se estaba bebiendo. Runner juró

arreglar todos los asuntos de la granja y llevarlo todo al día, «si ella quería». Era verano, y le dejó dormir en el sofá, donde las niñas iban a verlo cuando se levantaban por la mañana, mientras él seguía tumbado, con los calzoncillos rotos y las pelotas medio fuera.

Le encantaban las niñas —las llamaba «Muñequita», «Cara de ángel»—, y hasta Ben lo miraba con atención, entrando y saliendo de su espacio de acción como un tiburón que tantea a su presa. Runner no le dejaba participar abiertamente, pero intentaba bromear con él un poco, ser amable. Ahora lo trataba como a un hombre, y decía cosas como: «Esto es cosa de hombres», y le guiñaba un ojo. Después de la tercera semana, Runner apareció con su camioneta y un viejo sofá cama que había encontrado y dijo que se instalaría en el garaje. A Patty le pareció bien. Él la ayudaba con los platos y abría las puertas a su paso. Dejaba que ella lo pillara mirándole el culo, y luego fingía que le daba vergüenza. Una noche, mientras ella le daba unas sábanas limpias, se dieron un beso. Él se le echó inmediatamente encima, le subió la camisa y la apretujó contra la pared, tirándole del pelo hacia atrás. Patty lo apartó. Le dijo que todavía no estaba preparada, e intentó sonreír. Él sacudió la cabeza y la miró de arriba abajo con los labios fruncidos. Cuando ella se desnudó para meterse en la cama, olió la nicotina donde él la había agarrado, justo por debajo de los pechos.

Se quedó un mes más, lanzándole miradas lascivas y dejando los trabajos a medias. Cuando una mañana, durante el desayuno, ella le dijo que se fuera, la llamó zorra y le arrojó el vaso de zumo, que dejó manchas en la pared. Cuando se fue, Patty descubrió que le había robado sesenta pavos, dos botellas de licor y todo el contenido de un joyero. Runner se mudó a una cabaña que había a un kilómetro y medio, de la que siempre salía humo de la chimenea, su única forma de calentarse. A veces ella oía disparos en la distancia.

Aquél sería el último encuentro con el padre de sus hijos. Y ahora era el momento de volver a la realidad. Patty se remetiÓ el cabello, seco y rebelde, tras las orejas y abrió la puerta. Michelle estaba sentada en el suelo, fingiendo estar distraída con algo. Evaluó a Patty desde detrás de sus gafas de cristales grises.

—¿Ben tiene algún problema? —preguntó—. ¿Por qué ha hecho eso con su

pelo?

—Cosas de la edad, supongo —dijo Patty, y al igual que Michelle, suspiró hondo; siempre tomaba aire antes de decir algo, sus frases eran breves, rápidas sucesiones de palabras que salían una tras otra, hasta que tenía que respirar de nuevo. Oyeron un coche que se acercaba por el camino. Pero aún le quedaba un buen tramo hasta la casa; no llegaría hasta al cabo de un minuto. Patty sabía que no era su hermana, a pesar de que las niñas ya estaban gritando: «¡Diane! ¡Diane!», mientras corrían hacia la ventana para verla llegar. Habría suspiros de tristeza cuando descubrieran que no era Diane. De alguna manera, ella sabía que era Len, «el Prestamista». Hasta su manera de conducir tenía para ella un sonido posesivo. Len, «el Prestamista Rijoso». Llevaba batallando con él desde 1981. Para entonces Runner ya los había abandonado. Decía que aquella vida no estaba hecha para él, mirando alrededor como si todo aquello fuera suyo y no de ella, de sus padres, de sus abuelos.

Lo único que había hecho era casarse con ella y arruinarla. El pobre y decepcionado Runner, tan lleno de sueños en los años setenta, cuando la gente creía que era posible enriquecerse con una granja. (¡Ja! Resopló en voz alta en la cocina, pensando en eso, imaginando). Ella y Runner se habían hecho cargo de la granja de sus padres en el setenta y cuatro. Fue un gran paso, más grande incluso que su matrimonio o que el nacimiento de su primer hijo. Ninguno de estos dos acontecimientos había emocionado tanto a sus dulces y tranquilos padres: ya entonces Runner apestaba a problemas, pero, benditos ellos, nunca dijeron nada contra él. Cuando a los dieciséis años les comunicó que estaba embarazada y que se iban a casar, ellos se limitaron a exclamar: «Oh». Nada más, pero ya era suficiente.

Patty conservaba una fotografía movida del día en que se hicieron cargo de la granja: sus padres, tiosos y orgullosos, sonriendo tímidamente a la cámara, y ella y Runner sonriendo triunfantes, con su abundante pelo, increíblemente jóvenes, sosteniendo la botella de champán. Sus padres nunca tenían champán, pero fueron al pueblo a comprar una botella para la ocasión. Brindaron con viejos tarros de mermelada.

Las cosas enseguida fueron mal, y Patty no podía culpar a Runner de todo. En aquel entonces todo el mundo pensaba que la tierra era el mayor tesoro

—«¡No hay que hacer nada más que tener tierra!»—. Entonces ¿por qué no comprar más, y mejor? «*Plantar postes y más postes*»: era un grito de guerra. Hay que ser decididos, valientes. Runner, con sus grandes sueños y su ignorancia, la había llevado al banco —se había puesto una corbata del color del sorbete de limón, gruesa como una colcha— y, con sólo carraspear, ya les habían concedido el crédito. Salieron con el doble de lo que habían pedido. No deberían haberlo aceptado, quizá, pero el del banco les dijo que no se preocuparan: eran tiempos de auge.

«¡Regalan el dinero!», había gritado Runner, y de repente tenían un tractor nuevo y una cosechadora de seis surcos, cuando una de cuatro hubiera bastado. Aquel mismo año compraron un Krause Dominator rojo brillante y un nuevo John Deere. Vern Evelee, con sus respetables quinientos acres camino abajo, proclamaba a los cuatro vientos, levantando ostensiblemente una ceja, cada cosa nueva que adquiría. Runner compró más tierras y una barca de pesca, y cuando Patty le preguntó: «Pero ¿estás seguro de lo que haces?», él refunfuñó y le hizo saber lo mucho que le dolía que no creyera en él. Luego, cuando todo se fue al infierno, todo parecía una broma. Carter y el embargo de cereales de los rusos (lucha contra los comunistas, olvídate de los granjeros), el interés subió hasta el dieciocho por ciento, el precio del combustible aumentó un poco y luego se disparó, los bancos se fueron a la quiebra, países de los que apenas habían oído hablar —Argentina— de repente eran competidores. Competían contra el empeño *de ella* en su pequeña Kinnakee, Kansas. Unos pocos años malos, y Runner pasó de todo. Nunca superó lo de Carter; todo el día hablaba de Carter. Sentado con una cerveza, viendo las malas noticias en la tele, mirando fijamente aquellos dientes de conejo y aquellos ojos acuosos, era tan insoportable como el Runner que ahora conocía tan bien.

Así que Runner culpaba a Carter, y todos los de aquel maldito pueblo la culpaban a ella. Vern Evelee chasqueaba la lengua cada vez que la veía, el sonido de la vergüenza ajena. Agricultores a los que nunca había caído bien la miraban ahora como si fuera desnuda por la nieve y quisieran limpiarle los mocos. El verano anterior, un granjero cerca de Ark City tenía su tolva en mal estado. Vertió en ella dos toneladas de trigo. El tipo, que medía uno ochenta y cinco, se cayó dentro y se ahogó antes de que pudieran sacarlo, como si hubiera caído en arenas movedizas. Todo el mundo en Kinnakee lamentó aquel

«accidente tan extraño», hasta que se enteraron de que la granja del difunto estaba en la ruina. Entonces, de repente, todos dijeron cosas como: «Bueno, debería haber tenido más cuidado». Hablaron de tomar medidas para que aquello no volviera a ocurrir. A aquel pobre hombre, que se había ahogado en su propia cosecha, enseguida lo olvidaron.

Ding-dong, y ahí estaba Len, como se temía ella, entregando a Michelle su gorro de caza de lana, su voluminoso abrigo a Debby, pisando cautelosamente la nieve con sus mocasines, demasiado nuevos y brillantes. A Ben no le gustarían, pensó ella. Ben se pasaba horas quitándole la tierra a sus zapatillas nuevas, después de dejar que las niñas se turnaran para caminar con ellas, cuando les dejaba que se acercaran a él. Libby le frunció el ceño a Len desde el sofá y volvió a mirar la tele. Libby adoraba a Diane, y aquel tipo no era Diane, aquel tipo se había metido en su casa, cuando debería ser Diane quien estuviera allí. Len nunca decía hola para saludar; decía algo que sonaba a tirolés, «¡Ho-oo-la!», y Patty tenía que prepararse cada vez para oír aquel sonido tan ridículo. El hombre soltó aquel gritito mientras avanzaba por el pasillo. Ella se metió en el lavabo, maldiciendo durante un segundo, y después salió con una sonrisa en los labios. Len siempre la abrazaba, cosa que estaba segura de que no hacía con ningún otro granjero de los que recurrían a él. Así que fue hacia él con los brazos abiertos y dejó que la cogiera —como hacía siempre— por ambos codos, pensando que siempre tardaba un segundo de más. Notó que respiraba por la nariz con fuerza, un ruido de succión, como si la estuviera oliendo. Él olía a salchichas y a pastillas de menta. En algún momento, Len daría un paso real hacia ella y la forzaría a tomar una decisión real, un juego tan patético que le entraban ganas de llorar. El cazador y la presa, un espectáculo de la naturaleza, pero malo: él era un coyote enano con sólo tres patas, y ella, un conejo cansado y renqueante. No había nada de maravilloso en todo aquello.

—¿Cómo está mi granjerita? —dijo él. Había cierto entendimiento implícito entre ellos dos. Hablaban como si el hecho de que ella se ocupara sola de la granja fuera un juego de niños. Y Patty supuso que la pregunta iba de eso.

—Bueno, vamos tirando —respondió. Debby y Michelle se fueron a su habitación, y Libby resopló desde el sofá. La última vez que Len fue a

visitarlos, hubo una subasta en la granja: los Day miraban a hurtadillas a través de las ventanas cómo sus vecinos se llevaban por cuatro centavos un montón de herramientas y maquinaria imprescindible para realizar los trabajos de la granja. Michelle y Debby habían ido a ver a unas compañeras de la escuela, las hermanas Boyler, y estuvieron rondando por los alrededores de la granja con la familia de las niñas, como si estuvieran de pícnic. «¿Por qué no podemos salir?», habían protestado a la vuelta, mientras miraban a las Boyler en el columpio fabricado con un neumático que también acababan de vender. Patty sólo pudo decir: «Esos de ahí fuera no son amigos nuestros». Las mismas personas que le habían enviado tarjetas de felicitación por Navidad estaban ahora toqueteando la taladradora, los discos de la sierra radial, encorvados sobre las herramientas, ofreciendo mezquinamente la mitad de lo que valían. Vern Evelee manipulaba la sembradora que tanto le había molestado en alguna ocasión e intentaba convencer al subastador de que se la diera por un importe mucho más bajo que el precio de salida.

Sin piedad. Patty se topó con él en el almacén de piensos una semana después. Vern se puso rojo y pasó de largo, pero ella lo siguió y le hizo aquel ruidito de pena, chasqueando la lengua, justo en la oreja.

—Qué bien huele aquí —dijo Len casi con resentimiento—. Huele a desayuno.

—Hemos hecho tortitas.

Ella asintió. «Por favor, no me hagas preguntarte por qué has venido. Por favor, sólo por una vez, di tú por qué has venido».

—¿Te importa si me siento? —dijo él, dejándose caer en el sofá al lado de Libby, con los brazos rígidos—. ¿Cuál es ésta? —preguntó mirándola. Len había visto a las niñas al menos una docena de veces, pero nunca recordaba quién era quién y no se aventuraba a decir un nombre. A Michelle, una vez la llamó «Susan».

—Ésta es Libby.

—Es pelirroja, como su madre.

Sí, lo era, pero Patty no se atrevía a expresarlo en voz alta. Cuanto más rato se quedaba Len, peor se sentía ella, su desasosiego se convertía en miedo. Ya tenía la espalda del jersey empapada.

—¿El pelo rojo viene de Irlanda? ¿Sois irlandeses?

—Alemanes. Mi nombre de soltera era Krause.

—Oh, qué divertido. Porque Krause significa «pelo rizado», no «pelirrojo». Y no tenéis el pelo rizado, sino más bien ondulado. Yo también soy alemán.

Ya habían tenido esta misma conversación otras veces, y solía discurrir de dos maneras distintas. En la segunda versión, Len decía que era divertido que su nombre de soltera fuera Krause, como la empresa de equipamientos agrícolas, y que era una lástima que no fueran parientes. Cualquiera de las dos versiones la ponía nerviosa.

—Entonces —dijo ella finalmente—, ¿algo va mal?

Len torció el gesto, contrariado por la interrupción. Le frunció el ceño como quien se dispone a regañar a una niña maleducada.

—Bueno, ahora que lo mencionas, sí. Me temo que algo va muy mal. Quería decírtelo personalmente. ¿Podemos hablar en privado? —Hizo un gesto con la cabeza señalando a Libby y abriendo mucho los ojos—. ¿En tu habitación, por ejemplo? —Len tenía una barriga enorme, perfectamente redonda bajo su cinturón, como la de una embarazada. Ella no quería ir a su habitación con él.

—Libby, ¿por qué no vas a ver qué hacen tus hermanas? Tengo que hablar con el señor Werner. —La niña suspiró y se deslizó del sofá al suelo, lentamente; primero los pies, luego las piernas, luego el culo, luego la espalda, como si estuviera hecha de goma. Golpeó el suelo con los pies, giró sobre sí misma unas cuantas veces y se arrastró un poco. Finalmente, se enderezó y salió al pasillo.

Patty y Len se miraron brevemente. Luego él se mordió el labio inferior y dijo:

—Te van a embargar.

A Patty le dio un vuelco el estómago. No iba a derrumbarse delante de aquel hombre. No iba a llorar.

—¿Qué podemos hacer?

—Me temo que ya no quedan opciones. He conseguido retrasarlo seis meses. Me he jugado el puesto, de verdad, granjerita —le sonrió, poniéndole las manos en las rodillas.

Ella hubiera querido arañarle. Se oyeron chirridos de somieres en la

habitación de las niñas. Sin duda, era Debby, saltando de cama en cama, su juego favorito.

—Patty, la única manera de arreglar esto es con dinero. Ahora. Si quieres conservar la granja, las únicas opciones son pedir dinero prestado, mendigar o robar. Creo que va siendo hora de que te tragues el orgullo. La pregunta es: ¿qué precio estás dispuesta a pagar por mantener esta granja?

Los somieres chirriaron aún más. A Patty se le revolviaron los huevos del desayuno en el estómago. Len seguía sonriendo.

LIBBY DAY

Ahora

Después de que la cabeza de mi madre saliera volando, su cuerpo partido en dos, la gente de Kinnakee empezó a preguntarse si era una puta. Al principio se lo preguntaron, luego lo asumieron y después se convirtió en una cantinela. Se veían coches en la casa a altas horas de la noche, decía la gente, y miraba a los hombres como lo hacen las putas. Vern Evelee comentaba que ella debería haber vendido su sembradora en 1983, como si eso fuera una prueba de que se prostituía.

Culpar a la víctima, naturalmente. Pero los rumores se volvieron más jugosos: todo el mundo tenía un amigo que tenía un primo que tenía otro amigo que se había follado a mi madre. Todo el mundo podía aportar alguna prueba: un lunar en el interior de su muslo, una cicatriz en la nalga derecha. No creo que aquellas historias fueran ciertas, pero, como de muchas otras cosas de mi infancia, no puedo estar segura. ¿De cuántas cosas de la infancia se acuerda uno? Las fotos de mi madre no revelan a una mujer libertina. De adolescente, los cabellos le caían en una larga cola de caballo como si fueran fuegos artificiales, ella era la imagen de lo agradable, el tipo de persona que te recuerda a aquella vecina o a aquella canguro que siempre te gustó. A los veinte años, con uno, dos, o los cuatro críos alrededor de ella, su sonrisa era más amplia, aunque un poco hastiada, siempre quitándose de encima a alguno de nosotros. Me la imagino constantemente asediada por sus hijos. El enorme peso de sus criaturas. A los treinta ya casi no se hacía fotos. En las pocas que existen, sonrío con gesto obediente, una de esas sonrisas que desaparecen de

inmediato después del disparo. No había mirado las fotos en años. Yo solía manosearlas obsesivamente, estudiando sus vestidos, su expresión, todos los detalles. En busca de pistas: ¿de quién es esa mano en su hombro? ¿Dónde está sacada la foto? ¿En qué época se hizo? Cuando aún era adolescente las guardé, con todo lo demás.

Ahora miraba las cajas debajo de las escaleras, arrepentida. Estaba preparada para reencontrarme con mi familia. Había llevado la nota de Michelle al Kill Club porque no podía soportar tener que abrir aquellas cajas. Sin embargo, había metido la mano por una esquina rota de la tapa de cartón, y eso fue lo primero que saqué, un patético juego de carnaval. Si realmente iba a cuestionar todo aquello, si realmente iba a pensar en los asesinatos después de tantos años, tenía que hacer justo lo contrario, necesitaba ser capaz de mirar las cosas de mi familia sin sentir pánico: nuestra vieja batidora de metal, que sonaba como si fueran cascabeles cuando la ponías a la máxima potencia, cuchillos y tenedores que habían estado dentro de las bocas de mi familia, un par de cuadernos para colorear, con los bordes pintados si era de Michelle, con aburridas rayas horizontales si era mío. Al mirarlos, no dejaban de ser simples objetos.

Así que tenía que decidir qué vendía.

Los objetos más deseados de la casa de los Day no estaban disponibles para los tarados del Kill Club. La escopeta calibre 10 que había matado a mi madre —su escopeta para patos— estaba en alguna caja de pruebas incriminatorias, junto al hacha de la caseta de herramientas. (Ésa era otra razón por la que Ben fue condenado: esas armas eran de nuestra familia. Ningún asesino entra en una casa por la noche con las manos vacías, esperando encontrar las armas adecuadas para matar a alguien). A veces intentaba imaginarme todas aquellas cosas: el hacha, la escopeta, la sábana sobre la que murió Michelle. ¿Dónde estaban todas aquellas cosas ensangrentadas, humeantes, pegajosas? ¿Conspirando dentro de alguna caja? ¿Las habrían limpiado? Al abrir la caja, ¿cómo olería? Recuerdo aquel olor a rancio y a tierra podrida unas pocas horas después de los asesinatos, ¿sería peor ahora, después de décadas de descomposición?

Una vez estuve en un museo de Chicago, viendo los objetos relacionados con el asesinato de Lincoln: mechones de su cabello, fragmentos de bala, la

ligera camilla donde había muerto, con el colchón hundido en el medio, como si preservara su última huella. Fui corriendo al lavabo y apreté la cara contra la fría puerta del urinario para no desmayarme. ¿Cómo sería el museo de la muerte de los Day, si reuniéramos todas las reliquias, y quién vendría a verlas? ¿Cuántos mechones de pelo ensangrentados de mi madre habría en las vitrinas? ¿Qué pasó con las paredes, garabateadas con aquellas palabras de odio, cuando nuestra casa fue derribada? ¿Se podría reunir un manojo de aquellas cañas congeladas donde permanecí escondida durante tantas horas? ¿O exponer la falange de mi dedo congelado? ¿Los dedos de los pies que me amputaron?

Me alejé de las cajas, no estaba lista para aquel reto, y me senté en el escritorio que utilizaba como mesa de comedor. Me había llegado por correo un paquete de cosas extrañas de Barb Eichel. Una cinta de vídeo de 1984 titulada *Amenaza a la inocencia. Satanismo en América*; unos recortes de periódicos, sujetos con un clip, que dieron la noticia de los asesinatos; unas cuantas *polaroids* de Barb en los pasillos de los juzgados mientras se celebraba el juicio de Ben; un libro con las esquinas de las páginas dobladas titulado *Tu familia en prisión. ¡Traspasa los barrotes!*

Quité el clip y lo puse en mi portaclips de la cocina (nadie debería comprar nunca clips, ni bolígrafos, ni ningún artículo de oficina). Luego introduje la cinta de vídeo en mi viejísimo reproductor de VHS. Clic, zumbido, gruñido. En la pantalla aparecieron imágenes de pentagramas y seres medio hombre, medio cabra, de bandas de *rock* que daban alaridos y gente muerta. Un hombre con uno de esos cortes de pelo tan bonitos, corto por delante y a los lados, y largo por detrás, caminaba a lo largo de una pared llena de pintadas, explicando que «este vídeo les ayudará a identificar a los adoradores de Satanás e incluso a ver las señales que les permitirán descubrir que sus seres queridos están coqueteando con este peligro tan real». El tipo entrevistaba a predicadores, policías y a algún «adorador de Satanás real». Los dos adoradores satánicos más poderosos llevaban una raya pintada en los ojos, vestían capas negras y lucían collares de tachuelas con pentagramas alrededor del cuello. Estaban sentados en su sala de estar, en sillones de terciopelo barato, y hasta se podía ver el interior de la cocina, a la derecha, donde había una nevera amarilla y el suelo era de un alegre y colorido linóleo.

Podía imaginármelos después de la entrevista, hurgando en la nevera en busca de un poco de ensalada de atún y una Coca-Cola, después de haber dejado por ahí sus capas. Apagué el vídeo en el momento en que el presentador alertaba a los padres de que debían rebuscar en las habitaciones de sus niños en busca de muñecos de He-Man y tableros de güija.

Los recortes eran simplemente inútiles, y yo no tenía ni idea de qué pretendía Barb que hiciera con sus fotos. Me senté, frustrada. Y perezosa. Podría haber ido a la biblioteca para buscar material yo misma. Podría haberme preocupado de contratar una conexión de internet, hace tres años, cuando dije que iba a hacerlo. Aunque ahora, precisamente, ya no me parecía una buena idea —me cansaba con mucha facilidad—, así que llamé a Lyle. Cogió el teléfono al primer tono.

—Heeyyyy, Libby —dijo él—. Pensaba llamarte para pedirte disculpas por lo de la semana pasada. Debiste sentirte acosada, y no era eso lo que se suponía que tenía que pasar. —Bonito discurso.

—Sí, fue una verdadera mierda.

—Supongo que no pensé en que todos nosotros teníamos nuestras propias teorías y que ninguna de ellas contemplaba la culpabilidad de Ben. No pensé en ello. No caí en la cuenta. Sé que todo esto es real para ti. Todos lo sabemos, pero, al mismo tiempo, no lo sabemos. Realmente nunca lo sabremos. No creo. No lo conseguiremos. Has malgastado mucho tiempo discutiendo sobre si... Pero... Bueno. Lo siento.

Yo no pretendía gustarle a Lyle Wirth, ya había decidido que era un capullo. Pero aprecié aquella disculpa sincera del mismo modo en que alguien duro de oído disfruta de una buena pieza musical. Yo no puedo hacerlo, pero aplaudo que lo hagan otros.

—Bueno —dije.

—Aún hay miembros que desean adquirir algunos..., ya sabes..., recuerdos que quieras vender. Si es ése el motivo de tu llamada.

—Oh, no. He estado pensando mucho sobre el caso, y me preguntaba... — Podría haber dicho también «puntos suspensivos» en voz alta.

NOS REUNIMOS EN un bar, no lejos de mi casa, llamado Sarah's. Siempre me había parecido un nombre extraño para un bar, pero era un lugar tranquilo, y

muy amplio. No me gusta tener a la gente encima de mí. Lyle se levantó al verme llegar y me abrazó, para lo cual tuvo que agacharse y contorsionar su largo cuerpo. Al hacerlo, me dio un golpecito en la mejilla con la montura de las gafas. Llevaba otra chaqueta de los ochenta, esta vez sintética y cubierta de insignias y pines. «Si bebes no conduzcas», «Practica la bondad por doquier», «Rock the Vote». Las insignias tintinearón cuando volvió a sentarse. Lyle era unos diez años más joven que yo, calculé, y no sabía si su aspecto era intencionadamente irónico-retro o era simplemente un memo.

Empezó pidiéndome disculpas de nuevo, pero yo no quería más de lo mismo. Ya estaba un poco harta, gracias.

—Escucha, no es que esté entusiasmada con la idea de que Ben sea inocente, ni con la posibilidad de descubrir que tal vez cometí algunos errores en mi declaración.

Abrió la boca para decir algo, pero la cerró de golpe.

—Pero si voy a investigar este asunto, ¿el club estará dispuesto a financiarme? A pagar mi tiempo, quiero decir.

—Guau, Libby, es una gran noticia que estés interesada en investigar el caso —dijo Lyle.

Odiaba el tono de ese chico. No parecía darse cuenta de que estaba hablando con una persona mayor que él. Era de esos que, al final de la clase, cuando la maestra pregunta a los alumnos, impacientes por irse: «¿Alguna duda?», siempre tienen alguna duda.

—Todos tenemos nuestra teoría sobre el caso, pero a ti se te abrirán muchas más puertas que a nosotros —dijo Lyle, a quien la pierna le temblaba debajo de la mesa—. Quiero decir, la gente querrá *hablar* contigo.

—Bien. —Señalé la jarra de cerveza de Lyle, y me echó un poco en un vaso de plástico, casi todo espuma. Después se secó la nariz con los dedos, olfateó la espuma sumergiendo la nariz, y me sirvió más.

—Entonces ¿en qué tipo de compensación has pensado? —Me pasó el vaso, y yo lo dejé frente a mí, debatiéndome entre bebérmelo o no.

—Creo que habría que analizarlo caso por caso —dije fingiendo que pensaba en ello por primera vez—. Dependiendo de lo difícil que sea encontrar a la persona y de las preguntas que deba hacerle.

—Bien, creo que tenemos una larga lista de gente con la que queremos que

hables. ¿Realmente no mantienes ningún contacto con Runner? Él encabeza la mayoría de las listas.

¡Otra vez el puto chalado de Runner! Sólo me había llamado una vez en los tres últimos años, murmurando al teléfono como un loco, lloriqueando, gimoteando y pidiéndome dinero. Y, desde entonces, ni una llamada más.

Pero, bueno, tampoco es que se hubiera molestado gran cosa antes de aquello. Había aparecido esporádicamente en el juicio de Ben, un par de veces con una corbata vieja y una chaqueta, y el resto con la ropa que llevaba el día anterior, antes de caerse borracho sobre la cama. Al final, el abogado de Ben le dijo que no se acercara más por allí. Que daba una mala imagen.

Ahora era aún peor, con todos aquellos tipos del Kill Club convencidos de que el asesino era él. Al parecer, había estado en la cárcel tres veces antes de los asesinatos, pero eran simples rumores de aquel pueblo de mierda. De todos modos, siempre había tenido deudas de juego. Runner apostaba a todo: deportes, carreras de perros, bingo, clima. Y le debía a mi madre la manutención de sus hijos. Matarnos a todos sería una buena manera de librarse de esa obligación.

Pero no podía imaginarme a Runner saliéndose con la suya, no era tan listo, y definitivamente no era lo bastante ambicioso. Ni siquiera podía ejercer de padre con su única hija superviviente. Después de los asesinatos había vivido por los alrededores de Kinnakee durante unos cuantos años, yendo y viniendo. De vez en cuando me enviaba cajas precintadas desde Idaho, Alabama o Winner, Dakota del Sur. Dentro solía haber figuritas de esas que tienen en las gasolineras, niñas de ojos grandes que sostenían sombrillas o gatitos que siempre se rompían por el camino. Yo sabía que estaba de vuelta en el pueblo no porque viniera a verme, sino porque veía el humo saliendo por la chimenea de la apestosa cabaña de la colina. Diane cantaba *Poor Judd Is Dead* cuando lo veía por el pueblo, con la cara tiznada de humo. Había algo triste y a la vez alarmante en él.

Que decidiera evitarme fue posiblemente una bendición. Cuando volvió a vivir con nosotros durante aquel último verano antes del final, no paraba de burlarse de mí. Al principio me miraba con lascivia, o me hacía jueguecitos del tipo «te he robado la nariz», pero luego era todo pura maldad. Un día llegó a casa después de ir a pescar, recorrió el pasillo con sus pesadas botas de

agua y golpeó la puerta del lavabo —yo estaba bañándome—, sólo para joderme. «¡Vamos, abre, tengo una sorpresa para ti!». Al final abrió la puerta de un golpe,apestaba a cerveza. Sostenía algo entre los brazos, que dejó caer en la bañera, conmigo dentro. Era un siluro vivo. Fue lo absurdo de la situación lo que me asustó. Traté de sacarlo del agua, las escamas pegajosas del pez me rozaban la piel, sus mandíbulas prehistóricas abiertas, boqueando. Podría haber metido un pie en aquella boca y el pez habría caminado conmigo, sujeto como una bota.

Salté fuera de la bañera y me quedé jadeando en la alfombra. Runner me gritaba que dejara de llorar como una maldita niña. «Todos mis hijos son unos miedosos de mierda».

Nadie pudo ducharse durante tres días, porque Runner estaba demasiado cansado para matar a aquella cosa. Creo que de él he heredado la pereza.

—No sé dónde para Runner. Lo último que oí es que estaba en algún lugar de Arkansas. Pero de eso hace un año. Al menos.

—Deberíamos tratar de localizarlo. Hay varias personas interesadas en que hables con él, aunque supongo que a él no le apetecerá —comentó Lyle—. Quizá por ahí podríamos obtener alguna información interesante: deudas, historial de violencia.

—Locura.

—Locura. —Lyle sonrió con malicia—. Runner no parece lo bastante listo como para salirse con la suya. No te ofendas.

—No me ofendo en absoluto. Entonces ¿cuál es tu teoría?

—Aún no estoy listo para compartirla en este momento. —Acarició una pila de carpetas a su lado—. Primero me gustaría que leyeras los hechos pertinentes del caso.

—¡Oh, por el amor de Dios! —dije. Me di cuenta, mientras apretaba los labios para pronunciar la pe, que aquélla era una frase de mi madre. «Por el amor de Dios, salgamos pitando, ¿dónde están mis malditas llaves?»—. Entonces, si Ben es realmente inocente, ¿por qué no ha hecho nada por salir de la cárcel? —pregunté. Mi voz sonó alta, urgente al final de la frase, como la queja de una niña: «¿Por qué me castigáis sin postre?». Comprendí que en el fondo esperaba que Ben fuera inocente: él volvería a mí como el Ben al que conocía, antes de tenerle miedo. En alguna ocasión lo había imaginado fuera

de la cárcel, caminando hacia mi casa, con las manos en los bolsillos (me llegó otro recuerdo, ahora, que me permitía pensar en ello de nuevo: Ben con las manos siempre enterradas en los bolsillos, perpetuamente avergonzado). Ben sentado a mi mesa de comedor, si tuviera una mesa de comedor, feliz, perdonándome, sin que le hubiera hecho daño. Si era inocente.

«Si todos los “y si” y todos los “pero” fueran caramelos y nueces, tendríamos de verdad una Feliz Navidad», oigo a mi tía Diane, cuyas palabras me retumbaban en la cabeza. Esas palabras han sido la pesadilla de mi infancia, un recordatorio continuo de que nada salía bien, no sólo a mí, sino a nadie. Por eso alguien inventó un dicho como ése. Todos sabemos que nunca tendremos lo que necesitamos. Porque —«recuerda, recuerda, recuerda, pequeña Day»— Ben estaba en casa aquella noche. Cuando me levanté de la cama para ir a la habitación de mi madre, vi luz por la rendija de su puerta cerrada. Murmurando dentro. Él estaba allí.

—Quizá puedas preguntarle a él, hacer tu primera parada allí, visitar a Ben.

Ben en la cárcel. Me había pasado los últimos veintitantos años negándome a imaginar aquel lugar. Ahora me imaginaba a mi hermano allí dentro, detrás de la alambrada, detrás del hormigón, caminando por un pasillo de pizarra gris, dentro de una celda. ¿Tendría fotos de la familia en algún sitio? ¿Se permitiría algo así? De nuevo me percaté de que no sabía nada de la vida de Ben. Yo no sabía ni cómo era una celda, aparte de las que había visto en las películas.

—No, Ben no. Aún no.

—¿Es cuestión de dinero? Te pagaremos.

—Es cuestión de muchas cosas —refunfuñé.

—*Okeeeeeey*. Entonces ¿quieres empezar por Runner? ¿O... qué?

Nos quedamos en silencio. Ninguno de los dos sabíamos qué hacer con las manos; no podíamos mantenernos la mirada. Cuando era niña, me enviaban continuamente a citas concertadas para jugar con otros niños: los psiquiatras insistían en que debía interactuar con mis semejantes. Mi reunión con Lyle era como aquellas citas: aquellos primeros diez minutos horribles, cuando los adultos se han ido y ningún crío sabe lo que quiere el otro, así que te quedas allí parado, cerca de la tele que te han dicho que no enciendas, jugueteando

con la antena.

Piqué de un cuenco unos cacahuetes con unas cascaras frágiles y etéreas como el caparazón de una cucaracha. Dejé caer unos pocos en mi cerveza para que soltaran la sal. Les di unos golpecitos. Se menearon. Mi plan parecía muy infantil. ¿Iba a hablar con las personas que puede que hubieran matado a mi familia? ¿Iba realmente a tratar de *resolver* algo? ¿Podía hacerme ilusiones de que Ben era inocente? Y si lo era, ¿no me convertía eso en la mayor malnacida de la historia? Experimenté esa emoción abrumadora que siento cuando estoy a punto de renunciar a un plan, esa urgencia de aire que me sobreviene cuando advierto que mi plan tiene fallos, y que no tengo ni el cerebro ni la energía para modificarlo.

Irme a la cama y olvidarme de todo el asunto no era una opción. Me habían subido el alquiler, y pronto necesitaría dinero para poder comer. Podía ir a la asistencia social, pero eso significaría encontrar la manera de conseguir que me admitieran, y probablemente preferiría pasar hambre antes que ponerme a hacer todo el papeleo.

—Iré a hablar con Ben —murmuré—. Debo empezar por ahí. Pero necesito trescientos dólares.

Lo dije pensando que no me los daría, pero Lyle metió la mano en una cartera de nailon, sacó un fajo sujeto con una goma y contó trescientos dólares. No parecía descontento.

—¿De dónde sale todo este dinero, Lyle?

Al oír eso pareció reanimarse un poco. Se irguió en la silla.

—Soy el tesorero del Kill Club: dispongo de cierta cantidad de fondos discrecionales. Éste es el proyecto para el que he decidido usarlos. —Las orejitas de Lyle se sonrojaron, como fetos enfadados.

—Estás malversando fondos. —De repente me gustaba más.

BEN DAY

2 de enero de 1985

10.18

Desde la granja hasta Kinnakee había una buena hora de paseo en bicicleta. Al menos una hora, a buen ritmo, cuando el frío no te hacía arder los pulmones y la sangre no te caía por la mejilla. Ben iba a trabajar a la escuela los días que había menos gente: nunca iba el sábado, porque ese día entrenaba el equipo de lucha libre. Le daba vergüenza empuñar la fregona mientras todos aquellos tipos robustos y musculosos estaban por allí, escupiendo en el suelo que acababa de fregar y mirándolo después, medio culpables, medio desafiándole a que dijera algo. Aquel día era miércoles, pero aún estaban en las vacaciones de Navidad, así que no debía de haber mucha gente: bueno, la sala de pesas siempre estaba llena, resonando rítmicamente, como un corazón de metal. Pero era temprano. El mejor momento. Normalmente iba desde las ocho hasta el mediodía, fregaba y secaba, pasaba la mopa y abrillantaba como el último mono que era, y acababa con toda aquella mierda antes de que lo viera nadie. A veces se sentía como un elfo de cuento de hadas que lo dejaba todo impecable sin que nadie se diera cuenta. A los chicos de la escuela les importaba una mierda dejar las cosas limpias: lanzaban los envases de cartón medio llenos a las papeleras, y ellos se limitaban a encogerse de hombros mientras veían el líquido chorrear por el suelo. Dejaban también trozos de hamburguesas en las sillas de la cafetería, pues ya habría quien se ocupara de limpiarlos. Ben también lo hacía, sencillamente porque todos lo hacían. Si se le caía un poco de bocadillo de

atún al suelo, ponía los ojos en blanco como si la cosa no fuera con él, cuando era él quien tendría que limpiarlo al día siguiente. Era de lo más estúpido, porque en realidad estaba abusando de sí mismo.

Así que tenía que ocuparse de aquella mierda en algún momento, y era peor hacerlo cuando estaba rodeado de otros chicos, que fingían no verlo. Ese día, sin embargo, se arriesgaría, seguiría adelante y se las arreglaría solo. Diondra se había ido con el coche a Salina por la mañana, de compras. La chica tenía al menos veinte pares de pantalones vaqueros, que a Ben le parecían todos iguales, pero necesitaba más, de alguna marca especial. Los llevaba anchos, con el dobladillo vuelto hacia arriba unas cuantas veces y sujeto a la altura de los tobillos por gruesos calcetines. Él nunca olvidaba felicitarla por sus nuevos vaqueros, y Diondra replicaba inmediatamente: «¿Y qué me dices de los calcetineeeeeees?». Era una broma, pero no del todo. Diondra sólo usaba calcetines Ralph Lauren: costaban como veinte dólares el par, cosa que a Ben le revolvía el estómago. Tenía un armario entero lleno de calcetines: de rombos, lunares y rayas, todos con el jugador de polo a medio *swing* en la parte de arriba. Ben había hecho cuentas: debía de haber cuatrocientos dólares de calcetines en aquel armario, perfectamente apilados; la mitad de lo que la madre de Ben debía de ganar en un mes. Bueno, los ricos necesitan comprar cosas, y los calcetines eran probablemente tan buenos como cualquier otra cosa. Diondra era una rica rara, no realmente una pija. Era demasiado llamativa y salvaje para encajar en ese grupo, aunque no lo bastante para encajar entre los *heavies*, aunque escuchara a Iron Maiden, le encantara el cuero y fumara toneladas de cigarrillos. Diondra no pertenecía a ninguna camarilla, simplemente era la Chica Nueva. Todo el mundo la conocía, aunque nadie sabía nada de ella. Había vivido en muchos lugares, la mayoría de Texas, y su frase típica cuando hacía algo que parecía raro, era: «Así es como lo hacen en Texas». No importaba lo que hiciera, todo estaba bien, porque así era como lo hacían en Texas.

Antes de Diondra, Ben simplemente vivía: un chico de campo, pobre y tranquilo, que se juntaba con otros chicos de campo en un rincón apartado de la escuela. No eran tan gilipollas como para ser odiados: no se molestaban en meterse con ellos. Eran el ruido de fondo de la escuela, lo que era peor que ser humillados. Bueno, había cosas peores. Estaba aquel chico de las gafas

bifocales, a quien Ben conocía desde la guardería y que siempre había sido raro. El muchacho se cagó en los pantalones la primera semana del instituto; había varias versiones sobre el asunto: una de ellas decía que le empezaron a caer pedazos de mierda de los pantalones cortos mientras subía la cuerda en el gimnasio; otra, que había perdido el cargamento en medio de la clase, y había una tercera, una cuarta y una quinta. El caso es que desde entonces lo llamaron «Culo Cagado». Entre clase y clase mantenía la cabeza gacha, con aquellas gafas de culo de vaso apuntando al suelo y soportando las collejas que le daban en la nuca: «¡Eh, Culo Cagado!». Él se limitaba a esbozar una sonrisa amarga, fingiendo que les seguía la broma. Así que había cosas peores que ser ignorado, pero a Ben no le gustaba, no quería seguir siendo el mismo Buen Chico Pelirrojo y Tranquilo que había sido durante toda la etapa de primaria. Sin pelotas y aburrido.

Así que, joder, muchas gracias a Diondra por fijarse en él, al menos en privado. Ella lo había atropellado con el coche, así es cómo se conocieron. Fue en verano: cursillo de orientación para estudiantes de primer año y alumnos nuevos. Fue un tostón de tres horas, y después, mientras caminaba por el aparcamiento de la escuela, ella lo embistió y Ben cayó encima del capó. Diondra salió del coche gritándole: «¿Por qué coño no miras por dónde vas?». El aliento de ella olía a vino gasificado, las botellas tintineaban en el suelo de su CRX. Cuando Ben se disculpó —él le pidió disculpas a *ella*— y Diondra se dio cuenta de que no estaba enfadado con ella, se puso realmente dulce y se ofreció a llevarlo a casa. Pero, en cambio, dieron una vuelta por las afueras del pueblo, detuvieron el coche y bebieron más vino gasificado. Diondra le dijo que su nombre era Alexis, pero al poco rato le confesó que le había mentido. Era Diondra. Ben le dijo que no tenía por qué mentir, teniendo un nombre tan bonito como aquél, y eso la hizo feliz. Y al cabo de otro rato, ella dijo: «¿Sabes qué? Eres realmente guapo», y segundos después: «¿Quieres timarme o qué?», y segundos después estaban magreándose a tope, cosa que no era la primera vez que hacían ninguno de los dos, aunque sólo era la segunda para Ben. Una hora después, Diondra tenía que irse, pero le dijo que era una persona que sabía escuchar muy bien, que era realmente increíble lo bien que sabía escuchar. Y que, después de todo, no tenía tiempo de llevarlo a casa. Lo dejó en el mismo lugar donde lo había atropellado.

Así que empezaron a salir juntos. En realidad, Ben no conocía a sus amigos, y nunca se juntaba con ella en la escuela. Entre semana, Diondra entraba y salía de la escuela como un colibrí, a veces iba, a veces no. Era suficiente con verla los fines de semana, en su propio espacio, donde la escuela no importaba nada. Estar con ella le había contagiado, y él quería más de «aquello».

Cuando Ben llegó a Kinnakee en su bicicleta, había un grupo de camionetas y coches deportivos destartados estacionados en el aparcamiento de la escuela. Así que estaban los jugadores de baloncesto y los que hacían lucha libre. Sabía de quién era cada coche. Pensó en pasar de trabajar, pero Diondra no volvería a casa durante horas, y él no tenía dinero suficiente para pasarse el rato en la hamburguesería. El dueño era un tipo con la cara colorada, ansioso porque los chicos se largaran del local nada más hacer el pedido. Además, sentarse solo en un bar en Navidad era peor que trabajar. Que se jodiera su madre por provocarle semejante estrés. El padre y la madre de Diondra no se preocupaban demasiado por ella: se pasaban la mitad del tiempo fuera del pueblo, en su casa de Texas. Incluso cuando Diondra fue amonestada por saltarse dos semanas enteras de escuela el mes anterior, su madre se había limitado a reír: «Cuando el gato no está, bailan los ratones, ¿no es así, cariño? Al menos intenta hacer una parte de tus tareas».

La puerta trasera de la escuela estaba cerrada con candado, así que tuvo que entrar por los vestuarios. El olor a sudor y a aerosol para los pies lo golpeó nada más entrar. El ruido en la cancha de baloncesto y los sonidos metálicos en la sala de las pesas indicaban que al menos el vestuario estaría vacío. En el pasillo se oyó un grito prolongado —«¡Coooooper! ¡Levántateeeee!»— resonando contra el suelo de mármol como un grito de guerra. Había zapatillas de tenis esparcidas por el suelo, una puerta de metal se abrió en algún lado, y después todo volvió a una relativa tranquilidad. Sólo se oían los ruidos propios de un gimnasio: tunc-tunc, clanc, tunc.

Los deportistas de la escuela eran tan confiados, un claro signo del trabajo en equipo, que nunca cerraban sus taquillas con candado. En vez de eso, anudaban cordones de zapatillas en el agujero del cerrojo donde debería haber estado el candado. Al menos doce cordones blancos colgaban de las taquillas y Ben, como de costumbre, dudó si mirar dentro de una. ¿Qué demonios

tendrían allí dentro aquellos tipos? Si en las taquillas de la escuela metían libros, ¿qué meterían allí? ¿Habría desodorantes, lociones, alguna prenda de ropa interior olvidada? ¿Usarían todos el mismo tipo de suspensorio? Tunc, tunc, clanc, tunc. Uno de los cordones colgaba suelto, un simple tirón y abriría la taquilla. Antes de que pudiera decirse a sí mismo que se largara de allí, quitó el cordón suavemente y abrió con calma el cerrojo. Dentro de la taquilla no había nada de interés: unos pantalones cortos de gimnasio arrugados al fondo, una revista deportiva enrollada y una bolsa de deporte colgando triste de una percha. Parecía que la bolsa contenía algunos objetos, así que Ben la inclinó hacia él y abrió la cremallera.

—¡Eh!

Se dio la vuelta, la bolsa se balanceó violentamente en la percha y cayó al suelo de la taquilla. El señor Gruger, el entrenador de lucha libre, estaba allí con un periódico en la mano, su cara áspera torcida en una mueca.

—¿Qué demonios haces en esa taquilla?

—Yo, eh..., estaba abierta.

—¿Qué?

—Estaba... He visto que estaba abierta —dijo Ben. Lo dijo lo más tranquilamente que pudo. «Por favor, joderjoderjoder, que nadie del equipo entre ahora», pensó. Pudo imaginarse todas sus caras mirándolo enfadadas, poniéndole un motón de notes.

—¿Estaba abierta? ¿Y por qué rebuscabas dentro? —Gruger dejó la cuestión en el aire, no se movió, no dio señal alguna de lo que iba a hacer, la cosa estaba seria. Ben miró al suelo, esperando ser castigado.

—Te he preguntado qué estabas haciendo en esa taquilla.

—Gruger golpeó el periódico contra su enorme mano.

—No lo sé.

El viejo permaneció allí inmóvil, mientras Ben no paraba de pensar: «Me echo a llorar y a ver si me libro».

—¿Ibas a coger algo?

—No.

—Entonces ¿por qué estabas hurgando dentro?

—Yo sólo estaba... —Ben se interrumpió de nuevo—. Me ha parecido ver algo.

—¿Te ha parecido ver algo? ¿El qué?

El cerebro de Ben pensó en cosas prohibidas: mascotas, drogas, revistas de tías desnudas. Se imaginó petardos, y por un segundo pensó en decir que la taquilla estaba ardiendo, convertirse en un héroe.

—Cerillas.

—¿Te ha parecido ver cerillas? —La sangre en la cara de Gruger se había desplazado desde las mejillas hasta la zona de carne justo por debajo de su corte de pelo al cero.

—Quería un cigarrillo.

—Eres el chico de la limpieza, ¿verdad? ¿Uno de los Day?

Gruger hizo que el nombre sonara tonto, afeminado. Los ojos del entrenador examinaron el corte en la frente de Ben, luego subieron hasta llegar al pelo.

—Te has teñido el cabello.

Ben se quedó quieto, con su negra mata de pelo, y sintió que estaba siendo clasificado y descartado, puesto en la sección de los perdedores, drogotas, peleles, maricones. Estaba seguro de oír aquellas palabras resonando en el interior de la cabeza del entrenador. Gruger torció el labio.

—Fuera de aquí. Vete a limpiar a otro lado. Y no vuelvas por aquí hasta que nos hayamos ido. No eres bien recibido. ¿Lo entiendes?

Ben asintió.

—¿Por qué no lo dices bien alto, para asegurarme de que te ha quedado claro?

—No soy bien recibido aquí —murmuró Ben.

—Ahora vete. —Se lo dijo como si Ben fuera un niño de cinco años al que enviaba con su madre.

Fue al armario de la limpieza, que estaba en el hueco de las escaleras. Una gota de sudor le resbaló por la espalda. No podía respirar. Se olvidaba de hacerlo cuando estaba enfadado. Sacó el cubo de tamaño industrial y lo sacudió en el fregadero, lo llenó de agua caliente, vertió dentro el detergente, del color de los orines, y el vapor del amoniaco le quemó en los ojos. Después lo colocó de nuevo sobre el carrito de ruedas. Había llenado el cubo demasiado. Lo levantó, lo apoyó en el borde del fregadero para vaciarlo un poco y derramó dos litros de agua en el suelo. La entrepierna le quedó

empapada. Parecía que se hubiera meado encima. Los vaqueros se le pegaron a las piernas y se volvieron rígidos. Iba a pasar tres horas de trabajo duro con la entrepierna mojada y los vaqueros acartonados.

—Jódete, cabrón —masculló en voz baja. Le dio una patada a la pared con la bota de trabajo, haciendo saltar el yeso, y golpeó la pared con la mano—. ¡Jodeeeer! —gritó al final. Esperó en el cuartucho como un cobarde, temiendo que Gruger lo hubiera oído y decidiera joderle un poco más.

No pasó nada. A nadie le interesaba ir a ver lo que estaba pasando en el cuarto de la limpieza.

SE SUPONÍA QUE debía haber limpiado la semana anterior, pero Diondra había protestado diciendo que eran las vacaciones oficiales de Navidad, y no había ido. Así que la papelera de la cafetería estaba repleta de latas chorreando almíbar, envoltorios de bocadillos pringados de ensalada de pollo y raciones mohosas del almuerzo 1984, la especialidad de la casa, una cazuela de hamburguesa con salsa de tomate dulce. Todo podrido. Se manchó el jersey y los pantalones con un poco de todo aquello, así que además de a amoniaco y a sudor, olía a comida en mal estado. No podía ir a buscar a Diondra con esa pinta, era un idiota por haber ido a limpiar antes. Tendría que volver a casa en bicicleta, enfrentarse a su madre —que le soltaría un discurso de media hora—, ducharse y volver de nuevo en bicicleta hasta la casa de Diondra. Si su madre no lo machacaba. Joder, aún podía conseguirlo. Era su cuerpo, su cabello. Su puto pelo negro de maricón.

Fregó los suelos y vació las papeleras de los despachos de los profesores, su tarea favorita, porque sonaba a algo importante pero se limitaba a un montón de papeles arrugados, ligeros como las hojas de los árboles. Lo último que hacía era limpiar el pasillo que conectaba la escuela de secundaria con la de primaria (en la que era el avergonzado alumno-chico de la limpieza). En el lado más próximo al instituto, las paredes estaban empapeladas con chillones carteles de fútbol, de competiciones de atletismo y avisos del club de teatro; luego, a medida que se llegaba a la zona de los pequeños, esos carteles se veían sustituidos por letras del abecedario y reseñas de libros sobre George Washington. Unas puertas de color azul brillante delimitaban la entrada de la escuela de secundaria, pero eran más bien simbólicas: nunca estaban cerradas.

Pasó la mopa desde Institutolandia hasta Niñerilandia, luego la tiró dentro del cubo y le dio una patada. El cubo rodó lentamente por el suelo de hormigón hasta chocar suavemente contra la pared.

Había ido a la Escuela de Kinnakee desde el jardín de infancia hasta octavo, y obviamente tenía más conexión con ese lado del edificio que con el del instituto, donde estaba ahora, con todos aquellos restos de basura pegados a su ropa.

Pensó en abrir la puerta y dar una vuelta por los silenciosos pasillos del otro lado; cuando se dio cuenta, ya lo estaba haciendo. Sólo quería decirle hola a aquel viejo lugar. Ben oyó la puerta cerrarse a su espalda, y se sintió más relajado. Las paredes aquí eran de color amarillo limón, y más decoradas. Kinnakee era lo suficientemente pequeño como para que sólo hubiera una clase por curso. El instituto era el doble de grande porque acogía a chicos de otros pueblos. Pero la escuela de primaria siempre había sido agradable y acogedora. Vio un emoticono sonriente en la pared, «Michelle D., edad 10», escrito en un lado. Y un poco más allá había un dibujo de un gato con chaleco y zapatos de hebilla, o quizá eran de tacón alto; de todos modos sonreía y le daba un regalo a un ratón que sostenía una tarta de cumpleaños. «Libby D., 1.º grado». Miró, pero no vio nada de Debby. No creía que ella fuera capaz de pintar, ni siquiera de pensar en ello. Una vez Debby intentó ayudar a su madre a hacer galletas, y acabó estropeando la receta y comiéndose más de lo que había cocinado. Debby no era el tipo de niña que tuviera nada que colgar de la pared.

A lo largo del pasillo había filas de casillas amarillas donde los estudiantes podían meter sus objetos personales. El nombre de cada niño estaba escrito en una etiqueta adhesiva pegada a la casilla que le pertenecía. Miró en la de Libby y encontró un caramelo de menta chupado y un clip. Debby tenía una fiambarrera marrón que apestaba a salchichas ahumadas; Michelle, un paquete de rotuladores. Miró en algunas otras, sólo por diversión, y se dio cuenta de que tenían muchas más cosas. Cajas de sesenta y cuatro lápices de colores, coches teledirigidos y muñecas, gruesos cuadernos de papel para dibujar, llaveros, álbumes de adhesivos y bolsas de dulces. «Qué triste. Eso es lo que pasa cuando tienes más hijos de los que puedes mantener», pensó. Eso era lo que siempre decía Diondra cuando él le hablaba

de la mala racha que estaban pasando en casa: «Bueno, entonces tu madre no debería haber tenido tantos hijos». Diondra era hija única.

Ben volvía hacia la zona del instituto, y se sorprendió a sí mismo mirando los casilleros de quinto curso. Allí estaba la casilla de ella, la pequeña Krissi, colada por él. La chica había escrito el nombre de él en brillantes letras verdes y había dibujado una margarita al lado. Qué mona. Krissi era la definición de mona, como esas niñas que salen en los anuncios de cereales: pelo rubio, ojos azules, con un aspecto impecable. A diferencia de sus hermanas, los vaqueros siempre le quedaban bien y estaban limpios y planchados; las camisetas, a juego con el color de los calcetines, con la cinta para el pelo o con cualquier cosa que llevara puesta. A ella no le olía el aliento a comida como a Debby ni llevaba las manos arañadas como Libby. Como todas sus hermanas. Las uñas las llevaba siempre pintadas de un rosa brillante. Era obvio que se las pintaba su madre. No le cabía ninguna duda de que su casilla estaba llena de muñequitas caras que olían bien.

Hasta su nombre estaba bien: Krissi Cates era un nombre guay. En el instituto sería *cheerleader*, luciría una larga melena rubia y probablemente se olvidaría de que alguna vez estuvo loca por aquel chico mayor que ella llamado Ben. ¿Cuántos años tendría él entonces? ¿Veinte? Tal vez llegaría en coche con Diondra desde Wichita para jugar un partido y ella lo vería por casualidad y lo miraría con una gran sonrisa resplandeciente, haciendo alguno de aquellos movimientos excitantes de *cheerleader*, y Diondra soltaría una de sus risas estridentes y diría: «¿No es suficiente con que la mitad de las mujeres de Wichita estén enamoradas de ti, que también tienes que ligar con las niñas de secundaria?».

Ben no habría conocido a Krissi —ella iba un curso por encima de Michelle— si la señorita Nagel, que siempre había sentido simpatía por él, no lo hubiera llamado un día a principio de curso para que la ayudara en la clase extraescolar de arte. Su ayudante habitual no se había presentado. En principio, debía volver a casa, pero seguro que su madre no se enfadaría con él por ayudar a los más pequeños —ella siempre le insistía para que echara una mano a sus hermanas en casa—, y mezclar pinturas era un infierno mucho más atractivo que cargar estiércol. Krissi, que era una de las alumnas, no parecía interesada en la pintura. Simplemente movía el pincel de un lado a

otro hasta que todo se volvía de un color marrón como la mierda.

—¿Sabes qué parece eso? —dijo él.

—Caca —respondió ella, y se echó a reír.

Era coqueta, aunque aún fuera una niña; ella sabía que era guapa y simplemente asumía que gustaba a la gente. Desde luego, a él le gustaba. Hablaron entre largos ratos de silencio.

—¿Y dónde vives?

Mojaba, deslizaba, emborronaba. Aclaraba el pincel en el agua y repetía el proceso.

—Cerca de Salina.

—¿Y vienes desde allí todos los días?

—Aún no han terminado de construir mi escuela. El año que viene iré cerca de casa.

—Es un largo camino hasta aquí.

Una silla que cruje, un hombro que se encoge.

—Sí. Es una pesadez. Tengo que esperar durante horas hasta que viene a buscarme mi padre.

—Bueno, la clase de arte está bien.

—Supongo que sí. Pero me gusta más el *ballet*, es lo que hago los fines de semana.

¡*Ballet* los fines de semana! Probablemente era una de esas niñas con piscina en el jardín y, si no, una cama elástica. Pensó en decirle que él tenía vacas en casa —tenía pinta de que le gustaran los animales—, pero sentía que estaba demasiado ansioso por ella. Era una niña, era ella quien tenía que tratar de impresionarlo.

Se ofreció voluntario para acudir a todas las clases de arte de aquel mes. Bromeaba con Krissi sobre sus dibujos («¿Qué se supone que es eso, una tortuga?»), y dejaba que le explicara cosas sobre el *ballet* («¡No, tonto, es el BMW de mi papá!»). Un día se coló, toda decidida, en el instituto y lo esperó frente a su taquilla, con sus vaqueros con mariposas de lentejuelas en los bolsillos y una camisa rosa en la que despuntaban los bultos firmes que iban a ser sus pechos. Nadie la molestó, a excepción de una niña con sentimientos maternos que intentó, como haría una madre, devolverla al lado correcto del edificio.

—No te preocupes —le dijo a la chica, ahuecándose el pelo. Después, volviéndose hacia Ben, añadió—: Sólo quería darte esto.

Le entregó una nota, doblada en forma de triángulo, con su nombre escrito en letras con forma de globitos, y se fue dando saltitos. Medía la mitad que la mayoría de los chicos que había a su alrededor, pero no parecía darse cuenta.

Una vez estaba en clase de arte
y a un chico llamado Ben conocí.
En ese instante nació algo en mí,
algo que casi mi corazón parte.
Tiene el pelo rojo, y una bonita piel,
y unos labios que sabrán a miel.

Al final había una gran L, con «-abio -una -uego» escrito al lado. Había visto a amigos de amigos con notas como aquélla, pero él nunca había recibido una. El febrero pasado había recibido tres tarjetas de San Valentín, una de la profesora, porque tenía que hacerlo, otra de una chica encantadora que se las enviaba a todo el mundo, y otra de una niña gorda que siempre parecía al borde del llanto.

Diondra le escribía algunas veces, pero sus notas no eran bonitas, eran obscenas o de enfado, cosas que garabateaba cuando estaba castigada. Ninguna chica le había escrito un poema, y eso era aún más bonito, porque parecía no darse cuenta de que él era demasiado mayor para ella. Era un poema de amor de una niña que no sabía nada de sexo, ni siquiera de magreos. (¿O sí? ¿Cuándo empiezan a darse el lote los niños normales?).

Al día siguiente lo esperó después de la clase de arte y le pidió que se sentara con ella en las escaleras, y él dijo que vale pero sólo un segundo, y bromearon durante una hora entera en aquellas escaleras sombrías. En un momento dado ella lo agarró por el brazo y se inclinó hacia él, y él supo que tenía que decirle que no, pero ella era tan dulce, no como Diondra, que le arañaba y gritaba cuando tenían relaciones sexuales, y tampoco como sus hermanas, que montaban un jaleo terrible cuando jugaban, sino que era dulce, como tienen que ser las chicas. Llevaba un pintalabios que olía a chicle, y como Ben nunca tenía dinero para chicles —qué jodido era eso— se le hacía

la boca agua.

La cosa siguió así durante varios meses, esperaban a su padre sentados en las escaleras. Nunca hablaban durante el fin de semana, y a veces a ella incluso se le olvidaba esperarlo, y él se pasaba el rato allí en las escaleras, como un capullo, con un paquete de caramelos Skittles que había encontrado mientras limpiaba la cafetería. Krissi adoraba los dulces. Las hermanas de Ben también, comían azúcar a escondidas como si fueran pequeñas cucarachas. En más de una ocasión, cuando volvía a casa, había pillado a Libby comiendo mermelada directamente del frasco.

Diondra nunca se enteró de su asunto con Krissi. Al finalizar las clases, Diondra salía pitando, y a las tres y cuarto ya estaba en su casa viendo culebrones de Donahue en la tele. (Normalmente comiéndose la masa de los pasteles antes de hornearlos. ¿Qué pasaba con las chicas y el azúcar?). Y aunque Diondra se enterara, ¿qué podía pasar? Él era para Krissi como una especie de consejero. Un chico mayor que ayudaba a una niña a hacer sus deberes escolares. Tal vez debería estudiar psicología, o ser profesor. Su padre era cinco años mayor que su madre.

La única situación dudosa entre Krissi y él ocurrió justo antes de Navidad, y no volvería a suceder. Estaban sentados en las escaleras, chupando caramelos de manzana Jolly Rancher y empujándose el uno al otro, y de repente ella se acercó más de lo habitual y le rozó el brazo suavemente con un pezón. Su cuello olía a manzana, se agarró a él, sin decir nada, sólo respiraba, y él sentía los latidos de su corazón en el bíceps. Los dedos de la niña subieron hasta llegarle casi a las axilas y de repente sus labios estaban en la oreja de Ben, y él sintió su aliento húmedo y caliente, las encías contraídas por la acidez del caramelo, y aquellos labios se deslizaron hasta su mejilla, provocándole un escalofrío en los brazos, y ninguno sabía lo que estaba pasando. Luego lo miró de frente y posó aquellos labios pequeños contra los suyos, sin moverlos, y sus corazones palpitaron al mismo ritmo, ya con todo el cuerpo de ella metido entre sus piernas y las rígidas manos de él llenas de sudor a sus costados, y luego ella movió levemente los labios, abrió la boca sólo un poco y allí estaba su lengua, pegajosa y dulce, y ambos sintieron el sabor a manzana verde y a él se le puso la polla tan dura que pensó que le iba a explotar en los pantalones, y la agarró por la cintura, la sujetó un segundo y

la apartó, y bajó las escaleras corriendo hacia el lavabo de chicos —gritando «lo siento, lo siento» a su espalda— y se masturbó dentro de uno de los cubículos justo a tiempo, corriéndose dos veces, pringándose las manos.

LIBBY DAY

Ahora

A sí que me iba a encontrar con mi hermano, ambos ya adultos. Después de la cerveza con Lyle, me fui a casa y le eché un vistazo al ejemplar de Barb Eichel de *Tu familia en prisión: ¡traspasa los barrotes!* Tras leer unos pocos capítulos confusos sobre el sistema penitenciario del estado de Florida, pasé las páginas manchadas hasta encontrar el *copyright*: 1985. No me era ni remotamente útil. Me preocupaba recibir más paquetes inútiles de Barb: panfletos sobre parques acuáticos de Alabama desaparecidos, folletos sobre hoteles de Las Vegas que habían sido derribados, advertencias sobre el virus Y2K. Acabé haciendo que Lyle se encargara de todo. Le dije que no podía comunicarme con la persona adecuada, que me veía abrumada, pero la realidad era que no quería. No tengo la suficiente resistencia: encontrar el número, esperar, hablar, volver a esperar, después mostrarme encantadora con alguna mujer encabronada y con tres hijos y el propósito de volver al instituto y acabar los estudios, una mujer que se dedica a marearte con la esperanza de que le proporciones una excusa para cancelar tu petición. Ella es una zorra, muy bien, pero tú no puedes llamarla eso o de repente ahí estás, de vuelta a la primera casilla del juego, al principio. Y sabiendo que tendrás que ser aún más encantadora cuando vuelvas a llamar. Dejé que Lyle se ocupara de eso.

La prisión de Ben está a las afueras de Kinnakee y fue construida en 1997, tras una nueva oleada de fusión de granjas. Kinnakee se encuentra casi en el centro de Kansas, no demasiado lejos de la frontera con Nebraska, y una vez reclamaron ser el centro geográfico de los cuarenta y ocho estados contiguos

de Estados Unidos. El corazón de América. Fue una gran cosa en los años ochenta, cuando todos éramos tan patriotas. Otras ciudades de Kansas lucharon por el título, pero los habitantes de Kinnakee las ignoraron, obstinada, orgullosamente. Era el único punto de interés de la ciudad. La Cámara de Comercio vendió pósteres y camisetas con el nombre de la ciudad escrito dentro de un corazón. La tía Diane nos compraba todos los años una camiseta nueva a las niñas de la familia, en parte porque nos gustaba cualquier cosa en forma de corazón, y en parte porque Kinnakee es una antigua palabra india que significa «mujercita mágica». Diane siempre trataba de convertirnos en feministas. Mi madre bromeaba con que la tía Diane no se depilaba a menudo y que eso ya era un comienzo. No la recuerdo diciendo eso, pero recuerdo a Diane, expansiva y enfadada, como siempre tras los asesinatos, fumando un cigarrillo en su caravana, bebiendo té helado en un vaso de plástico con su nombre escrito con letra de palo, contándome la historia.

Resulta que después de todo estábamos equivocados. Lebanon, Kansas, es el centro oficial de Estados Unidos. Kinnakee estaba trabajando con una información equivocada.

PENSABA QUE TARDARÍA meses en conseguir el permiso para ver a Ben, pero parece que la Penitenciaría del estado de Kinnakee, Kansas, es rápida concediendo pases a los visitantes. («Creemos que la interacción de las familias y amigos es beneficiosa para los reclusos y les ayuda a mantenerse socializados y conectados»). Después de los papeleos y más tonterías de éstas, me pasé unos cuantos días repasando los archivos de Lyle, leyendo la transcripción del juicio de Ben, algo para lo que antes nunca había reunido el valor suficiente.

Me hizo sudar. Mi declaración era un laberinto de confusos recuerdos de niña («Creo que Ben trajo una bruja a casa y ella nos mató», dije yo. A lo que el fiscal respondió: «Mmmm, ahora hablemos de lo que pasó realmente»), y luego demasiado diálogo dirigido («Vi a Ben desde la puerta de la habitación de mi mamá, él la amenazaba con la escopeta»). En cuanto al abogado defensor de Ben, bien podía haberme envuelto en un pañuelo de papel y tumbado en una cama de plumas, tan delicado fue conmigo. («Puede que estés un poco confusa sobre lo que viste, Libby. ¿Estás segura, segura, de que fue tu

hermano, Libby? Quizá nos estás diciendo lo que queremos oír». A lo que respondí: «No, sí, no»). Al final de la sesión, respondía «supongo» a todas las preguntas que me hacían; era mi manera de decir que estaba agotada.

El abogado defensor de Ben había hecho hincapié en lo de la pequeña mancha de sangre en la colcha de Michelle y la misteriosa huella de zapato, pero no pudo llegar a una teoría alternativa convincente. Quizá alguien más había estado allí, pero no había huellas de pisadas ni de neumáticos fuera de la casa que lo probaran. La mañana del 3 de enero amaneció con un aumento de temperatura de veinte grados, fundiendo la nieve y todas las huellas en una papilla primaveral.

Además de mi declaración, Ben tenía más cosas en su contra: arañazos en la cara que no pudo explicar, una historia sobre un hombre muy peludo al que al principio acusó de los asesinatos —una historia que rápidamente cambió por «estuve fuera toda la noche, no sé nada»—, un gran mechón del cabello de Michelle encontrado en el suelo de su habitación y su loco comportamiento de aquel día. Se había teñido el pelo de negro, algo que todos consideraron sospechoso. Lo habían visto rondando «a hurtadillas» por la escuela, testificaron varios profesores. Se preguntaron si quizá estaba intentando recuperar algunos restos de animales que había guardado en su casillero («¿restos de animales?») o si estaba reuniendo objetos personales de otros estudiantes para una misa satánica. Más tarde parece que había ido a un garito a fumar hierba y se había jactado de ofrecerle sacrificios al diablo.

Ben no se ayudó a sí mismo: no tenía coartada; tenía una llave de la puerta de la casa, que no habían forzado para entrar; había tenido una trifulca con mi madre aquella mañana. Y también se comportó como una especie de idiota. Cuando el fiscal proclamó que Ben era un asesino adorador de Satanás, él respondió con un discurso entusiasta sobre los rituales de adoración al diablo, sobre unas canciones que le gustaban especialmente y que le traían a la mente los infiernos, y sobre el gran poder del culto satánico. («Te anima a que te sientas bien, porque somos básicamente animales»). En un momento dado, el fiscal le pidió:

—Deja de jugar con tu pelo y tómate esto en serio. ¿Comprendes que esto es muy serio?

—Comprendo que usted cree que es muy serio —replicó él.

Aquello no me sonaba al Ben que yo recordaba, mi tranquilo y tímido hermano. Lyle había incluido unas cuantas fotos del juicio: Ben, con su pelo negro recogido en una cola de caballo («¿por qué sus abogados no le dijeron que se lo cortara?»), embutido en un traje asimétrico, siempre sonriendo o bien completamente indiferente.

Así que Ben no se ayudó a sí mismo, pero la transcripción del juicio hizo que me ruborizara. No obstante, después de analizarlo todo en su conjunto, me sentí un poco mejor. No toda la culpa de que Ben estuviera en la cárcel era mía («si era verdaderamente inocente, si es que realmente lo era»). No, todo el mundo tenía una parte de culpa.

UNA SEMANA DESPUÉS de haber aceptado encontrarme con él, me reuní con Ben. Me dirigía en coche a mi pueblo natal, en el que no había estado desde hacía por lo menos veinte años y que se había convertido en una ciudad carcelaria sin mi permiso. Todo había sucedido demasiado rápido, me producía un vuelco emocional. La única manera de seguir adelante era tranquilizarme diciéndome a mí misma que no entraría en Kinnakee propiamente y que no recorrería aquel sucio camino que llevaba a mi casa, no, no lo haría. Ya no era mi hogar: alguien había comprado la propiedad años atrás y había demolido la casa de inmediato, destruyendo las paredes que mi madre había decorado con pósteres baratos, rompiendo las ventanas en las que yo aspiraba el aire mientras miraba quién venía por el camino, convirtiendo en astillas el marco de la puerta donde mi madre había señalado con un lápiz el proceso de crecimiento de Ben y de mis hermanas. (Cuando tuvo que hacerlo conmigo, ya estaba demasiado cansada. Yo sólo tenía una anotación: Libby, 92 cm).

Conduje tres horas por Kansas, subiendo y bajando las colinas Flint, luego por la llanura, con carteles que me invitaban a visitar la avenida de la Fama de Greyhound, el Museo de la Telefonía, la Mayor Bola de Bramante del Mundo. De nuevo otra explosión de lealtad: debería haber ido a todos aquellos lugares, aunque sólo fuera para abofetear a esos viajeros irónicos que los visitan para reírse de ellos. Finalmente salí de la autopista, continué hacia el norte, el oeste, y el norte y el oeste otra vez, por un laberinto de carreteras, campos de cultivo salpicados de verde, amarillo y marrón, puntillismo

bucólico. Me apoyé en el volante, cambié de emisora de radio una y otra vez, canciones plañideras de *country*, y *rock* cristiano, y guitarras estridentes. El lánguido sol de marzo consiguió calentar el coche, haciendo destellar el grotesco nacimiento de mis cabellos pelirrojos. El calor y el color me hicieron volver a pensar en la sangre. En el asiento del pasajero llevaba una botella de vodka de esas de avión, que había decidido beberme de un trago en cuanto llegara a la prisión, una dosis de aturdimiento que yo misma me había prescrito. Necesité una inusual fuerza de voluntad para no bebérmela mientras conducía, con una mano en el volante y la garganta inclinada hacia atrás.

Como un truco de magia, mientras pensaba «ya falta poco», una pequeña señal apareció en el horizonte ancho y llano. Sabía exactamente lo que pondría: BIENVENIDOS A KINNAKEE: ¡EL CORAZÓN DE AMÉRICA!, en letra cursiva de los años cincuenta. Lo ponía, pero yo sólo veía la lluvia de agujeros de bala en la esquina inferior izquierda, donde Runner había disparado desde su camioneta décadas atrás. Sin embargo, cuando estuve más cerca me di cuenta de que me había imaginado los agujeros de bala. Aquélla era una señal nueva y estaba intacta, aunque con el mismo viejo texto: BIENVENIDOS A KINNAKEE: ¡EL CORAZÓN DE AMÉRICA! Se mantenían fieles a su mentira, me gustó. Inmediatamente después de esa señal, otra: PENITENCIARÍA DEL ESTADO DE KINNAKEE, KANSAS, la próxima a la izquierda. Seguí la dirección, conduciendo al oeste de las tierras que una vez fueron la granja de los Evelee. «Ja, os está bien empleado, Evelee», pensé, pero no pude recordar por qué eran malos los Evelee. Sólo recordaba que vivían allí.

Empecé a ir más despacio a medida que recorría aquella carretera nueva que rodeaba la ciudad. Kinnakee nunca había sido un lugar próspero, sólo había granjas ruinosas y optimistas mansiones de madera contrachapada levantadas durante un auge del petróleo absurdamente breve. Ahora era peor. El negocio de la prisión no había salvado a la ciudad. Las calles estaban llenas de casas de empeño y edificios endeblados de apenas una década de antigüedad, pero que ya se caían a trozos. Niños aturdidos en patios llenos de suciedad. Basura por todas partes: envases de productos alimenticios, pajitas de refrescos, colillas de cigarrillos. Una caja de porspán de comida para llevar, un tenedor de plástico y un vaso de cartón descansaban en un bordillo, todo abandonado por quienquiera que se lo hubiera comido. Había un montón

de patatas fritas con *ketchup* esparcidas junto a una alcantarilla. Hasta los árboles eran deprimentes: raquíuticos, enanos y obstinadamente reacios a florecer. Al final de la manzana, una pareja joven y regordeta estaba sentada a la fresca en el banco de la puerta de un Dairy Queen, viendo pasar el tráfico como si estuvieran frente al televisor.

En un poste de teléfonos ondeaba una fotocopia con la imagen de una adolescente de expresión seria desaparecida en octubre de 2007. Dos manzanas más allá, lo que pensaba que era otra fotocopia de la chica se convirtió en el de una nueva niña desaparecida, ésta en junio de 2008. Ambas niñas iban desarregladas y mostraban una expresión hosca, lo que explicaba por qué no habían recibido la misma atención que Lisette Stephens. Tomé nota mental de hacerme una foto mostrando una bonita sonrisa, por si alguna vez desaparecía.

Unos minutos después apareció la prisión en un claro quemado por el sol.

Era menos imponente de lo que me había imaginado, las pocas veces que me la había imaginado. Tenía el aspecto de cualquier edificio de las afueras, podía confundirse con las oficinas de alguna empresa de refrigeración, o con la sede general de una compañía de telecomunicaciones, si no fuera por la alambrada que se retorció en lo alto de los muros. Aquel alambre en espiral me recordó al cable del teléfono por el que Ben y mi madre discutían, con el que siempre tropezaban. Por culpa de aquel maldito cable del teléfono, Debby se hizo una quemadura en la muñeca que le dejó una cicatriz en forma de estrella. Tosí fuerte, sólo para escuchar algo. Entré en el aparcamiento, una superficie de alquitrán maravillosamente lisa después de una hora de baches. Aparqué y me quedé allí mirando, el coche crujía por el esfuerzo de tantas horas de viaje. Desde el interior de los muros llegaba el murmullo y los gritos de los presos, en su rato de recreo. El vodka me bajó por la garganta con una punzada medicinal. Mastiqué un trozo endurecido de chicle de menta, dos, después los escupí en el envoltorio de un bocadillo, notando cómo se me calentaban las orejas por el alcohol. Entonces me desabroché el sujetador debajo del jersey y sentí que mis pechos caían, grandes y sobados, con el ruido de fondo de los presos que jugaban al baloncesto. Era algo que Lyle me había advertido, tartamudeando y eligiendo las palabras: «Sólo tendrás una oportunidad para cruzar el detector de metales. No es como en los

aeropuertos: no tienen uno de esos detectores manuales. Así que tienes que dejar en el coche todos los objetos de metal. Esto..., incluido, humm..., en el caso de las mujeres... ¿No llevan alambres algunos sujetadores? Eso podría ser... un problema».

De acuerdo. Metí el sostén en la guantera y dejé mis pechos libres.

En el interior de la prisión, los guardias se mostraban educados, como si hubieran visto muchos vídeos con instrucciones para ser amables: «sí, señora»; «por aquí, señora». Su mirada estaba vacía, mi imagen les rebotaba, patata caliente. Registros, preguntas, sí señora, y un montón de esperas. Las puertas se abrían y cerraban, se abrían y cerraban a medida que las iba cruzando, cada una de tamaño distinto, como en un País de las Maravillas de metal. El suelo apestaba a lejía y el aire olía a sudor y a humedad. En algún lugar cercano debía de estar el comedor. Sufrí una nauseabunda ola de nostalgia, acordándome de nosotros, los niños de los Day, y nuestras comidas escolares subvencionadas: aquella mujer pechugona y sudorosa gritando «¡Comida gratis!» a la de la caja registradora cuando nosotros pasábamos por delante con una basura de carne picada y unos vasos de leche a temperatura ambiente.

Ben había tenido mucha suerte, pensé; en aquella época, el estado de Kansas se debatía entre pena de muerte sí, pena de muerte no, y los asesinatos se cometieron antes de que volviera a implantarse (aquí me detuve ante mi discordante nueva manera de pensar: «Los asesinatos se cometieron», en contraposición a «cuando Ben las mató a todas»). Había sido condenado a cadena perpetua. Al menos no hice que lo mataran. Ahora estaba aguardando fuera de la puerta de metal, como las de los submarinos, de la sala de visitas, y aún tuve que esperar bastante más. «No tengo más remedio, no tengo más remedio». El mantra de Diane. Necesitaba dejar de pensar en mi familia. El guardia que me acompañaba, un hombre rubio y fuerte con el que había cruzado unas pocas palabras, abrió la puerta y me siguió después de un «usted primero».

Cinco cabinas en fila, una ocupada por una india corpulenta que hablaba con su hijo preso. Los negros cabellos de la mujer le caían sobre los hombros, tenía un aspecto fiero. Le murmuraba al muchacho, y el chico asentía dando cabezazos, con el teléfono pegado a la oreja y la mirada baja.

Me metí dos cabinas más allá, y en cuanto me senté, tomando aire, Ben cruzó la puerta como un gato que saltara al exterior. Era bajo, quizá uno setenta, y el pelo se le había vuelto rojo oscuro. Lo llevaba largo, hasta los hombros, remetido por detrás de las orejas, como el de una niña. Con aquellas gafas de montura metálica y el mono de color naranja parecía un mecánico estudioso. La habitación era pequeña, así que llegó hasta mí en sólo tres pasos, sonriendo en silencio. Radiante. Se sentó, puso una mano contra el cristal y me hizo un gesto para que yo hiciera lo mismo. No podía hacerlo, no podía presionar la palma de mi mano contra la suya, húmeda como el jamón tras el cristal. En cambio, le sonreí con calma y cogí el teléfono. Al otro lado del cristal, Ben levantó el auricular con la mano y se aclaró la garganta; luego bajó la mirada, empezó a decir algo, y se detuvo. Me quedé mirando su coronilla durante al menos un minuto. Cuando levantó el rostro, estaba llorando, dos lágrimas le resbalaban por las mejillas. Se las secó con el dorso de la mano y luego sonrió, sus labios temblaban.

—Dios, te pareces mucho a mamá —dijo de corrido, y se puso a toser y a secarse más lágrimas—. No me lo esperaba. —Sus ojos parpadeaban e iban de mi rostro a sus manos—. Oh, Dios, Libby, ¿cómo estás?

Yo también me aclaré la garganta y dije:

—Supongo que bien. Simplemente he pensado que era el momento de venir a verte. —«Sí, me parezco a mamá —pensé—. Es cierto». Y luego pensé: «Mi hermano mayor», y sentí el mismo orgullo de familia que cuando era pequeña. Él tenía el mismo aspecto, la cara pálida, aquel bulto por nariz, tan propio de los Day. No era mucho más alto que entonces. A los dos se nos había atrofiado el crecimiento aquella misma noche. Era mi hermano mayor, y estaba contento de verme. «Él sabe cómo jugar contigo», me advertí a mí misma. Pero enseguida aparté de mi cabeza ese pensamiento.

—Me alegro, me alegro —dijo, con la mirada aún puesta en el dorso de su mano—. He pensado mucho en ti durante todos estos años, me preguntaba qué harías. Es lo que se hace aquí dentro... Pensar y preguntarse cosas. De vez en cuando alguien me escribe y me cuenta cosas de ti. Pero no es lo mismo.

—No, no es lo mismo. —Estuve de acuerdo—. ¿Te tratan bien? —pregunté estúpidamente, con los ojos vidriosos, y de repente me eché a llorar y lo único que quería decir era «losientolosientolosiento». En cambio no dije nada,

simplemente me puse a mirar la constelación de cicatrices de acné que Ben tenía en una de las comisuras de la boca.

—Estoy bien, Libby, mírame. —Lo miré a los ojos—. Estoy bien, de verdad. Estoy bien. Me he sacado la secundaria aquí dentro, que es más de lo que habría conseguido nunca ahí fuera, y estoy estudiando una carrera universitaria. Inglés. Leo al puto Shakespeare. —Emitió aquel sonido gutural que siempre intentaba hacer pasar por una risa—. En verdad te lo digo, maldito sodomita.

No sabía a qué venía esto último, pero sonreí porque era lo que él esperaba de mí.

—Joder, Libby, no dejes de pensar en ti. No sabes lo que me alegra verte. Mierda, lo siento. Eres clavada a mamá, ¿no te lo dice la gente todo el tiempo?

—¿Quién iba a decírmelo? No queda nadie. Runner se fue no sé adónde, y Diane y yo no nos hablamos. —Quería darle pena, que se metiera en mi gran charco vacío de compasión. Allí estábamos, los últimos Day. Si él sentía pena por mí, le resultaría más difícil culparme. Las lágrimas seguían llegando, y ahora me limitaba a dejarlas salir. Dos sillas más allá, la mujer india se estaba despidiendo, su llanto era tan profundo como su voz.

—Estás sola, ¿eh? Eso no es bueno. Deberían haber cuidado de ti.

—Y tú, ¿qué? ¿Has vuelto a nacer? —pregunté con la cara bañada en lágrimas. Ben frunció el ceño, sin comprender—. ¿Es eso? ¿Me estás perdonando? No tienes por qué mostrarte amable conmigo. —Pero yo lo deseaba, sentía que necesitaba ayuda, tanto como una comida caliente.

—No, no soy tan bueno —dijo él—. Tengo mucha rabia contra un montón de gente, pero tú no eres una de ellos.

—Pero... —Ahogué un sollozo, como una niña pequeña—. Mi declaración... Puede que yo, no lo sé, no lo sé... —«Tuvo que haber sido él, por fuerza», me advertí a mí misma.

—Ah, es eso —dijo él, como si fuera un pequeño inconveniente, un contratiempo en unas vacaciones de verano que era mejor olvidar—. No has leído mis cartas, ¿verdad?

Traté de explicarme con un inadecuado encogimiento de hombros.

—Bueno. Con respecto a tu declaración..., lo que me sorprendió es que la gente te creyera. No me sorprendió lo que dijiste. Estabas en una situación

absolutamente extrema. Y siempre fuiste una pequeña mentirosa. —Se rio otra vez, y yo con él, teníamos la misma risa rápida, como también la misma tos—. No, en serio, el hecho de que te creyeran significaba que me querían ver aquí, entre rejas. Eso lo prueba. Tenías siete putos añitos, demasiado pequeña... — Sus ojos se volvieron a la derecha, soñaba despierto. Luego se inclinó hacia atrás—. ¿Sabes de qué me acordé el otro día, no sé por qué? De aquel maldito conejito de porcelana, el que mamá nos hacía poner en el inodoro.

Sacudí la cabeza, no tenía ni idea de qué estaba hablando.

—¿No te acuerdas del conejito? El inodoro no funcionaba bien, si lo usábamos dos veces en menos de una hora dejaba de salir agua. Así que si uno de nosotros cagaba cuando no funcionaba, se suponía que teníamos que poner el conejito encima de la tapa, para que nadie la abriera y se encontrara con la taza llena de mierda. Porque, si no, vosotras gritabais. No puedo creer que no te acuerdes. Era algo tan estúpido que me volvía loco. Me volvía loco tener que compartir el cuarto de baño con todas vosotras, me volvía loco vivir en una casa con un inodoro que nunca funcionaba, y el conejito me volvía loco. ¡El conejito!... —estalló en aquella risa contenida—. Creo que el conejito me resultaba humillante, o algo así. Me lo tomaba como algo personal. Tal vez habría sido más apropiado que mamá me hubiera dado una pistolita o un coche de juguete para ponerlo en el inodoro. Aquello me cabreaba mucho. Cuando estaba en el inodoro, pensaba: «No pienso poner el conejito», y cuando me disponía a salir: «¡Maldita sea, o pongo el conejito o una de ellas entrará y se pondrá a chillar —erais unas gritonas—, y no tengo ganas de discutir por el puñetero conejito en el puñetero inodoro!»—. —Se rio otra vez, pero el recuerdo le había pasado cuentas, tenía el rostro enrojecido y la nariz húmeda—. Éste es el tipo de cosas que piensas aquí dentro. Cosas raras.

Intenté encontrar ese conejito en mi memoria, intenté recorrer el cuarto de baño y hacer una lista de las cosas que había en él, pero salí sin nada en las manos, con sólo un puñado de agua.

—Lo siento, Libby, es algo demasiado raro como para que lo recuerdes.

Puse la punta del dedo en la parte inferior de cristal y dije:

—Está bien.

PERMANECIMOS QUIETOS DURANTE un momento, fingiendo escuchar un ruido

que no había. Acabábamos de empezar, pero la visita casi se estaba terminando.

—Ben, ¿puedo preguntarte algo?

—Creo que sí. —Su cara se quedó en blanco, se preparó.

—¿No quieres salir de aquí?

—Claro que quiero.

—¿Por qué no le diste a la policía una coartada de verdad para aquella noche? Era imposible que hubieras dormido en un granero.

—Sencillamente porque no tenía una buena coartada, Libby. No la tenía. Esas cosas pasan.

—Porque estábamos como a cero grados de temperatura. Lo recuerdo muy bien. —Me froté el medio dedo de la mano por debajo del mostrador y moví los únicos dos dedos de mi pie derecho.

—Lo sé, lo sé. No te lo puedes imaginar... —Volvió la cara—. No puedes imaginarte cuántas semanas, *años*, he pasado aquí dentro deseando haberlo hecho todo de un modo diferente. Mamá, Michelle y Debby puede que no hubieran muerto si yo... hubiera sido un hombre. No un chico mudo, escondido en un granero, enfadado con mamá. —Una lágrima salpicó contra el auricular del teléfono, me pareció oírla, ¡plic!—. Merezco ser castigado por aquella noche.

—No acabo de entenderlo. ¿Por qué no fuiste más claro con la policía?

Ben encogió los hombros, y su cara de nuevo era una máscara de muerte.

—Oh, Dios. Yo sólo... Yo era un chico inseguro. Tenía quince años, Libby. Quince. No sabía lo que era ser un hombre. Runner no me enseñó a ser alguien útil, nunca me enseñó nada. Yo era un niño en el que nadie se fijaba mucho, y de repente todos me trataban como si *yo* les asustara a *ellos*. De pronto, como por arte de magia, yo era un tipo importante.

—Un tipo importante que había asesinado a su familia.

—Estás pensando que soy un maldito estúpido, ¿no? Dilo, por favor, adelante. Para mí era muy simple: dije desde el principio que yo no lo había hecho, y luego, no sé, quizá fue un mecanismo de defensa, no me lo tomé tan en serio como hubiera debido. Si hubiera reaccionado como se esperaba de mí, probablemente no estaría aquí. Por las noches lloraba contra la almohada, pero luego me hacía el gallito delante de la gente. Es jodido, créeme, lo sé

muy bien. Pero no se puede subir a un crío de quince años al estrado con un montón de gente a la que conoce y que espera ver un mar de lágrimas. Por supuesto, yo pensaba que iba a ser absuelto, y que luego despertaría admiración en la escuela por el lío que había montado. Soñaba despierto con aquella mierda. Nunca pensé ni por un momento que estaba en peligro de... acabar como he acabado. —Ahora estaba llorando, mojándose las mejillas de nuevo—. Lo que está claro es que he superado que la gente me vea llorar.

—Tenemos que arreglar esto —dije por fin.

—Esto no hay quien lo arregle, Libby, a menos que encuentren al que lo hizo.

—Necesitas nuevos abogados que reabran el caso —razoné—. Ahora existen muchas cosas nuevas, las pruebas de ADN... —El ADN era para mí algo mágico, una especie de porquería resplandeciente que siempre sacaba a la gente de la cárcel.

Ben se rio con los labios cerrados, como hacía cuando éramos críos, sin dejar que tú disfrutaras de ello.

—Me recuerdas a Runner —comentó él—. Cada dos años más o menos recibo una carta suya: «¡ADN! Tenemos que conseguir un poco de ese ADN». Como si yo tuviera un armario lleno y no quisiera compartirlo. «¡A-D-N!» —repitió, imitando la mirada loca de Runner y sacudiendo la cabeza como él.

—¿Sabes dónde está ahora?

—Envió la última carta desde el Albergue Social para Hombres Bert Nolan, en algún lugar de Oklahoma. Me pidió que le enviara quinientos pavos para continuar su investigación sobre mi caso. Ese tal Bert Nolan debe de estar maldiciendo el día en que dejó entrar a Runner en su albergue. —Se rascó el brazo, levantándose la manga lo suficiente como para que yo pudiera ver un nombre de mujer tatuado. Acababa en «—olly» o «—ally». Me aseguré de que notara que yo lo había visto.

—¿Ah, esto? Un viejo amor. Pensé que la quería, incluso que iba a casarme con ella, pero al parecer ella no estaba dispuesta a cargar con un tipo que iba a pasarse el resto de su vida en la cárcel. Me hubiera gustado que me lo hubiera dicho antes de hacerme el tatuaje.

—Debió de dolerte.

—No me hizo cosquillas.

—Me refiero a la ruptura.

—Oh, eso también me jodió.

El guardia nos hizo la señal de que nos quedaban tres minutos y Ben entornó los ojos.

—Es difícil decidir qué decir en tres minutos. En dos minutos puedes empezar a hacer planes para otra visita. En cinco minutos puedes acabar la conversación. Pero ¿en tres minutos? —Apretó los labios y soltó una pedorreta—: Me gustaría mucho que volvieras a verme, Libby. Había olvidado lo mucho que os echo de menos. Eres clavada a ella.

PATTY DAY

2 de enero de 1985

11.31

Ella se había metido en el baño después de que Len se fuera con aquella sonrisa repugnante que le ofrecía algo desagradable, un tipo de ayuda que no quería. Las niñas habían salido en tromba de su habitación en cuanto oyeron que la puerta de la calle se cerraba y, después de un rápido comité de cuchicheos en la puerta del lavabo, habían decidido dejarla en paz y volver a ver la tele. Patty se acarició la tripa, el sudor se volvió frío. Le quitarían la granja de sus padres. Notó la punzada de culpabilidad en el estómago que siempre la hacía sentirse una buena niña, el miedo constante a decepcionar a los suyos, «por favor, por favor, Dios, no permitas que lo descubran». Sus padres le habían confiado aquel lugar, y ella había fracasado. Se los imaginó en una nube del cielo, el brazo de su padre rodeaba los hombros de su madre mientras la miraban, sacudiendo ambos la cabeza. «¿Qué es lo que te ha llevado a hacer una cosa así?». El reproche favorito de su madre. Tendrían que irse a una ciudad completamente distinta. En Kinnakee no había apartamentos, y tendrían que meterse en un apartamento mientras ella encontraba un trabajo en alguna oficina, si es que lo encontraba. Siempre había sentido pena por la gente que vivía en apartamentos, oyendo eructar y discutir a sus vecinos. Le fallaron las piernas y de repente se vio sentada en el suelo. No tendría suficiente energía para abandonar la granja, nunca. Había gastado todas sus fuerzas durante esos últimos años. Algunas mañanas no podía levantarse de la cama, físicamente no podía sacar las piernas de debajo de las

mantas, las niñas tenían que ayudarla, tirando de ella por los talones y, mientras preparaba el desayuno y las arreglaba para ir a la escuela, fantaseaba con la muerte. Algo rápido, un ataque al corazón durante la noche, o un accidente de circulación. «Madre de cuatro hijos arrollada por un autobús». Diane los adoptaría, no los dejaría ir por ahí en pijama todo el día, los llevaría al médico cuando estuvieran enfermos y los felicitaría cuando acabaran de hacer los deberes. Ella era un fracaso de mujer, vacilante y débil. Se animaba enseguida pero se deshinchaba aún con mayor rapidez. Era Diane quien debería haber heredado la granja. Pero ella no quiso saber nada de eso, se fue cuando cumplió los dieciocho, empezó un alegre periplo que la llevó de un lado a otro hasta acabar como recepcionista en la consulta de un médico a cincuenta y pocos pero cruciales kilómetros de distancia, en Schieberton.

Sus padres se tomaron su marcha con estoicismo, como si siempre hubiera formado parte del plan. Patty recordó la época de la escuela, cuando sus padres fueron a verla hacer sus numeritos de animadora una húmeda noche de octubre. Era un trayecto de tres horas en coche, hacia el interior de Kansas, casi en Colorado, y llovió ligeramente pero sin parar durante todo el partido. Cuando acabó (perdió Kinnakee), en el campo estaban su padres, ya canosos, y su hermana, tres óvalos sólidos, envueltos en gruesos abrigos de lana, corriendo hacia ella, riendo con tal orgullo y gratitud que cualquiera habría pensado que se había curado de un cáncer, sus ojos arrugados detrás de tres pares de gafas mojadas por la lluvia.

Ed y Ann Day ya estaban muertos, habían muerto pronto pero no de forma inesperada, y Diane era ahora secretaria en la misma consulta del médico, y vivía en una caravana, en un *camping* bordeado de flores.

—Me gusta la vida que llevo —decía siempre—. No me imagino haciendo otra cosa.

Así era Diane. Capaz. Era la que recordaba las pequeñas cosas que les gustaban a las niñas, nunca se olvidaba de traerles cada año la camiseta de Kinnakee: «Kinnakee, ¡el corazón de América!». Fue ella quien les hizo creer el cuento de que Kinnakee significaba mujercita mágica en la lengua de los indios, y les gustó tanto que Patty nunca pudo decirles que sólo significaba roca o cuervo, o algo así.

EL CLAXON DEL coche de Diane interrumpió sus pensamientos con su festivo ¡pipipiiiiiiii! de siempre.

—¡Diane! —gritó Debby, y Patty oyó a las tres niñas correr hacia la puerta, se imaginó el batiburrillo de coletas y culitos mullidos a la carrera, directas hacia el coche, y a Diane llevándoselas a dar una vuelta, dejándola a ella en la casa, donde seguiría haciendo sus tareas en silencio.

Se levantó del suelo con esfuerzo y se secó la cara con una toallita que olía a rancio. Siempre tenía el rostro y los ojos enrojecidos, por lo que era imposible saber si había estado llorando, ésa era la única ventaja de parecerse a una rata desollada. Cuando abrió la puerta, su hermana ya estaba vaciando tres bolsas llenas de latas de conservas y mandando a las niñas al coche para que fueran a buscar el resto. Patty había llegado a asociar el olor de las bolsas de papel marrón a Diane, que en esta ocasión les había traído comida para bastante tiempo. Era el colmo de la precariedad: vivían en una granja, pero nunca tenían suficiente comida.

—También os traigo uno de esos álbumes de pegatinas —dijo Diane, lanzándolo sobre la mesa.

—Oh, las mimas demasiado, Diane.

—Bueno, sólo he traído uno, así que tendrán que compartirlo. Eso es bueno, ¿verdad? —Se rio y se puso a hacer café—. ¿Te importa?

—Claro que no, debería haber hecho un poco. —Patty fue al armario a buscar la taza de su hermana. A ella le gustaba una pesada taza del tamaño de su cabeza que había sido de su padre. Patty oyó el previsible ruido chirriante de la cafetera. Fue al fogón, la cogió y le dio un golpe: siempre se atascaba cuando había subido un tercio del café.

Las niñas regresaron con varias bolsas, que dejaron sobre la mesa de la cocina. Diane les ordenó que las vaciaran.

—¿Dónde está Ben? —preguntó Diane.

—Mmmm —murmuró Patty mientras echaba tres cucharadas de azúcar en la taza de su hermana. Les hizo un gesto a las niñas, que ya habían vaciado las bolsas y miraban hacia lugares distintos fingiendo indiferencia.

—Tiene problemas —estalló Michelle regocijándose—. Otra vez.

—Cuéntaselo —le dijo Debby a su hermana, dándole un codazo.

Diane se volvió hacia Patty con una mueca de aprensión, esperando oír una

historia sobre algún percance genital o alguna mutilación.

—Niñas, tía Diane os ha traído un álbum de pegatinas...

—Id a jugar a vuestro cuarto mientras hablo con vuestra madre. —Diane siempre les hablaba a las niñas con mayor rudeza que Patty, imitando al abuelo, que las reñía exageradamente, de modo que ellas sabían que era en broma. Patty le lanzó una mirada suplicante a Michelle.

—¡Un álbum de pegatinas! —exclamó Michelle con un entusiasmo desmedido. A Michelle le encantaba ser cómplice en cualquier asunto de adultos. Y en cuanto ella fingía querer algo, Libby era toda dientes apretados y manos ansiosas por arrebatárselo. Libby había nacido el día de Navidad, lo que significaba que tenía un regalo menos al año. Patty apartaba un regalo a un lado y todos gritaban: «¡Feliz cumpleaños, Libby!», pero todos sabían la verdad, que a Libby la timaban. Aunque ella raramente se sentía timada.

Patty sabía esas cosas de sus hijas, aunque siempre se olvidaba. ¿Qué ocurría para que esos detalles de la personalidad de sus hijos siempre la sorprendieran?

—¿Vamos al garaje? —preguntó Diane metiéndose el paquete de cigarrillos en el bolsillo de la blusa.

—Oh —fue la respuesta de Patty. Diane dejaba de fumar y volvía a engancharse al menos dos veces al año desde que había cumplido los treinta. Ahora tenía treinta y siete (y su aspecto era mucho peor que el de Patty: tenía la piel de la cara cuarteada como la de una serpiente), y Patty había aprendido hacía tiempo que la mejor manera de ayudarla con lo del tabaco era sentarse con ella en el garaje sin decir nada. Como hacía su madre con su padre. Por supuesto, él había muerto de cáncer de pulmón no mucho después de los cincuenta.

Patty siguió a Diane, haciendo acopio de valor para decirle que les iban a embargar la granja, y preguntándose si su hermana le largaría un sermón sobre la manera de despilfarrar de Runner —y ella de consentirlo—, o si, por el contrario, se limitaría a asentir en silencio.

—Bien, ¿qué pasa con Ben? —dijo Diane acomodándose en la silla de jardín, que no dejaba de chirriar y de la que colgaban dos tiras rotas. Se encendió un cigarrillo, dio una calada y echó el humo lejos de Patty.

—Oh, nada, nada especial. Sólo que... se ha teñido el pelo de negro. ¿Qué

crees que puede significar eso?

Esperaba que Diane se riera de ella socarronamente, pero Diane se quedó en silencio.

—¿Cómo está Ben, Patty? En general, ¿cómo lo ves?

—Oh, no lo sé. De mal humor.

—Siempre ha tenido mal humor. Hasta de bebé era como un gato. De pronto era todo mimos, y al minuto siguiente te miraba como si no te conociera de nada.

Era verdad, a los dos años Ben era algo asombroso. Reclamaba amor absoluto, agarrado al pecho o a un brazo, pero tan pronto como conseguía el afecto, y eso ocurría enseguida, se quedaba inerte, como muerto. Lo había llevado al médico, y Ben se había sentado allí, rígido y con los labios apretados, un niño estoico con el cuello como el de una tortuga y una enojosa habilidad para aguantar en esa postura. Hasta el médico parecía asustado, le dio una piruleta y le dijo a Patty que volvieran a los seis meses si seguía igual. Siempre siguió igual.

—Bueno, el mal humor no es un crimen —dijo Patty—. Runner tenía mal humor.

—Runner es un capullo, no es lo mismo. Ben es muy diferente a él.

—Bueno, tiene quince años —empezó Patty, y se calló. Miró hacia un tarro con clavos viejos que había en el estante, un tarro que no se había movido de allí desde los tiempos de su padre. Escrito de su puño y letra en un trozo de cinta adhesiva se leía «Clavos».

El suelo del garaje, de cemento y salpicado de manchas de aceite, era más frío que el aire que entraba. En un rincón, había una vieja cuba de agua con las juntas reventadas a causa de las heladas. El aliento de Patty era tan denso como el humo del cigarrillo de Diane. Sin embargo, allí se sentía extrañamente contenta, entre aquellas herramientas viejas que imaginaba en manos de su padre: rastrillos de dientes curvados, hachas de todos los tamaños, estantes repletos de tarros llenos de clavos, tornillos y arandelas. También estaba la vieja cubitera de metal, salpicada de óxido, donde su padre mantenía la cerveza fresca mientras escuchaba los partidos en la radio.

Le ponía nerviosa que su hermana hablara tan poco, porque a Diane le encantaba dar su opinión sobre todo, incluso cuando no tenía opinión. Pero

más nerviosa le ponía su inmovilidad. No había encontrado nada que hacer, algo que arreglar o reorganizar, porque Diane era la hacedora, y no se conformaba con sentarse y hablar.

—Patty, tengo que comentarte algo que he oído. En principio, pensé no decirte nada, porque está claro que no es verdad. Pero eres madre, y deberías saberlo, y... demonios, no sé, simplemente deberías saberlo.

—Está bien.

—¿Ben ha jugado alguna vez con las niñas de un modo que pudiera resultar confuso? —Patty la miró fijamente, Diane continuó—: ¿De una manera que pudiera interpretarse... de una manera sexual?

Patty casi se atragantó.

—¡Ben *odia* a las niñas! —Se sorprendió del alivio que sentía—. Las evita todo lo posible.

Diane encendió otro cigarrillo y asintió con la cabeza.

—Bien, perfecto. Pero hay algo más. Un amigo mío me dijo que corría el rumor de que se habían quejado de Ben en la escuela, que algunas niñas pequeñas, de la edad de Michelle o así, decían que las había besado y que quizá las había... toqueteado. Quizá algo peor. Lo que oí era peor.

—¿Ben? Eso es una locura. —Patty se levantó, no sabía qué hacer con los brazos, ni con las piernas. Se volvió hacia la izquierda, después hacia la derecha, muy rápido, como un perro desorientado, y se sentó de nuevo. Una tira de la silla se rompió.

—Ya sé que es una locura. O un malentendido.

Ésa era la peor palabra que podía haber dicho Diane. Tan pronto como la dijo, Patty se temió lo peor, supo que había una posibilidad de que aquello —«el malentendido»— se convirtiera en algo. Una palmadita en la cabeza que podía ser una caricia en la espalda, que podía ser un beso en los labios, podía hacer que el techo se viniera abajo.

—¿Malentendido? Ben no malinterpretaría un beso. O una caricia. No con una niña pequeña. No es un perverso. Es un chico raro, pero no es un enfermo. No está loco. —Patty se había pasado la vida jurando que Ben *no era* raro, que era sólo un niño como los demás. Pero ahora se conformaba con que fuera raro. La constatación llegó de repente, una sacudida salvaje, como cuando el pelo te tapa la cara mientras conduces.

»Les habrás dicho que él nunca haría algo así, supongo. —Patty estalló en llanto, y en un segundo tenía las mejillas empapadas.

—Puedo decírselo a todo el mundo en Kinnakee, puedo decirles a todos los habitantes del estado de Kansas que él nunca haría algo así, y podría no servir de nada. No lo sé. No lo sé. Me enteré ayer por la tarde, pero la cosa parecía ir... a más. Estuve a punto de venir aquí. Me he pasado la noche convenciéndome a mí misma de que no era nada. Pero esta mañana, al levantarme, he comprendido que sí pasaba algo.

Patty conocía esa sensación, la resaca de un sueño, como cuando se despertaba aterrorizada a las dos de la madrugada y se decía a sí misma que la granja iba bien, que ese año levantarían cabeza, y sentía un nudo en el estómago cuando pocas horas después sonaba el despertador, un nudo que unía el sentido de culpabilidad a la sensación de ser la víctima de un engaño. Era sorprendente que uno pudiera pasar horas en medio de la noche fingiendo que las cosas iban bien, y luego, en los primeros treinta segundos de luz solar, constatar que no era así.

—Así que vienes aquí con víveres y un álbum de pegatinas, como si no pasara nada, y desde el principio tenías esa *historia* de Ben para contarme.

—Y te la he contado... —Diane se encogió de hombros y extendió los dedos de las manos, excepto los que sostenían el cigarrillo, como buscando comprensión.

—Bueno, y ahora, ¿qué hacemos? ¿Sabes los nombres de esas niñas? ¿Se supone que me llamará alguien para hablar conmigo o con Ben? Tengo que encontrarlo.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Hemos discutido. Por culpa de su pelo. Se ha ido en la bicicleta.

—Pero ¿qué es esa historia de su pelo?

—¡No lo sé, Diane! En nombre de Dios, ¿qué está pasando?

Pero Patty sabía lo que ocurría. Ahora todo sería interpretado a la luz de esa sospecha.

—Bueno, no creo que sea para tanto —dijo Diane con calma—. No creo que haya que traerlo a casa inmediatamente, a menos que tú quieras.

—¡Sí, quiero que venga ya!

—Vale, pues empecemos a telefonar a gente. ¿Tienes una lista de sus amigos?

—No sé quiénes son sus amigos —dijo Patty—. Ha llamado a alguien esta mañana, pero no sé a quién, nunca me dice nada.

—Probemos a hacer rellamadas.

Diane gruñó, aplastó el cigarrillo con la bota, tiró de su hermana para levantarla de la silla y se la llevó a la casa. Luego les gritó a las niñas que se quedaran donde estaban cuando oyó que abrían la puerta del dormitorio, y se dirigió al teléfono, dispuesta a apretar la tecla de «rellamada» con un dedo del tamaño de una salchicha. Los tonos del número sonaron en el auricular — bipBipBIPbipbipbupBiP— y Diane colgó.

—Es mi número.

—Ah, sí. Te he llamado después del desayuno para saber cuándo vendrías.

Las dos hermanas se sentaron a la mesa y Diane llenó un par de tazas más de café. Desde la cocina, la nieve parecía iluminada por una luz estroboscópica.

—Tenemos que encontrar a Ben —dijo.

LIBBY DAY

Ahora

Distraída como una colegiala, volví a casa pensando en Ben. Desde que tenía siete años me venían imágenes en las que siempre aparecía él en la misma casa embrujada: Ben, con el pelo negro, la expresión calmada, sus manos aferrando el mango de un hacha, cargando contra Debby por el pasillo, emitiendo un murmullo con los labios apretados. El rostro de Ben salpicado de sangre, aullando, con la escopeta apoyada en el hombro. Había olvidado que alguna vez había sido sólo Ben, tímido y serio, con aquellas inquietantes explosiones de humor. Sólo Ben, mi hermano, que no podía haber hecho lo que decían. Lo que yo dije. En el semáforo, sofocada, rebusqué en el asiento de atrás y agarré el sobre de una vieja multa. Contra la ventana, escribí: «Sospechosos». Después: «Runner». Luego me detuve. «¿Alguien que sintiera rencor contra Runner?», escribí. «¿Alguien a quien Runner debía dinero?». Runnerrunnerrunner. Todo volvía a Runner. Aquella voz masculina, gritando en nuestra casa por la noche, podía haber sido la de Runner, o la de un enemigo de Runner, tan fácilmente como la de Ben. Necesitaba que eso fuera cierto, y probable. Sentí una ola de pánico: no puedo vivir con esto, Ben en la cárcel, esa culpabilidad con final abierto. Necesitaba que acabara. Y necesitaba saber. Yo, yo. Seguía tan previsiblemente egoísta.

Al pasar por el desvío hacia la granja, me negué a mirar.

Me paré en un 7-Eleven en las afueras de Kansas City, llené el depósito de gasolina, compré una barra de queso Velveeta, unas Coca-Cola, pan blanco y algo de pienso para mi viejo gato famélico. Después continué hacia casa,

hacia Al Otro Lado del Camino, subí la colina, bajé del coche y me detuve a observar a un par de señoras mayores que estaban al otro lado de la calle y que nunca me habían mirado. Estaban sentadas en el porche, como siempre, a pesar del frío, con la cabeza tiesa, como si yo les tapara la vista. Allí estaba yo, con las manos en jarras, en lo alto de mi colina, esperando, hasta que una de ellas cedió por fin. Entonces las saludé a lo grande, una especie de saludo al estilo del Lejano Oeste. Las viejecitas asintieron con la cabeza, y yo entré en la casa y le di de comer al pobre *Buck*, sintiéndome en una especie de burbuja triunfal.

Mientras tuve fuerzas, seguí untando mostaza amarilla en mi pan blanco, poniendo gruesos trozos de queso Velveeta encima y comiéndome el bocadillo mientras negociaba con tres operadoras telefónicas diferentes, pero igualmente aburridas, en busca del Albergue Social para Hombres Bert Nolan. Ésa es otra cosa que añadir a mi lista de ocupaciones potenciales para el viejo Jim Jeffreys: operadora. De pequeñas, era una de las cosas que querían ser las niñas de mayores, operadoras, pero no podía recordar por qué.

Mientras una fina capa de pan se me pegaba al paladar, conseguí por fin escuchar una voz procedente del Albergue Bert Nolan, y me sorprendió enterarme de que era el propio Bert Nolan en persona. Yo estaba convencida de que cualquier persona con una casa que llevara su nombre debía de estar muerta. Le dije que estaba intentando encontrar a Runner Day, y él hizo una pausa.

—Bueno, va y viene, el mes pasado apenas paró aquí, pero me encantará darle su mensaje —dijo Bert Nolan con una voz que parecía un viejo claxon de coche.

Le dije mi nombre completo —no pareció reparar en la coincidencia de apellidos— y, cuando empecé a darle mi número de teléfono, me interrumpió.

—Oh, él no puede hacer llamadas de larga distancia, eso puedo asegurárselo. A los hombres de aquí les gusta escribir. Cartas de correo, ¿entiende? Por apenas cincuenta centavos para un sello no tienen que preocuparse de esperar al teléfono. ¿Quiere darme su dirección?

No quería. Me estremecía la idea de ver a Runner subiendo los escalones de mi casa con aquellas botas remendadas, las manos sucias en su pequeña cintura, sonriendo de oreja a oreja como si me hubiera ganado por paliza en un

juego.

—Si quiere, puedo anotar el mensaje que usted quiera enviarle y usted me da la dirección de manera privada —dijo Nolan, razonable—. Y, cuando Runner le escriba, puedo mandarle yo la carta, y él nunca sabrá ni siquiera el código postal de usted. Muchos familiares lo hacen así. Es un poco triste, pero necesario. —Se oyó el ruido de una lata al caer en una máquina de refrescos, y alguien le preguntó a Nolan si quería una. Él dijo: «No, gracias, estoy tratando de beber menos», con el tono amable de un médico de pueblo—. ¿Quiere hacer eso, señorita? De otro modo será difícil contactar con él. Como le he dicho, no es de los que se sientan a esperar a que lo llamen.

—¿No tienen correo electrónico?

Nolan gruñó.

—No, no tenemos correo, lo siento.

No sabía que Runner hubiera sido nunca aficionado a escribir cartas, aunque escribía más que telefoneaba, así que supuse que lo mejor sería ir allí y esperarlo sentada en uno de los catres de Nolan.

—¿Podría decirle que necesito hablar con él sobre Ben y aquella noche? Puedo ir a verlo si él me dice qué día le va bien.

—Como usted quiera... ¿Ha dicho «Ben y *aquella noche*»?

—Sí, eso he dicho.

SABÍA QUE LYLE diría alguna inconveniencia sobre mi cambio de opinión — semiposible, potencial cambio de opinión— sobre Ben. Podía imaginármelo contándoles, con una de sus extrañas chaquetas ceñidas, a los fans del Kill Club cómo me había convencido para que fuera a ver a Ben. «Al principio se negaba, supongo que asustada de lo que podía descubrir acerca de Ben... y acerca de sí misma». Y todos mirándolo, contentos de lo que había conseguido. Me irritó.

Con quien yo quería hablar era con la tía Diane. La Diane que había cuidado de mí durante siete de mis once años de huérfana menor de edad. Ella fue la primera que se ocupó de mí, llevándome a su caravana, junto con la maleta que contenía mis pertenencias. Ropa, mi libro favorito, pero ningún juguete. Michelle acaparaba todas las muñecas cada noche, llamaba a eso su fiesta de pijamas, y se meó encima de ellas cuando la estrangularon. Aún

recuerdo el álbum de pegatinas que nos trajo Diane el día de los asesinatos — flores, unicornios y gatitos— y siempre me he preguntado si estaba entre aquel montón echado a perder.

Diane no podía permitirse un lugar nuevo. Todo el dinero del seguro de vida de mi madre fue para contratar un buen abogado para Ben. Diane dijo que mi madre lo habría querido así, pero lo dijo con una expresión demacrada, parecía que, de haber podido hacerlo, le habría leído la cartilla a mi madre. Así que no había dinero para nosotras. Como yo era tan menuda, podía dormir en una especie de armario que había donde debería haber estado la lavadora-secadora. Diane hasta lo pintó para mí. Hacía horas extras, me llevaba a Topeka para la terapia, intentaba ser cariñosa conmigo, aunque me daba cuenta de que le dolía abrazarme; yo le recordaba a su hermana asesinada. Sus brazos me rodeaban como un *hula hoop*, como si aquello fuera un juego en el que tenía que rodearme pero tocarme lo menos posible. No obstante, todas las mañanas me decía que me quería.

Durante los siguientes años, le abollé el coche dos veces, le rompí la nariz dos veces, le robé y vendí sus tarjetas de crédito, y le maté a la perra. Fue lo de la perra lo que finalmente pudo con ella. Un día llegó con *Grade*, una perrilla peluda, no mucho después de los asesinatos. No paraba de ladrar y era del tamaño del antebrazo de Diane, y a Diane le gustaba mucho más la perra que yo, o eso me parecía a mí. Durante años estuve celosa de aquella perra, viendo cómo Diane cepillaba a *Grade* con sus manos masculinas empuñando un cepillo de plástico rosa, viendo cómo quitaba después con cuidado las bolas de pelo de *Grade*, viendo cómo sacaba de su cartera una foto de *Grade*, en vez de una mía. La perra estaba obsesionada con mi pie, el malo, el que sólo tiene dos dedos, el segundo y el meñique, delgados y retorcidos. *Grade* siempre me los olisqueaba, como si supiera que había algo anormal en ellos. Eso no le granjeaba mi cariño.

El verano entre segundo y tercer curso me había castigado por algo, y mientras ella trabajaba, yo estaba sentada en aquella calurosa caravana, cada vez más enfadada con la perra, y la perra cada vez más impertinente. Me negué a sacarla a pasear, así que no paraba de correr, en un frenético bucle, del sofá a la cocina, de la cocina al lavabo y del lavabo al sofá, ladrando todo el rato y mordisqueándome los pies. Mientras yo seguía alimentando mi furia, fingiendo

mirar un culebrón pero permitiéndole a mi cerebro ponerse al rojo vivo. *Grade* hizo una pausa en uno de sus bucles y me mordió el meñique de mi pie malo, clavó los colmillos y sacudió la cabeza. Recuerdo que pensé: «Como me arranque uno de mis últimos dedos...», y entonces me enfurecí aún más por lo ridícula que era: en mi mano izquierda había un trozo de carne donde un hombre nunca pondría un anillo de bodas, y mi tullido pie derecho me provocaba al caminar un permanente vaivén de marinero en un pueblo sin costa. En la escuela, las niñas llamaban a mi dedo «muñón». Sonaba grotesco y pintoresco a la vez, un motivo de risa para ellas. Un médico me dijo hace poco que probablemente las amputaciones no habrían sido necesarias, que había sido cosa de «un médico de pueblo excesivamente ambicioso». Agarré a *Grade*, notando su caja torácica, con ese tembleque de animal pequeño, y el tembleque sólo consiguió irritarme más. De repente la arranqué de mi dedo — un trozo de carne se fue con ella— y la lancé tan fuerte como pude contra la cocina. Se golpeó contra el borde afilado de la encimera y cayó al suelo entre convulsiones y desangrándose encima del linóleo.

Yo no tenía intención de matarla, pero se murió, no tan rápido como hubiera querido, sino tras unos diez minutos, mientras yo iba de un lado a otro de la caravana pensando qué hacer. Cuando Diane volvió a casa, con una oferta de pollo frito, *Grade* estaba tendida en el suelo, y todo lo que pude decirle fue: «Me mordió».

Intenté explicarle que no había sido culpa mía, pero Diane simplemente agitó un dedo: «No digas nada más». Llamó a su mejor amiga, Valerie, una mujer tan delicada y maternal como Diane corpulenta y tosca. Inclineda sobre el fregadero, Diane miró a través de la ventana cómo Valerie envolvía a *Grade* en un manta. Luego se reunieron en el dormitorio, con la puerta cerrada, y al rato salieron, Valerie en silencio, al lado de Diane, llorosa y abatida. Diane me dijo que empaquetara mis cosas. Viéndolo con perspectiva, imagino que Valerie debía de ser la novia de Diane: cada noche, Diane se metía en la cama y hablaba con ella por teléfono hasta que se quedaba dormida. Se lo consultaban todo y hasta llevaban exactamente el mismo corte de pelo, muy corto. En aquella época no me importaba que ella estuviera con Diane.

Durante los dos últimos años de instituto viví con una pareja muy amable en Abilene, unos parientes lejanos, a los que yo sólo aterrorizaba un poco.

Cada pocos meses, Diane telefoneaba. Yo hablaba con ella, entre un montón de interferencias en la línea, mientras Diane expulsaba el humo del cigarrillo. Me la imaginaba con la boca abierta, con la pelusa de melocotón de su mentón y aquel lunar cerca del labio inferior, un disco del mismo color que la carne. Una vez me dijo, riéndose, que me concedería deseos si se lo frotaba. Oía crujidos de fondo, y sabía que Diane estaba abriendo el armario central de la cocina de la caravana. Conocía aquel lugar mejor que la granja. Diane y yo hacíamos ruidos innecesarios, fingiendo estornudar o toser, y después ella decía: «Un momento, Libby», algo sin sentido porque ninguna de las dos estábamos hablando. Valerie estaba allí como siempre, cuchicheando con ella, la voz de Valerie persuasiva, la de Diane, un gruñido. Luego Diane me concedía unos veinticinco segundos más de conversación y ponía una excusa para colgar.

Dejó de cogerme el teléfono cuando salió publicado mi libro. Sus últimas palabras fueron: «¿Qué te ha dado para hacer algo así?», que para ella era un comentario de lo más normal, pero que a mí me dolió mucho más que tres docenas de «que te jodan».

Estaba segura de que Diane tenía el mismo número, que no se había mudado: estaba unida a la caravana como un molusco a su concha. Pasé veinte minutos rebuscando por los montones de trastos de mi casa, tratando de encontrar mi vieja agenda telefónica, la única que había tenido desde la escuela primaria, con una pelirroja con coleta en la cubierta que alguien debió de pensar que se parecía a mí. Excepto por la sonrisa. El número de Diane estaba en la «T», de «tía Diane», su nombre escrito con rotulador púrpura con mi letra inclinada y redonda, como esos globitos con forma de animales.

¿Qué tono adoptar, y qué excusa poner para llamarla? En parte, sólo quería oír su resuello en el teléfono, su voz de entrenador de fútbol gritando en mi oreja: «¿Por qué has tardado tanto en llamarme?». Y en parte quería saber qué pensaba ella de Ben realmente. Conmigo nunca había arremetido contra Ben, siempre se había mostrado comedida cuando hablaba de él, otro motivo de agradecimiento retrospectivo por mi parte.

Marqué el número, los hombros encogidos hasta rozarme las orejas, la garganta bloqueada, aguantando la respiración sin darme cuenta hasta que sonó el tercer tono y saltó el contestador automático y expulsé el aire.

Era la voz de Valerie pidiéndome que dejara un mensaje para ella o para Diane.

—Hola, chicas. Soy Libby. Sólo quería decirles hola y hacerles saber que aún estoy viva y... —Colgué. Volví a marcar—. Por favor, olvida el mensaje anterior. Soy Libby. Llamo para decir que lo siento por... Oh, por un montón de cosas. Y que me gustaría hablar contigo... —Esperé un poco por si alguien descolgaba, luego dejé mi número, colgué y me senté en el borde de la cama, en equilibrio, a punto de levantarme, pero sin tener ninguna razón para hacerlo.

Me levanté. Había hecho más durante aquel día que en todo el año anterior. Como aún tenía el teléfono en la mano, me obligué a llamar a Lyle, esperando oír el contestador y, como siempre, me contestó él. Antes de que pudiera irritarme, le dije que la visita a Ben había ido bien y que estaba lista para oír quién creía él que era el asesino. Se lo dije en un tono conciso, como si le estuviera suministrando la información con una cucharilla de medir.

—Sabía que cambiarías tu opinión sobre él, sabía que te convencería —graznó, y una vez más hice un esfuerzo por no colgar.

—No he dicho eso, Lyle, he dicho que estaba lista para otra tarea, si tú quieres.

De nuevo nos vimos en el Tim-Clark's Grille, aquel lugar donde la grasa flotaba en el aire. Otra camarera vieja, o quizá la misma pero con una peluca roja, iba y venía, enfundada en unas mullidas zapatillas de tenis; su minifalda ondeaba a su alrededor. Parecía una profesora de tenis de otra época. En lugar del gordo admirando su jarra recién comprada, una mesa de tipos con pantalones de cintura baja se enseñaban cartas de una baraja de los años setenta con mujeres desnudas en el reverso y se reían de sus pubis peludos. Lyle estaba sentado en la mesa contigua, su silla ostensiblemente apartada. Me senté con él y me tomé la cerveza de su jarra.

—¿Así que se comportó como esperabas? ¿Qué te dijo? —empezó Lyle. La pierna volvía a temblarle.

Se lo conté todo, excepto la parte del conejito de porcelana.

—Entonces ¿lo viste como decía Magda, como si ya no tuviera esperanzas?

Sí, lo vi así.

—Creo que ha asumido su sentencia —dije. Compartí la confidencia con él sólo porque me había dado trescientos dólares y yo quería más—. Él cree que es el castigo que merece por no estar allí para protegernos o algo así. No lo sé. Yo pensaba, cuando le hablé de mi declaración, que había sido... exagerada, que iba a rebatirla, pero... nada, ni una palabra.

—Legalmente quizá no sea muy útil después de tanto tiempo —dijo Lyle—. Magda te dijo que, si querías ayudar a Ben, tendríamos que reunir más pruebas, y no puedes retractarte de tu declaración cuando presentemos el recurso de *habeas corpus*: eso sería poco menos que no hacer nada. En este momento, la cosa es más política que propiamente judicial. Un montón de gente hizo grandes carreras con este caso.

—Magda parece saber mucho.

—Lidera ese grupo llamado Asociación por la Liberación de Day, cuyo propósito es sacar a Ben de la cárcel. Yo voy a veces, pero parece más bien algo para... fans. Cosa de mujeres.

—¿Sabes si Ben tuvo alguna vez una novia en serio? ¿Una de esas mujeres de la Liberación de Day que se llame Molly o Sally o Polly? Ben lleva un tatuaje con un nombre parecido.

—No hay ninguna Sally. Polly parece el nombre de una mascota, mi primo tiene un perro que se llama *Polly*. Hay una Molly, pero tiene setenta años o así.

Un plato de patatas fritas apareció delante de él. Definitivamente, no era la misma camarera de la otra vez, era igual de vieja pero mucho más amable. Me gustan las camareras que me llaman «cariño» o «cielo», y ella lo hizo.

Lyle comió patatas durante un rato, exprimiendo sobrecitos de *ketchup* a un lado del plato, echándole luego sal y pimienta, y untando después las patatas una a una y metiéndoselas en la boca con la delicadeza de una niña.

—Bueno, dime quién crees que lo hizo —le dije por fin.

—¿Quién hizo qué?

Miré al techo y me cogí la cabeza con las manos, como si aquello fuera demasiado para mí, y casi lo era.

—Oh, vale. Creo que lo hizo Lou Cates, el padre de Krissi Cates. —Se arrellanó en la silla satisfecho, como si hubiera ganado una partida de Cluedo.

Krissi Cates, el nombre me sonaba. Intenté fingir que sabía de qué estaba

hablando, pero no funcionó.

—Sabes quién es Krissi Cates, ¿verdad? —Al ver que yo no decía nada, continuó. Su tono de voz era claro y condescendiente—. Krissi Cates era una niña de quinto curso de tu escuela, de la escuela de Ben. El día en que mataron a tu familia, la policía buscaba a Ben para hacerle unas preguntas. Krissi lo había acusado de abusar de ella sexualmente.

—¿Qué?

—Sí.

Nos miramos con una de esas miradas de «¿estás loco?».

Lyle me señaló con la cabeza.

—Cuando dices que la gente no te ha hablado de ese asunto, lo dices en serio, ¿no?

—Pero ella no testificó contra Ben... —empecé.

—No, no. Es lo único inteligente que hizo la defensa de Ben, conseguir que no se vincularan ambas cosas, los abusos sexuales y los asesinatos. Pero seguro que eso puso al jurado en su contra. Todo el mundo en la zona había oído la historia de que Ben había abusado sexualmente de aquella preciosa niña de aquella agradable familia, y eso fue lo que probablemente condujo a sus «asesinatos satánicos». Ya sabes cómo funcionan los rumores.

—Entonces ¿el asunto de Krissi Cates llegó a juicio? —le pregunté—. ¿Probaron que Ben le había hecho algo malo?

—Aquello nunca salió adelante. La policía no presentó cargos —comentó Lyle—. La familia Cates llegó a un rápido acuerdo con la dirección de la escuela y se mudaron. Pero ¿sabes lo que pienso? Creo que Lou Cates fue a tu casa aquella noche para interrogar a Ben. Creo que Lou Cates, que era un tipo muy corpulento, fue a tu casa a por algunas respuestas, y entonces...

—¿Se puso tan furioso como para matar a toda mi familia? Eso no tiene sentido.

—Aquel tipo estuvo a la sombra durante tres años por homicidio cuando era más joven, eso es lo que he averiguado. Le arrojó una bola de billar con todas sus fuerzas a un chico, y lo mató. Tenía un carácter violento. Si Lou Cates creyó que habían abusado sexualmente de su hija, puedo imaginar su furia. Después pintó todos aquellos pentáculos para librarse de las sospechas.

—Mmmm, no tiene sentido. —En realidad deseaba que lo tuviera.

—Lo que no tiene sentido es que lo hiciera tu hermano. Es un crimen demencial, completamente demencial, no hay por dónde cogerlo. Por eso toda esta gente está obsesionada con esos asesinatos. Si tuvieran algún sentido, no serían misterios, ¿entiendes?

No dije nada. Era verdad. Empecé a jugar con el salero y el pimentero, que eran sorprendentemente fáciles de robar.

—¿No crees que vale la pena investigarlo? —me presionó Lyle—. ¡Esa terrible acusación que estalla el mismo día en que tu familia es asesinada!

—Supongo. Tú eres el jefe.

—Entonces, mientras encuentras a Runner, intenta hablar con alguien de la familia Cates. Quinientos dólares si es Krissi o Lou. Sólo quiero saber si mantienen la misma historia sobre Ben. Si pueden vivir con ello, ¿entiendes? Quiero decir: tiene que ser mentira. ¿No?

Me sentí débil otra vez. No necesitaba poner a prueba mi fe en ese momento. Sin embargo, me aferré a algo de lo que estaba segura: Ben nunca había abusado de mí. Si era un abusador de menores, ¿no habría empezado con una niña pequeña en su propia casa?

—Vale.

—Vale —repitió Lyle.

—Pero no creo que yo vaya a tener más suerte de la que tendrías tú. Al fin y al cabo, soy la hermana del chico que dicen que abusó de ella.

—Yo lo intenté y no conseguí nada —dijo Lyle encogiendo los hombros—. No se me dan bien esa clase de cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—La diplomacia.

—Ah, ya. A mí, sin embargo, se me da muy bien.

—Excelente. Y, si eres capaz de concertar una cita, me gustaría ir contigo.

Me encogí de hombros en silencio, me levanté, pensando en dejar que pagara él la cuenta, pero me llamó antes de que diera tres pasos.

—Libby, ¿sabes que llevas el salero y el pimentero en el bolsillo?

Me detuve un segundo, dudando si fingir sorpresa: «Oh, dios mío, qué distraída soy». En cambio, asentí con la cabeza y salí por la puerta. Los necesitaba.

LYLE HABÍA SEGUIDO el rastro de la madre de Krissi Cates hasta dar con ella en Emporia, Kansas, donde vivía con su segundo marido, con el que había tenido una segunda hija casi veinte años después de tener a Krissi. Lyle le había dejado bastantes mensajes en el móvil durante el año anterior, pero ella nunca le había devuelto las llamadas. Eso era todo lo que había conseguido.

Nunca hay que dejar mensajes a la persona con quien quieres contactar. No, hay que llamar y llamar hasta que coja el teléfono —por cansancio, curiosidad o miedo—, y entonces ir directamente al grano, para que no pueda reaccionar.

Llamé a la madre de Krissi doce veces antes de que cogiera el teléfono, y le dije rápidamente:

—Soy Libby Day, la hermana pequeña de Ben Day. ¿Recuerda a Ben Day?

Oí cómo unos labios húmedos se abrían emitiendo un sonido como el de un beso, y después un hilo de voz murmuró:

—Sí, me acuerdo de Ben Day. ¿Qué quiere, por favor? —como si fuera una teleoperadora.

—Quiero hablar con usted o con alguien de la familia sobre las acusaciones que su hija Krissi hizo contra Ben.

—En mi casa no hablamos de ese tema. ¿Cuál era su nombre? ¿Lizzy? Me casé de nuevo, y mantengo muy poco contacto con mi anterior familia.

—¿Sabe cómo puedo encontrar a Lou o a Krissi Cates?

Dejó escapar un suspiro, como expulsando el humo de un cigarrillo.

—Lou debe de estar en algún bar en alguna parte del estado de Kansas, supongo. En cuanto a Krissi... Vaya hacia el oeste por la I-70, justo después de pasar Columbia. Gire a la izquierda y párese en cualquiera de los clubes de *striptease*. No vuelva a llamar.

BEN DAY

2 de enero de 1985

12.51

Cogió una cartulina del casillero de Krissi, la dobló en dos y escribió: «Son vacaciones de Navidad y pienso en ti. ¿A que no adivinas quién soy?». Y escribió una «B» al final. Eso la volvería loca. Ben pensó en coger algunas cosas del casillero de Krissi y pasarlas al de Libby, pero decidió no hacerlo. Si veían a Libby con algo bonito, suscitaría sospechas. Pensó que el hecho de que él y sus hermanas fueran a la escuela era como una broma. Entre las tres niñas tenían un armario y medio, Michelle iba siempre con jerséis viejos, Debby vestía lo que le gorroneaba a Michelle, y Libby se ponía lo que quedaba: vaqueros de chico remendados, sudaderas de béisbol llenas de manchas, vestidos baratos de punto que la tripa de Debby había ensanchado. Ésa era la diferencia con Krissi. Toda la ropa de Krissi era perfecta. Y también la de Diondra, con sus vaqueros perfectos. Si Diondra llevaba vaqueros gastados era porque estaban de moda, y si tenían salpicaduras de lejía era porque los había comprado con salpicaduras de lejía. Diondra tenía una buena asignación semanal, lo había llevado de compras varias veces, le probaba ropa como si fuera un crío y le pedía que sonriera. Le decía que debía adelgazar un poco y le guiñaba el ojo. Él no estaba seguro de si los chicos debían dejar que las chicas les compraran la ropa, no estaba seguro de si eso era guay o no. El señor O'Malley, su tutor, siempre bromeaba sobre las camisas que le hacía ponerse su esposa, pero el señor O'Malley estaba casado. En fin. A Diondra le gustaba que él fuera vestido de negro y él no tenía

dinero para comprarse nada. La puñetera Diondra podía hacer lo que le diera la gana, como siempre.

Ésa era otra razón por la que era genial estar con Krissi: ella había asumido que él era guay porque tenía quince años, y para ella tener quince años era ser extremadamente maduro. Ella no era como Diondra, que se reía de él en los momentos más insospechados. Él le preguntaba: «¿Qué es lo que te parece tan divertido?», y ella se reía entre dientes y soltaba: «Nada. Eres tan mono...». La primera vez que habían intentado tener relaciones sexuales, había sido tan torpe con el condón que ella se había echado a reír y a él se le había bajado la erección. La segunda vez, ella cogió el condón, lo lanzó lejos y dijo: «A la mierda», se la agarró y se la metió dentro.

Ahora tuvo una erección, sólo de pensar en ello. Dejó la nota en la casilla de Krissi, su polla dura a más no poder, y entonces entró la señora Darksilver, la profesora de segundo curso de primaria.

—Hola, Ben, ¿qué haces aquí? —sonrió ella. Llevaba vaqueros, jersey y mocasines, y caminaba hacia él cargando un tablón de anuncios y un rollo de cinta de cuadros.

Él se apartó de ella y se dirigió hacia la puerta que comunicaba con el instituto.

—No, nada, sólo quería dejar algo en la casilla de mi hermana.

—Bueno, pero no huyas, ven a darme un abrazo al menos. Ahora no te veo nada.

Ella fue hacia él, sus mocasines sonaban amortiguados sobre el suelo de hormigón, tenía una gran sonrisa rosa en el rostro, el flequillo cortado recto. De crío, él estaba colado por ella, por aquel flequillo de pelo moreno. Intentó alcanzar la puerta, la polla presionándole contra la pernera del pantalón. Estaba convencido de que ella se había percatado de lo que le pasaba: la sonrisa de la profesora había desaparecido y una mueca de disgusto y vergüenza le cubrió la cara. No dijo nada más, por eso él supo que se había dado cuenta. Ella estaba mirando la casilla frente a la que él se había detenido: era la de Krissi Cates, no la de su hermana.

Ben se sintió como un animal que huye herido, como un ciervo herido a punto de ser cazado. Al que ya sólo hay que disparar. A veces se figuraba imágenes en las que veía armas de fuego, un cañón contra su sien. En uno de

sus cuadernos había anotado una cita que había encontrado en el *Bartlett's* mientras esperaba a que salieran del edificio los del equipo de fútbol para poder limpiar:

Siempre es consolador pensar en el suicidio:
ayuda a sobrellevar más de una mala noche.

En verdad él nunca se suicidaría. No quería ser el chico trágico y raro que las niñas llorarían en los telediarios aunque nunca hubieran hablado con él en la vida real. Parecería que su vida habría sido aún más patética de lo que realmente era. Sin embargo, de noche, cuando las cosas estaban muy mal y se sentía el ser más atrapado y castrado del mundo, fantaseaba con abrir el armero de su madre (combinación 5-12-69, fecha del aniversario de bodas de sus padres, ahora una broma pesada), sostener aquel agradable peso metálico entre las manos, deslizar unas cuantas balas en el cargador como quien pone dentífrico en el cepillo de dientes, presionar el arma contra la sien y disparar. Tenías que disparar enseguida, el arma contra la sien y el dedo en el gatillo, o podías arrepentirte. Tenía que ser un solo movimiento y después, simplemente, caías al suelo como un traje que se desliza de una percha. Sólo... desplomarte. En el suelo. Y entonces te convertías en el problema de otro, para variar.

Él no pensaba hacer nada de eso, pero cuando necesitaba desahogarse un poco y no podía masturbarse, o cuando ya se había masturbado y necesitaba más desahogo, solía pensar en ello. En el suelo, caído de costado, como si su cuerpo fuera un montón de ropa a la espera de ser recogida.

ATRAVESÓ LA PUERTA y se le bajó la erección, como si el simple hecho de entrar en la escuela secundaria lo castrara. Cogió el cubo y lo hizo rodar de nuevo hacia el armario y se lavó las manos con una de esas pastillas de jabón grandes y duras.

Bajó las escaleras y se dirigió hacia la puerta de atrás. Un grupo de alumnos de cursos superiores pasó junto a él hacia el aparcamiento. Notaba la cabeza caliente bajo su pelo negro, imaginaba lo que ellos estarían pensando de él —«bicho raro», lo mismo que había pensado el entrenador—, pero no dijeron nada, ni siquiera lo miraron. Treinta segundos después cruzaba la

puerta abierta, el sol se reflejaba en el blanco resplandeciente de la nieve. Si fuera un videoclip, ahora entraría con fuerza el sonido de la guitarra eléctrica... ¡Raaannggg!

Allí fuera, los chicos pegaban acelerones y frenazos, dando bandazos con una camioneta sobre el suelo de tierra del aparcamiento. Le quitó el candado a la bicicleta, la cabeza le palpitaba y todavía le sangraba la frente. Se limpió con la yema del dedo y, sin pensarlo, se metió el dedo en la boca, como si fuera un pedacito de gelatina.

Necesitaba relajarse. Una cerveza y quizá un canuto, olvidarse de sí mismo un poco. El único sitio donde podía ir era al garito de Trey. Bueno, no es que fuera suyo. Ni siquiera sabía si tenía casa. Pero, cuando no estaba en casa de Diondra, solía estar en el Almacén, al que se llegaba por un camino de tierra junto a la autopista 41 flanqueado de manzanos silvestres. En medio de un claro lleno de arbustos, se elevaba una construcción de un material duro, tipo latón, que temblaba con el viento. En invierno, un generador zumbaba dentro, lo justo para hacer funcionar unos cuantos calefactores y un televisor que se veía fatal. Docenas de alfombras gastadas y apestosas y unos cuantos sofás horribles que alguien le había regalado cubrían el sucio suelo. La gente se reunía a fumar alrededor de los calefactores como si se tratara de hogueras. Todo el mundo bebía cerveza —sólo tenían que coger las latas de la nevera que estaba fuera, junto a la puerta— y todo el mundo fumaba canutos. Habitualmente iban haciendo viajes a un 7-Eleven, y volvían con algunas docenas de burritos, unos recalentados en el microondas, otros aún congelados. Si había mucha gente, se los comían fuera, en la nieve, junto a la nevera de las cervezas.

Ben nunca había ido allí sin Diondra, era su gente, pero ¿adónde coño más podía ir? Si Trey le veía la herida, seguro que le daría una lata de Beast, aunque fuera de mala gana. Él podía no ser amable —nunca era exactamente amigable—, pero tenía un código interno que le impedía rechazar a nadie. Ben solía ser el más joven de los que iban allí, excepto una vez que fue una pareja con su hijo pequeño, desnudo a excepción de unos vaqueros. Mientras todo el mundo fumaba y se colocaba, el niño se chupaba el dedo en el sofá, mirando a Ben. La mayoría tenían veinte años, veintiuno, veintidós, edad de estar en la universidad, pero todos habían abandonado los estudios en secundaria. Se

pasaría por allí, y quizá sería bien recibido, y Diondra dejaría de llamarlo Lamy (abreviatura de «Lameculos») cada vez que lo llevara allí. Al menos le dejarían sentarse en un rincón y beber cerveza durante un rato.

Quizá era más inteligente irse a casa..., pero que les dieran por culo.

EN EL ALMACÉN había un ruido infernal cuando Ben llegó en su bici, las paredes de latón vibraban con el solo de guitarra que se oía dentro. A veces alguno se traía el amplificador y aporreaba la guitarra hasta reventarle los oídos a la gente. El que estaba tocando ahora era bueno: era una canción de Venom, perfecta para su estado de ánimo. ¡Raanngdum-dumraanngg! Estruendo de jinetes cabalgando al galope, saqueadores listos para incendiar la aldea. El sonido del caos.

Dejó caer la bici en la nieve, sacudió las manos y se desbloqueó el cuello. Le dolía la cabeza, una especie de punzadas más molestas que un simple dolor de cabeza. Tenía un hambre del demonio. Había ido por la carretera demorándose expresamente, intentando encontrar una buena excusa para justificar su presencia allí. Necesitaba una buena historia para explicar la herida, algo que no provocara comentarios de mierda del tipo: «Ohhh, el nene se ha caído de la bicicleta». Ahora fantaseaba con que Diondra o Trey se adelantaban, lo acompañaban adentro, sin aspavientos, y que al cruzar la puerta todo eran sonrisas y alcohol.

Pero tendría que entrar solo. Barrió con la mirada la llanura nevada. No venía ningún coche. Empujó la puerta de hojas pivotantes con la bota y entró. La guitarra retumbaba contra las paredes como un animal acorralado. Ben había visto alguna vez al tipo que estaba tocando. Él presumía de haber trabajado montando y desmontando escenarios en una gira con Van Halen, pero no había dado muchos más detalles de la vida de los que trabajan en la carretera de verdad. Miró a Ben, pero no lo reconoció, sus ojos vagaban entre su público imaginario. Cuatro chicos y una chica, todos con los pelos revueltos, todos mayores, se pasaban un canuto tirados en las alfombras. Apenas le prestaron atención. El más feo de ellos agarraba a la chica por las caderas, que se apretaba contra él como un gato. Ella tenía la nariz raquíca y la cara roja por el acné y parecía totalmente colocada. Ben avanzó hacia ellos, había un buen trecho entre la puerta y las alfombras, y se sentó en una muy

delgada de color verde a unos metros de distancia del grupo, los miró de soslayo y los saludó con la cabeza. Nadie comía, no había nada que gorronear. Si hubiera estado Trey, habría sacudido la cabeza y habría dicho: «Guardadme algo de eso, ¿vale?», y al menos habría fumado con ellos.

El guitarrista, Alex, tocaba bien de verdad. A Ben le hubiera gustado tener una guitarra, una Floyd Rose Tremolo. Una vez, en Kansas City, había hecho el gilipollas cuando Diondra y él entraron en una tienda de guitarras, se había sentido bien, como si realmente fuera a comprar una. Al menos aprendería lo suficiente como para tocar unas cuantas buenas canciones, ir al Almacén y hacer que se sacudiera con su música. Todo el mundo al que conocía era bueno en algo, aunque sólo fuera gastando dinero, como Diondra. Cada vez que le decía que quería aprender, hacer cosas, ella se reía y luego le decía que lo que necesitaba era conseguir un sueldo decente.

—La comida cuesta dinero, la electricidad cuesta dinero, y tú ni siquiera pareces entenderlo —le decía ella.

Diondra pagaba un montón de facturas de su casa mientras sus padres estaban fuera, eso era verdad, pero las pagaba con el dinero de sus padres, que estaban forrados. Ben no estaba seguro de que ser capaz de firmar un cheque fuera algo tan increíble. Se preguntó qué hora sería, deseaba haberse largado a casa. Ahora tendría que quedarse allí una hora más o menos, para que no pensaran que se largaba porque nadie le hacía ni caso. Aún llevaba los pantalones húmedos del agua del cubo, y la camiseta le olía a atún podrido.

—Eh, tú —lo llamó la chica. Él la miró, el pelo negro le tapaba un ojo—. ¿No deberías estar en la escuela? —Sus palabras salieron a trompicones, torpes—. ¿Qué haces aquí?

—Son vacaciones.

—Dice que son vacaciones —le dijo ella a su novio.

El tipo, sarnoso y con las mejillas enrojecidas por el sol, con un bigote apenas perceptible, lo miró con ojos de miope.

—¿Conoces a alguien aquí? —le preguntó a Ben.

Ben hizo un gesto hacia Alex.

—A él.

—Alex, ¿conoces a este crío?

Alex dejó de tocar, se plantó con las piernas abiertas en una pose de

roquero y miró a Ben, sentado en el suelo. Sacudió la cabeza.

—No, tío. Yo no me junto con escolares.

Ésa era la clase de mierda que siempre le decían. Ben pensaba que su nuevo pelo negro le ayudaría, le haría parecer menos joven. Pero los chicos sólo querían joderle, o ignorarle. Era algo en su físico, o en la manera de caminar, o en su sangre. Siempre era de los últimos en ser elegido cuando se formaban los equipos. Flirteaban con Diondra delante de sus propias narices, y también sabían que se acojonaba cuando entraba en algún sitio. Bueno, que les dieran por culo, ya estaba harto de todo eso.

—Chúpamela —gruñó Ben.

—¡Guauuu! ¡El nene está cabreado!

—Parece que se haya peleado —dijo la chica.

—Chico, chico, ¿te has peleado con alguien? —La música se había detenido por completo. Alex había apoyado la guitarra contra la pared helada y estaba fumando con los demás, sonriendo y sacudiendo la cabeza. Sus voces retumbaban contra el techo, como fuegos artificiales.

Ben asintió.

—¿Sí? ¿Con quién te has peleado?

—Nadie que conozcas.

—Oh, conozco a mucha gente. Ponme a prueba. ¿Quién era él? ¿Tu hermanito pequeño? ¿Te has pegado con tu hermanito pequeño?

—Trey Teepano.

—Mientes —dijo Alex—. Él te habría pateado el culo.

—¿Te has pegado con ese indio chalado? ¿No es medio indio? —dijo el novio, ahora ignorando a Alex.

—¿Y eso qué coño tiene que ver con nada, Mike? —preguntó uno. Aspiró la colilla de un canuto sujeto con una pinza metálica, el brillo incandescente flotó en el frío. La chica remató lo que quedaba del canuto y se puso la pinza en los cabellos. Un rizo de su pelo de rata le quedó colgando, atrapado en la pinza.

—He oído que está metido en una de esas mierdas donde conjuran al diablo —dijo Mike.

Por lo que sabía Ben, Trey era pura pose. Le había hablado de unas reuniones muy especiales a medianoche en Wichita donde se hacían rituales en

los que se derramaba sangre. Había aparecido una noche de octubre en casa de Diondra, colocado, sin camisa y manchado de sangre. Juró que él y algunos amigos habían matado unas reses en las afueras de Lawrence. Dijo que habían pensado ir a la escuela, secuestrar a algún chaval y sacrificarlo también, pero que no lo habían conseguido. Puede que fuera verdad: al día siguiente salió en las noticias que alguien había sacrificado cuatro vacas a machetazos y se había llevado las entrañas. Ben había visto las fotos: todas en el suelo, de costado, un montón de grandes cuerpos y patas huesudas. Era jodidamente difícil matar a una vaca, atravesarle la piel, ésa era una de las razones por las que daban un cuero excelente. Por supuesto, Trey dedicaba unas cuantas horas al día a escuchar *rock* duro, a fanfarronear y a exprimir a la gente y a maldecir, Ben lo había visto. Trey era un fanfarrón, un saco curtido de músculos, y probablemente podría matar a una vaca a machetazos, y probablemente estaba tan jodidamente loco como para poder hacerlo también a patadas. Pero lo de Satanás... Ben pensaba que el diablo querría algo más útil que las entrañas de una vaca. Oro. Quizá un niño. Para probar la lealtad, como cuando las bandas obligan al neófito a dispararle a alguien.

—Sí, está en eso —dijo Ben—. Estamos metidos en esas mierdas.

—Creía que acababas de decir que te habías peleado con él —dijo Mike, y por fin, por fin, rebuscó detrás de él en una nevera de porespán y le tendió a Ben una Olympia Gold helada. Ben la sopló y se la pasó de una mano a otra; estaba sorprendido de tener una segunda cerveza, en vez de un montón de mierda.

—Nos hemos peleado. Cuando haces el tipo de cosas que hacemos, acabas peleándote. —Sonó de un modo tan vago como las historias de carretera de Alex.

—¿Eres uno de los que mataron a las vacas? —preguntó la chica.

Ben asintió.

—Tuvimos que hacerlo. Fue una orden.

—Una orden bien rara, tío —dijo el tipo tranquilo del rincón—. Eran mis hamburguesas.

Se rieron, todos lo hicieron, y Ben trató de parecer relajado pero duro. Se sacudió el pelo de la cara y sintió el frío de la cerveza. Dos cervezas rápidas en un estómago vacío y ya estaba en plena ebullición, pero no quería quedar

como un pelele.

—Entonces ¿por qué matasteis a las vacas? —preguntó la chica.

—Para sentirnos bien, para cumplir ciertos requisitos. No puedes limitarte a estar en el club, tienes que hacer cosas de verdad.

Ben había ido a cazar muchas veces. Su padre lo había llevado una vez, y luego su madre siempre le insistía en que fuera con ella. Para afianzar lazos. Ella no se percataba de lo vergonzoso que era para un chico ir a cazar con su madre. Pero fue ella quien le enseñó a disparar como es debido, a controlar el retroceso del arma, cuándo apretar el gatillo, cómo esperar y tener paciencia escondidos durante horas. Ben había disparado y matado docenas de animales, desde conejos a ciervos.

Ahora pensaba en los ratones, en cómo el gato del granero había destrozado un nido y en cómo se había tragado dos ratones recién nacidos, aún pegajosos, antes de que otra media docena cayera por las escaleras de atrás. Runner había dicho —por segunda vez— que acabar con sus míseras vidas era cosa de Ben. Se movían en silencio, retorciéndose como anguilas rosas, con los ojos aún pegados, y en el tiempo en que había ido y vuelto de la granja al granero, intentando imaginarse qué tenía que hacer, las hormigas ya pululaban por encima de ellos. Finalmente cogió una pala, y los aplastó contra el suelo, trozos de carne le salpicaron los brazos, enfureciéndolo, y a cada golpe de pala se enfurecía más y más. «¿Crees que soy una especie de gato, Runner, crees que soy un puto gato?». Cuando acabó, sólo quedaba una mancha pegajosa en el suelo. Estaba sudado. Levantó la mirada, y vio a su madre en la puerta. Aquella noche, estuvo muy callada durante la cena, con expresión preocupada y los ojos tristes. Él quería mirarla a los ojos y decirle: «A veces sienta bien joder a alguien. En vez de que siempre lo jodan a uno».

—¿Como qué? —le incitó la chica.

—Como..., bueno, a veces hay que matar. Tenemos que matar. Igual que Jesús hacía sacrificios, pues bien, también los hace Satanás.

Satanás. Lo dijo como si fuera el nombre de algún conocido. No se sentía un farsante y no tenía miedo. Se sentía normal, como si de verdad supiera de qué estaba hablando. Satanás. Hasta podía imaginárselo, con aquella cara larga y los cuernos, con aquellos ojos de cabra tan abiertos.

—Tú te crees toda esa mierda de verdad, ¿no? ¿Cómo dices que te llamas,

chico?

—Ben Day.

—¿Ben Gay?

—¡Vaya eso es nuevo!

Ben cogió otra cerveza de la nevera, esta vez sin preguntar. Se había acercado unos metros desde que había empezado a hablar y, como el alcohol le había dado un puntillo de euforia, todo lo que decía, toda la mierda que salía de su boca, parecía irrefutable. Podía convertirse en un tipo incuestionable, podía verlo, incluso después del último comentario socarrón, porque estaba seguro de que aquel capullo sabía que su bromita se iba a quedar en nada.

Ellos se encendieron otro canuto, la chica se quitó la pinza del pelo otra vez y el estúpido rizo volvió a su lugar habitual. No parecía tan simpática sin él. Ben le pegó una buena calada, pero —no tosas, no tosas— no lo suficiente como para notar la garganta rasposa. Era hierba casera, de la que te da mal rollo. Te vuelve paranoico y te hace hablar por los codos, en lugar de relajarte. Ben tenía la teoría de que todos los productos químicos que echaban a la tierra en las granjas eran absorbidos por esas plantas ávidas de sustancia. Las infectaban: todos aquellos insecticidas y fertilizantes pasaban a tus pulmones y a tu cerebro.

La chica lo estaba mirando con el mismo aturdimiento que tenía Debby después de ver mucha televisión, como si quisiera decir algo pero tuviera demasiada pereza para abrir la boca. Ben necesitaba comer algo.

«El diablo nunca está hambriento». Eso es lo que estaba pensando, la idea le había llegado de la nada, las palabras estaban en su cerebro como una oración.

Alex enchufó su guitarra de nuevo, algo de Van Halen, algo de AC/DC, una canción de los Beatles, y de pronto estaba tocando *O Little Town of Bethlehem*; aquellos acordes hicieron que a Ben le doliera la cabeza aún más.

—Eh, no toques canciones de Navidad, no creo que a Ben le gusten —gritó Mike.

—¡Joder, está sangrando! —dijo la chica.

El corte de la frente se le había abierto y le caía sangre en la cara y en los pantalones. La chica le tendió una servilleta de papel, pero él la rechazó,

pasándose la mano por la cara y esparciendo la sangre como si se maquillara con pinturas de guerra.

Alex había dejado de tocar la canción, y ahora todos miraban a Ben, sonriendo incómodos y con los hombros rígidos, apartándose ligeramente de él. Mike le tendió el canuto como si fuera una ofrenda, con la punta de los dedos para evitar el contacto. Ben no quería más, pero le pegó una calada intensa, el humo amargo quemó más tejido pulmonar.

En ese momento, la puerta se abrió con un vaivén y entró Trey. Se plantó allí, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada, barrió todo el interior de una mirada y echó la cabeza hacia atrás, como si Ben oliera a pescado podrido.

—¿Qué haces aquí? ¿Está Diondra?

—Está en Salina. He pasado un momento por aquí, para matar el rato. Ellos me han dado conversación.

—Hemos oído que os habéis peleado —dijo la chica con media sonrisa, sus delgados labios como medias lunas—. Y otras cosas peores.

Trey, con su largo pelo negro y su rostro cincelado, tenía una expresión indescifrable. Miró al grupo del suelo y a Ben, en cuclillas con ellos, y por un instante pareció no saber cómo afrontar la situación.

—¿Sí? ¿Qué os ha contado? —Miró a Ben y le quitó la cerveza a la chica sin siquiera mirarla. Ben se preguntó si se habrían acostado juntos, Trey mostraba el mismo desdén que Ben le había visto una vez en presencia de una exnovia: «No estoy enfadado ni triste ni feliz de verte. Me importas una mierda».

—Una de esas mierdas sobre el diablo y las cosas que habéis hecho... para complacerle —dijo ella. Trey sonrió y se sentó frente a Ben. Éste evitó su mirada.

—Eh, Trey —dijo Alex—. Tú eres indio, ¿verdad?

—Sí. ¿Quieres que te corte la cabellera?

—Pero no del todo, ¿no? —exclamó la chica.

—Mi madre es blanca. Y no salgo con chicas indias.

—¿Por qué no? —preguntó ella, quitándose y poniéndose la pinza en el pelo; los dientes de metal se le enredaban en los rizos.

—Porque Satanás quiere coñitos blancos. —Sonrió y la señaló con la

cabeza, y ella se echó a reír, pero él mantenía la misma expresión y ella se puso seria, y su feo novio le pasó un brazo por la cadera.

Les había gustado el discursito de Ben, pero Trey daba mucho más miedo. Se sentó con las piernas medio cruzadas, mirándolos de un modo que parecía amigable, pero sin un ápice de calidez. Y, mientras su cuerpo se inclinaba de una manera que podría parecer casual, cada músculo se movía tenso, rígido. Había algo profundamente desagradable en él. Nadie se ofreció a pasar el canuto otra vez.

Permanecieron sentados en silencio unos minutos, el humor de Trey desconcertaba a todo el mundo. Normalmente era un tipo llamativo, sabelotodo, bebedor y follonero, pero cuando estaba alterado era como si tuviera cientos de dedos invisibles e insistentes que empujaban a todo el mundo por el hombro. Pudiendo con todos ellos.

—Entonces ¿te vienes conmigo? —le preguntó a Ben de repente—. He venido con la camioneta. Tengo las llaves de Diondra. Podemos esperarla en su casa, tiene tele por cable. Es mejor que helarse el culo en este agujero.

Ben asintió, les hizo un gesto nervioso con la cabeza a los demás y siguió a Trey, que ya estaba fuera y lanzaba su lata de cerveza contra la nieve. Ben estaba alterado. Las palabras se le atascaban en el fondo de la garganta, y mientras se metía en la GMC intentó balbucear a Trey alguna excusa, ya que acababa de salvarle el culo por razones poco claras. ¿Por qué tenía él las llaves de Diondra? Probablemente porque se las habría pedido. Ben no pensaba preguntarle nada.

—Espero que, cuando llegue el momento, seas capaz de explicar toda esa mierda que les has contado ahí dentro —dijo Trey, metiendo la marcha atrás. La GMC era un tanque, y Trey la conducía como un loco, aplastando las cañas de maíz y los canales de riego, obligando a Ben a agarrarse al reposabrazos para no morderse la lengua. Trey le lanzó una mirada interrogativa.

—Sí, claro.

—Quizá esta noche te conviertas en un hombre. Quizá.

Trey conectó el reproductor de casetes. Iron Maiden a todo volumen, a mitad de una canción:

El ritual ha empezado.

*La obra de Satanás ha acabado.
666 es el número de la bestia.
El sacrificio será esta noche.*

La canción estalló en la cabeza de Ben, su cerebro chirriaba, estaba enfadado, frenético, como le pasaba siempre con el *rock* duro, la guitarra que nunca acaba, cada vez más intensa y más intensa, y él agitando la cabeza arriba y abajo, el sonido de la batería subiéndole por la columna vertebral, toda esa furia frenética que no le dejaba pensar con claridad, que lo mantenía en una especie de convulsión continua. Sentía que su cuerpo entero era como un puño apretado, listo para ser lanzado.

LIBBY DAY

Ahora

El tramo de la I-70 entre Kansas City y Saint Louis eran horas y horas de conducción aburrida. El paisaje era plano, monótono y lleno de carteles: un feto acurrucado como un gatito (EL ABORTO DETIENE EL LATIDO DE UN CORAZÓN); una sala de estar teñida de rojo por la luz de las sirenas de una ambulancia (ESPECIALISTAS EN LIMPIAR ESCENAS DE CRÍMENES); una mujer realmente fea poniéndoles ojitos de «fóllame» a los conductores (EL CLUB PARA CABALLEROS JIMMY «EL CALIENTE»). Los carteles que lanzaban mensajes agoreros sobre el amor de Jesús competían con los que anunciaban establecimientos de porno, y los anuncios de los restaurantes locales tenían todos palabras escritas entre comillas sin una razón aparente: EL HOSTAL DE CARRETERA DE HERB: LA «MEJOR» COMIDA DE LA CIUDAD; ASADOR DE JOLENE: VEN A PROBAR NUESTRAS «DELICIOSAS» COSTILLAS A LA BRASA. Lyle iba en el asiento del pasajero. Había valorado los pros y los contras de acompañarme (quizá yo podría obtener más información si veía a Krissi a solas, ambas éramos mujeres; pero, por otro lado, él conocía esta parte del caso mejor que yo; aunque él podía mostrarse demasiado alterado, hacerle demasiadas preguntas, y entonces se maldeciría a sí mismo, porque a veces se excedía, si cometía un error era porque a veces se pasaba tres pueblos; sin embargo, quinientos dólares era mucho dinero, y se sentía como si eso le diera cierto derecho, sin ánimo de ofender, a venir conmigo). Por último me espetó por teléfono que pasara por el *pub* de Sarah en treinta minutos y que, si estaba allí, es que venía. Clic. Ahora estaba a mi lado, inquieto, subiendo y bajando

el seguro de la puerta, jugando con la radio, leyendo todos los carteles en voz alta, como tratando de tranquilizarse a sí mismo o algo así. Dejamos atrás un almacén de fuegos artificiales del tamaño de una catedral y al menos tres marcas de accidentes mortales: pequeñas cruces blancas rodeadas de flores de plástico acumulando polvo en la cuneta de la carretera. Las gasolineras se anunciaban con señales más altas que las desvencijadas veletas de las granjas cercanas.

En la cresta de una colina había un cartel con una cara familiar: Lisette Stephens, con una sonrisa alegre, y un número de teléfono debajo para llamar en caso de tener datos sobre su desaparición. Me pregunté cuánto tardarían en quitarlo, por haber perdido las esperanzas o por falta de dinero.

—Oh, Dios, ella —dijo Lyle cuando pasamos al lado de Lisette. Eso me irritó un poco, pero mis sentimientos eran parecidos a los suyos. Después de todo, era casi grosero preguntarte si te preocupabas por alguien que estaba evidentemente muerto. A menos que fuera mi familia.

—Bueno, Lyle, ¿puedo preguntarte por qué estás tan obsesionado con el... con este caso? —Mientras decía esto, el cielo se oscureció tanto como para que se encendieran las farolas de la carretera, todas en fila hacia el horizonte, parpadeando blancas, como si mi pregunta las hubiera intrigado.

Lyle se miró la pierna, y me escuchó de lado, como siempre. Tenía la costumbre de poner la oreja a quien le estuviera hablando, y después esperó unos segundos, como si estuviera traduciendo a otro idioma lo que le decía.

—Es como una novela policíaca clásica, con muchas teorías viables, y eso me interesa —dijo él sin mirarme—. Y estás tú. Y Krissi. Niñas que... están implicadas de algún modo. Me interesa eso.

—¿Qué haya niñas implicadas?

—Hay algo más, algo más grande que ellas, algo que tiene consecuencias más graves e imprevisibles. Una onda expansiva. Eso es lo que me interesa.

—¿Por qué?

Hizo una pausa.

—Simplemente me interesa.

Éramos las dos personas menos indicadas para sacarle información a nadie. Seres humanos atrofiados que nos sentimos incómodos cada vez que tratamos de expresarnos. En realidad no me importaba mucho si no

conseguíamos nada de Krissi. Cuanto más pensaba en la teoría de Lyle, más estúpida me parecía.

Después de conducir otros cuarenta minutos, empezamos a ver clubes de *striptease*: deprimentes bloques de cemento achatados, la mayoría sin siquiera un nombre real, sólo carteles de neón que parpadeaban: ¡CHICAS EN VIVO! ¡CHICAS EN VIVO! Un argumento de venta mejor, supongo, que «chicas muertas». Me imaginé a Krissi Cates llegando al aparcamiento de grava, preparándose para desnudarse en un club nocturno completamente anónimo. Había algo inquietante en el hecho de no molestarse siquiera en ponerle un nombre. Cada vez que oigo nuevas historias de hijos que han matado a sus padres, pienso: «Pero ¿cómo puede ser?». Se preocuparon lo suficiente como para darle un nombre a su hijo, dedicaron un momento a pensar entre todas las posibilidades y escoger un nombre específico para su hijo, decidieron cómo llamarían a su bebé. ¿Cómo puedes matar a alguien que se ha preocupado por ti lo suficiente como para darte un nombre?

—Éste será mi primer club de *striptease* —dijo Lyle, y sonrió con descaro.

Salí de la carretera, giré a la izquierda, como me había dicho la madre de Krissi —cuando telefoneé al único club que había en el listín, un tipo baboso me dijo que pensaba que Krissi estaba «por allí»— y me metí en un aparcamiento del tamaño de un prado que compartían tres locales de *striptease*, colocados en fila. Una gasolinera y un aparcamiento para camiones se veían a lo lejos, al final: bajo un resplandor blanco, vi siluetas de mujeres como gatos entre las cabinas de los camiones, puertas que se abrían y se cerraban, piernas desnudas mientras salían de un camión para meterse en el siguiente. Supuse que la mayoría de las *strippers* acababan trabajando en el aparcamiento de camiones en cuanto los clubes las habían exprimido del todo.

Me bajé del coche y busqué las notas que me había dado Lyle, una impecable lista de preguntas numeradas para hacer a Krissi, si es que la encontrábamos. «Número uno: ¿sigues manteniendo que Ben Day abusó sexualmente de ti cuando eras una niña? Si es así, entonces explícanoslo, por favor». Empezaba a repasar el resto de las preguntas cuando un movimiento a mi derecha captó mi atención. A lo lejos, en el aparcamiento de camiones, una pequeña sombra se deslizó de la cabina de un camión y empezó a caminar

hacia mí en perfecta línea recta, el tipo de recta que tratas de seguir cuando andas perdido e intentas disimularlo. La silueta tenía los hombros inclinados hacia delante, como si aquella chica no tuviera otra opción que venir hacia mí una vez puesta en marcha. Y era una niña, la vi cuando alcanzó el otro lado de mi coche. Tenía un rostro amplio, de muñeca, que brillaba bajo la luz blanca de la farola, un pelo castaño claro atado en una cola de caballo y la frente abombada.

—Hola, ¿tienes un cigarrillo? —dijo ella, mientras la cabeza le temblaba como a una enferma de Parkinson.

—¿Estás bien? —Intenté fijarme mejor en ella y me pregunté qué edad tendría. Quince, dieciséis. Temblaba debajo de una sudadera muy delgada, una minifalda y unas botas que se suponía que debían resultar sexis pero que aún la hacían parecer más pequeña, una niña de guardería disfrazada de vaquera.

—¿Tienes un pitillo? —repetió ella con los ojos húmedos, brillando bajo la luz. Dio un rápido saltito sobre sus tacones, mirándome primero a mí y luego a Lyle, que tenía los ojos fijos en el suelo.

Yo tenía un paquete en algún lugar del asiento trasero, así que me volví y rebusqué entre envoltorios de comida rápida, un surtido de bolsitas de té que había robado en un restaurante (otra cosa que nadie debería comprar nunca: bolsitas de té) y un montón de cucharillas de metal baratas (ídem). Al paquete le quedaban tres cigarrillos, uno de ellos roto. Saqué los otros dos, le tendí el mechero, la niña se inclinó medio de lado, y finalmente encendió:

—Lo siento, casi no veo sin las gafas.

Yo encendí mi cigarrillo y dejé que mi cabeza se inclinara hacia atrás en ese cálido vaivén después de la primera oleada de nicotina.

—Me llamo Colleen —dijo ella dando una calada al cigarrillo. La temperatura había bajado rápidamente con la puesta de sol, estábamos unos frente a otros dando saltitos para mantenernos calientes.

Colleen. Era un nombre demasiado dulce para una puta. Alguien tuvo alguna vez otros planes para esa niña.

—¿Qué edad tienes, Colleen?

Miró hacia atrás, al aparcamiento de camiones, y sonrió, bajando los hombros.

—Oh, no te preocupes, no trabajo aquí. Trabajo ahí. —Señaló el club de

en medio con el dedo corazón—. Soy legal. No necesito... —Hizo un gesto con la cabeza señalando a su espalda, a la línea de camiones, inmóviles a pesar de lo que ocurría en su interior—. Queremos echar un vistazo a las chicas que trabajan aquí fuera. Cosas de la asociación de mujeres. ¿Eres nueva?

Yo llevaba un top escotado, pensé que así Krissi se sentiría más cómoda cuando la encontrara, como para demostrarle que yo no era una mojigata. Ahora Colleen me miraba el escote con ojos de joyero, intentando encajar mis tetas en el club correcto.

—Oh, no. Buscamos a una amiga. Krissi Cates. ¿La conoces?

—Puede que ahora tenga otro apellido —dijo Lyle, y luego se puso a mirar hacia la carretera.

—Conozco a una Krissi. ¿Es mayor?

—Treinta y pico. —A Colleen le temblaba todo el cuerpo. Supuse que iba de anfet. O quizá sólo tenía frío.

—Vale —dijo ella acabándose el cigarrillo con una calada compulsiva—. A veces se saca alguna propina en el local de Mike. —Señaló el club más ancho, cuyo neón decía sólo G. R. S. (Girls).

—Eso no suena bien.

—No. Pero en algún momento tienes que retirarte, ¿no? Es un palo para ella, porque supongo que se gastó mucha pasta en operarse las tetas, pero Mike opina que ya no vale para el turno de la hora punta. Aunque al menos la operación de tetas desgrava impuestos.

Colleen hablaba con la alegre crueldad de la adolescente que sabe que aún tienen que pasar décadas antes de que sea ella la víctima de esas humillaciones.

—Entonces ¿debemos volver durante el turno de día? —preguntó Lyle.

—Mmm. Podéis esperar aquí —dijo ella con voz de niña—. No tardará en venir. —Hizo un gesto hacia la fila de los camiones—. Yo tengo que prepararme para el trabajo, gracias por el cigarrillo.

Se fue trotando hacia el oscuro edificio de en medio, abrió la puerta y desapareció dentro.

—Creo que debemos irnos, esto suena a callejón sin salida —dijo Lyle. Iba a darle un cachete por cobardica y decirle que me esperara en el coche

cuando otra sombra salió de un camión bastante alejado y empezó a caminar hacia el aparcamiento de los clubes. En aquel sitio todas las mujeres caminaban como si estuvieran empujando contra un viento tempestuoso. El estómago me dio un vuelco ante la idea de verme atrapada en un lugar como aquél. No era algo descabellado para una mujer sin familia, sin dinero y sin recursos. Una mujer con cierto pragmatismo malsano. Me había abierto de piernas a hombres agradables porque sabía que me proporcionaría unos cuantos meses de comida gratis. Lo había hecho y nunca me sentí culpable, así que ¿cuánto tardaría en verme en un sitio así? Sentí un nudo en la garganta durante un segundo, y enseguida me relajé. Ahora tenía dinero, y tendría aún más.

La figura se movía entre las sombras: pude ver sus cabellos maltratados en una especie de halo, el dobladillo deshilachado de unos pantalones cortos, muy cortos, un bolso de gran tamaño, y unas piernas gruesas y musculosas. Salió de la oscuridad para revelar una cara morena con unos ojos demasiado juntos. Guapa pero con un aspecto un poco perruno. Lyle me dio un codazo y me lanzó una mirada intencionada, preguntándome si la reconocía. No me sonaba, pero por si acaso le hice un gesto rápido y ella se detuvo de golpe. Le pregunté si era Krissi Cates.

—Sí, soy yo —dijo ella, su cara zorruna sorprendentemente ansiosa, servicial, como si pensara que estaba a punto de pasarle algo bueno. Era una expresión extraña, considerando de dónde venía.

—Quería hablar contigo.

—Vale —dijo encogiendo los hombros—. ¿Sobre qué? —No podía imaginarse quién era yo: no era policía, no era trabajadora social, no era *stripper*, no era la maestra de sus hijos, suponiendo que los tuviera. Ella sólo miraba a Lyle, mientras éste daba vueltas alrededor de ella, acercándose y alejándose—. ¿Sobre este trabajo? ¿Sois periodistas?

—Bueno, para ser francos, es sobre Ben Day.

—Oh. Vale. Podemos entrar en el garito de Mike. ¿Me invitáis a una copa?

—¿Estás casada? ¿Sigues apellidándote Cates? —le espetó Lyle.

Krissi frunció el ceño, y luego me miró a mí en busca de una explicación. Abrí los ojos, sonriendo: esa mirada con la que una mujer le dice a otra que se avergüenza del hombre que está con ella.

—Estuve casada una vez —dijo ella—. Mi apellido ahora es Quanto. Me da pereza volver a cambiármelo. ¿Sabes lo pesados que son esos trámites?

Le sonreí como si lo supiera, y de repente estaba siguiéndola a través del aparcamiento, intentando mantenerme apartada del camino de su gigantesco bolso de piel, que se bamboleaba contra su cadera, y haciéndole señas a Lyle para que viniera con nosotras. Poco antes de llegar a la puerta, se desvió unos metros y murmuró: «¿Os importa?», y sacó una papelina de papel de aluminio del bolsillo. Luego me dio la espalda por completo y sorbió por la nariz de un modo en que tuvo que dolerle la garganta.

Krissi se dio la vuelta con una amplia sonrisa.

—Lo que sea para aguantar la noche... —canturreó, sacudiendo la papelina, pero antes de acabar el verso de la canción pareció olvidarse de la melodía. Se sorbió otra vez la nariz, tan compacta que me recordó a uno de esos ombligos salidos hacia fuera, como los de las embarazadas—. Mike es un nazi con este tipo de mierdas —dijo, y abrió la puerta.

Yo había estado antes en clubes de *striptease*, en los años noventa, cuando eran considerados como algo fresco y divertido, cuando las mujeres éramos lo bastante idiotas como para pensar que era algo *sexy*, fingiendo ponernos cachondas porque los hombres pensaban que era muy *sexy* que otras mujeres nos pusieran cachondas. De todos modos, supongo que nunca había estado en uno tan cutre como éste. Era pequeño y desangelado, las paredes y los suelos parecían tener una capa de cera extra. Una chica joven bailaba sin ninguna gracia en una tarima baja. En realidad parecía que estuviera desfilando, meneaba la cintura dentro de un vestidito dos tallas menor del que necesitaba, con las tetas reventando dentro, los pezones apuntando afuera y la mirada perdida. Cada pocos meneos se volvía de espaldas a los hombres y se agachaba y los miraba por entre las piernas abiertas, bocabajo, con la cara enrojecida por el exceso de riego sanguíneo. En respuesta, los hombres —sólo había tres, vestidos con camisas de franela, encorvados sobre sus cervezas y en mesas separadas— gruñían o asentían con la cabeza. Un gorila enorme se estudiaba el rostro en un espejo, aburrido. Nos sentamos, los tres en fila, en la barra, yo en medio. Lyle había cruzado los brazos, las manos en los sobacos, tratando de no tocar nada, simulando que miraba a la bailarina sin mirarla realmente. Me aparté un poco de la tarima, arrugando la nariz.

—Ya lo sé —dijo Krissi—. Este sitio es un tugurio. A esta invitas tú, ¿vale? Yo no llevo suelto. —Antes de que yo asintiera, pidió un vodka con grosella, y yo pedí lo mismo. A Lyle le pidieron la documentación, y mientras le enseñaba al camarero el carnet de identidad, empezó a hacer una desagradable especie de imitación, puso aún más voz de pato y una extraña sonrisa, falsa, como pegada en la cara. Lo hizo como para sí mismo, sin mirar a nadie, y no dio ninguna pista reveladora de a quién estaba imitando. El camarero lo miró, y Lyle le dijo: «*El graduado*. ¿La ha visto?». Y el tipo se limitó a darse la vuelta.

Y también yo.

—Entonces ¿qué queréis saber? —sonrió Krissi inclinándose hacia mí. Dudé si decirle quién era yo, pero se la veía tan despreocupada que decidí ahorrarme problemas. Allí había una mujer que sólo quería compañía. Le miré los pechos, más grandes que los míos, apretados y bien sujetos pero casi afuera. Me los imagine allí debajo, lustrosos y globulares como un pollo envuelto en celofán.

—¿Te gustan? —chirrió Krissi haciéndolas botar—. Son seminuevas. Bueno, ahora ya tienen casi un año. Me gustaría hacerles una fiesta de cumpleaños. No es que me hayan ayudado mucho aquí. El puto Mike me sigue jodiendo con los turnos. Pero es igual, porque siempre quise unas tetas más grandes. Y ahora las tengo. Si pudiera deshacerme de esto... —Se agarró un michelín minúsculo, fingiendo que era mucho mayor de lo que era. Justo por debajo del michelín apareció la línea blanca de una cicatriz de cesárea—. Así que sobre Ben Day —continuó ella—. Aquel bastardo pelirrojo. Me jodió la vida de verdad.

—Entonces ¿mantienes que abusó sexualmente de ti? —le preguntó Lyle apareciendo por detrás de mí como una ardilla.

Me volví para fulminarlo con la mirada, pero a Krissi no pareció molestarle. Tenía la falta de curiosidad de los colocados. Siguió hablándome sólo a mí.

—Sí. Sí. Todo formaba parte de sus cosas satánicas. Creo que quería sacrificarme, creo que ése era el plan. Me hubiera sacrificado si no lo llegan a arrestar. Ya sabes, como hizo con su familia.

La gente siempre quiere su trozo de pastel en un asesinato. Del mismo

modo que todo el mundo en Kinnakee conocía a alguien que se había follado a mi madre, todos habían vivido alguna escena escabrosa con Ben: que los había amenazado con matarlos, que había apaleado a sus perros, que un día los había mirado mal, que sangraba cuando oía un villancico, que les había enseñado la marca de Satanás, escondida tras una oreja, y que les pedía que se unieran a su culto. Krissi tenía esa avidez, ese tragar aire antes de empezar a hablar.

—Pero ¿qué pasó exactamente? —le pregunté.

—¿Quieres la versión para mayores de dieciocho o la de menores acompañados? —Pidió otra ronda de vodka con grosella y después pidió tres chupitos de Pezones Escurridizos. El camarero los sirvió, ya mezclados, de una jarra de plástico, me miró arqueando una ceja y me preguntó si queríamos abrir una cuenta.

—Está bien, Kevin, mis amigos ya tienen una abierta —dijo Krissi, y se rio—. ¿Cómo te llamas, por cierto?

Evité responder preguntándole al camarero cuánto le debía y lo pagué con un billete de veinte que saqué de un fajo, así Krissi sabría que yo llevaba más dinero. Nada mejor que un gorrón para atrapar a otro gorrón.

—Te encantará, es como beberse una galleta —comentó ella—. ¡Salud! —Se lo bebió de un trago, haciendo uno de esos gestos de «jódete» hacia una ventana oscura que había al fondo del club, detrás de la cual, imaginé, debía de estar Mike. Bebimos, el chupito me raspó la garganta, Lyle soltó un «¡guauu!», como si aquello fuera *whisky*.

Después de unos cuantos tragos, Krissi se recolocó una teta y tragó aire de nuevo.

—Pues sí. Yo tenía once años, Ben quince. Empezó rondándome cuando salíamos de la escuela, siempre me echaba miraditas. Quiero decir, soy como soy, y siempre he sido así. Siempre he sido una niña guapa, no me estoy pavoneando, simplemente lo era. Y en mi casa teníamos mucho dinero. Mi padre —en ese momento le pillé un atisbo de dolor, un rápido temblor en el labio que dejó entrever un diente— era un hombre que se hizo a sí mismo. Se metió en la industria de las cintas de vídeo cuando empezaba, era el mayor vendedor de cintas de vídeo de todo el Medio Oeste.

—¿Vendía películas?

—No, cintas vírgenes, para que la gente grabara sus cosas en ellas.

¿Recuerdas? Probablemente eras demasiado joven.

No, no lo era.

—Bueno, yo era una niña, y supongo que era un objetivo fácil. No es que fuera una de esas niñas que vuelven de la escuela y se pasan las horas solas en casa, pero mi madre no estaba encima de mí a todas horas, supongo. —Esta vez fue una evidente mirada llena de amargura—. Un momento, dime otra vez por qué habéis venido a verme.

—Estoy investigando el caso.

Torció la boca hacia abajo.

—Oh. Por un momento he pensado que te había enviado mi madre. Ella sabe que estoy aquí.

Tamborileó con sus largas uñas postizas en la barra y yo escondí mi mano izquierda, con mi dedo medio amputado, debajo del vaso de chupito. Sabía que tenía que prestar atención a la vida familiar de Krissi, pero no lo estaba haciendo. No me importaba lo suficiente como para decirle que su madre nunca enviaría a nadie para ver cómo estaba su hija.

Uno de los clientes que estaba sentado en una de aquellas mesas de plástico nos iba lanzando miraditas por encima del hombro con ojos de borracho. Yo quería salir de allí, dejar atrás a Krissi y sus problemas.

—Bueno —Krissi empezó de nuevo—, pues Ben era muy marrullero conmigo. Era como... ¿Quieres unas patatas fritas? Las de aquí son realmente buenas.

Las bolsas de patatas colgaban detrás de la barra. «Las de aquí son realmente buenas». Pensé que yo debía de caerle bien a aquella mujer, a juzgar por la cuerda que me estaba dando. Asentí y al momento Krissi estaba hurgando dentro de una bolsa. A pesar de mi prejuicio inicial sobre aquellas patatas, al captar el olor agrio de la salsa de cebolleta se me hizo la boca agua. La salsa amarilla se pegó al pintalabios rosa chicle de Krissi.

—Así que Ben se ganó mi confianza y empezó a abusar de mí.

—¿Cómo se ganó tu confianza?

—Ya sabes: chicles, caramelos, diciéndome cosas bonitas.

—¿Y cómo abusó de ti?

—Me metió en el cuartucho donde guardaba las cosas de la limpieza, él era el chico que limpiaba la escuela, recuerdo que siempre olía horrible, como

a lejía sucia. Me metió allí a la salida de la escuela y me obligó a practicarle sexo oral, y luego él me practicó sexo oral a mí y me hizo jurarle lealtad a Satanás. Yo estaba muy muy asustada. Me había dicho, ya sabes, que les haría daño a mis padres si se lo decía.

—¿Cómo consiguió llevarte hasta el cuarto de la limpieza? —preguntó Lyle.

Krissi torció el cuello ante la pregunta, el mismo gesto de irritación que yo hacía siempre cuando alguien cuestionaba mi declaración sobre Ben.

—Pues, ya sabes, amenazándome. Él tenía un altar allí dentro, lo había montado allí, con una cruz al revés. Y creo que también había algunos animales muertos que él mismo había matado. Sacrificios. Por eso es por lo que creo que estaba tramando matarme. Pero en cambio acabó matando a su familia. La familia entera estaba metida en ese rollo, eso es lo que oí. Que toda la familia eran adoradores del diablo y mierdas de ésas. —Se chupó una astilla de una de sus gruesas uñas de plástico.

—Lo dudo —murmuré.

—¿Y cómo lo sabes tú? —espetó Krissi—. Yo viví todo aquello, ¿de acuerdo?

Esperé un poco, para darle tiempo a que se imaginara quién era yo, para que mi cara —no tan diferente de la de Ben— flotara en sus recuerdos, para que se fijara en las raíces rojas de mi pelo surgiendo de mi cabeza.

—Entonces ¿cuántas veces abusó Ben de ti?

—Incontables. Incontables —cabeceó ella sombría.

—¿Cómo reaccionó tu padre cuando le contaste lo que te había hecho Ben? —le preguntó Lyle.

—Oh, Dios mío, él era muy protector conmigo, le dio un ataque, se puso hecho una furia. Se pasó el día dando vueltas con el coche por el pueblo, el día de los asesinatos, buscando a Ben. Siempre he pensado que si lo hubiera encontrado lo habría matado, y ahora la familia de Ben estaría viva. ¿No es triste?

Al oír eso se me hizo un nudo en el estómago, después creció mi ira de nuevo.

—La familia de Ben, ¿adoradores del diablo?

—Bueno, quizá he exagerado un poco en eso. —Krissi inclinó la cabeza

de esa manera con que los adultos intentan aplacar a un niño—. Estoy segura de que eran buenos cristianos. Sólo pensaba..., si mi padre hubiera encontrado a Ben...

Piensa también que puede que tu padre no encontrara a Ben y sí en cambio a mi familia. Y que encontró una escopeta, un hacha, y nos exterminó. O casi nos exterminó.

—¿Volvió tu padre a casa aquella noche? —preguntó Lyle—. ¿Lo viste después de medianoche?

Krissi inclinó la barbilla de nuevo, levantando las cejas hacia mí, y yo añadí, menos agresiva: «¿Cómo sabes que él nunca mantuvo contacto con ninguno de los Day?».

—Les habría hecho algo muy grave. Yo era la niña de sus ojos. Lo que me había pasado lo había dejado hecho polvo. Hecho polvo.

—¿Él sigue viniendo por aquí? —Lyle la estaba cabreando, su insistencia era como un láser.

—Oh, perdimos el contacto —dijo ella, ya mirando por todo el bar en busca de su próximo objetivo—. Creo que aquello fue demasiado para él.

—Tu familia demandó a la escuela, ¿verdad? —dijo Lyle presionándola, ansioso. Moví mi taburete para interponerme un poco, esperando que él captara la idea.

—Joder, sí. Había que demandarlos por dejar que alguien así trabajara allí, por dejar que abusaran de una niñita en sus propias narices. Yo vengo de una buena familia.

Lyle la cortó.

—Permíteme la pregunta. Con la indemnización que recibisteis..., ¿cómo es que acabaste aquí? —Ahora el cliente de la mesa se había vuelto completamente en su silla, nos miraba, beligerante.

—Mi familia sufrió algunos reveses económicos. El dinero se acabó hace mucho tiempo. No es que sea nada malo trabajar aquí. La gente siempre piensa eso. Pero no es así, es energético, es divertido, hace feliz a la gente. ¿Cuánta gente puede decir eso de sus trabajos? No soy una puta.

Fruncí el ceño, dijera lo que dijera no podía cambiar las cosas. Miré en dirección al aparcamiento de camiones.

—No, no es lo que piensas —dijo Krissi—. Estaba comprando un poquito

de eso para esta noche. No estaba... Oh, Dios, no. Algunas chicas lo hacen, pero yo no. Hay una pobre niña, de dieciséis años, que trabaja con su madre. Trato de cuidar de ella. Colleen. A veces pienso que debería llamar a los servicios sociales. ¿A quién hay que llamar para algo así? —Krissi lo preguntó con toda la preocupación de quien tiene que encontrar un nuevo ginecólogo.

—¿Puedes darnos la dirección de tu padre? —preguntó Lyle.

Krissi se puso de pie, algo que quería hacer yo desde hacía veinte minutos.

—Ya os lo he dicho, no mantengo contacto con él.

Lyle iba a decir algo cuando yo me volví hacia él, le puse un dedo en el pecho y articulé con los labios: «¡Cállate!». Él abrió la boca, la cerró, miró a la chica del escenario, que ahora hacía como si se follara el suelo, y se dirigió a la puerta. A pesar de que ya era muy tarde, Krissi dijo que tenía que ir a ver a alguien. Mientras yo pagaba otra vez al camarero, ella me preguntó si podía prestarle veinte dólares.

—Quiero comprarle a Colleen algo de comer —mintió. Entonces cambió rápidamente a cincuenta—. Es que aún no he cobrado mi cheque. Te lo devolveré todo. —Hizo una elaborada pantomima para conseguir bolígrafo y papel, me pidió que le escribiera mi dirección y me dijo que me enviaría todo, todo el dinero.

Mentalmente puse en la cuenta de Lyle aquel dinero, desviado hacia Krissi, quien ahora lo contaba delante de mí por si le había escatimado algún billete. Abrió las grandes fauces de su bolso y una taza infantil, de ésas con tapa y un agujero para sorber, rodó por el suelo.

—Déjala —me dijo cuando hice ademán de recogerla, así que la dejé.

Cogí el trozo de papel grasiento y escribí mi dirección y mi nombre. «Libby Day. Mi nombre es Libby Day, puta mentirosa».

PATTY DAY

2 de enero de 1985

13.50

Patty se preguntó cuántas horas habrían pasado ella y Diane dando vueltas con el coche juntas: ¿mil?, ¿dos mil? Puede que sí, si las sumabas todas, la suma total de dos años, como hacían los fabricantes de colchones: pasamos un tercio de nuestra vida durmiendo, entonces ¿por qué no hacerlo en un modelo Comfort Cush? Ocho años haciendo colas, dicen. Seis años meando. Vista así, la vida era penosa. Dos años en la sala de espera del médico, pero sólo un total de tres horas viendo a Debby reírse en el desayuno hasta que la leche le empezaba a gotear por la barbilla. Dos semanas comiendo las tortitas que sus hijas hacían para ella, poco hechas por dentro. Sólo una hora mirando con asombro cómo Ben, inconscientemente, se echaba la gorra de béisbol hacia atrás, con un gesto calcado de su abuelo, y su abuelo había muerto cuando Ben sólo era un bebé. Seis años transportando estiércol, y tres eludiendo las llamadas de los acreedores. Puede que un mes teniendo sexo, quizá un día teniendo buen sexo. Se había acostado con tres hombres en toda su vida. Su dulce novio del instituto; Runner, el personaje que la arrebató de los brazos de su dulce novio del instituto y la abandonó con cuatro (maravillosos) hijos; y un tipo con el que salió unos meses en algún momento después de que Runner se fuera. Se habían acostado tres veces, con los niños en la casa. Siempre acababan torpemente. Ben, malhumorado y posesivo a la edad de once años, se quedaba en la cocina para poder verlos cuando salían del dormitorio de ella por la mañana, Patty preocupada porque llevaba semen

de él en la piel, ese olor tan específico y embarazoso cuando tus hijos aún llevan puestos los pijamas. Era obvio que aquello no podía funcionar, y ella nunca había tenido el coraje de darse otra oportunidad. Libby se graduaría en el instituto dentro de once años; quizá entonces podría probar de nuevo. Ella tendría cuarenta y tres, justo cuando las mujeres estaban en su apogeo sexual. O algo así. ¿O quizá eso sucedía cuando te venía la menopausia?

—¿Nos acercamos a la escuela? —preguntó Diane, y Patty emergió de sus tres segundos de trance para recordar su horrible cometido, su misión: encontrar a su hijo, y entonces ¿qué? ¿Ocultarlo hasta que se aclarara todo el embrollo? ¿Llevarlo a casa de la niña y arreglarlo todo? En las películas de tema familiar, la madre siempre pillaba al hijo robando, y vuelven a la tienda y hace que abra la mano temblorosa que contiene el caramelo, y le obliga a pedir perdón. Sabía que Ben había robado algunas veces en tiendas. Antes de que él cerrara con candado su puerta, ella había encontrado extraños artículos de tamaño bolsillo en su habitación. Una vela, pilas, un paquete de soldaditos de juguete. Ella nunca le había dicho nada, cosa que era horrible. Una parte de ella se resistía a afrontar aquello: ir hasta el pueblo, entrar en la tienda y hablar con algún empleado que cobraría el salario mínimo y al que además le importaría un bledo. Y la otra parte (aún peor) pensaba: «¿Y por qué diablos no debe hacerlo?». El pobrecito tenía tan pocas cosas... ¿Por qué no seguir fingiendo que aquellas cosas se las había dado un amigo? «Deja que se quede sus chucherías robadas», una mota de polvo en el gran esquema de las cosas.

—No, no creo que haya ido a la escuela. Sólo va a trabajar allí los domingos.

—Entonces ¿dónde lo buscamos?

Llegaron a un semáforo, que se balanceaba de un cable como si fuera ropa tendida. La carretera acababa en los terrenos de una familia rica que vivía en Colorado. Si giraban a la derecha volvían a Kinnakee: el pueblo, la escuela. Si giraban a la izquierda se adentrarían en Kansas, donde todo eran granjas, donde vivían dos amigos de Ben, esos tímidos futuros granjeros de América incapaces de preguntar por Ben cuando contestaba ella al teléfono.

—Gira a la izquierda, vamos a ver a los Muehler.

—¿Todavía va con ellos? Eso está bien. Esos chicos son incapaces de hacer nada... extraño.

—Oh, ¿es que Ben sí es capaz?

Diane suspiró y giró a la izquierda.

—Yo estoy de tu lado, Patty.

En Halloween, los hermanos Muehler siempre se disfrazaban de granjeros, sus padres los traían a Kinnakee en la parte de atrás de la camioneta y los dejaban en la avenida Bulhardt para que hicieran el tradicional «truco o trato», con sus pequeñas gorras de béisbol con publicidad de John Deere y vestidos con un mono, mientras sus padres tomaban café en el bar. Los hermanos Muehler, como sus padres, hablaban sólo de alfalfa, de trigo y del clima, e iban a la iglesia los domingos, donde rezaban por cosas probablemente relacionadas con las cosechas. Los Muehler eran buenas personas sin imaginación, demasiado arraigadas a la tierra, hasta el punto de que su piel parecía reproducir las crestas y los surcos de Kansas.

—Lo sé. —Patty puso la mano encima de la de Diane justo cuando ésta estaba cambiando de marcha, así que su mano hizo los mismos movimientos que la de su hermana.

—¡Maldito capullo! —le soltó Diane al conductor del coche que iba delante de ella a treinta kilómetros por hora, y que ralentizó la marcha deliberadamente, hasta que casi le tocó el parachoques. Lo adelantó, Patty miraba rígida hacia delante, pero sintió la mirada del conductor clavada en ella, una luna turbia en su periferia. ¿Quién era aquel hombre? ¿Habría oído las noticias? ¿Por eso la miraba? ¿No la estaba incluso señalando? «Ésa es la mujer que ha criado a ese chico». Ben Day. Si Diane había oído lo de Ben la tarde anterior, a estas horas estarían sonando un centenar de teléfonos. En casa, las tres niñas probablemente estarían sentadas frente al televisor, viendo dibujos animados y pendientes del estridente teléfono, que tenían que coger en caso de que llamara Ben. No estaba segura de que siguieran sus instrucciones: imaginaba lo que podría ocurrir. Si alguien pasaba por la casa, encontraría a tres niñas llorosas y desatendidas, acurrucadas en el suelo del salón, sollozando en medio del ruido.

—Quizá una de nosotras debería haberse quedado en casa... por si acaso —dijo Patty.

—Tú no irás a ninguna parte sola, y yo no sé adónde ir. Esto es lo correcto. Michelle ya es mayorcita. Yo ya te hacía caso cuando aún no tenías

su edad.

«Pero aquéllos eran otros tiempos», pensó Patty. Cuando la gente salía por la noche dejando a los niños solos en casa y a nadie le parecía mal. En los años cincuenta y sesenta, en estas tranquilas praderas, cuando no pasaba nada. Ahora se suponía que las niñas no debían ir solas en bicicleta, ni en grupos de menos de tres. Patty había asistido a una fiesta organizada por un compañero de trabajo de Diane, como una fiesta de Tupperware pero con silbatos antivioladores y aerosoles de defensa personal, en lugar de saludables envases de plástico. Ella había comentado en broma que qué clase de lunático iba a ir hasta Kinnakee para atacar a nadie. Una mujer rubia a la que acababa de conocer la miró mientras aferraba su aerosol de pimienta y dijo: «Una amiga mía fue violada una vez». Sintióse culpable, Patty había comprado unos cuantos aerosoles de gas.

—La gente cree que soy una mala madre, por eso está pasando esto.

—Nadie piensa que seas una mala madre. Por lo que a mí respecta, eres una *superwoman*: mantienes la granja, llevas a tus cuatro hijos a la escuela cada día, y no te bebes cuatro litros de *bourbon* para poder hacerlo.

Patty recordó la fría mañana de hacía dos semanas, cuando estuvo a punto de echarse a llorar de puro agotamiento. Vestirse y llevar a las niñas a la escuela se le hizo un mundo, y dejó que se quedaran en casa y vieran con ella diez horas de culebrones y concursos en la tele. A Ben lo había obligado a ir en la bicicleta, con la promesa de que pediría que, a partir del próximo año, el autobús escolar pasara a buscarlos.

—No soy una buena madre.

—¡Chsss!

LOS MUEHLER VIVÍAN en una hacienda bastante decente, de al menos ciento sesenta hectáreas de tierra. La casa era pequeña y parecía un ranúnculo, una mancha amarilla en la verde extensión de trigo invernal y nieve. El viento soplaba aún con más fuerza que antes; en los partes meteorológicos habían anunciado que nevaría por la noche y que a la mañana siguiente tendrían temperaturas primaverales. Había grabado esa predicción en su cerebro: temperaturas primaverales.

Subieron por el estrecho e inhóspito camino que llevaba a la casa, pasando

junto a una cosechadora colocada frente al granero como si fuera un animal. Sus dientes curvados emergiendo de la tierra como garras sombrías. Diane carraspeó; como siempre que se sentía incómoda por algo, se aclaraba la garganta intentando llenar el silencio. Ninguna de ellas miró a la otra mientras salían del coche. Negros cuervos posados en las copas de los árboles graznaban ruidosamente. Uno de ellos pasó volando; un trozo de guirnalda de Navidad ondeaba en su pico. Aparte de eso, todo era quietud y silencio, no se oían motores ni críos, ni puertas movidas por el viento, ni el sonido del televisor dentro de la casa, sólo el silencio de la tierra bajo la nieve.

—No veo la bicicleta de Ben —dijo Diane mientras levantaba la aldaba de la puerta.

—Puede que esté en la parte de atrás.

Ed salió a abrir. Jim y Ed iban al mismo curso que Ben, pero no eran gemelos, uno de ellos había repetido curso al menos una vez, puede que dos. Ella creía que era Ed. El niño la miró con los ojos desorbitados durante un segundo. Era un chico bajito, de un metro cuarenta o así, pero con la complexión de un hombre. Se metió las manos en los bolsillos y miró hacia atrás.

—Hola, señora Day.

—Hola, Ed. Siento molestaros.

—No, ningún problema.

—Estoy buscando a Ben. ¿Está aquí? ¿Lo has visto?

—¿A Be-en? —dijo él en dos sílabas, como si el nombre le picara en la garganta—. No, no lo hemos visto desde..., bueno, creo que no lo hemos visto desde que empezó el curso. Fuera de la escuela, quiero decir. Ahora va con otra gente.

—¿Con qué gente? —preguntó Diane, y Ed la miró por primera vez.

—Bueno...

Vio la silueta de Jim aproximándose a la puerta, iluminada por el ventanal de la cocina. Se acercaba a paso lento, era un poco más alto que su hermano y aún más robusto.

—¿En qué podemos ayudarla, señora Day? —dijo, asomando la cara, luego el torso, y desplazando lentamente a su hermano a un lado. Entre los dos bloqueaban la puerta. Eso hizo que Patty deseara estirar el cuello para mirar

dentro.

—Sólo quería saber si habíais visto a Ben, y Ed me ha dicho que no lo habéis visto en todo el curso.

—Mmm, no. Podría haber llamado por teléfono, señora Day, se habría ahorrado tiempo.

—Necesitamos encontrarlo. ¿Tienes idea de dónde podemos buscarlo? Es una especie de emergencia familiar —interrumpió Diane.

—Mmm, no —dijo Jim de nuevo—. Ojalá pudiéramos ayudarles.

—¿No puedes decirnos con quién suele estar? Seguro que lo sabes.

Ed se había metido dentro de la casa, así que habló desde las sombras de la sala de estar.

—¡Dile que llame al teléfono 1-800-Somos-el-Diablo! —Se rio.

—¿Qué?

—No, nada. —Jim miró el pomo que agarraba con la mano, dudando si cerrar la puerta.

—Jim, ¿puedes ayudarnos, por favor? —dijo Patty—. Por favor.

El chico frunció el ceño y dio unos golpecitos en el suelo con la punta de su bota vaquera, como una bailarina.

—Ahora se junta con los del grupito del diablo —dijo, sin levantar la mirada.

—¿Qué significa eso?

—Son unos chicos mayores, no sé cómo se llaman. Toman drogas, peyote o algo así, y matan vacas y mierd... cosas de ésas. Eso es lo que he oído. Ninguno de ellos viene a nuestra escuela. Excepto Ben, creo.

—Pero sabrás el nombre de alguno... —insistió Patty.

—No, señora Day. Nosotros nos mantenemos alejados de eso. Lo siento, hemos intentado seguir siendo amigos de Ben, pero... nosotros vamos a la iglesia, mis padres son muy estrictos. Lo siento de veras.

Bajó la cabeza. Patty no sabía qué más preguntarle.

—Está bien, Jim, gracias.

El chico cerró la puerta y, cuando ellas se daban la vuelta para irse, desde dentro de la casa oyeron la voz de Ed: «Capullo, ¡por qué le has contado eso!», seguido de un fuerte golpe contra la pared.

LIBBY DAY

Ahora

De vuelta en el coche, Lyle sólo dijo dos palabras: «Qué pesadilla». Y yo dije: «Mmmm», por toda respuesta. Krissi me recordaba a mí. Avariciosa y ansiosa, siempre manipulando para sacar tajada. La bolsa de patatas. A los gorriones nos gustan los paquetes de comida pequeños, porque la gente nos los da sin muchas complicaciones.

Lyle y yo estuvimos veinte minutos sin decir gran cosa, hasta que por fin él dijo, impostando con su voz de locutor:

—Está claro que miente acerca de que Ben abusara de ella. Y creo que también le mintió a su padre. Creo que Lou Cates se volvió loco, mató a tu familia y después descubrió que su hija le había mentado. Mató a una familia inocente por nada. A consecuencia de ello, su propia familia se desintegra. Lou Cates desaparece y empieza a beber.

—Interesante deducción —corté.

—Es una teoría sólida. ¿No crees?

—Lo único que creo es que no deberías acompañarme a ninguna entrevista más. Es bastante embarazoso.

—Libby, yo financio todo esto.

—Sí, pero no eres de gran ayuda.

—Lo siento —se disculpó, y dejamos de hablar. Cuando las luces de Kansas City tiñeron el horizonte de un naranja enfermizo, Lyle dijo, sin mirarme—: Creo que es una teoría sólida.

—Todo son teorías. Lo que quiere decir que ¡estamos ante un *misterio!* —

lo imité—. Un gran misterio. ¿Quién mató a los Day? —proclamé alegremente. Un rato después, admití a regañadientes—: Creo que es una buena teoría, y creo también que tendríamos que ir a ver a Runner.

—Por mí, vale. Aunque sigo queriendo localizar a Lou Cates.

—Por supuesto.

De vuelta, lo dejé en el Sarah's, no le ofrecí llevarlo a casa. Lyle se quedó en la acera como un niño confundido cuyos padres lo hubieran olvidado en el campamento de verano. Llegué a casa tarde y de mal humor, y ansiosa por contar mi dinero. Hasta ahora había recibido del Kill Club mil dólares, más otros quinientos que Lyle me debía por haber conseguido hablar con Krissi, a pesar de que no le había sonsacado gran cosa. Pero no, no era cierto. Ninguno de esos inadaptados del Kill Club podría haber hecho lo que yo. Krissi había hablado conmigo porque las dos tenemos la misma química en la sangre: vergüenza, ira, codicia. Nostalgia injustificada.

Me había ganado aquel dinero, pensé, resentida sin razón alguna. Lyle parecía dispuesto a pagarme. Repasé mentalmente la situación: estaba irritada, a la defensiva, imaginando cosas que todavía no habían pasado. Todavía.

Me había ganado aquel dinero (ahora ya estaba más calmada), y si encontraba a Runner, si hablaba con Runner, ganaría mucho más, y eso me serviría para tirar unos meses. Apretándome el cinturón.

Cuando llegué a casa, Lyle ya me había dejado un mensaje diciéndome que algunos tarados del club querían reunirse conmigo, comprar recuerdos de mi familia. Magda haría de anfitriona, si me parecía bien. Magda, aquel trol de caverna que había pintado cuernos de demonio en mi foto. «Sí, Magda, me encantaría que me invitaras a tu casa, ¿dónde guardas la cubertería de plata?».

Desconecté el contestador automático, que le había robado a una compañera de piso hacía dos traslados. Pensé en Krissi e imaginé que en su casa probablemente también habría cosas de otra gente. Yo tenía un contestador automático robado, un vajilla barata de restaurante casi completa y media docena de saleros y pimenteros, incluido el par nuevo del Tim-Clark's, que aún no había podido llevar de la mesa de la sala a la cocina. En un rincón de la sala de estar, en el viejo mueble del televisor, hay una caja con más de cien botellitas de loción birladas. Las tengo ahí porque me gusta verlas todas juntas, rosas y púrpuras y verdes. Sé que le parecería una locura a

cualquiera que viniera a mi casa, pero nunca viene nadie, y me gustan demasiado como para deshacerme de ellas. Las manos de mi madre siempre estaban ásperas y secas. Se las hidrataba constantemente, sin ningún resultado. Una de nuestras maneras favoritas de tomarle el pelo era: «¡Oh, mamá, no me toques, pareces un caimán!». En la iglesia, a la que apenas íbamos, había una loción en la zona de las mujeres que ella decía que olía a rosas: todas nosotras salíamos de allí frotándonos y oliéndonos las manos, congratulándonos por nuestro olor a dama.

No había llamadas telefónicas de Diane. Ya habría oído mi mensaje, pero no me había llamado. Eso parecía extraño. Disculpar a Diane siempre era algo fácil. Incluso después del último período de silencio, seis años. Supongo que debe de tener mi libro autografiado.

Me dirigí al otro montón de cajas, las de debajo de la escalera, que ahora, cuanto más pensaba en los asesinatos, más ominosas me parecían. «Sólo son cosas —me dije—. No pueden hacerte daño».

Cuando tenía catorce años pensaba a menudo en suicidarme: aún ahora es un *hobby*, pero a los catorce era una vocación. Una mañana de septiembre, justo antes de empezar la escuela, cogí el revólver Magnum 44 de Diane y lo sostuve en mi regazo como si fuera un bebé, durante horas. Qué alivio sería volarme los sesos, todos mis mezquinos fantasmas desaparecerían con la explosión de un tiro, sería como soplar un diente de león. Pero pensé en Diane, entrando en casa y encontrándose mi pequeño cadáver y la pared manchada de rojo, y no pude hacerlo. Probablemente por eso me comportaba de una manera tan odiosa con ella, ella me mantenía alejada de lo que yo más deseaba. Simplemente no podía hacerle eso, así que hice un pacto conmigo misma: si seguía sintiéndome tan mal el 1 de febrero, me suicidaría. Y me sentí igual de mal el 1 de febrero, pero volví a hacer un pacto: si seguía así el 1 de mayo, lo haría. Y así seguí. Y aún estoy aquí.

Miré las cajas y establecí una especie de pacto silencioso: si no aguantaba haciendo aquello durante veinte minutos, las quemaría todas.

La primera caja se abrió con gran facilidad, uno de los lados se rompió tan pronto como le quité la tapa. Dentro, encima del montón, había una camiseta de un concierto de The Police que era de mi madre, con manchas de comida y muy sobada.

Dieciocho minutos.

Debajo encontré un montón de cuadernos de Debby. Hojeé unas pocas páginas al azar:

Harry S. Truman fue el presidente norteamericano número 33 y era de Missouri.

El corazón es el motor del cuerpo y hace que la sangre circule por todo el organismo.

Debajo, había una pila de notas, de Michelle para mí, mías para Debby, de Debby para Michelle. Hurgando entre ellas encontré una tarjeta de cumpleaños con la imagen de un helado de crema en la parte frontal; la guinda estaba hecha de lentejuelas. En ella, mi madre había escrito con su letra apretada:

Querida Debby:

Tenemos mucha suerte de tener una niña tan dulce, buena y educada en nuestra familia.

¡Eres mi guinda!

MAMÁ

Ella nunca escribía «Mami», creo, y nosotros nunca la llamábamos así. Nunca decíamos: «Quiero a mi mami», creo. Decíamos: «Quiero a mi mamá». Sentí que algo se deshacía en mí, algo que no debería. Como si se me hubiera soltado un punto de sutura. Catorce minutos.

Seguí revolviendo notas, separando las aburridas y las tontas para el Kill Club. Eché de menos a mis hermanas, me reí con lo que habíamos escrito, las extrañas preocupaciones que teníamos, los mensajes codificados, los dibujos primitivos, las listas de personas que nos gustaban y que no. Había olvidado lo unidas que estábamos las Day. Quizá entonces no hubiera podido expresarlo, pero ahora, estudiando nuestros mensajes como una antropóloga solterona, me di cuenta de que era verdad.

Once minutos. Ahí estaban los diarios de Michelle, envueltos en un trozo

de cuero de imitación y sujetos con una goma elástica. Cada año por Navidad recibía dos: necesitaba el doble que una niña normal. Siempre empezaba el nuevo cuando aún estábamos junto al árbol de Navidad, anotaba todos los regalos que recibía cada uno de nosotros, como si fuera una competición.

Hojeé uno de 1983 y recordé lo muy entrometida que ya era Michelle con nueve años de edad. La anotación del día explicaba cómo había espiado a su profesora favorita, la señorita Berdall, mientras ésta le decía marranadas a un hombre por el teléfono de la sala de profesores: y la señorita Berdall no estaba casada. Michelle pensaba que, si le decía que la había oído decir aquello, quizá la señorita Berdall le traería algo bueno para el almuerzo. (Al parecer, le había dado una vez a Michelle medio donut, cosa que había hecho que Michelle estuviera permanentemente obsesionada con la señorita Berdall y sus bolsas de papel marrón. Los profesores, generalmente, te daban medio bocadillo o una pieza de fruta si te estabas suficiente rato mirándolos. No podías hacerlo muchas veces o mandaban una nota a tu casa y tu madre acababa llorando). Los diarios de Michelle estaban llenos de dramas e insinuaciones de un nivel más alto que el propio de su curso: «En el recreo, el señor McNany estaba fumando en la puerta del vestidor de los chicos, y luego usó un aerosol bucal (“aerosol bucal” subrayado muchas veces) para que nadie se diera cuenta». «La señora Joekep, la de la iglesia, estaba bebiendo en su coche... y, cuando le pregunté si tenía la gripe o algo así, la señora Joekep se rio y me dio veinte dólares para galletas Girl Scouts, aunque yo no era una *girl scout*».

Diablos, hasta escribía cosas sobre mí: ella sabía, por ejemplo, que yo le había mentado a mamá sobre mi pelea con Jessica O'Donnell. Era verdad, le puse un ojo morado a la pobre chica, pero le juré a mi madre que se había caído de un columpio. «Libby me dijo que el diablo la obligó a hacerlo — había escrito Michelle—. ¿Debería decírselo a mamá?».

Cerré el libro de 1983, y hojeé el de 1982 y el de 1984. Leí con atención el diario de la segunda mitad de 1984, por si Michelle había apuntado algo sobre Ben. No había demasiado, excepto acusaciones repetidas de que era un perfecto capullo que no le caía bien a nadie. Me pregunté si los polis pensaron lo mismo de él. Me imaginé a un pobre novato comiendo un plato de comida china a medianoche mientras leía cómo le había llegado el período a la mejor

amiga de Michelle.

Nueve minutos. Más postales de Navidad y cartas, y entonces desenterré una nota que estaba doblada con mucho más cuidado que el resto, una suerte de ejercicio de papiroflexia casi fálico, que supuse, era la intención, porque llevaba escrita la palabra «semental». La abrí y leí el texto, escrito con una letra redonda e infantil:

11 de mayo de 1984

Querido Semental:

Estoy en biología y me estoy tocando con el dedo por debajo del pupitre, me he puesto muy caliente pensando en ti. ¿Puedes imaginarte mi coño? Está caliente y rojo para ti. Ven a mi casa hoy después de la escuela, ¿vale? ¡¡¡Quiero darte un buen revolcón!!! Estoy muy caliente, incluso ahora. Desearía que vinieras a vivir conmigo cada vez que mis padres estén fuera. ¡Tu madre ni se enterará, siempre está en Babia! ¿¡Por qué te quedas en tu casa pudiendo estar conmigo!? Échale pelotas y dile a tu madre que se vaya al infierno. Me supo muy mal que vinieras a visitarme y yo no estuviera. ¡Joder! Oh, quiero correrme muchas veces. Ven a mi coche después de la escuela, aparcaré en la calle Passel.

Hasta pronto,

DIONDRA

Ben nunca había tenido una novia, no. Nadie, incluido Ben, había hablado de ello nunca. El nombre no me sonaba familiar. En el fondo de la caja había un montón de anuarios escolares nuestros, desde 1975, cuando Ben empezó la escuela, hasta 1990, cuando Diane se hizo cargo de mí por primera vez.

Abrí el anuario de 1984-1985 y busqué la clase de Ben. No había ninguna Diondra, pero sí una foto de Ben, dolorosa de ver: hombros caídos, el pelo largo por detrás y corto por delante, y una camisa Oxford que sólo se ponía para las ocasiones especiales. Me lo imaginé, en casa, poniéndosela para el día de la foto, practicando delante del espejo cómo tenía que sonreír. En

septiembre de 1984 aún llevaba las camisas que le compraba mi madre, y en enero ya era un chico resentido, con el pelo negro, acusado de asesinato. Miré la lista de los alumnos de la clase de Ben, sobresaltándome ocasionalmente cuando encontraba Dianas y Dinas, pero no había ninguna Diondra. Luego las de la clase anterior. Estaba a punto de renunciar cuando de repente apareció: Diondra Wertzner. Qué nombre tan feo. Busqué su foto, esperando encontrar a una tía gorda y con bigote, como las que reparten el rancho en el comedor, pero no; era una chica guapa, de mejillas regordetas y melena morena y rizada. Tenía pequeños defectos, que disimulaba con abundante maquillaje, pero, incluso así, su foto sobresalía de entre todas las demás. Aquellos ojos un poco hundidos tenían algo, atrevimiento, y los labios entreabiertos mostraban unos dientes afilados de cachorro.

Abrí el anuario del año anterior, y ella no estaba. Abrí el del año siguiente, y tampoco estaba.

BEN DAY

2 de enero de 1985

15.10

La camioneta de Trey olía a hierba, a calcetines deportivos y al dulce tinto espumoso que habría derramado Diondra. Ella tenía la costumbre de desmayarse con la botella en la mano, su manera favorita de beber, hacerlo hasta perder el sentido, con el último trago a su alcance, por si las moscas. La camioneta estaba llena de viejos envases de comida rápida, anzuelos, un *Penthouse* y, sobre la sucia alfombra a los pies de Ben, una caja de paquetes con una etiqueta que decía «Frijoles saltarines mexicanos». Todos ellos mostraban el dibujo de un pequeño frijol tocado con sombrero y unas líneas onduladas en los pies para crear el efecto de que estaba saltando.

—Prueba uno —dijo Trey señalando la caja.

—Ni loco, ¿no se supone que son una especie de bichos?

—Sí, son como larvas de escarabajo —respondió Trey, soltando una de sus carcajadas entrecortadas.

—Genial, gracias, qué guay.

—Joder, tío, que es broma, relájate.

Pararon en un 7-Eleven, Trey saludó al chico mexicano que estaba en el mostrador —«Ahí tienes a un verdadero frijol»—, cargó a Ben con una caja de Beast, unos nachos de microondas que a Diondra la volvían loca y un puñado de tiras de cecina que Trey llevaba en la mano como si se tratara de un ramo de flores.

El muchacho sonrió a Trey y emitió un grito de guerra indio. Trey cruzó los

brazos delante del pecho e hizo como si bailara la danza del sombrero.

—Llámame José. —El chico no dijo nada más y Trey le dejó el cambio, ni más ni menos que tres dólares.

Ben seguía pensando en eso camino de casa de Diondra. En que la mayor parte de su mundo lo componían personas como Trey, gente que dejaba tres dólares de propina como si tal cosa. Como Diondra. Pocos meses atrás, cuando un septiembre especialmente caluroso llegaba a su fin, Diondra tuvo que cuidar a dos de sus primos o medio primos o algo por el estilo, por lo que Ben y ella los llevaron en coche a un parque acuático cercano a la frontera de Nebraska. Hacía un mes que conducía el Mustang de su madre (su propio coche le aburría) y el asiento de atrás estaba lleno de las cosas que habían llevado, cosas que a Ben ni se le había pasado por la cabeza tener alguna vez: tres tipos de protectores solares, toallas de playa, botellas de plástico, colchonetas hinchables, flotadores, balones de playa y cubos. Los críos eran pequeños, de unos seis o siete años, e iban apretujados entre toda aquella mierda, las colchonetas hinchables hacían un ruido que sonaba algo así como ris-ris cada vez que se movían, y en algún momento, cerca de Lebanon, los niños bajaron la ventanilla entre risitas, las colchonetas hacían cada vez más ruido, como si estuviesen alcanzando el orgasmo mediante una especie de ritual de colchones de aire, y Ben se percató de qué era lo que hacía reír a los niños. Aquellos mocosos estaban recogiendo monedas del suelo, de los huecos de los asientos —Diondra solía arrojar allí la calderilla de los cambios—, y las tiraban a puñados por la ventanilla para verlas dispersarse como si fuesen chispas. No lo hacían sólo con monedas de un centavo, también las había de veinticinco. Ben pensó que ése era el modo en que uno podía diferenciar a la mayoría de las personas. No se trataba de «prefiero los perros o prefiero los gatos, o soy fan de los Chiefs o soy más de los Broncos». Tenía que ver con si dabas importancia a las monedas de veinticinco centavos. Para él, cuatro de ellas componían un dólar. Y con unas cuantas podías comprar el almuerzo. Con la cantidad de monedas de veinticinco centavos que esas pequeñas mierdecillas arrojaron por la ventana se podía haber comprado unos vaqueros. Pidió una y otra vez a los niños que pararan, que era peligroso, ilegal, que les podían poner una multa, que debían sentarse bien y mirar hacia delante. Los críos se partían de risa y Diondra gritó: «Ben se va a quedar sin su paga esta

semana si seguís quitándole las monedas», por lo que Ben comprendió que le había descubierto. Su mano no era tan rápida como pensaba: ella sabía que iba por detrás recogiendo las monedas que le sobraban. Ben se sintió como una niña cuya falda ha levantado el viento. Y se preguntó cómo interpretar el hecho de que ella no hubiera dicho nada al respecto. ¿Era un gesto amable, o mezquino?

Trey no tardó en llegar a casa de Diondra, una caja gigante de color *beige* rodeada por una cerca de alambre que evitaba que sus pit bull mataran al cartero. Tenía tres perros, uno de ellos un saco blanco de músculos con unas pelotas gigantes y una mirada loca que Ben odiaba. Ella los dejaba entrar en la casa cuando sus padres no estaban. Entonces se ponían a saltar sobre las mesas y a cagarse por todas partes. Diondra no lo limpiaba, simplemente pulverizaba con ambientador todas las enredadas y sucias hebras de las alfombras. Aquella bonita alfombrilla azul del estudio —Diondra describía su color como violeta grisáceo— estaba ahora llena de porquería. Ben intentaba que no le afectara. No era asunto suyo, tal y como Diondra se encargaba de recordarle.

La puerta trasera estaba abierta, aunque hacía un frío que pelaba, y los pit bull entraban y salían al galope, como si se tratara de un truco de magia: no hay ningún pit bull, un pit bull, ¡dos pit bull en el patio! ¡Tres! Tres pit bull en el patio, trotando en círculos irregulares y volviendo a entrar a toda mecha. Parecían pájaros en pleno vuelo, jugueteando y mordisqueándose los unos a los otros en formación.

—Odio a esos putos perros —refunfuñó Trey mientras aparcaba.

—Los malcría.

Los perros lanzaron una andanada de ladridos de ataque mientras Ben y Trey se dirigían a la parte delantera de la casa, seguidos obsesivamente por los animales, hocicos y patas que salían por los agujeros de la cerca, ladrando, ladrando, ladrando.

La puerta principal también estaba abierta, por lo que el calor de la calefacción se escapaba por allí. Atravesaron la entrada empapelada de rosa —Ben no pudo resistirse a cerrar la puerta tras de sí con el fin de ahorrar un poco de energía— y bajaron al piso que pertenecía a Diondra. Ella estaba en el estudio, bailando medio desnuda, con unos calcetines rosas que le quedaban

grandes, sin pantalones y con un jersey de rayas gigante en el que cabían dos personas y que a Ben le recordaba a la ropa de los pescadores, no a la de una chica. Aunque todas las chicas del instituto llevaban camisas que les quedaban grandes. Las llamaban «camisas de novio» o «jerséis de papá». Diondra, por supuesto, tenía que llevarlas supergrandes y con un montón de capas por debajo: una camiseta que le sobresalía por la cintura, otra sin mangas y una camisa de rayas con cuello, de colores chillones. Una vez, Ben quiso regalarle uno de sus grandes jerséis negros, a modo de «camisa de novio», puesto que él era su novio, pero ella había arrugado la nariz, declarando:

—Ése no vale. Además, tiene un agujero.

Como si un agujero en una prenda de vestir fuera peor que el hecho de que hubiera mierda de perro por toda la moqueta. Ben nunca estaba seguro de si Diondra se guiaba secretamente por ciertas reglas y protocolos privados o si sólo inventaba todas esas gilipolleces para hacerle sentir como un capullo.

Botaba al son de *Highway to Hell* mientras la chimenea disparaba llamas detrás de ella y sostenía un cigarrillo lejos de su ropa nueva. Tenía unos doce artículos envueltos en plástico o colgados en perchas o en bolsas relucientes con papel de seda que asomaba por encima. También había un par de cajas de zapatos y esas cajas pequeñas que él sabía que sólo podían ser joyas. Cuando ella levantó la vista y vio su pelo oscuro, le dedicó una gran sonrisa de felicidad y levantó el pulgar.

—Impresionante. —Ben se sintió un poco mejor, no tan estúpido—. Te dije que te quedaría bien, Benji. —Eso fue todo.

—¿Qué has comprado. Dio? —quiso saber Trey, hurgando en las bolsas y dando al mismo tiempo una calada al cigarrillo que ella sostenía entre los dedos. Diondra, al ver que Ben no paraba de mirarle las piernas desnudas, se levantó el jersey dejando ver unos calzoncillos que no eran de él.

—Vamos, no seas tonto. —Se acercó y le besó, inundándole y calmándole con su olor a cigarrillos y a laca con aroma de uvas. Ben la agarró con delicadeza, como solía hacer últimamente, con los brazos flojos, y cuando sintió que la lengua de ella chocaba con la suya se sobresaltó—. Por Dios, supera ya esta fase de «Diondra es intocable», por favor —dijo ella con brusquedad—. A no ser que te parezca demasiado mayor para ti.

Ben se rio.

—Tienes diecisiete años.

—Si hubieras oído lo que he oído yo... —canturreó Diondra con tono de villancico. Sonaba enfadada, sonaba francamente cabreada.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que a lo mejor diecisiete años te resultan demasiados.

Ben no sabía qué hacer. Intentar hablar con Diondra cuando estaba de un humor tan huidizo sólo provocaba que dijera una y otra vez: «No, no es nada» o «Luego te lo cuento» o «No te preocupes, puedo arreglármelas sola». Se echó el cabello hacia atrás y bailó para ellos. Detrás de una de las cajas de zapatos había un vaso con algún tipo de bebida. Su cuello estaba cubierto por los chupetones que él le había hecho el domingo, succionándole la carne como si fuera un vampiro mientras ella pedía más.

—Más fuerte, más fuerte, no me dejarás ninguna marca si lo haces tan flojo, no aprietes los labios, sin lengua, no, más fuerte... ¡Hazlo! ¡Más! ¡Fuerte! ¿Cómo es posible que ni siquiera sepas hacer un chupetón? —Con una expresión furiosa cogió a Ben de la cabeza, la puso de lado y le chupeteó el cuello como si fuera un pez moribundo, la carne arriba-abajo-arriba-abajo a un ritmo frenético. Luego se separó de él—. ¡Ahí lo tienes! —Le hizo mirarse en el espejo—. Házmelo así.

El resultado fue un ejército de sanguijuelas que bajaban por su garganta, marrones y azules y embarazosas para Ben, hasta que vio cómo las miraba Trey.

—Oh, no, cariño, estás herido. —Diondra hizo una mueca, dándose cuenta por fin de su herida—. ¿Te ha pegado alguien?

—El niño se ha caído de la bici —sonrió Trey. Ben no le había contado que se había caído de la bicicleta, por lo que sintió una oleada de furia hacia él por bromear con algo que era cierto.

—Que te jodan, Trey.

—Oyeee —exclamó Trey levantando las manos y poniendo los ojos en blanco.

—¿Te ha empujado alguien de la bicicleta, cariño? ¿Alguien ha querido hacerte daño? —Diondra le acarició.

—¿Le has comprado algo al bueno de Benny para que no pase otro mes llevando esos sucios vaqueros? —quiso saber Trey.

—Claro que sí —sonrió olvidándose de la herida de Ben, que esperaba más atención por parte de ella. Dio un salto y extrajo de una enorme bolsa roja unos pantalones negros de cuero, gruesos como la piel de una vaca, una camiseta de rayas y una cazadora vaquera de color negro con tachuelas brillantes.

—Vaya, pantalones de cuero, ¿con quién crees que estás saliendo, con David Lee Roth? —Se rio Trey.

—Le quedarán bien. Pruébatelos. —Cuando Ben se acercó a Diondra, ella arrugó la nariz—. ¿Sabes lo que es una ducha, Ben? Hueles a cafetería. —Le puso la ropa en las manos y lo arrastró hacia el dormitorio—. Es un regalo, Ben —gritó—. Cuando te apetezca me das las gracias.

—¡Gracias! —exclamó él.

—Date una ducha antes de vestirte, por Dios.

Así que lo decía en serio, apestaba. Él era consciente de que olía mal, pero esperaba que nadie más se diera cuenta. Se dirigió al cuarto de baño que había al otro lado de la habitación —Diondra tenía un maldito cuarto de baño propio y sus padres también, ellos uno enorme con dos lavabos—, se quitó su ropa sucia y la tiró, hecha una pelota, sobre la moqueta rosa. Todavía tenía la entrepierna mojada por el cubo que se había derramado en el instituto y su polla estaba marchita y húmeda. La ducha le sentó bien, le relajó. Diondra y él habían hecho el amor muchas veces en esa ducha, enjabonados y con los cuerpos calientes. Allí siempre había gel, nunca tenías que lavarte con champú para bebés porque tu madre no era capaz siquiera de pasarse por una jodida tienda.

Se secó y volvió a ponerse los calzoncillos, que también le había comprado Diondra. La primera vez que se desnudaron, ella se rio hasta casi atragantarse por culpa de sus *slips*. Intentó alisar los calzoncillos bajo el tenso cuero lleno de broches, cremalleras y ganchos y se retorció para subírselos por el culo, que según Diondra era la parte más bonita de su cuerpo. El problema era que los calzoncillos formaban bultos donde no debía haberlos. Tiró de los pantalones para quitárselos y lanzó los calzoncillos al montón de ropa vieja, enfureciéndose cada vez más al escuchar a Trey y a Diondra susurrar y reírse a carcajadas en la otra habitación. Se puso los pantalones sin nada debajo y se le pegaron a la piel como si se tratara de un correoso traje de

buzo. Qué calor. Ya le sudaba el culo.

—Ven a desfilas para nosotros, tío bueno —le llamó Diondra.

Se puso la camiseta y se miró en el espejo del dormitorio. Los cantantes de *rock* duro que Diondra adoraba le miraban desde los pósteres de las paredes, los había incluso en el techo, encima de la cama; largas melenas cardadas y cuerpos embutidos en cuero con hebillas y cinturones que parecían picaportes alienígenas. Pensó que no le quedaban mal. Parecía ir por el buen camino. Cuando regresó al salón, Diondra gritó, se dirigió a él y saltó a sus brazos.

—Lo sabía. Lo sabía. Estás buenísimo. —Le echó hacia atrás el pelo, que se le pegaba a las mejillas de una forma poco elegante—. Tienes que dejarlo crecer, pero, por lo demás, estás buenísimo.

Ben miró a Trey, que se encogió de hombros.

—Yo no soy el que te va a follar esta noche, a mí no me mires.

Había un montón de basura por el suelo, envoltorios alargados de tiras de cecina y un plástico con restos de queso y migas de nachos.

—¿Ya os lo habéis comido todo? —preguntó Ben.

—Ahora te toca a ti, Teep —anunció Diondra usando un diminutivo de Teepano.

Trey sostenía una camisa con tachuelas que Diondra le había comprado («¿Por qué tiene que comprarle algo a Trey?», pensaba Ben) y se escabulló hacia el dormitorio para llevar a cabo su parte del desfile de moda. Hubo un silencio en el pasillo, luego el sonido de una lata de cerveza que se abría y finalmente risas, de esas en las que uno llora y se tira por los suelos.

—¡Diondra, ven aquí!

Diondra fue riéndose a donde estaba Trey, dejando plantado a Ben, que sudaba dentro de sus pantalones nuevos. Ella no tardó en desternillarse también y ambos salieron con los rostros encendidos, Trey descamisado y con los calzoncillos de Ben en la mano.

—Tío, ¿llevas esos pantalones tan ajustados sin nada debajo? —le preguntó Trey entre carcajadas, con los ojos como platos—. ¿Eres consciente de la cantidad de tíos que habrán puesto su sucio culo ahí antes que tú? Ahora mismo llevas pegado el sudor de los cojones de ocho tipos distintos. Tu ojete está contra el ojete de otro tío. —Volvieron a echarse a reír y Diondra hizo ese sonido de pobrecito Ben: «Ooohhhaa».

—Creo que éstos también tienen palominos, Diondra —comentó Trey echando un vistazo al interior de los calzoncillos—. Será mejor que te ocupes de esto, mujercita.

Diondra los agarró con dos dedos, atravesó el salón y los lanzó a la chimenea, donde chisporrotearon pero no llegaron a arder.

—Ni siquiera el fuego puede destruir esa cosa —resolló Trey—. ¿De qué son, Ben, de poliéster? —Se dejaron caer en el sofá, Diondra acurrucada en un lado para terminar de reírse, la cabeza de Trey sobre sus caderas. Se reía con los ojos cerrados, hasta que, aún recostada, abrió uno de sus ojos de un intenso azul y lo observó. Él estaba a punto de regresar al cuarto de baño para volverse a poner los vaqueros, pero Diondra se levantó de un salto y lo cogió de la mano.

—Mi amor, no te enfades. Estás guapísimo. De verdad. No nos hagas caso.

—Molan, tío. Y puede que rebozarte en los jugos de otro tío sea lo que necesites para que te crezcan, ¿no? —Empezó a reírse otra vez, pero, cuando Diondra no le siguió, se dirigió a la nevera y cogió otra cerveza.

Trey aún no se había puesto la camisa nueva, parecía que le gustaba caminar con el pecho desnudo, mostrando su vello negro y sus pezones oscuros del tamaño de monedas de cincuenta centavos, todo músculos y con esa línea de pelo desde el pecho hasta el ombligo que Ben nunca tendría. Ben, de piel muy blanca, escuálido y pelirrojo, nunca tendría ese aspecto, ni dentro de cinco años ni de diez. Miró de soslayo a Trey. Deseaba observarle detenidamente, pero sabía que no era una buena idea.

—Venga Ben, no nos peleemos —le pidió Diondra, tirando de él para que se sentara en el sofá—. Después de toda la basura que he oído sobre ti, la que debería estar enfadada soy yo.

—¿Se puede saber qué quieres decir? —preguntó Ben—. Es como si hablaras en clave. ¡He tenido un día de mierda y no estoy de humor para esto, maldita sea!

Ése era el estilo de Diondra, te provocaba, pellizcos y mordiscos por aquí y por allá, hasta que te volvías medio loco. Después te preguntaba: «¿Por qué estás tan disgustado?».

—Eh —le susurró al oído—, no nos peleemos ahora. Vamos a mi dormitorio para hacer las paces. —El aliento le olía a cerveza y sus largas

ñas descansaban en su entrepierna. Tiró de él para que se levantase.

—Trey está aquí.

—A Trey no le importará —dijo. Y añadió en voz más alta—: Mira un rato la televisión por cable, Trey.

Trey respondió con un «mmmm», sin mirarlos siquiera, y se dejó caer en el sofá pesadamente, provocando que la cerveza saltara de su lata como una fuente.

Ahora Ben estaba enfadado, como parecía que le gustaba a Diondra. Deseaba embestirla, hacerla gemir. Así que tan pronto como cerraron la puerta, esa puerta de contrachapado a través de la cual estaba seguro de que Trey podía oírlo todo —pues vale—, Ben la agarró y Diondra se dio la vuelta y le arañó la cara con fuerza hasta hacerla sangrar.

—Diondra, ¿qué coño haces? —Ahora tenía otro rasguño en la cara, pero no importaba. «Vamos, llena de cicatrices estas grandes mejillas de bebé, hazlo». Diondra abrió la boca, lo empujó y cayeron sobre la cama, los peluches rebotaron y fueron a parar al suelo como si fueran *lemmings* suicidas. Volvió a arañarle en el cuello y él ansió follarla de una vez, lo veía todo literalmente rojo, como en los dibujos animados, y ella le ayudó a quitarse los pantalones, tirando de ellos como si fuera piel quemada por el sol, la polla de Ben completamente empalmada, más dura que nunca. Le quitó el jersey, sus tetas eran enormes, de un blanco azulado y suaves, y le arrancó las bragas. Cuando miró su vientre, ella le dio la espalda y se la introdujo por detrás y le gritó: «¿Eso es todo? ¿Es todo lo que tienes para mí? Puedes follarme con más fuerza», y él la embistió hasta que le dolieron los huevos y se quedó ciego y entonces todo terminó y estaba tumbado preguntándose si le estaba dando un ataque al corazón. Respiraba agitadamente, intentando deshacerse de esa depresión que siempre le invadía y le ahogaba tras hacer el amor con ella, de esa tristeza del «eso es todo».

Ben ya había practicado el sexo veintidós veces, contando con ésta, llevaba la cuenta, todas habían sido con Diondra, y había visto suficiente televisión como para saber que los hombres suelen quedarse pacíficamente dormidos nada más terminar. A él eso nunca le pasaba. Al contrario, se ponía más nervioso, como si hubiera tomado demasiada cafeína, irascible y borde. Se suponía que el sexo te relajaba, y durante el acto todo era genial, la parte

en la que te corrías era fabulosa. Pero después, durante unos minutos, te entraban ganas de llorar. ¿Eso era todo? La cosa más grande de la vida, por la que matan los hombres..., y eso era todo, se acaba en unos pocos minutos, dejándote hecho polvo y deprimido. Nunca estaba seguro de si a Diondra le gustaba. Gruñía y gritaba, pero después nunca parecía contenta. Ahora estaba tumbada junto a él, con el vientre hacia arriba, sin tocarle y apenas respirando.

—Pues hoy me he encontrado a unas chicas en el centro comercial —le comentó Diondra, tumbada a su lado—. Dicen que te estás tirando a niñas pequeñas del colegio. Niñas de diez años.

—¿Qué? ¿Cómo dices? —preguntó Ben, aún aturdido.

—¿Conoces a una niña que se llama Krissi Cates?

Ben trató de contenerse para no dar un respingo. Pasó un brazo por detrás de su cabeza, lo volvió a poner junto a su costado y finalmente lo cruzó sobre su pecho.

—Eh, sí, la conozco. De la clase de arte extraescolar; voy de vez en cuando a ayudar a la profesora.

—Nunca me has hablado de esa clase de arte —dijo Diondra.

—No hay nada que contar, sólo lo he hecho unas cuantas veces.

—¿Qué has hecho unas cuantas veces?

—Lo de la clase de arte —respondió Ben—. Ayudar a los críos. Me lo pidió la señorita Nagel, una de mis antiguas profesoras.

—Dicen que la policía quiere hablar contigo. Que hiciste cosas malas con algunas de esas niñas, niñas que tienen la edad de tu hermana. Que las toqueteaste. Todo el mundo te considera un perverso.

Se incorporó y tuvo una visión de los del equipo de baloncesto burlándose de su pelo oscuro, de su perversión, atrapado en el vestuario, jodiéndolo hasta que se aburrían para luego marcharse en sus enormes camionetas.

—¿Tú piensas que soy un perverso?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? ¿Por qué te acabas de acostar conmigo si piensas que soy un perverso?

—Quería comprobar si todavía te pongo. Si aún podrías tener un buen orgasmo. —Se apartó de él otra vez, encogiéndose las piernas hasta el pecho.

—Eso es jodidamente sucio, Diondra. —Ella no dijo nada—. Quieres

oírmelo decir, ¿no? Pues bien: no he hecho nada con ninguna niña. No he hecho nada con nadie que no seas tú desde que empezamos a salir. Te quiero. No quiero follar con ninguna niña pequeña. ¿Vale? —Silencio—. ¿Vale?

Diondra se volvió de perfil hacia él y le miró sin emoción alguna con uno de sus ojos azules.

—Chsss. El bebé está dándome pataditas.

LIBBY DAY

Ahora

Lyle estaba rígido y silencioso mientras nos dirigíamos a casa de Magda. Me pregunté si me estaba juzgando, a mí y al paquete de notas que iba a vender. Había decidido no desprenderme de nada que fuese especialmente interesante: cinco tarjetas de cumpleaños que mi madre había dado a Michelle y a Debby a lo largo de los años, con alegres notas garabateadas, y otra que había escrito a Ben y con la que pensaba ganar una suma decente. Me sentía culpable por ello, no me gustaba, pero menos me gustaba quedarme sin dinero, sin un centavo, y eso iba antes que ser una buena persona. La nota dirigida a Ben, escrita para su duodécimo cumpleaños, decía: «Creces a ojos vistas, ¡antes de que me dé cuenta estarás conduciendo!». Cuando la leí, tuve que darle la vuelta y alejarme, porque mi madre había muerto antes de que Ben aprendiera a conducir. Y Ben estaba en la cárcel, por lo que de todos modos no había aprendido a conducir. De todos modos. Cruzamos el río Missouri y el agua ni siquiera se molestó en brillar bajo el sol vespertino. Lo que no me apetecía nada era ver a esa gente leyendo las notas. Esas notas pertenecían a mi intimidad. Tal vez pudiera marcharme mientras las estudiaban como si fueran viejos candelabros de mercadillo.

Avanzábamos por barrios de clase media, y Lyle me iba indicando el camino. En algunas casas ondeaba la bandera del Día de San Patricio, con brillantes tréboles y duendes que hacía ya tiempo que se habían quedado anticuados. Lyle, nervioso como siempre, golpeó con la rodilla la palanca de cambios, y casi cambia la marcha.

—Bien —dijo.

—Bien.

—La reunión en casa de Magda, como suele suceder, se ha convertido en algo un poco distinto de lo que habíamos planeado.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ya sabes que ella está en la Asociación por la Liberación de Day. Pues bien, al parecer ha invitado a unas cuantas de esas... mujeres.

—Oh, no —protesté. Detuve el coche.

—Escucha, dijiste que querías hablar con Runner, ¿no? Bien, pues ésta es tu oportunidad. Nos van a pagar, te van a pagar, para encontrarle, para hacerle algunas preguntas, de padre a hija.

—O de hija a padre.

—Bueno, sí. Mira, Libby, yo me estoy quedando sin dinero y ellas pueden pagarte.

—Así que debo aguantar sus impertinentes comentarios, como la última vez...

—No, ellas te pondrán al día de cómo va su investigación sobre Runner. Te proporcionarán información útil. Supongo que ya estás convencida de que Ben es inocente, ¿no?

Me vino a la cabeza un día en que Ben estaba viendo la tele. Mi madre pasó a su lado, con la colada apoyada en la cadera, y le revolvió el pelo con la mano libre. Él sonrió sin volverse y, en cuanto ella desapareció, volvió a colocarse el pelo en su lugar.

—No he llegado tan lejos. —Las llaves del coche se balanceaban en el contacto. Arranqué justo en el momento en que ponían una canción de Billy Joel en la radio. Cambié la emisora—. Bien, vámonos.

Seguimos unas cuantas manzanas más. El barrio de Magda era tan cutre como el mío, aunque más agradable. Se notaba que las casas habían sido construidas de cualquier modo, pero los propietarios habían logrado reunir la suficiente dignidad como para darles una capa de pintura de vez en cuando, colgar una bandera y plantar algunas flores. Aquellos edificios me recordaban a esas chicas feas pero llenas de esperanza que van los viernes por la noche de bar en bar vestidas con sus tops de lentejuelas; en principio, alguna tendría que ser guapa, pero ninguna lo era ni lo sería nunca. Y allí estaba la casa de

Magda, la chica más fea y con más adornos, colocados sin ton ni son. El jardín delantero estaba sembrado de ellos: gnomos en precario equilibrio sobre piernas de alambre, flamencos sobre resortes, patos con alas de plástico que se movían en círculo cuando soplaban el viento y un reno de cartón olvidado desde las Navidades pasadas. La mayor parte del suelo era barro, salvo unos pequeños islotes de hierba, rala como el pelo de un bebé. Apagué el motor y nos quedamos mirando el jardín y sus saltarines inquilinos.

Lyle se volvió hacia mí con los dedos extendidos como si fuera un entrenador explicando una jugada complicada:

—Bien, no te preocupes. Lo único que tienes que hacer es ser muy cuidadosa cuando hables de Ben. Son muy susceptibles con ese tema.

—¿Cómo de susceptibles?

—¿Vas a la iglesia?

—Iba de niña.

—Pues para ellos es como si alguien entra en tu iglesia y dice que odia a Dios.

LA VERDAD ES que parecía una iglesia. O tal vez un velatorio. Había mucho café, gente vestida con ropa de lana oscura que hablaban en murmullos, y sonrisas apesadumbradas. El aire estaba cargado a causa del humo de los cigarrillos. Pensé en lo poco frecuente que era ver algo así ya, tras haber crecido en la nebulosa caravana de Diane. Respiré hondo.

Llamamos varias veces a la puerta, que estaba abierta, y como nadie respondió, optamos por entrar. Lyle y yo permanecemos unos segundos allí de pie, con nuestro aspecto gótico norteamericano, hasta que las conversaciones comenzaron a apagarse y la gente empezó a mirarnos. Una mujer mayor con el pelo como un estropajo, recogido con pasadores, parpadeó como si me estuviera transmitiendo un código secreto, con la sonrisa congelada en su rostro. Una chica morena de veintipocos años, sorprendentemente bella, dejó de introducir pedazos de melocotón en la boca de un bebé para alzar la vista y brindarme también una sonrisa expectante. Una llamativa anciana, con el tipo de un muñeco de nieve, apretó los labios y acarició el crucifijo que colgaba de su cuello, pero era evidente que el resto de las allí presentes estaban siguiendo órdenes: sed amables.

Todas eran mujeres, más de una docena, y todas blancas. La mayor parte parecían preocupadas, pero unas cuantas tenían el lustroso aspecto de quien se ha pasado una hora entera delante del espejo, algo que sólo se pueden permitir los de clase alta. Es eso lo que las diferencia: no la ropa, ni los coches, sino esos toques extra: un broche antiguo (las mujeres ricas siempre lucen broches antiguos) o un perfilador de labios a juego con algo. Probablemente habían venido en coche desde Mission Hills y se sentían magnánimas por haber puesto el pie al norte del río.

No había un solo hombre. De haber estado allí, Diane hubiera dicho que aquella reunión parecía una despedida de soltera (emitiendo un sonido de desaprobación). Me pregunté cómo se sentían con respecto a Ben, atrapado en la cárcel como estaba, y qué atracción ejercía éste sobre ellas. ¿Se acostaban por la noche en sus camas, con sus blandos maridos roncando junto a ellas, y soñaban despiertas con una vida junto a Ben, una vez que le hubieran puesto en libertad? ¿O lo consideraban un pobre chico necesitado de su altruismo, que podían cultivar entre partidos de tenis?

Magda salió de la cocina, decidida, con su metro ochenta de altura y su cabello encrespado casi tan voluminoso como su figura. No reconocí en ella a la mujer de la reunión del Kill Club, ya que las caras de todos los miembros han desaparecido de mi memoria, como si fuera una *polaroid* extraída de la cámara demasiado pronto. Magda llevaba un peto de tela vaquera sobre un jersey de cuello alto y una cantidad de joyas dignas de mejor causa: pendientes de oro que se balanceaban cuando se movía, una gruesa cadena de oro y anillos en todos los dedos, excepto en el anular. Todos aquellos anillos me inquietaban, como si fueran percebes que crecían donde no correspondía. No obstante, estreché la mano que Magda me tendía. Era cálida y seca. Emitió un gemido que sonaba algo así como «¡mmmaaahhh!», y me estrechó entre sus brazos; sus grandes pechos se separaban y me envolvían como una ola. Me puse tensa y me aparté, pero ella me agarró la mano.

—Lo pasado, pasado está. Bienvenidos a mi casa —nos saludó.

—Bienvenidos —dijeron las mujeres que había detrás de ella, casi al unísono.

—Sois bienvenidos aquí —reiteró Magda.

«Bueno, eso es una obviedad, puesto que he sido invitada», quise decir.

—Atención todo el mundo, ésta es Libby Day, la hermana pequeña de Ben.

—La única hermana de Ben —aclaré.

Las mujeres asintieron con solemnidad.

—Y es uno de los motivos por los que estamos hoy aquí —añadió ella, dirigiéndose a toda la sala—. Para contribuir a poner un poco de sentido común en todo este asunto. Y para ayudar. A traer. A Ben. ¡A casa!

Miré a Lyle, que arrugó la nariz varias veces. Al otro lado del salón, un muchacho de unos quince años, regordete, descendió las escaleras alfombradas de una forma menos autoritaria que su madre. Llevaba unos pantalones caquis y una camisa con botones hasta el cuello, y barrió la sala con la mirada sin establecer contacto visual con nadie, jugueteando con el pulgar en el cinturón.

Magda no nos lo presentó. En lugar de eso, dijo:

—Ned, ve a la cocina y haz más café.

El chico atravesó el círculo de mujeres sin mover los hombros, mirando un punto en la pared que nadie más era capaz de ver.

Magda tiró de mí hacia el interior de la sala. Fingí un acceso de tos para liberarme de su mano. Me sentó en medio del sofá, con una mujer a cada lado. No me gusta sentarme en el medio, donde los brazos y las piernas me rozan. Apoyé ligeramente una nalga, y luego la otra, para no hundirme en el cojín, pero soy tan pequeña que aun así terminé pareciendo una niña de dibujos animados sentada en una silla demasiado mullida.

—Libby, soy Katryn. Lamento mucho tu pérdida —dijo una de las ricas damas sentadas a mi lado, mirándome a la cara; su perfume invadió mis fosas nasales.

—Hola, Katherine. —Me pregunté cuándo dejarían de expresar el pésame por la muerte de personas que no conocían. Supongo que nunca.

—Es Ka-tryn. —Me corrigió con dulzura, su broche en forma de flor dorada se balanceaba en su cierre. Hay otra forma de descubrir qué mujeres son ricas: inmediatamente te corrigen el modo en que pronuncias su nombre. A-lee-see-a, y no Al-eesh-a; Deb-or-ah, no Debra. No dije nada. Lyle conversaba íntimamente con una mujer mayor que él al otro lado de la sala, contándole su vida. Imaginé su aliento cálido abriéndose paso por su pequeña oreja de caracol. Todo el mundo hablaba y me miraba, susurraba y me miraba.

—Bueno, ¿queréis que empiece el espectáculo? —pregunté, dando una palmada. Fui un poco maleducada, pero yo no necesitaba el suspense.

—Bueno, Libby... Ned, ¿puedes traer el café? —comenzó Magda—. Estamos aquí para hablar contigo acerca de tu padre, el principal sospechoso de los asesinatos por los que tu hermano ha sido injustamente condenado.

—Cierto. Los asesinatos de mi familia.

Magda dejó escapar un suspiro impaciente, molesta por mi puntualización.

—Pero antes de entrar en tema —continuó Magda—, queremos compartir contigo algunas de nuestras historias sobre tu hermano, a quien todas queremos mucho.

Una mujer esbelta de cincuenta y tantos años y con peinado de secretaria se puso en pie.

—Mi nombre es Gladys, conocí a Ben hace tres años, a través de una organización benéfica para la que trabajo —explicó—. Él cambió mi vida. Escribo cartas a muchos presos. —En este punto sonreí burlescamente, y la mujer se dio cuenta—. Escribo cartas a presos porque para mí es el acto cristiano supremo, amar a aquéllos a quienes normalmente nadie ama. Estoy segura de que muchas de vosotras habéis visto *Pena de muerte*. Pero, enseguida de empezar a cartearme con Ben, comprobé que la pureza brillaba en sus cartas. Es la luz en la oscuridad, y me encanta que sea capaz de hacerme reír, él *a mí*, cuando se supone que soy yo la que debería ayudarle *a él*, teniendo en cuenta las terribles condiciones que soporta.

Todo el mundo aportó entonces su comentario personal: «Es un tipo tan divertido..., sí..., es increíble». Ned apareció con la cafetera y comenzó a rellenar la docena de tazas de plástico. Las damas le indicaban con la mano cuándo dejar de echar café sin ni siquiera mirarle.

Una mujer más joven se puso de pie. Tendría la edad de Lyle y estaba temblando.

—Soy Alison. Conocí a Ben a través de mi madre, que no puede estar aquí hoy...

—Quimioterapia, cáncer de ovarios —me susurró Katryn.

—... Pero ambas sentimos lo mismo, que no habremos cumplido nuestra misión en esta tierra hasta que Ben no sea un hombre libre. —Tras estas palabras, hubo algún que otro aplauso—. Es que... es que... —aquí los

temblores de la chica se convirtieron en sollozos— ¡es tan buena persona! Y el mundo es tan... Sencillamente, no puedo creer que vivamos en un mundo en el que alguien tan bueno como Ben se encuentra... se encuentra en una jaula, ¡sin motivo alguno!

Me quedé boquiabierta. La cosa iba de mal en peor.

—Creo que debes arreglar las cosas. —Escupió la muñeca de nieve que llevaba el crucifijo, la que parecía menos amable de todas. No se molestó en ponerse de pie, se limitó a inclinarse hacia algunas mujeres—. Debes enmendar tus errores, como cualquier persona. Lamento de verdad las pérdidas que tu familia ha sufrido, lamento todo lo que habéis tenido que pasar, pero ahora debes madurar y arreglarlo.

No vi a nadie asentir ante su pequeño discurso, pero la sala rezumaba una contundente aprobación que parecía incluso tener sonido, un «mmm» cuyo origen no lograba ubicar. Como el zumbido en la vía cuando el tren aún está lejos. Miré a Lyle, que puso los ojos en blanco disimuladamente.

Magda se colocó en el centro de la puerta, creciéndose como un orador de nariz roja en plena campaña electoral.

—Libby, te hemos perdonado tu parte de culpa en todo este fiasco. Creemos que fue tu padre el que cometió aquellos crímenes tan terribles. Tenemos un móvil del crimen, tenemos una falsa coartada, tenemos... muchos datos relevantes —dijo, incapaz de seguir empleando más jerga legal—. El motivo: dos semanas antes de los asesinatos, tu madre, Patricia Day, puso una demanda contra tu padre para que le pagase la pensión que le correspondía. Por vez primera, Ronald «Runner» Day iba a estar legalmente atado a su familia. Asimismo, debía varios miles de dólares por deudas de juego. Eliminar a tu familia del mapa ayudaría a su economía, pues él daba por sentado que aún figuraba en el testamento de tu madre cuando se presentó en la casa aquella noche. Luego resultó que Ben no estaba allí cuando llegó y que tú lograste escapar. Asesinó a todos los demás.

Imagué a Runner respirando con dificultad y caminando por la casa a grandes zancadas con aquella escopeta, su mugriento sombrero de vaquero ladeado, mientras miraba a mi madre a través del arma de calibre 10. Se reprodujo en mi cabeza el ruido que siempre oía cuando recordaba aquella noche e intenté que saliera de la boca de Runner.

—Se hallaron fibras de vuestra casa en su cabaña, aunque esta prueba ha sido siempre descartada porque había estado todo aquel verano entrando y saliendo de allí. No obstante, continúa siendo un elemento revisable. No se halló sangre ni tejido de las víctimas en la ropa de Ben, pese a que la acusación se empeñó en que había sangre del chico en la casa.

—Como si uno no pudiera cortarse cuando se afeita, vamos —dijo la airada mujer del crucifijo.

Las mujeres emitieron unas tímidas risitas.

—Por último, el factor que me llena de esperanza, Libby, es el de la coartada. Como sabes, tu padre fue encubierto por una novia que tenía en aquella época, la señorita Peggy Bannion, aquí presente. ¿Lo ves? Hay gente a la que no le da vergüenza corregir sus errores. Peggy está a punto de retractarse de su declaración. A pesar de que podrían condenarla a cinco años de cárcel.

—Bueno, pero no lo harán —las alentó Katryn—. No dejaremos que eso suceda.

Las demás aplaudieron mientras una mujer larguirucha que vestía unos vaqueros elásticos se ponía en pie. Llevaba el pelo corto, con permanente y mechas, y sus ojos eran pequeños y anodinos, como las monedas de diez centavos que llevan en la cartera de alguien demasiado tiempo. Me miró y luego apartó la vista. Jugueteeó con la enorme piedra azul que colgaba de una cadena y que hacía juego con la raya azul de su sudadera. Me la imaginé en su casa, delante de un espejo salpicado de gotas, muy satisfecha por haber conseguido combinar el collar con la sudadera.

Miré fijamente a la novia de mi padre —la invitada especial de Magda— e intenté no parpadear.

—Quiero daros las gracias a todas por vuestro apoyo en estos últimos meses —comenzó, con voz aguda—. Runner Day me utilizó como hizo con todo el mundo. Estoy segura de que sabes lo que quiero decir. —Tardé unos segundos en darme cuenta de que me hablaba a mí. Asentí, y de inmediato deseé no haberlo hecho.

—Comparte tu historia con nosotras, Peggy, por favor —le pidió Magda. Me di cuenta de que Magda veía el programa de Oprah, había conseguido la cadencia de la presentadora, pero no su calidez.

—En la noche del 2 de enero le serví la cena a Runner en su cabaña. *Chop suey* con arroz y, claro, como siempre, mucha cerveza. Bebía esas cervezas que él llamaba «Los Grandes Bigotes de Mickey», esas que hay que tirar de la lengüeta para abrirlas. Unas lengüetas demasiado afiladas, como pinzas de cangrejo, por lo que él siempre se cortaba. ¿Te acuerdas de eso, Libby? Siempre estaba sangrando por ese motivo.

—¿Qué ocurrió después de cenar? —la interrumpió Lyle. Supuse que me miraría para que le dedicase una sonrisa de agradecimiento, pero no lo hizo.

—Pues, esto..., mantuvimos relaciones. Entonces se acabó la cerveza y Runner salió a comprar más. Creo que esto sucedió a eso de las ocho de la noche, porque yo estaba viendo *The Fall Guy*, que por cierto era un capítulo repetido, cosa que me molestó.

—Estaba viendo *The Fall Guy* —comentó Magda—. Qué irónico, ¿verdad?

Peggy la miró inexpresivamente.

—El caso es que Runner tardaba en volver, ya sabéis, y era invierno, por lo que me acosté temprano. Me desperté cuando él llegó a casa, pero yo no tenía un reloj a mano, y no sé qué hora era. En todo caso era bastante tarde, porque me desperté varias veces en el intervalo de unas pocas horas, y cuando me levanté para hacer pis, ya estaba amaneciendo.

Cuando esta mujer estaba meando, buscando papel higiénico y probablemente no encontrándolo, volviendo después hasta su cama por entre los motores, las aspas y los intestinos de los televisores en los que Runner siempre fingía estar trabajando, tal vez golpeándose el dedo, yo, enfurruñada, avanzaba a duras penas entre la nieve en dirección a mi sangrienta casa, donde toda mi familia yacía asesinada. En mi fuero interno, se lo recriminé.

La policía vino por la mañana y le preguntó a Runner dónde había estado entre las doce y las cinco de la madrugada, y luego *a mí*. Él no paraba de repetir: «Llegué temprano a casa, antes de medianoche». Yo estaba segura de que no era cierto, pero le seguí la corriente. Me limité a seguirle la corriente.

—Bueno, ¡eso ya pertenece al pasado, mujer! —exclamó la morena que tenía un bebé.

—Hace más de un año que no sé nada de él.

—Bueno, hace menos tiempo que yo —dije, arrepintiéndome

automáticamente de haber hablado. Me preguntaba si esa mujer habría dicho nada en el caso de que Runner hubiera mantenido el contacto con ella, si la hubiera llamado cada tres meses, en lugar de cada ocho.

—Y tal y como os conté —continuó Peggy—, tenía varios rasguños en las manos, aunque no sé si se los había hecho con las lengüetas de las cervezas. No logro recordar si se rasguñó antes de salir de casa o si se lo hizo después.

—Tan sólo una víctima, Michelle Day, resultó tener piel bajo las uñas —intervino Lyle—, lo cual tiene sentido, puesto que fue estrangulada y mantuvo contacto físico con el asesino. —Guardamos silencio durante un segundo en que los balbuceos del bebé se oyeron más altos, convertidos casi en chillidos—. Lamentablemente, aquel trozo de piel se perdió en alguna parte antes de llegar al laboratorio.

Imaginé a Runner, con su aspecto receloso y los ojos muy abiertos, echándose encima de Michelle, empujándola sobre el colchón con todo su peso, y a Michelle tratando a duras penas de respirar, intentando apartarle las manos, arañándole bien fuerte, un garabato en el dorso de sus pequeñas manos manchadas de aceite, que apretaban con fuerza el cuello...

—Y ésa es mi historia —dijo Peggy abriendo las manos y encogiéndose de hombros al mismo tiempo, en un gesto que parecía decir «qué le vamos a hacer».

—¡Es hora del postre! —exclamó Magda dirigiéndose a la cocina. Ned salió de allí precipitadamente, los hombros a la altura de las orejas, con migas en los labios, sosteniendo en las manos un mermado plato de galletas decoradas con un centro de caramelo—. Por Dios, Ned, ¡deja de comerte mis cosas! —le regañó Magda mirando la bandeja con el ceño fruncido.

—Si sólo me he comido dos.

—Y una mierda te has comido dos. —Magda encendió un cigarrillo que había sacado de un paquete a medias—. Ve a la tienda, necesito tabaco. Y más galletas.

—Jenna se ha llevado el coche.

—Pues ve andando, te vendrá bien.

Estaba claro que las mujeres pretendían quedarse allí hasta las mil, pero yo no iba a hacerlo. Estaba sentada cerca de la puerta y miraba un cuenco de *cloisonné* con caramelos que parecía demasiado elegante para Magda. Me lo

metí en el bolsillo mientras observaba a Lyle hacer negocios y a Magda preguntar: «¿Lo hará? ¿Ha estado con él? ¿De verdad lo cree?», mientras agitaba su chequera.

Cada vez que parpadeaba, veía que Peggy se había acercado más a mí, como si estuviéramos jugando una grotesca partida de ajedrez. Antes de que pudiera tomarme un respiro para ir al baño, la tenía pegada a mí.

—No te pareces a Runner en absoluto —me dijo, entornando los ojos—. Tal vez en la nariz.

—Me parezco a mi madre. —Peggy pareció afligirse—. ¿Estuviste mucho tiempo con él? —le pregunté.

—De vez en cuando, supongo. Sí. Por supuesto, he salido con otros hombres entre medias. Pero siempre que regresaba te hacía sentir como si sus ausencias hubieran sido acordadas entre los dos. Como si hubiéramos hablado de que él desaparecería para volver luego y que todo seguiría igual que antes. No sé. Ojalá hubiera conocido a un contable, o algo así. Nunca sé adónde ir para conocer a hombres agradables. Nunca lo he sabido... ¿Adónde vas tú?

Parecía estar preguntándome por un lugar geográfico, como si hubiera un pueblo especial donde residieran todos los contables y administrativos.

—¿Sigues en Kinnakee?

Asintió.

—Para empezar, yo me largaría de allí.

PATTY DAY

2 de enero de 1985

15.10

Patty se abalanzó al asiento del conductor del coche de Diane posando los ojos sobre las llaves que colgaban del contacto. «Sal de aquí ahora mismo, lárgate». Diane saltó al asiento del copiloto mientras Patty ponía en marcha el motor. Las ruedas chirriaron cuando el coche se alejó, dando bandazos, de la casa de los Muehler. Todos los cachivaches que había en el maletero de Diane —pelotas de béisbol, herramientas de jardinería y las muñecas de las niñas— rodaban y chocaban contra las paredes del coche como si fueran pasajeros dando vueltas de campana en el interior de un vehículo. Diane y ella iban dando tumbos en la carretera de grava, el polvo volaba hacia los árboles que había a la izquierda, para luego cambiar de dirección y caer en la cuneta de la derecha. Por fin, la fuerte mano de Diane se posó en el volante con suavidad.

—Despacio.

Patty siguió conduciendo frenéticamente hasta que salió de la propiedad de los Muehler, giró bruscamente a la izquierda, detuvo el coche a un lado de la carretera y se echó a llorar, con las manos aferradas al volante y dejando caer la cabeza sobre el claxon, provocando un bocinazo.

—¡Qué coño está pasando! —chilló. Era el grito de una niña pequeña, húmedo, enfurecido y perplejo.

—Algo muy raro —respondió Diane, dándole palmaditas en la espalda—. Vamos a casa.

—No quiero ir a casa. Tengo que encontrar a mi hijo.

La palabra «hijo» volvió a provocarle el llanto, y se dejó ir: los sollozos estrangulados, así como sus pensamientos, le pinchaban como agujas. Necesitaría un abogado. No tenían dinero para un abogado. Le asignarían a algún funcionario desencantado. Perderían. Lo mandarían a la cárcel. ¿Qué les diría a las niñas? ¿Cuánto tiempo encerraban a alguien por algo así? ¿Cinco años? ¿Diez? En su cabeza veía el enorme aparcamiento de una cárcel, las verjas que se abrían y su Ben saliendo al exterior con lentitud, ya tendría veinticinco años, le darían miedo los espacios abiertos, entornaría los ojos para acostumbrarse a la luz. Se acercaría a ella, que tendría los brazos abiertos, y le escupiría por no haber sido capaz de salvarle. ¿Cómo se puede vivir cuando no has sido capaz de salvar a tu hijo? ¿Debería mandarle lejos, ayudarlo a huir, convertirle en un fugitivo? ¿Cuánto dinero podría darle? En diciembre, aturdida por el cansancio, había vendido la 45 automática militar de su padre a Linda Boyler. Podía imaginarse a Dave Boyler, que nunca le había caído bien, abriendo en la mañana de Navidad el paquete que contenía esa pistola que no se había ganado. Así que ahora mismo Patty tenía casi trescientos dólares escondidos en la casa. Se los debía a otras personas, había planeado hacer sus rondas de primero de mes esa misma tarde, pero eso ya no ocurriría. De todas formas, trescientos dólares sólo mantendrían a Ben unos cuantos meses.

—Ben volverá a casa cuando se haya calmado —razonó Diane—. ¿Hasta dónde podría llegar en bicicleta en el mes de enero?

—¿Y si *ellos* lo encuentran antes?

—Querida, no le persigue ninguna turba. Ya lo has oído, los chicos Muehler ni siquiera sabían lo de... la acusación. Estaban hablando de otros rumores absurdos. Tenemos que hablar con Ben para aclarar las cosas, a lo mejor hasta está en casa ahora mismo.

—¿Quién ha dicho que él ha hecho una cosa así?

—No lo sé.

—Tú puedes averiguarlo. No pueden decir ese tipo de cosas y esperar que nos quedemos quietos y nos lo traguemos todo, ¿verdad? Tú puedes averiguarlo. Tenemos derecho a saber quién lo ha dicho. Ben tiene derecho a hacer frente a su acusador. *Yo* tengo derecho.

—Vale, volvamos a casa, veamos qué tal están las niñas y yo haré unas llamadas. Deja que conduzca yo, anda.

EN CASA REINABA el caos. Michelle estaba intentando freír tiras de salami en la sartén mientras le gritaba a Debby que se marchara. Libby tenía pequeñas quemaduras rojas en un brazo y en una mejilla, donde el aceite la había alcanzado, y estaba sentada en el suelo, con la boca abierta, llorando de la misma forma que lo había hecho Patty en el coche: como si no hubiese ningún tipo de solución, y, si existía, ella no estuviera a la altura de un desafío de esas características.

Patty y Diane se movieron como las figuras de esos relojes alemanes que bailan hacia dentro y hacia fuera. Diane se dirigió a la cocina a grandes zancadas, apartó bruscamente a Michelle del fogón, la arrastró por un brazo como si fuera una muñeca hasta la sala de estar y la dejó en el sofá con un azote en el trasero. Patty pasó por delante de ellas y cogió a Libby en brazos, que se abrazó a su madre como un mono y siguió llorando contra su cuello.

Patty se volvió hacia Michelle, que lloraba en silencio, dejando escapar unos gruesos lagrimones.

—Te lo he dicho mil veces: sólo puedes utilizar los fuegos para calentar sopa. Podías haber incendiado la casa.

Michelle echó un vistazo a la cocina y la sala de estar, preguntándose si realmente eso sería una gran pérdida.

—Teníamos hambre —masculló—. Habéis estado fuera muchísimo tiempo.

—¿Y eso justifica que te hagas un bocadillo de salami frito cuando tu madre te lo tiene prohibido? —le regañó Diane, que acabó de freír el embutido y lo depositó con brusquedad en un plato—. En estos momentos tu madre necesita que seáis buenas chicas.

—Siempre necesita que seamos buenas chicas —comentó Debby entre dientes, presionando la cara contra un oso panda rosa de peluche que Ben había ganado hacía años en la feria de Cloud County. En aquella época comenzaban a notársele los músculos preadolescentes, y había conseguido derribar un montón de botellas de leche. Las niñas lo habían celebrado como si hubiera ganado una medalla de honor. Los Day nunca habían ganado nada.

Siempre lo comentaban cuando, maravillados, tenían un poco de buena suerte: «¡Pero si nunca ganamos nada!». Se trataba del lema familiar.

—¿Y es tan difícil portarse bien? —Diane pellizcó la barbilla de Debby con cariño, y ésta bajó la vista aún más, pero esbozando una sonrisa.

—Supongo que no.

Diane dijo que haría las llamadas. Cogió el teléfono de la cocina, tiró del cable hacia el pasillo, lo más lejos que pudo, y le dijo a Patty que diera de comer a sus malditas niñas. Patty se sintió ofendida. ¡Ni que no les diera de comer! Hacía sopa de tomate con *ketchup* y leche en polvo. Tostaba pan duro y le añadía un chorrito de mostaza. A eso lo llamaba sándwich. Eso en los peores días. Pero nunca se olvidaba. Sus hijos estaban en el programa de comidas gratuitas del colegio, así que al menos allí siempre les daban de comer. Al pensar en eso, se sintió peor. Porque Patty había ido al mismo colegio cuando era pequeña y nunca había comido a mitad de precio ni gratis. Se le hizo un nudo en el estómago al recordar las paternalistas sonrisas que dirigían a los niños del programa de comidas gratuitas cuando presentaban sus carnets sobados, y el modo en que las señoras de la cafetería gritaban desde el mostrador empañado: «¡Comida gratis!». Y el chico que estaba al lado de ella, un chaval con el pelo de punta y muy seguro de sí mismo, le susurraba con sarcasmo: «No existe la comida gratis». Ella sentía compasión por esos niños, pero no una compasión que la impulsara a ayudarlos, sino a no querer volver a mirarlos.

Libby todavía hipaba y lloraba en sus brazos; a Patty le sudaba el cuello a causa de la respiración caliente de su hija. Tras pedirle dos veces a Libby que la mirase, la niña por fin parpadeó y volvió la cara hacia su madre.

—Me he quemaaaaaadoooo —empezó a llorar otra vez.

—Calla, bonita, sólo son unas pequeñas pupas. No te preocupes, se irán. Dentro de una semana, ni te acordarás de ellas.

—¡Va a pasar algo malo!

Libby vivía siempre preocupada; salió preocupada de su vientre y se quedó así para siempre. Era la niña de las pesadillas, la que siempre estaba inquieta. Fue un embarazo no deseado; ni Patty ni Runner se alegraron por ello. Ni se molestaron en celebrar una fiesta de bienvenida para el bebé; sus familias estaban hartas de que siguieran procreando, y el embarazo fue motivo

de vergüenza, así que Libby debió de absorber toda la preocupación y los nervios de su madre. Enseñarla a ir al baño fue surrealista: gritó cuando vio lo que se le venía encima y se escapó, desnuda e histérica. Cada vez que la dejaba en el colegio, era como si la abandonara, su hija con sus enormes y húmedos ojos, la cara contra el cristal de la ventana, mientras la profesora de educación infantil intentaba calmarla. El verano pasado se había negado a comer durante una semana, la cara pálida y con expresión de angustia, hasta que por fin (por fin, por fin) le dejó ver a Patty una ristra de verrugas que le habían salido en una rodilla. Con la vista gacha y en lentas frases que Patty le estuvo sonsacando durante una hora entera, Libby le explicó que pensaba que las verrugas eran como la hiedra venenosa, que con el tiempo le cubrirían el cuerpo entero y (¡snif!) nadie podría verle la cara nunca más. Y cuando Patty quiso saber por qué, por qué diablos no le había contado esas preocupaciones antes, Libby la miró como si estuviera loca.

Siempre que tenía la oportunidad, Libby profetizaba fatalidades. Patty lo sabía, pero aun así sus palabras le hicieron dar un respingo. Ya había ocurrido algo malo. Pero las cosas empeorarían.

Se sentó con la niña en el sofá, la peinó y le dio palmaditas en la espalda. Debby y Michelle merodeaban por allí, llevándole a su hermanita pañuelos de papel y prestándole la atención que le habían negado hacía un rato. Debby hizo que el oso panda hablara con Libby y le dijera que no le pasaba nada, que estaba bien, pero ella lo apartó con la mano y volvió la cabeza. Michelle preguntó si podía hacer sopa para todos. En invierno, todos los días tomaban sopa, Patty almacenaba enormes tinajas en el congelador del garaje. Se les solía acabar en febrero. Febrero era el peor mes.

Michelle estaba echando verduras y un gran pedazo de carne congelada, rompiendo el hielo y sin hacer caso del plato de salami, cuando Diane regresó, con la boca convertida en una mueca. Encendió un cigarrillo —«créeme, lo necesito»— y se sentó en el sofá, elevando con su peso a Patty y a Libby como si estuvieran en una cama elástica. Mandó a las niñas a la cocina con Michelle y éstas no protestaron: con los nervios se habían vuelto obedientes.

—Bien. Pues los que han difundido el rumor son una familia que se apellida Cates. Viven cerca de Salina, pero traen a su hija al colegio de Kinnakee porque aún no han terminado las obras de la escuela que están

construyendo en su zona. La cosa comenzó en la clase extraescolar de arte. Al parecer, Ben se ofreció voluntario para ayudar a la profesora con los niños. ¿Tú sabías eso?

Patty negó con la cabeza.

—¿Voluntario?

Diane hizo una mueca: tampoco ella lo entendía.

—Bueno, el caso es que la niña de los Cates va a esa clase, y sus padres dicen que algo malo ocurrió entre ella y Ben. Y también lo dicen otras familias. Los Hinkel, los Putch y los Cahill.

—¿Cómo?

—Están comparando las diferentes versiones y han hablado con la dirección del colegio. Al parecer, la policía está investigando, y vendrá hoy un agente para hablar con Ben y contigo. En fin, así están las cosas. No todo el mundo en el colegio lo sabe; por suerte esto ha sucedido durante las vacaciones de Navidad, pero ya se acaban. Imagino que el colegio está hablando con los padres de todos los chavales que iban a esa clase. Es decir, unas diez familias.

—¿Qué debo hacer? —Patty puso la cabeza entre las rodillas. Un acceso de risa le subía por el estómago. Todo aquello era ridículo. «Creo que estoy a punto de sufrir una crisis nerviosa —pensó—. No estaría mal, así no tendría que hablar con nadie». Una segura y confortable habitación blanca y ella conducida, como si fuera una niña, del desayuno a la comida y de la comida a la cena por personas que le hablaban en suaves susurros. Patty arrastrándose como un moribundo.

—Supongo que todo el mundo está en casa de los Cates, hablando con ellos —dijo Diane—. He conseguido la dirección. —Patty se limitó a mirarla fijamente—. Creo que deberíamos pasarnos por allí.

—¿Pasarnos por allí? Pensé que habías dicho que alguien se pasaría por aquí.

—El teléfono ha estado sonando un buen rato —anunció Michelle, que había estado en la cocina y no debería haber escuchado nada de lo que estaban diciendo.

Patty y Diane miraron el aparato, como esperando que sonara.

—¿Por qué no has respondido, como te pedimos, Michelle? —le preguntó

Diane.

Michelle se encogió de hombros.

—Se me ha olvidado si debía hacerlo o no.

—Tal vez deberíamos esperar aquí —sugirió Patty.

—Patty, esas familias están echando... *mierda* sobre tu hijo. Aún no sabemos cuánto hay de verdad en lo que dicen, pero ¿no quieres ir para hablar en su nombre? ¿No quieres oír lo que están diciendo, hacer que te lo digan a la cara?

No, no quería. Quería que las habladurías desapareciesen en un visto y no visto, que se arrastraran sigilosamente hacia el olvido. No quería oír lo que la gente de su pueblo —Maggie Hinkel había ido al instituto con ella. Dios santo — estaba diciendo sobre Ben. Y tenía miedo de desmoronarse al ver todos esos rostros furiosos mirándola. Lloraría, les rogaría que le perdonaran. Eso era lo que quería ya, su perdón, aunque no hubiera hecho nada malo.

—Deja que me arregle un poco.

ENCONTRÓ UN JERSEY sin agujeros en las axilas y unos pantalones color caqui. Se peinó, y cambió sus aretes dorados por unas perlas falsas y un collar a juego. La verdad es que no se notaba nada que eran de mentira, incluso pesaban bastante.

Cuando Diane y ella se dirigían a la puerta —tras advertirles a las niñas que no encendieran la cocina y que apagaran la tele e hicieran sus tareas—, Libby comenzó a lloriquear de nuevo y echó a correr hacia ellas con los brazos abiertos. Michelle cruzó los brazos sobre su sudadera manchada y dio un pisotón contra el suelo.

—No puedo con ella cuando se pone así —dijo imitando a Patty a la perfección—. Es demasiado. Esto es demasiado para mí.

Patty respiró profundamente, pensó en negociar con Michelle, incluso en recurrir a su autoridad materna, pero Libby berreaba como un animal, cada vez con más fuerza: «Quieroircontigoquieroircontigo». Michelle arqueó una ceja. Patty temía que llegara la policía en su ausencia y se encontrara con una niña con la cara quemada llorando desconsoladamente en el suelo. ¿Debía llevárselas a las tres con ella? Pero alguien debía quedarse en casa para responder al teléfono, y probablemente era mejor que se quedaran las dos,

Michelle y Debby, antes que...

—Libby, ve a ponerte las botas —le ordenó Diane—. Michelle, te dejamos al cargo. Responde al teléfono y no le abras la puerta a nadie. Si es Ben, tiene llave. ¿Michelle?

—¿Qué?

—Pórtate bien. ¿Michelle?

—De acuerdo.

—Vale —dijo Diane. Y ésa fue, literalmente, la última palabra.

Patty aguardaba en el vestíbulo, observando cómo Libby se ponía las botas y unas manoplas embarradas. Cogió una de sus lanudas manos y la condujo hacia el coche. Bien pensado, podía irles bien que la gente recordara que Ben tenía tres hermanas que le querían.

Libby no hablaba mucho, era como si Michelle y Debby monopolizaran todas las palabras. Hacía declaraciones. «Me gustan los ponis». «Odio los espaguetis». «Te odio». Igual que su madre, no podía ocultar lo que sentía ni en su cara ni en su ánimo. Todo estaba a la vista. Cuando no estaba enfadada ni triste, no decía gran cosa. Ahora, sentada en la parte de atrás del coche, con el cinturón puesto, habiendo conseguido lo que quería, permanecía en silencio, con su cara sonrosada vuelta hacia la ventana, un dedo contra el cristal, calcando las copas de los árboles que había afuera.

Tampoco Patty o Diane hablaban, y la radio estaba apagada. Patty intentó imaginar la visita (¿la visita? ¿Se podía calificar de visita algo tan repulsivo como aquello?), pero lo único que veía era a ella misma gritando: «¡Dejad en paz a mi hijo!». Maggie Hinkel y ella nunca habían sido amigas, aunque charlaban cuando se encontraban en el supermercado, y a los Putch los conocía de la iglesia. No eran malas personas, no se ensañarían con ella. En cuanto a los padres de la primera niña, Krissi Cates, no tenía ni idea. Se los imaginaba muy rubios y pijos, con toda la ropa a juego y una casa immaculada que olía a flores secas. Se preguntó si la señora Cates se daría cuenta de que sus perlas eran falsas.

Diane abandonó la autopista y entró en el barrio, después de dejar atrás un gran cartel azul que se vanagloriaba de las casas nuevas de Elkwood Park. Hasta el momento, sólo se veían bloques y más bloques de esqueletos de madera. Cada uno de ellos permitía ver el contorno del siguiente. Una

adolescente fumaba un cigarrillo sentada en el segundo piso de uno de los esqueletos. Parecía la Mujer Maravilla en su avión invisible, sentada en el contorno de un dormitorio. Cuando daba golpecitos al cigarrillo, las cenizas descendían flotando hasta el comedor.

Todas aquellas precasas ponían de los nervios a Patty. Resultaban familiares, pero al mismo tiempo extrañas, como una palabra cotidiana que no podías recordar en el momento más necesario.

—Bonito, ¿verdad? —comentó Diane señalando el barrio. Dos giros después habían llegado. Se trataba de una manzana de casas ordenadas, casas reales, varios coches apiñados delante de una de ellas—. Parece una fiesta —dijo desdeñosamente. Bajó la ventanilla y escupió fuera. En el coche reinó el silencio durante un momento, exceptuando los ruidos guturales de Diane—. Solidaridad —añadió—. No te preocupes, lo peor que pueden hacer es chillarnos.

—Tal vez debieras quedarte aquí con Libby —sugirió Patty—. No quiero que la gente grite delante de ella.

—No —dijo Diane—. Nadie se quedará en el coche. Podemos hacerlo. ¿Verdad, Libby? Eres una niña fuerte, ¿verdad? —Diane se volvió hacia el asiento trasero, y su chaqueta emitió un frufú. Después volvió a dirigirse a Patty—. Será bueno que la vean, que sepan que Ben tiene una hermanita que le quiere. —Patty se sintió esperanzada, pues ella había pensado lo mismo.

Diane salió del coche, abrió la puerta de atrás, espabiló a Libby y las tres echaron a andar por la acera. Patty se sintió inmediatamente enferma. Su úlcera llevaba un tiempo portándose bien, pero ahora el estómago le ardía. Tuvo que aflojar la mandíbula y dejarla suelta. Se detuvieron ante la puerta de la casa, Patty y Diane delante, y Libby detrás, mirando a un lado y a otro. Patty pensó que cualquiera que las viera allí pensaría que eran amigas que se unían a la celebración. Todavía colgaba de la puerta una corona de Navidad. Patty pensó: «Han tenido unas bonitas y felices Navidades y ahora todo se ha estropeado. Apuesto a que no están acostumbrados a que les sucedan cosas malas». La casa parecía salida de un catálogo y había dos BMW en la entrada.

—No quiero hacer esto, no creo que debamos hacer esto —soltó.

Diane tocó el timbre y le dirigió una mirada igual que las que les lanzaba su padre cuando se negaban a hacer algo. Después dijo exactamente lo que su

padre siempre decía tras lanzar una de esas miradas:

—No hay más remedio que hacerlo.

La señora Cates abrió la puerta. Era rubia y de cara redonda. Tenía los ojos rojos de llorar y sostenía un pañuelo de papel en la mano.

—Hola. ¿En qué puedo ayudarles?

—Yo... ¿Es usted la madre de Krissi Cates? —empezó a hablar Patty. Y rompió a llorar.

—Lo soy —dijo la mujer, mirando por turnos a Patty, a Diane y finalmente a Libby—. Ah, también su pequeña... ¿También ha hecho daño a su pequeña?

—No —respondió Patty—. Soy la madre de Ben. La madre de Ben Day. —Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y después con la manga del jersey.

—Dios, Dios, Dios, Louuuu, sal. Date prisa. —La voz de la señora Cates subió de volumen y se volvió temblorosa, como un avión a punto de estrellarse. Varios rostros que Patty no reconoció se asomaron por el salón. Un hombre salió de la cocina con una bandeja de refrescos. Una niña se acercó al vestíbulo, una preciosa niña rubia con unos vaqueros floreados.

—¿Quiénes son? —gorjeó.

—Ve a llamar a tu padre. —La señora Cates se movió para cubrir la entrada, casi empujándolas físicamente fuera del umbral—. Louuuu... —volvió a llamar hacia dentro de la casa. Un hombre apareció tras ella, un mastodonte de al menos dos metros, macizo, «con esa forma de alzar la barbilla de la gente que siempre consigue lo que quiere», pensó Patty.

—Es ella, la madre de Ben Day —dijo la mujer con tal repugnancia que las entrañas de Patty se estremecieron.

—Será mejor que pasen —dijo el hombre. Y, cuando Patty y Diane se miraron, él insistió con brusquedad—. Vamos, vamos —les dijo, como si fueran mascotas que se hubieran portado mal.

Fueron conducidas a un salón que estaba en un nivel inferior, y observaron una escena que se asemejaba a una fiesta de cumpleaños infantil. Cuatro niñas estaban en distintas fases de un juego. Llevaban estrellas plateadas en la cara y en las manos, como las que los maestros utilizan para distinguir a los alumnos aplicados. Otras estaban con sus padres comiendo pastel, ellas con expresión glotona y sus padres con el pánico reflejado en los rostros. Krissi Cates se

sentó en el suelo y se puso a jugar con unos muñecos junto a un joven alto de cabellos oscuros que se había sentado con las piernas cruzadas, intentando congraciarse con la niña. Se trataba de esos muñecos esponjosos y feos que Patty había visto en *Movie of the Week*, con Meredith Baxter Birney o Patty Duke Astin en el papel de resueltas madres o abogadas. Unos muñecos que ahora utilizaban para que los niños mostraran cómo abusaban de ellos. Krissi les había quitado la ropa a dos y había colocado el muñeco sobre la muñeca. Lo sacudía hacia arriba y hacia abajo, canturreando palabras sin sentido. Una niña morena lo miraba todo desde el regazo de su madre mientras se comía el glaseado que había quedado atrapado entre sus uñas. Parecía demasiado mayor para estar en el regazo de su madre.

—Así —terminó Krissi, aburrida o enfadada, y lanzó el muñeco a un lado. El joven, un psicólogo, un trabajador social de los que llevaban siempre jerséis de lana Shetland y camisas de cuadros escoceses debajo y que iban a la universidad, volvió a recoger el muñeco e intentó recuperar la atención de Krissi.

—Krissi, vamos... —dijo cogiendo con cuidado al muñeco por una rodilla, su pene mustio contra el suelo.

—¿Quién es ella? —preguntó Krissi, señalando a Patty.

Patty atravesó la sala ignorando a todos los padres, quienes empezaron a levantarse, tambaleándose como alambres rotos.

—¿Krissi? —dijo, sentándose en cuclillas—. Me llamo Patty, soy la mamá de Ben Day.

Krissi abrió mucho los ojos, sus labios temblaron y se alejó de Patty a toda velocidad. Por un segundo, en el que Patty y ella se miraron fijamente, reinó el silencio, como si se tratara de un choque reproducido a cámara lenta. Después, Krissi inclinó la cabeza hacia atrás y gritó:

—¡No quiero que esté aquí! —Su voz hizo eco en el tragaluz—. ¡No quiero que esté aquí! ¡Lo dijisteis! ¡Dijisteis que no tendría que hacerlo!

Se revolcó en el suelo y empezó a tirarse de los cabellos. La niña morena corrió hacia ella, la abrazó y gimió:

—¡No me siento segura!

Patty se levantó y miró alrededor, viendo a los asustados padres con expresiones de repulsa, viendo cómo Diane empujaba a Libby en dirección a

la salida.

—Hemos oído hablar de usted —dijo la madre de Krissi Cates, su dulce y agotado rostro totalmente crispado. Señaló a Maggie Hinkel, la antigua compañera de clase de Patty, que se sonrojó—. Tiene cuatro hijos en casa —continuó con la voz tensa y los ojos húmedos—, cuando no puede mantener ni siquiera a uno. El padre es un borracho. Usted vive de la asistencia social. Deja a sus niñitas solas con ese... chacal. Deja que su hijo acose a las niñas. Jesús, ¿usted ha permitido que su hijo *hiciera*... eso! ¡Dios sabe cómo acabará esto!

En ese momento, la niña de los Putch se levantó y se puso a gritar, las lágrimas se deslizaban por las brillantes estrellas de sus mejillas. Se unió al grupo del centro, a quienes el joven murmuraba palabras tranquilizadoras intentando mantener el contacto visual con ellas.

—¡No quiero que estén aquí! —volvió a exclamar Krissi.

—¿Dónde está Ben, Patty? —le preguntó Maggie Hinkel. Su hija, de cara chata, estaba sentada a su lado sin expresión alguna—. La policía necesita hablar con él urgentemente. Espero que no le estés escondiendo.

—¿Yo? Llevo todo el día intentando encontrarle. Estoy intentando arreglar las cosas. Por favor.

«Por favor, ayúdenme, por favor, perdonenme, por favor, dejen de gritar».

La hija de Maggie Hinkel, que seguía callada, tiró de pronto de la manga de su madre.

—Mamá, quiero irme. —Las otras niñas seguían llorando, mirándose las unas a las otras. Patty estaba de pie, mirando a Krissi y al terapeuta, que aún acunaba al muñeco desnudo que se suponía que era Ben. El estómago se le revolvió y la garganta se le llenó de un sabor ácido.

—Creo que debería marcharse —dijo la señora Cates con brusquedad, cogiendo a su hija en brazos como si fuera un bebé; las piernas de la pequeña casi daban contra el suelo y la señora Cates se tambaleaba por el peso.

El joven psicólogo se levantó y se puso entre Patty y la señora Cates. Estuvo a punto de posar una mano sobre Patty, pero en lugar de eso la puso sobre la señora Cates. Diane llamaba a su hermana desde la puerta. Patty esperaba que de un momento a otro todos se abalanzasen sobre ella y le sacaran los ojos.

—Lo siento, lo siento —gritaba Patty, desesperada y con sensación de mareo—. Todo esto es un error, lo siento.

Entonces Lou Cates se plantó ante ella, la sujetó del brazo y la empujó hacia la salida, animado por las cuatro niñas que había detrás de ella. Había madres y padres por todas partes, adultos que cuidaban de sus hijos, y Patty se sintió estúpida. No tonta, ni avergonzada. Imperdonablemente estúpida. Oyó cómo los padres arrullaban a sus hijas: «Buena chica, no pasa nada, no pasa nada, ya se va, estás segura, vamos a arreglar todo esto, cálmate, cálmate, mi vida».

Antes de que Lou Cates la empujara al exterior, Patty se volvió para ver a Krissi Cates en los brazos de su madre; sus cabellos rubios ocultaban uno de sus ojos. La niña la miró y dijo simple y llanamente:

—Ben va a ir al infierno.

LIBBY DAY

Ahora

Me habían encargado encontrar a Runner, pero toda mi actividad febril y ambiciosa de la semana pasada estaba derramada por el suelo junto a mi cama, como si fuera un camisón sucio. No fui capaz de levantarme, ni siquiera cuando oí a los niños pasar por delante de mi casa con su caminar torpe y adormilado. Me los imaginé con grandes botas de goma, andando con pesadez y dejando huellas redondeadas sobre el barro de marzo, y aun así no pude moverme. Me había despertado tras un sueño deprimente, de esos que te dices a ti misma una y otra vez que no significan nada, que no deberías preocuparte, porque tan sólo ha sido un sueño, tan sólo un sueño. Había empezado en la granja, pero no era la granja de verdad, porque era un lugar demasiado luminoso, demasiado ordenado para ser la granja, pero lo era, y en la distancia, contra el horizonte naranja, Runner galopaba hacia ella, gritando como un vaquero del Lejano Oeste. A medida que se acercaba —descendiendo la colina, atravesando la verja—, me fui dando cuenta de que su galope era en realidad un movimiento débil y lento porque su caballo tenía ruedas. La parte superior era de carne y hueso, pero la inferior era de metal, alargada, como la camilla de un hospital. El caballo relinchó al verme, asustado, su cuello musculoso trataba de separarse del metal que tenía debajo. Runner descendió del caballo y la criatura se fue rodando, con una rueda pinchada, un animal irritante que parecía un carrito de supermercado. Se detuvo cerca del tocón de un árbol, con los ojos en blanco, luchando por continuar la marcha.

—No te preocupes. —Runner sonrió al caballo—. Lo he comprado.

—Pues me parece que te han timado —opiné. Runner tensó la mandíbula y se quedó de pie a mi lado.

—A tu madre le gusta —murmuró.

«¡Qué bien, eso quiere decir que mi madre está viva!», pensé. Sentí que esa idea era algo sólido, como un guijarro en un bolsillo. Mi madre estaba viva, qué tonta había sido todos estos años por pensar lo contrario.

—Será mejor que primero te arregles la mano —me recomendó Runner, señalando mi inexistente dedo anular—. Te he traído éstos. Espero que te gusten más que el caballo. —Sujetaba una bolsa blanda de terciopelo como las que se usan en el Scrabble. La agitó.

—Oh, me encanta el caballo —dije, intentando dejar a un lado mi maldad. El caballo se había desgarrado la grupa a causa del metal y estaba sangrando un espeso aceite rojo.

Runner extrajo ocho o nueve dedos de su bolsa. Cada vez que escogía uno que parecía el mío, me daba cuenta de que se trataba de un meñique, de un dedo de hombre o de un dedo de un color o tamaño incorrectos.

Runner fruncía los labios.

—Coge uno cualquiera, ¿vale? No es tan importante. —Escogí uno que se parecía vagamente al que había perdido y Runner me lo cosió a la mano, el caballo desgarrado gritaba detrás de nosotros con un chillido de mujer, aterrorizado y enfadado. Runner le lanzó una pala y se rompió en dos, jadeando en el suelo, incapaz de moverse—. Ya lo tienes —anunció chasqueando los labios—. Como nuevo.

Entre mis dos dedos de niña se entrometía un protuberante dedo de pie de gran tamaño que había sido cosido con puntadas torpes y gruesas, y de pronto Peggy, la novia de Runner, estaba allí, y dijo:

—Cariño, su madre no está aquí, ¿te acuerdas? La matamos.

Runner se dio una palmada en la cabeza, como quien se ha olvidado de comprar la leche, y asintió:

—Es verdad. Es verdad. Maté a todas las chicas menos a Libby. —Los tres nos quedamos allí, mirándonos. El aire empezó a enrarecerse. Entonces Runner se acercó al caballo y recogió la pala, que se había convertido en un hacha.

Me desperté agitada, tirando al suelo con el brazo la lámpara de la mesilla

de noche. Apenas había amanecido cuando me di la vuelta para observar la lámpara encendida tumbada de lado, preguntándome si la bombilla haría una quemadura en la moqueta y la agujerearía. Ahora ya era por la mañana y seguía sin ser capaz de moverme.

«Pero la luz estaba encendida en la habitación de Ben». Mi primer pensamiento real. Aquella noche la luz estaba encendida en la habitación de Ben y había alguien hablando. Quise dejar de pensar en ello, pero era algo que siempre me venía a la mente. ¿Por qué iría un asesino enloquecido a la habitación de Ben, cerraría la puerta, encendería la luz y se pondría a charlar?

La luz estaba encendida en la habitación de Ben. Olvídate de las otras cosas: un vengativo Lou Cates, un Runner asediado por las deudas, un grupo de matones que querían darle una lección a Runner asesinando a su familia. Olvídate de los bramidos que escuchaste, y que —afortunadamente, supongo— no me pareció que provinieran de Ben. Pero no estaba en casa cuando nos fuimos a la cama, y cuando me desperté la luz estaba encendida. Recuerdo haber sentido un ramalazo de alivio al saber que Ben estaba en casa, puesto que su luz estaba encendida, lo cual significaba que la pelea entre mi madre y él había terminado, al menos por ese día, pues la luz estaba encendida y hablaba tras la puerta, quizá estaba utilizando su teléfono nuevo, o hablaba solo, pero la luz estaba encendida. ¿Y quién era Diondra?

Eché la manta a un lado para levantarme. Las sábanas olían a humedad y mi cuerpo las había vuelto grises. Me pregunté cuánto tiempo hacía que no las cambiaba y luego me pregunté cada cuánto tiempo se suponía que había que cambiarlas. Ése era el tipo de cosas que una no aprendía. Yo cambiaba las sábanas después de haber tenido relaciones sexuales, cosa que había empezado a hacer desde que vi una película por televisión: un *thriller* en el que sale Glenn Close, que acaba de acostarse con alguien y está cambiando las sábanas, ya no recuerdo el resto, porque todo lo que pensé fue: «Vaya, supongo que la gente cambia las sábanas después del sexo». Tenía sentido, pero nunca lo había pensado. Me criaron de una forma asilvestrada, y en líneas generales he continuado viviendo de la misma manera.

Salí de la cama, volví a colocar la lámpara en la mesilla de noche y caminé en círculos por el salón, acercándome sigilosamente al contestador automático sin permitirle descubrir mi interés por saber si tenía un mensaje.

Me hubiera dado igual ponerme a silbar, pues los pies se adelantaban al resto de mi cuerpo. «Nada fuera de lo común, simplemente estoy paseando». Ni rastro de Diane. Cuatro días y ni rastro de Diane.

Bueno, no pasaba nada, tenía otra familia.

ESTA VEZ BEN me estaba esperando cuando llegué, deslizándose ante mi vista antes de que estuviera preparada. Se sentó con rigidez en la silla que había tras el cristal, con los ojos desenfocados, como un maniquí vestido con un mono. Quise pedirle que no me hiciera eso a mí, que me daba escalofríos, pero no dije nada porque no había motivo para que me dieran escalofríos a no ser que no creyera al cien por cien en su inocencia.

Cosa que era cierta, supongo.

Me senté. La silla todavía estaba húmeda de otra persona y el calor del plástico daba una sensación terriblemente íntima en aquel lugar. Apreté mis nalgas a un lado y a otro, haciéndola mía, tratando de no parecer asqueada, pero cuando cogí el teléfono, aún sudado por la persona que había hablado antes, debí de poner una cara que hizo que Ben frunciera el ceño.

—¿Estás bien? —me preguntó. Asentí una vez. Sí, claro, totalmente bien—. Así que has vuelto —dijo. Entonces sonrió. Cautó, como siempre. En una fiesta familiar que celebramos el último día de escuela, recuerdo que tenía ese mismo aspecto, el de un chico que se pasa la vida en la biblioteca esperando a que le manden callar.

—He vuelto.

Tenía un rostro agradable. No era guapo, pero sí agradable, con cara de buen tipo. Me sorprendió examinándole y sus ojos se posaron rápidamente en sus manos. Ahora eran grandes, más grandes que su pequeña constitución, manos de pianista, aunque nunca llegamos a tocar el piano. Tenían cicatrices, nada demasiado llamativo, manchas de confeti oscuras causadas por pellizcos y cortes. Levantó una mano y señaló el corte profundo en un dedo:

—Un accidente jugando al polo. —Me reí porque me di cuenta de que ya se estaba arrepintiendo de su broma—. No, en serio, ¿sabes cómo me lo hice? —dijo Ben—. Fue por aquel toro. *Amarillo 5*, ¿te acuerdas de aquel pequeño bastardo?

Teníamos una granja pequeña, pero nunca poníamos nombre a las reses, no

era buena idea, incluso de niña no tenía ningún interés en coger cariño a *Bossy*, a *Hank* o a *Sweet Belle*, porque serían enviadas al matadero tan pronto como fueran lo suficientemente grandes. Dieciséis meses, eso me vino a la cabeza. Una vez que tenían un año, empezabas a acercarte a ellas con cautela y empezabas a mirarlas de soslayo con asco y vergüenza, como a un invitado que se acaba de tirar un pedo. Así que, en lugar de eso, cada año las etiquetábamos por colores durante la época de partos, poniendo el mismo color a las vacas y a sus terneros. *Verde 1, Rojo 3, Azul 2*, que se escapaban de sus madres para dirigirse al sucio suelo del establo, pataleando, intentando hacerse con algo del cubo de la comida. La gente cree que el ganado es dócil, bobo, pero ¿y los terneros? Son tan curiosos como gatitos juguetones, y por ese motivo nunca se me permitió entrar mucho a verlos, me limitaba a mirarlos a través de los listones del corral, pero recuerdo que Ben, con las botas de goma puestas, intentaba escabullirse, moviéndose lenta y deliberadamente, como un astronauta, y entonces llegaba junto a ellos, pero era como intentar coger un pez con la mano. Recuerdo a *Amarillo 5*, al menos su nombre, el famoso becerro que se negaba a ser castrado. Pobres Ben y mamá: día tras día intentando atraparlo para poder rajarle el escroto y cortarle los huevos, regresando a la mesa cada día como dos fracasados. *Amarillo 5* les ganó la partida. Era la broma que contamos la primera noche en la mesa cuando comíamos carne picada, todo el mundo hablaba con su filete fingiendo que era *Amarillo 5*: «Lo lamentarás. *Amarillo 5*». El segundo día era motivo de risa amarga, y el quinto teníamos el semblante serio y estábamos en silencio. Se trataba de un recordatorio para Ben y para mi madre de que no eran lo suficientemente buenos: eran débiles, pequeños, lentos, deficientes.

Nunca habría vuelto a pensar en *Amarillo 5* si Ben no me lo hubiera recordado. Quería pedirle que hiciera una lista de cosas que recordar, de recuerdos que yo era incapaz de extraer de mi cerebro.

—¿Qué pasó? ¿Te mordió?

—No, no fue tan grave, me empujó contra la valla cuando pensaba que lo tenía bien sujeto, me dio una coz y me caí hundiendo el dorso de la mano derecha en un clavo. Era una barandilla que mamá ya me había pedido unas cinco veces que arreglara. Así que, ya lo sabes, fue culpa mía. —Intenté pensar qué decir, algo inteligente, compasivo, pero aún no sabía el tipo de

reacciones que deseaba Ben. No obstante, él interrumpió mis pensamientos—. No, a la mierda eso, fue la puta culpa de *Amarillo 5*. —Sonrió levemente y dejó caer sus hombros de nuevo—. Recuerdo que Debby decoró mi corte, me puso una tirita y encima una de sus pegatinas, esas pegatinas brillantes con corazones y cosas así.

—Le encantaban las pegatinas —asentí.

—Sí, las pegaba por todas partes.

Suspiré, dudando de si cambiar a un tema inofensivo, el tiempo o algo así, pero no lo hice.

—Oye, Ben, ¿puedo hacerte una pregunta?

Apretó los ojos y volví a ver de nuevo al presidiario, un tipo acostumbrado a que le hagan pregunta tras pregunta y al que miran mal cuando formula las tuyas. Me percaté de lo decadente que era negarse a responder una pregunta. «No, gracias, no quiero hablar de eso», y lo único que consigues es que piensen que eres un maleducado.

—¿Recuerdas aquella noche? —Abrió mucho los ojos. Claro que recordaba aquella noche—. Puede que estuviese confundida acerca de lo que sucedió realmente... —Él se reclinó hacia delante con los brazos estirados, aferrándose al teléfono como si fuera una llamada de emergencia en mitad de la noche—. Pero hay una cosa de la que sí me acuerdo, una cosa que apostaríamí vida a que sucedió... Tu luz estaba encendida. En tu dormitorio. Lo vi por la rendija de la puerta. Y alguien estaba hablando. Dentro de la habitación.

Mi voz se fue apagando, esperando que él me salvara. Me dejó flotar unos segundos, como cuando resbalas y tienes el tiempo suficiente para pensar: «Vaya, me la voy a dar».

—Ésa es nueva —dijo por fin.

—¿A qué te refieres?

—Una pregunta nueva. No pensé que todavía habría preguntas nuevas. Enhorabuena.

Descubrí que ambos adoptábamos la misma postura al sentarnos, aferrando el borde de la mesa con las manos, como si estuviéramos a punto de levantarnos ante un almuerzo a base de restos de comida. La postura de Runner. Lo recuerdo de la última vez que le vi, hacía ya veinticinco o veintiséis años, una vez que necesitaba dinero, intentando primero camelarme

con una voz dulce —«¿Crees que puedes ayudar a tu viejo, Libby querida?»— y yo diciéndole que no directamente, abriendo una brecha entre nosotros, sorprendiéndole, humillándole. «Vaya, ¿y se puede saber por qué?», me preguntó con brusquedad, los hombros de nuevo hacia arriba, los brazos cruzados, las manos sobre mi mesa, y yo pensando: «¿Por qué le he dejado sentarse?», y calculando el tiempo que tardaría en conseguir que se largara.

—Aquella noche me fui de casa —dijo Ben—. Mamá y yo volvimos a pelearnos.

—¿Por lo de Krissi Cates?

Mi pregunta le sorprendió, pero aceptó responderla.

—Por lo de Krissi Cates. Pero ella me creyó, estaba totalmente de mi lado, eso era lo maravilloso de mamá, incluso cuando estaba cabreada como nunca contigo estaba a tu lado, y eso se notaba. Muy dentro. Me creyó. Pero estaba enfadada, asustada, más bien. La tuve dieciséis horas sin saber nada de mí, yo ni siquiera sabía lo que había pasado. Por aquel entonces no existían los móviles, y podías pasarte un día entero sin hablar, no como hoy día, por lo que he oído.

—Entonces...

—Bien, nos peleamos, no recuerdo exactamente si fue por Krissi Cates o si empezamos por ahí y tocamos más temas, ojalá pudiera recordarlo, pero, en fin, el caso es que me manda a mi habitación y yo me quedo allí y una hora después vuelvo a estar jodido y me voy de casa. Dejé la radio y las luces encendidas para que pensase que estaba allí. Ya sabes cómo dormía ella, no iba a hacer todo el camino hasta mi habitación para ver si estaba. Una vez que se dormía, no había quien la despertara.

Ben hizo que sonara como un viaje increíble, aquellos treinta y tantos pasos, pero era verdad, mi madre se convertía en un ser realmente inútil una vez dormida. Apenas se movía. Me recuerdo a mí misma, sujetando una vela encima de su cuerpo, convencida de que había muerto, mirándola hasta que mis ojos empezaban a derramar lágrimas, intentando respirar, intentando reprimir un gemido. Si la zarandeabas suavemente, se removía y volvía a tomar la misma posición. Todos teníamos anécdotas, como la de entrar en el baño por la noche y encontrarla haciendo pis, la bata entre las piernas, mirándonos como si fuésemos transparentes. «El sorgo no me convence

mucho», decía, o «¿Ya ha brotado esa semilla?». Y después pasaba por delante de nosotros camino de su dormitorio.

—¿Le contaste eso a la policía?

—Vamos, Libby. Olvida eso.

—¿Se lo contaste?

—No, no lo hice. ¿De qué hubiera servido? Ya sabían que nos habíamos peleado. ¿Qué tenía que haberles dicho, que nos peleamos dos veces? Ésa no es... la cuestión. Estuve allí alrededor de una hora, y ya no ocurrió nada más. Es algo intrascendente.

Nos miramos el uno al otro.

—¿Quién es Diondra? —pregunté de pronto, y vi que se ponía tenso. Estaba segura de que de un momento a otro iba a mentirme. El nombre de Diondra le sonaba, pude ver cómo se le contraían los huesos. Giró levemente la cabeza hacia la derecha, como diciendo: «Es curioso que me preguntes eso», y se contuvo.

—¿Diondra? —Estaba ganando tiempo, intentando averiguar qué era lo que yo sabía. Le miré sin expresión alguna—. Era una chica del instituto. ¿Cómo te has enterado de la existencia de Diondra?

—Encontré una nota que te había escrito, al parecer era algo más que «una chica del instituto».

—Eh, bueno, era una chica bastante alocada. Le gustaba dar esa imagen.

—Yo no me enteré de que tenías novia.

—No era mi novia. Joder, Libby, que me escribiera una nota no implica que fuera mi novia. ¿Qué te ha hecho pensar eso?

—Lo que decía en la nota. —Me puse tensa, consciente de que iba a sufrir una decepción.

—En fin, no sé cómo explicarlo. Ojalá pudiera decir que era mi novia. Estaba completamente fuera de mi alcance. Ni siquiera recuerdo que me escribiera una nota. ¿Estás segura de que esa nota iba dirigida a mí? ¿Y de dónde la has sacado?

—No importa —respondí, apartando el teléfono de mi oreja, en ademán de marcharme.

—Libby, espera, espera.

—No, si piensas seguir tratándome como si yo fuera una cualquiera.

—Libby, espera un puto momento. Siento no poder darte la respuesta que deseas.

—Simplemente quiero la verdad.

—Quiero contarte la verdad, pero es como si estuvieras esperando que te contara... una historia. Yo sólo, quiero decir..., joder, resulta que viene mi hermanita después de todos estos años y yo pienso, bueno, de esto puede salir algo bueno. Está claro que hace veinticuatro putos años tú no podías ayudar en nada, pero, bueno, eso ya lo he superado, hasta el punto de que viéndote aquí lo único que siento es felicidad. Quiero decir, estoy aquí, en esta puta jaula para animales, esperándote, tan nervioso como si fuera a una cita amorosa, y te veo y, joder, me hago ilusiones de que tal vez esto pueda salir bien. Por fin tengo a mi lado a una persona de mi familia. Así no me sentiré tan jodidamente solo, porque, quiero decir, sé que has estado hablando con Magda, y he oído todo tipo de cosas sobre vuestro encuentro, así que, sí, hay gente que me visita y me cuida, pero no son tú, son personas que sólo conocen una parte de mí..., y precisamente estaba pensando que iba a ser genial charlar con mi hermana, que me conoce, que conoce a nuestra familia y sabe que somos normales, y con quien me puedo reír de las putas vacas. Y eso es lo único que pido. Algo tan insignificante como eso. Así que ojalá pudiera contarte algo que no hiciera que... me odiases de nuevo. —Bajó la vista y miró el reflejo de su pecho en el cristal—. Pero no puedo.

BEN DAY

2 de enero de 1985

17.58

Diondra tenía una barriguita que a Ben le asustaba. Ya hacía algunas semanas que ella hablaba de la «animación». La animación había ocurrido, el bebé se movía, era un momento muy importante, especial, así que Ben tenía que ponerle la mano en el vientre todo el tiempo y sentir las pataditas del bebé. Estaba orgulloso de haberle hecho la barriga, orgulloso de haber hecho al bebé, al menos de la idea de haberlo hecho, pero no le gustaba tocar esa zona, y tampoco mirarla. La carne estaba rara, dura pero un poco blanda al mismo tiempo, como si fuera jamón pasado, y le daba vergüenza tocarla. Ella llevaba semanas cogiéndole de la mano y apretándosela allí, buscando alguna reacción en su cara, y se enfadaba cuando él no sentía nada. Durante un tiempo, de hecho, él había pensado que tal vez el embarazo era una de las bromas de Diondra para burlarse de él; permanecía sentado, con la mano sudorosa sobre ese asqueroso montón de piel, y pensaba: ese ruido sordo, ¿qué sería, el bebé, o una simple indigestión? Estaba preocupado. Le preocupaba que si no sentía nada —y aún no había sentido nada desde la animación— Diondra le gritara: «Está aquí mismo, es como un cañón disparándome en el útero, ¿cómo es posible que no lo notes?». Pero también le preocupaba que, si finalmente decía que sí, ella estallara en aquellas risotadas, aquellas carcajadas que la hacían doblarse por la mitad como si le hubieran pegado un tiro, la risa desternillante que provocaba que su pelo engominado se agitara como un árbol en una tormenta de nieve, porque, claro,

no estaba embarazada, sólo estaba tomándole el pelo, ¿es que era tonto?

De hecho había buscado señales de que pudiera estarle mintiendo: aquellas grandes y sangrientas compresas que su madre enrollaba en la basura y que siempre acababan desplegándose. Aparte de eso, no sabía qué más indicios buscar, y no se atrevía a preguntarle si el bebé era suyo. Ella decía que lo era, y probablemente él no tendría más certeza que ésa.

En cualquier caso, durante el último mes había quedado claro que estaba embarazada, al menos si se la veía desnuda. Seguía yendo a la escuela con aquellos gigantescos jerséis, y llevaba los vaqueros desabrochados y con la cremallera un poco bajada, y el bulto se fue haciendo más grande. Diondra lo masajeaba con las manos como si fuera una bola de cristal que le mostrara su jodido futuro, hasta que un día le cogió de la mano y él lo sintió, sin duda: esa cosa estaba pegando patadas, y de repente vio el golpe de un piececito que se movía bajo la superficie de la piel de Diondra, suave y rápidamente.

—¿Qué demonios te pasa? ¿Acaso no ayudas a las vacas a parir en la granja? Sólo es un bebé —dijo Diondra, apartándole la mano. Se la acercó de nuevo y la mantuvo allí, la palma sobre esa cosa que se movía dentro de ella, y pensó: «Ayudar a un animal a parir es condenadamente diferente a tener tu propio bebé», y después: «Suéltame, suéltame, suéltame», como si la cosa fuera a agarrarlo y a arrastrarlo a su interior, como en una película de miedo. Es así como se lo imaginaba: una cosa. No un bebé.

Tal vez hubiera ayudado si hubieran hablado más sobre ello. Después de la animación, ella no le habló para nada durante un par de días, y resultó que él tenía que darle algo por la animación, que se les da regalos a las mujeres embarazadas para celebrar la animación, y que sus padres le habían regalado una pulsera de oro cuando le había venido la primera regla y que esto era lo mismo. Así que, en lugar de un regalo, ella le obligó a que se lo comiera diez veces, ése era el trato, que él pensaba que ella había elegido porque a él realmente no le gustaba hacerlo, el olor le mareaba, especialmente ahora, que toda esa zona parecía usada. Tampoco parecía gustarle a ella, por eso pensó que era como un castigo, ella gritándole sobre dedos y presión y más arriba, más arriba, y finalmente suspiraba y le agarraba de la cabeza con fuerza, por las orejas, y lo llevaba al lugar que quería y él pensaba «puta zorra» y se limpiaba la boca cuando había terminado. Ocho más, puta zorra. «¿Quieres un

vaso de agua, amor mío?», le ofrecía él. Y ella contestaba: «No, pero tú sí: hueles a coño», y se reía.

Las mujeres embarazadas tenían constantes cambios de humor. Eso lo sabía. Pero, aparte de eso, Diondra no actuaba como si estuviera embarazada. Seguía fumando y bebiendo, algo que se suponía que no debía hacer si estaba embarazada, pero ella decía que sólo los fanáticos de la salud dejaban todas esas cosas. Otra de las cosas que no hizo: planificar. Diondra no hablaba mucho de lo que harían cuando naciera, cuando *ella* naciera. Diondra nunca había ido al médico, pero estaba segura de que era una niña, porque las niñas te hacían vomitar más, y ella había vomitado muchísimo el primer mes. Pero no decía mucho más, nada que tuviera que ver con la realidad, con el hecho de que había una niña real que saldría de su interior. Al principio él se había preguntado si abortaría. En una ocasión él había dicho «si tienes el bebé», en lugar de «cuando tengas el bebé», y ella se había encabronado, y Diondra encabronada de verdad era algo que nunca más quería volver a ver. Ya era duro cuando estaba tranquila, pero esto era como presenciar un desastre natural: las uñas, los sollozos, los golpes, y ella gritando que eso era lo peor que le había dicho nadie jamás, y «es de tu sangre también, ¿qué demonios te pasa, pedazo de mierda?».

Pero, aparte de eso, no habían planeado nada, o no podían planear nada, ya que el padre de Diondra la mataría, literalmente, si se enteraba de que se había quedado encinta sin estar casada, la mataría. Los padres de Diondra solamente tenían una regla, una sola, y era que ella nunca jamás debía dejar que un chico la tocara allí a menos que fuera su marido. Cuando cumplió los dieciséis, el padre de Diondra le dio un anillo de compromiso, un anillo de oro con una gran piedra roja que parecía una alianza y que ella llevaba en el dedo como promesa, a él y a ella misma, de que permanecería virgen hasta el matrimonio. Todo este asunto sobrepasaba a Ben: ¿no era como si estuviera casada con su padre? Diondra le dijo que era una cuestión de control, fundamentalmente. Era la única exigencia de su padre, lo único que le había pedido, y, maldita sea, le convenía hacerlo. Así él se sentía más tranquilo cuando la dejaba sola, sin más protección que los perros, durante meses enteros. Era su único detalle paternal: puede que mi hija beba o tome drogas, pero es virgen y, por lo tanto, no puede ser tan jodido como parece.

Todo esto se lo contó con lágrimas en los ojos, borracha, al borde de la inconsciencia. Su padre le había dicho que, si alguna vez descubría que había roto su promesa, la sacaría de la casa y le pegaría un tiro en la cabeza. Su padre había estado en Vietnam, y hablaba de ese modo, y Diondra se lo había tomado en serio, así que no planeó nada con respecto al bebé. Ben hizo listas de cosas que tal vez pudieran necesitar y compró ropa de bebé de segunda mano en un rastrillo de Delphos. Le daba vergüenza, y le compró el montón entero a la mujer por ocho dólares. Allí había camisetas y ropa interior para un montón de edades diferentes, muchas bragas con volantes —las mujeres los llamaban pololos—, cosa que iría muy bien, porque los bebés necesitan ropa interior. Ben guardó la ropa debajo de su cama y se alegró de tener el cerrojo. Podía imaginarse a las niñas encontrándola y robando lo que les quedara bien. Era cierto, no pensaba mucho en la criatura, ni en lo que pasaría, pero parecía que Diondra aún pensaba menos.

—CREO QUE DEBERÍAMOS irnos del pueblo —dijo Diondra de pronto; el pelo le tapaba media cara y tenía la mano de Ben pegada a la barriga. El bebé se movía en su interior como si estuviera excavando túneles. Diondra se volvió ligeramente hacia Ben, con una teta caída sobre el brazo de él—. No puedo esconder esto mucho más tiempo. Mis padres llegarán cualquier día de éstos. ¿Estás seguro de que Michelle no lo sabe?

Ben había guardado una nota de Diondra en la que ésta le hablaba de lo caliente que estaba y de las ganas de sexo que tenía, y la puta cotilla de Michelle la había encontrado rebuscando en los bolsillos de su chaqueta. La muy zorra lo había chantajeado —diez dólares por no decírselo a mamá— y, cuando Ben se lo contó a Diondra, ella se enfadó muchísimo. «Tu puta hermanita se podría chivar en cualquier momento. Tú la has cagado, así que lo arreglas tú». Diondra estaba paranoica con la idea de que Michelle descubriera que estaba preñada. No quería ni pensar en que los pillaran «por culpa de una puta niña de once años».

—No, no ha vuelto a mencionar el tema.

Era mentira, justamente el día anterior Michelle se había plantado delante de él y, contoneando las caderas, le había dicho: «Eh, Beee-enmm, ¿cómo va tu vida sexuaaaal?». Vaya mierda de niña. Le había chantajeado con otras cosas:

tareas que dejaba sin hacer, comida extra que cogía de la nevera. Cosas pequeñas. Nimiedades. Parecía que ella estuviera allí sólo para recordarle lo jodida que era su vida. Ella se gastaba el dinero en donuts rellenos.

Trey hizo un ruido de gargajo en la otra habitación, y después una especie de ¡jjjppppff! que sonaba a escupitajo. Ben podía imaginarse la flema amarilla resbalando por la puerta de cristal y a los perros lamiéndola. Eso era algo que Trey y Diondra hacían: lanzaban escupitajos a las cosas. A veces Trey los escupía directamente al aire, y los perros los pillaban con sus bocas babosas. («Sólo son cosas de un cuerpo entrando en otro cuerpo —solía decir Diondra—. Tú también me metes cosas de tu cuerpo dentro del mío, y no parece molestarte»).

Mientras Trey subía aún más el volumen de la tele en el estudio —«Parad ya, vosotros dos, que estoy condenadamente aburrido»—, Ben intentó pensar en lo que debía decir. A veces pensaba que nunca hablaba de verdad con Diondra, todo eran codazos y empujones verbales, intentando eludir su constante irritación, diciendo lo que ella quería escuchar. Pero él la quería, y ése era el papel de los hombres, les decían lo que ellas querían escuchar y se callaban. Había dejado preñada a Diondra y ahora él le pertenecía, y tenía que portarse bien con ella. Tendría que dejar la escuela y encontrar un trabajo a tiempo completo, un chaval que conocía había dejado los estudios el año pasado y trabajaba cerca de Abilene, en la fábrica de ladrillos; ganaba doce mil dólares al año. Ben no podía ni imaginar en qué podría gastarse todo aquel dinero. Así que dejaría la escuela, cosa que le convenía, sobre todo teniendo en cuenta lo que Diondra había oído acerca de Krissi Cates.

Era extraño, al principio eso le había puesto muy nervioso, los rumores sobre él y Krissi Cates, pero después empezó a sentir una especie de orgullo. Aunque era una niña, era una de las niñas más guay. Incluso algunos chavales del instituto la conocían, las chicas mayores le prestaban atención, esa niña guapa, bien criada, así que era guay que ella estuviera prendada de él, aunque fuera una niña, y estaba seguro de que lo que Diondra le acababa de decir era una de sus exageraciones habituales. A veces era una histérica.

—¡Eh!, ¿hola? No te despistes. He dicho que creo que deberíamos irnos de la ciudad.

—Pues nos iremos de la ciudad. —Intentó besarla y ella lo apartó de un

empujón.

—¿De veras? ¿Así de fácil? ¿Y adónde vamos? ¿Cómo nos mantendrás? Ya no recibiré mi paga. Tendrás que conseguir un trabajo.

—Pues conseguiré un trabajo. ¿Y tu tío, o primo, o quien sea que tienes en Wichita?

Lo miró como si estuviera loco.

—El de la tienda de deportes —insistió él.

—No puedes trabajar allí, tienes quince años. De hecho, creo que no puedes conseguir un trabajo de verdad sin el permiso de tu madre. ¿Cuándo cumples los dieciséis?

—El 13 de julio —contestó él, sintiéndose como si le acabara de decir que se había meado.

Entonces ella se echó a llorar.

—Madre mía, madre mía, ¿qué vamos a hacer?

—¿Tu primo no puede ayudarnos?

—Mi tío se lo contará a mis padres, ¿cómo puede ayudarnos eso?

Diondra se levantó y caminó desnuda, con el estómago tan caído que asustaba. Ben deseaba meter la mano allí abajo, y pensaba en lo grande que se iba a poner. Diondra se fue a la ducha, a pesar de que Trey podría verla desde el sofá. Oyó el ronroneo del grifo de la ducha. Conversación terminada. Ben se limpió con una toalla pringosa que había al lado de la cesta de Diondra, se volvió a poner sus pantalones de cuero y su camiseta de rayas y se sentó al borde de la cama, intentando adivinar qué comentario de sabelotodo les iba a hacer Trey cuando salieran de nuevo al estudio.

Al cabo de unos minutos Diondra entró tan campante en la habitación, envuelta en una toalla roja, con el pelo mojado, sin mirarlo, y se sentó ante el espejo del tocador. Se echó un chorro de gel en la palma de la mano, como una mierda de perro gigante, se lo puso en el pelo y dirigió el secador a la zona donde se había aplicado el gel: chorrillo, aplique, secador, chorrillo, aplique, secador.

No sabía si debía irse o quedarse, así que se quedó, sentado aún en la cama, intentando llamar su atención. Ella se puso base de maquillaje oscura en la palma de la mano, como un artista pondría la pintura en la paleta, y se la aplicó en círculos. Algunas chicas la llamaban «base», él las había oído, pero

a él le gustaba su aspecto, bronceado y suave, aunque a veces se le veía el cuello más blanco, como un helado de vainilla bañado en caramelo. Se puso tres capas: ella siempre decía que necesitaba tres, una para oscurecer, otra para espesar y otra para dar el toque definitivo. Luego siguió con el pintalabios: primera capa, segunda capa, brillo. Lo pilló mirando y se detuvo, secándose los labios ligeramente con unos triangulitos de espuma, dejando pegajosas marcas de besos de color púrpura.

—Tienes que pedirle dinero a Runner —dijo mirándolo a través del espejo.

—¿A mi padre?

—Sí, tiene dinero, ¿no? Trey siempre le compra hierba. —Soltó la toalla, fue al cajón de la ropa interior, un revoltijo brillante de encaje y satén, y revolvió hasta sacar unas bragas y un sujetador rosa chillón con ribetes de encaje negro, como los de las chicas de salón de las películas del Oeste.

—¿Estás segura de que estamos hablando del mismo hombre? —dijo—. Mi padre hace, ya sabes, de manitas. Trabajo. Trabaja en granjas y esas cosas.

Diondra puso los ojos en blanco, estirándose el sujetador por detrás. Las tetas le salían por todas partes: por encima de la copa, por debajo de los cierres, incontrolables, como dos enormes huevos.

Al final se lo desabrochó y lo tiró al otro lado de la habitación —«¡Joder, necesito un puto sujetador que me vaya bien!»—. Permaneció allí, fulminándolo con la mirada, y entonces las bragas empezaron a enrollarse estómago abajo y a metérsele en el culo. No le cabía ni una de esas prendas de ropa interior *sexy*. Ben pensó: «Gordita», y después se corrigió: «Embarazada».

—¿Lo dices en serio? ¿No conoces los trapicheos de tu propio padre? —Tiró las bragas, se puso otro sujetador, uno sencillo y feo, y unos vaqueros nuevos, maldiciendo porque le venían pequeños.

Ben nunca había comprado drogas. Fumaba mucho con Trey y Diondra y con los de su grupo, y a veces contribuía con un dólar o dos, pero, cuando se imaginaba a un traficante, se imaginaba a alguien con una mata de espeso pelo negro y joyas, no a su padre, con la vieja gorra de béisbol de los Royals, las botas vaqueras de tacones enormes y aquellas camisas ajadas. Su padre no, definitivamente no. ¿Y no se suponía que los traficantes tenían dinero? No era

el caso de su padre. Y si era traficante, y tenía dinero, a él no le daría un solo centavo. Se reiría de él por pedirselo, tal vez agitaría un billete de veinte delante de sus narices y después se reiría y se lo volvería a meter en el bolsillo. Runner nunca llevaba cartera, llevaba billetes arrugados en los bolsillos de los vaqueros. ¿No era eso señal suficiente de que no tenía pasta?

—¡Trey! —gritó Diondra desde el pasillo. Se puso un jersey nuevo con un estampado que parecía un experimento geométrico, arrancó las etiquetas y salió estrepitosamente de la habitación. Ben se quedó mirando los pósteres de *rock* y de astrología (Diondra era Escorpio, y se lo tomaba muy en serio) y los cristales y libros de numerología. Había ramilletes disecados y decrépitos grapados en el marco del espejo, de bailes a los que no la había llevado Ben, casi todos de un estudiante del último curso de Hiawatha llamado Gary, que incluso Trey decía que era un gilipollas. Trey, por supuesto, lo conocía. Los ramilletes inquietaban a Ben, parecían órganos, con sus pliegues y ondas, de color rosa y violeta. Le recordaban a esos apestosos pedazos de carne que estaban en su taquilla en ese mismo instante, un regalo horrible que le había dejado Diondra —¡sorpresa!—, las partes femeninas de algún animal, y Diondra se negaba a decirle de dónde venían. Le insinuó que eran de un sacrificio de sangre que había llevado a cabo con Trey; Ben supuso que eran los restos de un experimento de biología. A ella le gustaba acojonarlo. Cuando en su clase diseccionaron cerditos, ella le llevó una cola enroscada, pensó que era graciosísimo. No lo era, era simplemente asqueroso. Se levantó y fue al estudio.

—Tú, triste saco de mierda —le llamó Trey desde el sofá, donde acababa de encenderse un canuto, sin apartar los ojos del videoclip—. ¿No sabes lo de tu padre? —El estómago de Trey era casi cóncavo, pero marcado, perfecto, bronceado. Todo lo opuesto a la barriga de ratón de Ben, blanda y pálida. Trey había hecho una pelota con la camiseta que Diondra le había dado y la estaba usando de almohada.

—Ten, pedazo de mierda. —Le pasó el canuto a Ben, que le pegó una buena calada, sintiendo cómo se le dormía la parte de atrás de la cabeza—. Eh, Ben, ¿cuántos bebés harían falta para pintar una casa?

«Aniquilación».

Ya estaba otra vez esa palabra. Ben se imaginó hordas de bárbaros

entrando a través de la gran chimenea de piedra y cortándole la cabeza a Trey con un hacha, justo en medio de uno de sus putos chistes de bebés muertos, y la cabeza rodando sobre la mierda de perro hasta pararse junto a uno de los zapatos negros de hebilla de Diondra. Y, tal vez, después mataran a Diondra. A la mierda con todo. Ben le dio otra calada, sintiendo su mente en perfecto estado, y se lo devolvió a Trey. El perro más grande de Diondra, el blanco, se acercó a él y le miró descaradamente a los ojos.

—Depende de lo fuerte que los lances —dijo Trey—. ¿Por qué se mete un bebé de pie en una licuadora?

—En serio, Trey —dijo Diondra, siguiendo una conversación de la que Ben no estaba al tanto—. Se cree que su padre no trafica.

—Para poder ver qué cara pone. Sí, colega, estás fumando la mierda de tu padre —comentó Trey, volviéndose, por fin, para mirarlo—. Es una mierda. Potente, pero una mierda. Por eso sabemos que tu padre tiene dinero. Nos la cobra cara, pero últimamente resulta difícil encontrar. Creo que dijo que la trajo de Texas. ¿Ha estado en Texas últimamente?

Runner había desaparecido de la vida de Ben después de que Patty le diera la patada. Sí, era posible que hubiera estado en Texas. Además, era una paliza, pero se podía ir y volver en un día, así que ¿por qué no?

—Esto está pagado —dijo Trey, con voz de fumeta—. De todas maneras, me debe dinero, como todo el mundo en este pueblo. Les encanta apostar, pero luego no quieren pagar la deuda.

—Eh, no me lo habéis pasado —dijo Diondra haciendo un mohín. Se volvió y empezó a escudriñar por los armarios. El estudio también tenía una minicocina, imagínate, una cocina para comida basura. Abrió la puerta de la nevera, que emitió un chirrido, y cogió una cerveza, sin preguntarle a Ben si quería una. Ben miró el interior de la nevera, llena de comida hacía unas semanas, y en la que ahora sólo se veían cervezas y un tarro con un solo pepinillo que flotaba como un zurullo.

—¿Me pasas una birra, Diondra? —le dijo Ben, medio pedo.

Ladeó la cabeza hacia él, le pasó la suya y volvió a la nevera a por otra.

—Pues vamos a buscar a Runner, conseguimos algo de hierba y dinero y luego nos largamos a cualquier sitio —dijo Diondra, sentándose junto a él en la silla.

Ben miró ese ojo azul, azul oscuro —parecía como si Diondra lo mirara siempre de lado, nunca veía los dos ojos a la vez—, y por primera vez se sintió muerto de miedo. No podía dejar la escuela antes de los dieciséis sin el permiso de su madre. Y mucho menos conseguir un trabajo en la fábrica de ladrillos ni en ningún otro sitio que le diera bastante dinero como para que Diondra no lo odiara, para que no suspirara cuando él volviera a casa por la noche, y ahora era eso lo que veía, ni siquiera ese apartamentito en Wichita, sino alguna fábrica cerca de la frontera, cerca de Oklahoma, donde se trabajaba por nada, dieciséis horas al día, incluidos los fines de semana, y Diondra estaría con el bebé y lo odiaría. No tenía instinto maternal alguno, dormiría aunque el bebé llorara, se olvidaría de alimentarlo, saldría de copas con los tíos que conociera —siempre conocía a tíos, en el centro comercial, o en la gasolinera, o en el cine— y dejaría allí a la criatura. «Qué le puede pasar, es un bebé, ¿no se va a ir a ningún lado!». Era como si lo pudiera oír, y él sería el malo. El pobre idiota que no las puede mantener.

—Muy bien —dijo, convencido de que en cuanto salieran de allí se olvidarían del tema. Él prácticamente lo había hecho ya. Se le estaba espesando el cerebro. Quería irse a casa.

Trey se levantó como una flecha, haciendo tintinear las llaves del coche —«sé dónde encontrarlo»—, y de repente estaban fuera, en el frío, caminando a trompicones por la nieve y el hielo. Diondra exigía a Ben que la sujetara del brazo para no caerse, Ben pensaba: ¿y qué si se cayera? ¿Y qué si se cayera y se muriera, o perdiera el bebé? Había oído decir a las chicas del colegio que si te comías un limón al día abortabas, y había pensado meterle limón a escondidas a las colas *light* de Diondra, pero después había recapacitado: no, eso no estaba bien, hacerlo sin que ella lo supiera, pero ¿y si se cayera? Pero no se cayó, ya estaban en la camioneta de Trey, con la calefacción a tope, y Ben en el asiento trasero, como siempre —era medio asiento trasero, allí sólo cabía un niño pequeño, de modo que tenía las rodillas dobladas de lado contra el pecho—, y, cuando vio un resto seco de patata frita junto a él, se lo metió en la boca y, en lugar de mirar a ver si alguien le había visto, buscó más, lo que significaba que estaba muy fumado y muy hambriento.

LIBBY DAY

Ahora

Cuando iba a primaria, como los psicólogos querían canalizar mi maldad hacia alguna salida constructiva, yo cortaba cosas con las tijeras. Telas baratas que Diane compraba al por mayor. Yo las recortaba con las viejas tijeras metálicas subiendo y bajando: «Teodiotteodiotteodio». El suave zumbido de la tela al cortarla, aquel instante perfecto al final, cuando el pulgar empieza a dolerte y los hombros se te encogen por la postura forzada, y corta, corta, corta... Libre, la tela oscila ahora, dos piezas en tus manos, una cortina abierta. Y luego ¿qué? Así me sentía ahora, como si hubiera estado serrando algo, hasta el final, y aquí estaba, otra vez sola, en mi casita, sin trabajo, sin familia, sujetando dos piezas de tela sin saber lo que había que hacer a continuación.

Ben estaba mintiendo. Yo no quería que fuera verdad, pero era indiscutible. ¿Por qué iba a mentir sobre una novieta idiota del instituto? Mis pensamientos revoloteaban como pájaros atrapados en un desván. Quizá Ben decía la verdad y la nota de Diondra no era para él, sencillamente formaba parte de la confusión de trastos habitual en cualquier casa llena de niños en edad escolar. Demonios, Michelle podía haberla cogido de la papelera después de que algún chico mayor la hubiera tirado, un desperdicio útil para su continuo chantaje barato.

O también pudiera ser que Ben conociera a Diondra, amara a Diondra, e intentara mantenerlo en secreto porque Diondra estaba muerta.

La había matado la misma noche que mató a nuestra familia, una de sus

inmolaciones satánicas, la había enterrado en algún lugar de la enorme llanura agrícola que es Kansas. El Ben que me asustaba estaba dentro de mi cabeza: podía evocar la hoguera de una acampada, el chorrear del licor en la botella, Diondra-la-del-anuario, con los ojos cerrados y los bucles que bailaban al son de su risa, o de su canto, la cara rojiza por el reflejo de las llamas mientras Ben, de pie detrás de ella, levantaba suavemente una pala, los ojos fijos en la coronilla de la muchacha...

¿Dónde estaban los otros chicos de la secta, el resto de los seguidores de Satanás? Si realmente existía una banda de adolescentes pálidos de ojos oscuros que habían enredado a Ben, ¿dónde estaban? Ya había leído cada detalle de la información disponible sobre el juicio. La policía no había encontrado nunca a nadie implicado con Ben en el culto a Satanás. Todos los chicos diabólicos de Kinnakee, despeinados fumadores de hachís, se convirtieron de nuevo en campesinos sanotes durante los días siguientes a la detención de Ben. ¡Qué conveniente! Dos consumidores habituales de droga de unos veintipico años declararon que Ben había aparecido en algún almacén abandonado, un lugar de reunión, el día de los asesinatos. Dijeron que había chillado como un demonio cuando alguien tocó una canción navideña. Dijeron que les había contado que iba a hacer un sacrificio. Dijeron que se fue con un tío llamado Trey Teepano, uno que supuestamente se dedicaba a mutilar vacas y a idolatrar al diablo. Teepano declaró que sólo conocía a Ben de vista. Él tenía una coartada para el momento en que tuvieron lugar los asesinatos: su papá, Greg Teepano, declaró que Trey estaba en casa con él en Wamego, a una distancia de más de sesenta millas.

Así que a lo mejor Ben estaba loco, él solito. O a lo mejor era inocente. Otra vez esos pájaros aleteando en el desván. Paf, pum, catapum. Probablemente había estado sentada durante horas en el sofá, debatiendo conmigo misma sobre lo que debía hacer, vacilando, cuando oí los pesados pasos del cartero, que subía la escalera. Mi madre siempre nos obligaba a preparar galletas navideñas para el cartero. Pero el cartero de mi casa actual, o cartera, cambiaba cada cuatro o cinco semanas. Nada de galletas.

Eran tres sobres. Uno contenía publicidad sobre tarjetas de crédito, y otro, una factura a nombre de un tal Matt, que vivía en una calle lejos de la mía. El tercer sobre parecía ropa sucia, de lo arrugado y sobado que estaba. Utilizado.

Habían tachado con un rotulador negro el nombre y la dirección de otra persona, y mi nombre y dirección estaban escritos en el pequeño espacio que quedaba debajo. «Señorita Libby Day».

Era de Runner.

Subí a mi habitación y me senté en el borde de la cama para leer la carta. Luego, como siempre que me pongo nerviosa, me acurruqué en un espacio pequeño, esta vez entre la cama y la mesita de noche, sentada en el suelo, con la espalda contra la pared. Abrí el sucio sobre y saqué una mugrienta hoja de papel de escribir femenino, ribeteada de rosas. La letra de mi padre hormigueaba a través de la página: menuda, puntiaguda, como si hubieran aplastado cien arañas en el papel.

Querida Libby:

Bien, Libby, pues aquí nos encontramos después de todo este tiempo, en un sitio extraño. Por lo menos yo. Nunca pensé que acabaría tan viejo, y cansado, y solo. Tengo cáncer. Dicen que me quedan sólo unos meses. Mejor para mí, de todos modos he estado aquí más tiempo del que me merezco. Así que me emocioné al tener noticias tuyas. Mira, sé que nunca fui cariñoso contigo. Era muy joven cuando tú naciste, y no fui el mejor padre, pero intenté cuidar de ti y ser cariñoso contigo cuando pude. Tu madre lo hizo difícil. Yo era un chaval y ella era aún más joven. Y después de los asesinatos fue muy difícil para mí. Así que ya ves. Necesito decirte algo, y por favor no me vengas con sermones de que tendría que haberlo hecho antes. Ya sé que tendría que haberlo hecho antes, pero entre mis problemas de juego y que soy un alcohólico, he tenido dificultades para enfrentarme a mis demonios. Conozco al verdadero asesino de aquella noche, y sé que no fue Ben. Diré la verdad antes de morir. Si pudieras enviarme dinero, estaría contento de poder visitarte y te contaría más. Quinientos dólares bastarían.

Espero que me escribas pronto,

RUNNER PAPÁ DAY
12 Donneran Rd.

Albergue Bert Nolan para Hombres
Lidgerwood, Oklahoma

P. D.: Pregúntale el código postal a alguien, no me lo sé.

Agarré la lamparita y la arrojé hacia el otro lado de la habitación; la lámpara voló un metro hasta que el cable la paró en seco y cayó al suelo. Me levanté, la desenchufé de un tirón y la arrojé de nuevo. Chocó contra la pared, y la pantalla se desprendió y rodó sin rumbo; la bombilla rota asomaba por la parte de arriba como un diente quebrado.

—¡Jódete! —chillé. Me dirigía tanto a mí misma como a mi padre. Más que una estupidez, era una locura que yo, a estas alturas, pretendiera que Runner actuara de manera correcta. La carta no era más que una mano abierta, en la distancia, pidiendo una limosna, tratándome de ingenua. Le daría esos quinientos y no volvería a verlo hasta que yo buscara otra vez ayuda o más respuestas, y entonces él volvería a manipularme. A su propia hija.

Iría a Oklahoma. Di dos patadas a la pared, haciendo tintinear las ventanas, y estaba preparándome para la tercera cuando sonó el timbre de abajo. Instintivamente miré afuera, pero no veía más que la copa de un sicómoro y el cielo oscureciéndose. Me quedé paralizada, esperando que el intruso se marchara, pero el timbre volvió a sonar, cinco veces seguidas; gracias a mi ataque de rabia, la persona que estaba en el porche tenía la seguridad de que yo estaba en casa.

Iba vestida como solía vestir mi madre en invierno: una sudadera grande sin forma, un pantalón de chándal barato con forma de saco, calcetines gruesos y ásperos. Me volví hacia el armario, pero decidí que no importaba, y el timbre volvió a sonar.

Mi puerta no tiene cristal, por lo que no podía ver a la persona que esperaba fuera. Eché la cadena de seguridad y entreabrí la puerta, alcanzando a ver la parte de atrás de una cabeza, una melena enmarañada de color rojizo; entonces Krissi Cates dio media vuelta y me miró.

—Aquellas viejas de enfrente son bastante groseras —dijo, y saludó con la mano como una corista, un saludo parecido al que yo les había hecho la semana anterior, un saludo amplio y agresivo—. ¿Es que nadie les ha dicho

que es de mala educación mirar fijamente a la gente?

Seguía observándola a través de la estrecha abertura que permitía la cadena, sintiéndome como una viejecita.

—Tengo tu dirección de cuando fuiste al club, ¿recuerdas? —dijo, agachándose un poco para mirarme a los ojos—. Lo que aún no tengo es el dinero que me prestaste. Pero, bueno, quería hablar un rato contigo. No puedo creer que no te conociera aquella noche. Bebo muchísimo, demasiado. —Lo dijo sin vergüenza, como si dijera que era alérgica al trigo—. Es realmente difícil encontrar tu casa. Y no he bebido nada. Pero nunca me aclaro con las direcciones. Si llego a una bifurcación y tengo que elegir entre la derecha y la izquierda, siempre escojo el camino equivocado. ¿Sabes?, debería escuchar a mi instinto y luego hacer lo contrario de lo que me dice. Pero no lo hago. No sé por qué.

Seguía soltando una frase tras otra, sin pedir que la dejara entrar, y probablemente por ese motivo me decidí a franquearle la puerta.

Entró respetuosamente, las manos entrelazadas como una niña bien, buscando en mi cuchitril algo que mereciera un cumplido, hasta que vio la caja de lociones al lado del televisor.

—Ah, yo también soy una fanática de las lociones, tengo una con aroma de pera que me mola mucho, pero ¿has probado la crema de ubre? Es la que solían ponerles a las vacas lecheras. ¿Sabes?, en las tetas. Es muy suave, puedes comprarla en la farmacia.

Negué indecisa con la cabeza y la invité a un café, a pesar de que sólo me quedaban unos granos de café instantáneo.

—Mmmmm, perdona, pero ¿tienes algo para beber? Ya sabes, los viajes dan sed.

Las dos fingimos que era normal que tuviera sed, como si dos horas en coche dieran unas ganas imperiosas de beber alcohol. Fui a la cocina esperando encontrar una lata de Sprite en algún lugar de la nevera.

—Tengo ginebra, pero nada para mezclarla —grité.

—Ah, vale —dijo—. Sola está bien.

Tampoco tenía cubitos —es un esfuerzo rellenar las bandejas—, así que serví dos vasos de ginebra a temperatura ambiente y cuando volví la encontré cerca de mi caja de lociones. Seguro que ya tenía unas cuantas botellitas

metidas en los bolsillos. Llevaba un traje de chaqueta negro con un jersey rosa pálido de cuello alto, un estilo penosamente pretencioso para una artista de *striptease*. Que se quedara con la loción.

Le pasé el vaso y me fijé en sus uñas, pintadas a juego con el jersey, y luego me fijé en cómo se fijaba ella en el dedo que me falta.

—¿Eso es de...? —comenzó; fue la primera vez que la vi dudar y no acabar una frase. Asentí con la cabeza.

—¿Y qué tal? —dije, haciéndome la simpática. Suspiró y se acomodó en el sofá, los gestos delicados, como si estuviera tomando el té con damas elegantes. Me senté a su lado, crucé las piernas y luego volví a descruzarlas, de manera forzada.

—No sé cómo decirlo —empezó, tomando un trago de ginebra.

—Dilo sin más.

—Es que, cuando me di cuenta de quién eras..., quiero decir, viniste a mi casa aquel día.

—No he estado nunca en tu casa —contesté, confusa—. Ni siquiera sé dónde vives.

—No, ahora no, entonces. El día que mataron a tu familia, tú y tu madre vinisteis a mi casa.

—Mmm. —Entrecerré los ojos, intentando pensar. En realidad, aquel día no me había parecido tan excepcional, sabía que Ben estaba metido en un lío, pero no el motivo ni la gravedad del tema. Mamá nos había escondido su creciente pánico. Sí, recordaba que había ido con mamá y Diane a buscar a Ben. Yo iba en el asiento trasero del coche, sola, todo el espacio para mí, muy satisfecha. Recuerdo que me había salpicado aceite en la cara cuando Michelle estaba friendo el salami. Recuerdo que visitamos casas bulliciosas, una fiesta de cumpleaños donde mamá creía posible encontrar a Ben. O algo parecido. Recuerdo haberme comido un bollo. Nunca encontramos a Ben.

—No te preocupes —interrumpió Krissi—. Yo sólo..., con todo lo que ha pasado, me olvidé. Te olvidé. ¿Te importa servirme otra? —Me tendió el vaso, con decisión, como si llevara un buen rato vacío. Lo llené hasta arriba para evitar nuevas interrupciones.

Tomó un sorbo, se estremeció.

—¿Quieres que vayamos a algún lado? —preguntó.

—No, no, sigue contando.

—Te mentí —dijo secamente.

—¿Sobre qué?

—Ben nunca abusó de mí sexualmente.

—Eso me parecía —dije, de nuevo intentando hacerme la simpática.

—Y tampoco abusó de ninguna otra chica.

—No. Todas, excepto tú, se retractaron de su declaración.

Se movió en el sofá, los ojos vueltos hacia la derecha, recordando su casa, su vida, hacía tanto tiempo.

—El resto era verdad —comentó—. Yo era una chica bonita, teníamos dinero y me iba bien en la escuela, el *ballet* clásico... Siempre pienso que si no hubiera contado aquella mentira estúpida... Si no hubiera salido de mi boca, mi vida sería totalmente diferente. Sería un ama de casa, y tendría mi propio estudio de *ballet* o algo así. —Se señaló con el dedo la barriga, siguiendo la cicatriz de la cesárea (que yo ya le había visto).

—Pero ¿tienes hijos, verdad? —pregunté.

—Siii —contestó haciendo un gesto raro con los ojos. No pregunté más.

—Entonces ¿qué pasó? ¿Cómo empezó todo? —pregunté. No entendía el alcance de aquella mentira que Krissi había contado, cómo nos había llegado a afectar aquel día. Pero parecía importante, relevante; había tenido un efecto dominó, por citar a Lyle. Si la policía quería hablar con Ben por lo que había dicho Krissi, eso era significativo. Tenía que serlo.

—Bien, yo me había encaprichado de él. Y mucho. Y sé que yo también le gustaba. Estábamos unidos, de un modo que probablemente no era bueno. Sí, ya sé que él también era un niño, pero era lo bastante mayor para... para no haberme provocado. Nos besamos un día, y eso lo cambió todo...

—Le besaste.

—Nos besamos.

—¿Cómo?

—De una manera inapropiada, como adultos. No querría que ningún adolescente besara de esa manera a mi hija, que está en quinto.

No creía lo que me estaba diciendo.

—Continúa —dije.

—Más o menos una semana más tarde, durante las vacaciones de Navidad,

fui a pasar la noche con un grupo de amigas a casa de una de ellas, y les conté que tenía un novio en el instituto. Estaba orgullosa. Me inventé cosas que hacíamos, cosas de sexo. Y una de ellas se lo contó a su madre, y su madre llamó a la mía. Aún lo recuerdo. Recuerdo a mi madre hablando por teléfono, y yo en mi cuarto, esperando a que ella viniera a gritarme. Siempre estaba cabreada por algo. Y vino, en plan simpático, ya sabes, y cogiéndome de la mano. «Cariñito, nenita, cuéntamelo todo, puedes fiarte de mí, juntas lo arreglaremos», y preguntándome si Ben me había toqueteado.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Pues lo del beso, no pensaba decir más. Sólo la verdad. Pero ella no pareció darle importancia, se puso en plan de «vale, no es para tanto. No hay problema». Recuerdo que dijo: «¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que pasó?», casi como si se sintiera decepcionada, y entonces me puse de pie y solté: «Me tocó aquí. Me obligó a hacer cosas».

—Y luego ¿qué?

—La cosa fue a más. Mi madre se lo dijo a mi padre, y él empezó a lamentarse: «Mi bebé, mi pobre niñita», y llamaron a la escuela y la escuela envió a un, esto..., a un psicólogo infantil. Era un tipo que había ido a la universidad, y él hizo imposible que yo dijera la verdad. Quería creer que habían abusado sexualmente de mí.

Fruncí el ceño.

—Lo digo en serio. Yo quería decirle la verdad y que él se la contara a mis padres, pero... me preguntaba si Ben me había forzado a hacer cosas sexuales, y yo decía que no, y él insistía. «Parece que eres una chica lista y valiente, dependo de ti para que me digas lo que pasó. Ah, ¿no pasó nada? ¡Dios! Creía que eras más valiente. Realmente esperaba que fueras lo bastante valiente para ayudarme con todo esto. ¿Podrías decirme al menos si por lo menos te acuerdas de ese tipo de tocamiento o de qué dijo Ben? ¿Recuerdas si jugaste a un juego como ése? ¿Puedes decirme si por lo menos recuerdas eso? Ah, eso está bien. Sabía que podías hacerlo, qué niña más buena e inteligente». Y, no sé, a esa edad, si los adultos te insisten, te animan..., pues la mentira empieza a parecerse real. Y todos aquellos adultos querían que yo dijera que sí. Y mis padres me decían, muy serios: «Está bien decir la verdad. Decir la verdad está bien». Y entonces contabas la mentira que para ellos era

la verdad.

Me acordaba de mi propio psiquiatra, después de los asesinatos: el doctor Brooner, que siempre iba de azul, mi color preferido, y que siempre me daba chuches cuando le decía lo que él quería oír. «Cuéntame cuando viste a Ben con aquel rifle, pegándole un tiro a tu madre. Sé que esto es muy difícil para ti, Libby, pero si lo dices, en voz alta, ayudarás a tu mamá y a tus hermanas, y te ayudarás a ti misma a ponerte bien. No te lo calles, Libby, no te calles la verdad. Puedes ayudar a que Ben sea castigado por lo que le hizo a tu familia». Yo entonces era una buena chica y dije que había visto a Ben matar a mi madre y cortar a mi hermana a trozos. Y luego me daban la manteca de cacahuete con mermelada de albaricoque, mi favorita, la que el doctor Brooner siempre me traía. Pienso que él realmente creía que estaba ayudando.

—Intentaban hacer que te sintieras cómoda, pensaban que cuanto más creían en ti, más fácil lo tendrías —dije—. Intentaban ayudarte, y tú intentabas ayudarles a ellos. —El doctor Brooner me dio un pin en forma de estrella con las palabras «SuperLista» y «SuperEstrella» después de que mi testimonio confirmara la condena de Ben.

—¡Sí! —dijo Krissi, sus ojos se agrandaron—. Aquel psicólogo me ayudó a visualizar escenas enteras. Las escenificábamos con muñecas. Y luego empezó a hablar con las otras chicas, chicas que no habían llegado a besar a Ben, y, ¿sabes?, en unos cuantos días nos habíamos inventado todo un mundo imaginario en el que Ben idolatraba al diablo, hacía cosas como matar conejos y nos forzaba a comer las entrañas mientras él nos hacía tocamientos. Fue una locura. Pero fue... divertido. Reconozco que es horrible, pero las chicas nos reuníamos, una noche nos quedamos en casa de una amiga y nos sentamos en círculo en el dormitorio, animándonos, inventando historias, cada cual más descabellada y escabrosa que la anterior, y... ¿has jugado alguna vez con un tablero de güija?

—De niña.

—¡Bien! Ya sabes, quieres que todo sea de verdad, y alguien mueve la piececita del corazón un poquito y sabes que alguien la está moviendo, pero una parte de ti cree que quizá sea de verdad, que es un fantasma de verdad, y nadie dice nada, todo el mundo sabe que hay un acuerdo tácito de creer.

—¿Y en ningún momento dijiste la verdad?

—A mis padres se la dije. Aquel día, el día que vinisteis, habían llamado a la policía, todas las chicas estaban en mi casa. Nos dieron pastel y... ¡Por el amor de Dios, todo aquello fue una locura! Mis padres dijeron que me comprarían un estúpido cachorro para que me sintiera mejor. Y luego se fueron los policías y se fueron las chicas y se fue el psicólogo, y yo subí a mi dormitorio y sin más empecé a llorar, y es que sólo entonces me di cuenta. Sólo entonces empecé a pensar.

—Pero dijiste que tu padre había salido en busca de Ben.

—No, era una pequeña fantasía. —Miró fijamente al otro lado de la habitación otra vez—. Cuando se lo dije, mi papá me sacudió con tanta fuerza que pensaba que se me caería la cabeza. Y, después de esos asesinatos, todas las chicas se dejaron llevar por el pánico, todo el mundo contó la verdad. Todos nos sentíamos como si hubiéramos llamado al diablo. Como si nos hubiéramos inventado esta malvada historia sobre Ben y una parte de ella se hubiera hecho realidad.

—Pero tu familia percibió una gran suma de dinero como compensación.

—No fue tanto. —Estudió lo que quedaba en el culo del vaso.

—Entonces, tus padres siguieron adelante después de que les dijeras la verdad.

—Mi padre era un hombre de negocios y quería recibir esa compensación.

—Pero él ya sabía que Ben no te había tocado.

—Sí, lo sabía —dijo, a la defensiva, haciendo aquel gesto con el cuello que recordaba a una gallina. *Buck* vino y se frotó contra su pierna, y ella, aparentemente tranquila, le acarició el pelaje con sus largas uñas—. Aquel año nos mudamos. Mi padre dijo que aquel lugar estaba contaminado. Pero el dinero no ayudó realmente. Recuerdo que me compró un perro, y cada vez que intentaba hablar del perro, él levantaba la mano para que lo dejara en paz. Mi madre nunca me perdonó. Yo llegaba a casa y le contaba algo que había pasado en la escuela y... y ella sólo decía: «¿De veras?». Como si yo mintiera, dijera lo que dijera. Podía decirle que había comido puré de patatas a mediodía, y ella decía: «¿De veras?». Y luego dejó de hablar. Cuando llegaba de la escuela, se iba a la cocina y abría una botella de vino, y se llenaba una y otra vez el vaso, deambulando por la casa, sin hablar. Constantemente moviendo la cabeza en un gesto de negación. Recuerdo que

una vez le dije que ojalá no la hubiera puesto tan triste, y ella dijo: «Pues lo hiciste».

Krissi lloraba ahora, acariciando al gato rítmicamente.

—Y se acabó. Antes de que acabara el año mi madre se había ido. Llegué un día de la escuela, y había vaciado su habitación. —Entonces dejó caer la cabeza hasta las rodillas, un gesto infantil, dramático, el pelo tirado sobre la cabeza. Yo sabía que ella quería una caricia, que la tranquilizara, pero me limité a esperar y finalmente me miró, desde abajo.

—Nadie me perdona nunca nada —gimió, la barbilla le temblaba. Quería decirle que yo sí la perdonaba, pero no lo hice. En vez de eso, le serví otro vaso.

PATTY DAY

2 de enero de 1985

18.11

Patty seguía murmurando disculpas mientras Lou Cates la acompañaba precipitadamente a la puerta y de repente se encontró fuera, en el aire congelado, parpadeando rápidamente. Antes de conseguir mover los labios, de emitir cualquier tipo de sonido, se abrió la puerta de nuevo y salió un hombre de unos cincuenta años que cerró la puerta tras de sí. Ahora eran cuatro los que estaban fuera: Patty, Diane, Libby y el hombre, con ojeras de basset hound bajo unos ojos lacrimosos y el pelo canoso peinado hacia atrás. Se pasó la mano por el cabello engominado mientras evaluaba a Patty, cuyo anillo irlandés Claddagh brillaba en su dedo.

—¿Señora Patty Day? —Su aliento a café permaneció en el aire frío, algo descolorido.

—Yo soy Patty Day. La madre de Ben Day.

—Hemos pasado por aquí para intentar aclarar este asunto —interrumpió Diane—. Hemos oído muchos rumores, pero nadie se ha molestado en hablar con nosotros directamente.

El hombre se puso las manos en la cintura, miró a Libby y apartó la vista rápidamente.

—Soy el inspector Jim Collins, a cargo de esta investigación. He venido para hablar con estas familias, pero por supuesto, luego me iba a poner en contacto con ustedes. Me han ahorrado el viaje. ¿Qué les parece si vamos a hablar a algún otro sitio? Aquí hace un poco de frío.

Fueron a un Dunkin' Donuts, junto a la autopista, en dos coches. Diane contó un chiste sobre polis y donuts y a continuación maldijo a la señora Cates: «No nos ha hecho ni caso». Normalmente Patty hubiera dicho algo en defensa de la señora Cates: los papeles de Diane y Patty, la directa y la conciliadora, estaban bien definidos. Pero la familia Cates no necesitaba defensa alguna.

El inspector Collins estaba esperándolas con tres tazas de café y un vaso de leche para Libby.

—No sabía si ustedes le dejan comer dulces —dijo, y Patty se preguntó si él pensaría que ella era una mala madre si le compraba un donut a Libby. Especialmente si se enteraba de que habían comido tortitas esa mañana. «Ésta será mi vida a partir de ahora —pensó—, siempre preocupada por lo que dirá la gente». Sin embargo, Libby ya estaba restregándose la cara contra el escaparate de los pastelitos, pegando saltitos de un pie a otro, así que Patty rebuscó unas monedas en el bolsillo y le compró un donut glaseado de rosa, que le dio en una servilleta. En ese momento no podía negarle nada, no podía soportar que la niña estuviera mirando fijamente y de manera lastimosa todos aquellos dulces de color rosa pastel, mientras ella mantenía una conversación sobre si su hijo era o no un pederasta satánico. Estuvo a punto de echarse a reír de nuevo. Acomodó a Libby en una mesa contigua y le dijo que se estuviera quieta y que comiera mientras los mayores hablaban.

—¿Son todos pelirrojos? —preguntó Collins—. ¿De dónde viene el rojo? ¿Son irlandeses?

Patty recordó la conversación que siempre tenía con Len sobre su pelo rojo y pensó: «Nos quedaremos sin la granja. ¿Cómo he podido olvidar que nos quedamos sin la granja?».

—Alemanes —dijo por segunda vez ese día.

—Tiene un par de niñas más, ¿verdad? —dijo Collins.

—Sí. Tengo cuatro hijos.

—¿Del mismo padre?

Diane susurró en la silla junto a ella:

—¡Naturalmente que del mismo padre!

—Pero está usted sola, ¿correcto? —preguntó Collins.

—Estamos divorciados, sí —dijo Patty intentando sonar tan mojigata como

la mujer de un predicador.

—¿Qué tiene que ver esto con lo que está pasando con Ben? —dijo bruscamente Diane, inclinándose hacia él en la mesa—. Por cierto, soy la hermana de Patty. Cuido de estos niños casi tanto como ella.

Patty se estremeció, y el inspector se percató de ello.

—Vamos a intentar llevar esto de manera civilizada —dijo Collins—. Porque nos queda un largo camino que recorrer juntos antes de que se aclare todo esto. Los cargos que apuntan hacia su hijo, señora Day, son muy serios, y de naturaleza muy inquietante. Hay cuatro niñas que dicen que Ben las tocó en sus partes íntimas y que las obligó a tocarle. Que las llevó a alguna granja e hicieron cosas... relacionadas con los rituales satánicos. —Dijo «rituales satánicos» como alguien que no tiene ni idea de coches y repite lo que le ha dicho el mecánico: «Se ha roto la bomba de la gasolina».

—Ben no tiene coche —dijo Patty de manera prácticamente imperceptible.

—Aunque la diferencia de edad entre un niño de once años y uno de quince es sólo de cuatro años, esos años son cruciales —continuó Collins—. Si las acusaciones resultaran ser ciertas, su hijo se vería en una situación muy difícil. Y, francamente, tendremos que hablar no sólo con Ben, sino también con sus hermanas.

—Ben es un buen chico —dijo Patty, lamentando que la voz le sonara tan floja y débil—. Cae bien a todo el mundo.

—¿Qué piensan de él en la escuela? —preguntó Collins.

—¿Perdone?

—¿Es bien visto por sus compañeros?

—Tiene muchos amigos —farfulló Patty.

—Creo que no los tiene, señora —dijo Collins—. Por lo que hemos averiguado, le gusta estar solo.

—¿Y eso qué demuestra? —saltó Diane.

—No demuestra absolutamente nada, señorita...

—Krause.

—No demuestra absolutamente nada, señorita Krause. Pero esa circunstancia, combinada con el hecho de que no tiene una figura paterna sólida a su lado, me hace pensar que podría ser más vulnerable a, digamos, influencias negativas. Drogas, alcohol, gente que tal vez sea algo más

peligrosa, con problemas.

—No se relaciona con delincuentes, si eso es lo que le preocupa —dijo Patty.

—Entonces deme el nombre de algunos de sus amigos —comentó Collins—. Dígame con qué gente va. Dígame con quién estuvo el fin de semana pasado.

Patty permaneció inmóvil, muda. Después movió la cabeza en un gesto de negación y cruzó las manos cerca de una mancha de glaseado de chocolate que había en la mesa. Había tardado en ocurrir, pero ahora estaba desvelando cómo era ella realmente: una mujer incapaz de controlar su vida, que vivía de emergencia en emergencia, pidiendo dinero prestado, apenas durmiendo, escabulléndose cuando tendría que haber estado ocupándose de Ben, motivándole para que se interesara por un *hobby* o para unirse a un club, secretamente agradecida cuando él se encerraba en su cuarto o desaparecía por la noche, sabiendo que tenía un niño menos del que encargarse.

—Por lo que veo, no está muy al tanto de las actividades de su hijo —suspiró Collins, como si ya supiera el final de la historia.

—Queremos un abogado antes de que esto continúe, antes de que hable con los niños —interrumpió Diane.

—Francamente, señora Day —dijo Collins, sin siquiera mirar a Diane—, con tres niñas en casa, si yo fuera usted, querría más que nadie que todo saliera a luz. Este tipo de comportamientos son incontrolables. De hecho, si es cierto, y para serle sincero, creo que lo es, sus hijas probablemente fueron sus primeras víctimas.

Patty se volvió para mirar a Libby, que seguía sentada, chupando el glaseado del donut. Pensó en lo mucho que Libby buscaba a Ben. Pensó en todas las tareas que los niños hacían solos. En ocasiones, tras un día de trabajo con Ben en el granero, las niñas volvían a la casa irritadas, llorosas. Pero... ¿y qué? Eran niñas, se cansaban y se enfadaban. Quería tirarle el café a la cara a Collins.

—¿Puedo hablarle claro? —dijo Collins, envolviéndola con su voz—. No puedo ni imaginar lo horrible que debe de ser para una madre oír esas cosas. Pero le puedo decir algo, y lo dice nuestro psicólogo, que ha estado trabajando con ellas cara a cara: esas niñas nos están contando cosas que ni un

alumno de quinto de primaria sabría, a menos que realmente le hubieran pasado. Dice que son los clásicos escenarios de abuso. Habrá oído hablar del caso McMartin, supongo.

Patty lo recordaba vagamente. Un jardín de infancia en California cuyos maestros estaban siendo juzgados por satanismo, por abusar de los niños. Se acordaba del telediario de la noche: una bonita y soleada casa en California, con unas letras negras estampadas encima: «Guardería de Pesadilla».

—Me temo que el satanismo no es poco común —comentó Collins—. Se ha abierto camino en todas las áreas de la sociedad. Los adoradores de Satán suelen tentar a jóvenes para unirlos al rebaño. Y uno de sus objetivos es la... degradación de niños.

—¿Tiene alguna prueba? —le gritó Diane—. ¿Algún testigo, aparte de unas niñas de once años? ¿Tiene hijos usted? ¿Sabe la facilidad que tienen para imaginarse cosas? Su vida entera es una fantasía. De modo que ¿hay alguien más que respalde esas mentiras, además de un grupo de niñas y un psiquiatra de Harvard sabelotodo que les tiene a todos impresionados?

—Bueno, tanto como pruebas... Todas las niñas dijeron que se quedó con sus bragas como una especie de *souvenir* morboso —le dijo Collins a Patty—. Si nos deja echar un vistazo en su casa, tal vez podríamos empezar a aclarar eso.

—Antes tenemos que hablar con un abogado —le dijo Diane a su hermana.

Collins se tomó el café de un trago y contuvo un eructo, se pegó con el puño en el pecho y le sonrió tristemente a Libby por encima del hombro de Patty. Tenía la típica nariz roja de bebedor.

—Lo primero es mantener la calma. Hablaremos con todas las personas involucradas —dijo Collins, todavía ignorando a Diane—. Hemos hablado con varios profesores del instituto y de la escuela, y lo que hemos oído no nos hace sentir mejor, señora Day. Una maestra, la señora... Darksilver...

Miró a Patty para que le confirmara el nombre, y ella asintió. La señora Darksilver siempre había querido a Ben, había sido uno de sus alumnos preferidos.

—Esta mañana ha visto a su hijo husmeando en la casilla de Krissi Cates. En la escuela de primaria. Durante las vacaciones de Navidad. Esto me inquieta. —Miró a Patty fijamente, con los ojos rojos—. Y la señora

Darksilver dice que, al parecer, estaba excitado.

—¿Qué quiere decir? —dijo Diane de manera brusca.

—Tuvo una erección. Cuando miramos en la casilla de Krissi, encontramos una nota de carácter insinuante y provocativo. Señora Day, en nuestras entrevistas, su hijo ha sido definido repetidas veces como un paria, un inadaptado social. Raro. Se le considera una bomba de relojería. Algunos maestros incluso le tienen miedo.

—¿Miedo? —repitió Patty—. ¿Cómo pueden tenerle miedo a un niño de quince años?

—No sabe lo que encontramos en su taquilla.

LO QUE ENCONTRARON en su taquilla. Patty pensó que Collins diría drogas o revistas pornográficas o, en un mundo más misericordioso, un montón de petardos ilegales. Ojalá fuese eso: una docena de bengalas esperando a ser prendidas en su mochila. Eso podía soportarlo.

Incluso cuando Collins había hecho su suave introducción —«Esto es muy alarmante, señora Day, quiero que se prepare»—, Patty había pensado que tal vez sería una pistola. A Ben le encantaban las pistolas, siempre le habían encantado, era como su etapa de avioncitos y su etapa de camiones, excepto que ésta seguía. Era algo que hacían juntos —que *habían* hecho juntos—, cazar, disparar. Tal vez había llevado una a la escuela simplemente para exhibirla. La Colt Peacemaker. Su favorita. Se suponía que no podía cogerla sin su permiso, pero, si la había cogido, ya lo arreglarían. Así que ojalá fuera una pistola.

Collins se había aclarado la garganta y había dicho, con una voz que los hizo inclinarse hacia delante:

—Encontramos unos... despojos... en la taquilla de su hijo. Órganos. En un principio pensamos que tal vez fueran de un bebé, pero parece que son de animal. Órganos femeninos en un recipiente de plástico, tal vez de un perro o de un gato. ¿Se les ha perdido un perro o un gato?

Patty aún estaba mareada por la noticia. No podía creer que realmente pensaran que Ben podría tener órganos de un bebé en su taquilla, que su hijo fuera un tarado. En ese mismo instante, mientras miraba fijamente las migas de donuts color pastel esparcidas, supo que Ben iría a prisión. Si pensaban que su

hijo era tan depravado, no tenía oportunidad alguna.

—No, no nos falta ninguna mascota.

—Nuestra familia es de cazadores. De granjeros —dijo Diane—. Estamos con animales todo el tiempo. No sería tan extraño que Ben tuviera algo de algún animal.

—¿De veras? ¿Guardan órganos de animales en su casa? —Por primera vez, Collins miró directamente a Diane, con una mirada dura que mantuvo solamente durante un par de segundos.

—¿Hay alguna ley que lo prohíba? —espetó Diane.

—Uno de los rituales de los satanistas consiste en el sacrificio de animales, señora Day —dijo Collins—. Estoy seguro de que ha oído hablar de esa res despedazada a hachazos cerca de Lawrence. Creemos que existe relación entre este suceso y lo de las niñas.

Patty tenía una mirada fría. Ya estaba hecho, estaba todo hecho.

—¿Qué quieren que haga yo? —preguntó.

—La acompañaré a casa para hablar con su hijo, ¿de acuerdo? —dijo Collins en tono paternal, la voz más aguda, convertida casi en un susurro. Patty podía sentir cómo Diane, a su lado, apretaba las manos en un puño.

—No está en casa. Lo hemos estado buscando.

—Tenemos la necesidad imperiosa de hablar con su hijo, señora Day. ¿Dónde cree que podemos encontrarlo?

—No sabemos dónde está —intervino Diane—. Estamos en el mismo barco que usted.

—¿Va a arrestarlo? —preguntó Patty.

—No podemos hacer nada hasta que hablemos con él, y cuanto antes lo hagamos, antes arreglaremos todo esto.

—Eso no es una respuesta —dijo Diane.

—Sólo tengo ésa, señora.

—Eso significa sí —dijo Diane, y por primera vez bajó la mirada.

Collins se había levantado y se había acercado a Libby mientras respondía esa última pregunta, ahora estaba arrodillado junto a ella, diciéndole un «Hola, cielo, ¿cómo estás?».

Diane le agarró del brazo.

—Déjela.

Collins la miró con el ceño fruncido.

—Sólo intento ayudar. ¿No quiere saber si Libby está bien?

—*Sabemos* que Libby está bien.

—¿Por qué no deja que ella me lo diga? Podríamos pedir a los servicios sociales que...

—Que le den —dijo Diane, poniéndose delante de él.

Patty se quedó en su sitio, deseando desconectar. Oía a Diane y a Collins discutir tras ella, pero permaneció sentada, observando cómo la mujer de detrás de la barra preparaba un café, e intentó enfocar todo su interés en ella. Pero al cabo de unos segundos Diane la cogió del brazo y las arrastró, a ella y a Libby, que tenía la boca sucia de donut, fuera del restaurante.

PATTY TENÍA GANAS de llorar camino de casa, pero quería esperar a que se fuera su hermana. Diane la obligó a conducir, argumentando que le iría bien concentrarse. Patty estaba tan distraída que Diane tenía que ir diciéndole qué marcha meter. «¿Por qué no pruebas con la tercera?... Ahora convendría que pusieras segunda». Libby iba en el asiento trasero, sin decir nada, hecha un ovillo, con las rodillas en la barbilla.

—¿Va a pasar algo malo? —preguntó Libby al fin.

—No, cariño.

—Pues a mí me parece que va a pasar algo malo.

Patty sintió otra punzada de pánico: qué demonios hacía metiendo a una niña de siete años en una situación así. Su madre no lo hubiera hecho. Pero, claro, su madre tampoco habría criado a Ben de la manera en que lo había hecho ella —sin prestarle la debida atención y con los dedos cruzados, fiándolo a la suerte—, así que todo eso no habría pasado.

Necesitaba llegar a casa, al nido, sentirse segura. Esperaría a que regresara Ben —ya pronto tendría que estar de vuelta—, y Diane iría a indagar por ahí: quién sabía qué, de qué lado estaba la gente, y con qué amigos, por el amor de Dios, iba Ben.

Cuando llegaron a la casa, vieron el Cavalier de Patty y otro coche, un deportivo de dos plazas, que parecía tener unos diez años, cubierto de barro.

—¿Quién es? —preguntó Diane.

—Ni idea. —Lo dijo de manera trágica. Patty ya sabía que, fuera quien

fuera, las noticias serían deprimentes.

Abrieron la puerta y sintieron una oleada de aire caliente procedente del interior. El termostato debía de estar a más de treinta. Lo primero que vieron fue una caja de cacao abierta en la mesa del comedor, con un rastro de su contenido que llevaba a la cocina. Entonces Patty oyó esa risa silbante y lo supo. Runner estaba sentado en el suelo, bebiendo chocolate caliente, con sus hijas apoyadas contra él. Estaban viendo un documental de vida salvaje en la tele, y las niñas gritaban y se aferraban a él mientras un caimán salía estrepitosamente del agua y se precipitaba sobre algo con cuernos.

Levantó la mirada perezosamente.

—Hola, Patty. Cuánto tiempo.

—Tenemos asuntos familiares que resolver —intervino Diane—. Deberías irte.

Durante aquellas largas semanas que Runner había estado en la casa, él y Diane habían discutido a menudo; ella gritaba y él la mandaba a paseo: «Tú no eres su marido, Diane». Él se iba al garaje, se emborrachaba y se pasaba horas lanzando una vieja bola de béisbol contra la pared. Diane no iba a conseguir que Runner se fuera de casa.

—Déjalo, Diane —dijo Patty—. Ve a dar una vuelta por ahí y llámame cuando sepas más cosas de lo que está pasando, ¿vale?

Diane fulminó a Runner con la mirada, refunfuñó algo y se fue, cerrando la puerta con firmeza tras de sí.

Michelle dijo: «¿Y a esta qué le pasa?», y le hizo una mueca a su padre, la pequeña traidora. Su pelo marrón tenía electricidad estática donde Runner le había dado un cachete. Él siempre había sido raro con sus hijos, juguetón, pero de manera brusca. No se comportaba con ellos como un adulto. Le gustaba pellizcar a las niñas y zarandearlas para reclamar su atención. Cuando estaban viendo la tele, de repente se acercaba y les daba tales pellizcos que las hacía llorar. Él se reía y decía: «Vamos, no os pongáis así, sólo os estaba saludando». Y, cuando las acompañaba a alguna parte, iba un par de pasos detrás, en lugar de caminar junto a ellas, y las miraba de reojo. A Michelle le recordaba a un viejo coyote persiguiendo y jugando ladinamente con su presa antes de atacar.

—Papá nos ha hecho macarrones —dijo Debby—. Se va a quedar a cenar.

—Ya sabéis que no debéis dejar entrar a nadie en casa mientras estoy fuera —dijo Patty, recogiendo el polvo con un trapo mugriento.

Michelle puso los ojos en blanco y se apoyó en el hombro de Runner.

—Pero, mamá, es papaaaaá.

Todo sería mucho más fácil si Runner estuviera muerto. Tenía tan poco contacto con sus hijos, les era de tan poca ayuda, que si se muriera las cosas mejorarían. Pero seguía vivo, y aterrizaba de vez en cuando de manera inesperada con ideas, planes y órdenes que los niños solían obedecer. Porque lo decía papá.

Le encantaría ponerlo en su sitio. Contarle lo de su hijo y la inquietante colección de su taquilla. La idea de Ben cortando y guardando pedazos de animales le hacía atragantarse. Lo de la niña de los Cates y sus amigas era un malentendido que podría acabar bien o mal. Pero para el surtido de pedazos de carne no podía encontrar una excusa, y eso que solía ser buena buscando excusas. No le preocupaba lo que pudiera decir Collins acerca de que Ben podía haber abusado de sus hermanas. Había estado analizando esa posibilidad camino de casa, desde todo los ángulos posibles, a fondo, de manera rigurosa. Y no le cabía la menor duda: Ben nunca haría eso.

Pero también sabía que su hijo se recreaba con el dolor ajeno. Recordó lo de los ratones: golpeándolos con la pala como un robot, los dientes apretados en una mueca mientras el sudor le caía por la cara. Había sentido placer con eso, ella lo sabía. Se enzarzaba en peleas con sus hermanas, buscando el límite. A veces las risitas se convertían en llantos y, cuando ella acudía a ver qué pasaba, Ben le estaba retorciendo el brazo a Michelle por detrás de la espalda y se lo iba subiendo. O inmovilizaba a Debby y le daba pellizcos hasta que le salían puntitos de sangre. Con las niñas se mostraba como Runner: excitado y tenso.

—Papá tiene que irse.

—Por Dios, Patty, ¿ni siquiera un hola antes de echarme a la calle? Venga, vamos a hablar. Tengo una propuesta de negocio para ti.

—No estoy en posición de hacer negocios. Runner —dijo—. No tengo ni un centavo.

—No eres tan pobre como dices —dijo con una mirada maliciosa, y se puso la gorra de béisbol al revés, sobre el escaso pelo que le quedaba. Había

querido que sonara como una broma, pero le salió en un tono más bien amenazador, como si fuera mejor que tuviera algo de dinero si sabía lo que le convenía.

Se quitó a las niñas de encima y fue hacia ella, acercándose demasiado, como siempre, con la camisa pegada al pecho por el sudor de la cerveza.

—¿No acabas de vender el cultivador, Patty? Vern Evelee me ha dicho que acabas de vender el cultivador.

—Todo ese dinero se ha ido, Runner. Siempre se va tan pronto como lo consigo. —Hizo como si revisara el correo. Él permaneció al lado de ella.

—Necesito que me ayudes. Sólo necesito un poco de dinero para llegar a Texas.

Por supuesto, Runner querría ir a donde hiciera calor en invierno, viajando sin niños, como un temporero, un insulto a ella y a su granja y al cariño que ella le tenía a su único pedazo de tierra. Trabajaba un tiempo y se gastaba el dinero en cosas estúpidas: palos de golf, porque se imaginaba jugando al golf algún día, o un equipo estéreo que nunca usaría. Ahora estaba planeando largarse a Texas. Ella y Diane habían ido en coche hasta el Golfo, en la época del instituto. Había sido la única vez que Patty había ido a algún sitio. Había sal en el aire, podías chuparte un mechón de pelo y la boca se te hacía agua. Runner se las arreglaría para conseguir dinero y se pasaría el resto del invierno en algún bareto junto al mar, bebiendo cerveza mientras su hijo iba a la cárcel. No podía permitirse pagar un abogado para Ben. No hacía más que pensar en eso.

—No puedo ayudarte, Runner. Lo siento.

Intentó llevarlo hacia la puerta, pero él la empujó hacia el interior de la cocina, haciéndole volver la cabeza con su aliento rancio y dulzón.

—Vamos, Patty, ¿por qué me haces suplicarte? Estoy metido en un buen aprieto. Es cuestión de vida o muerte. Me tengo que largar pitando. Sabes que no te lo pediría si no. Si no reúno algo de dinero, me pueden matar esta misma noche. Dame solamente ochocientos dólares. —La cifra hasta le hizo reír. ¿Acaso pensaba que llevaba esa cantidad encima como si fuera dinero de bolsillo? ¿No podía mirar alrededor y ver lo pobres que eran, las niñas en mangas de camisa en pleno invierno, el congelador lleno de paquetes de carne barata caducados hacía un año? Eso definía bien lo que eran: un hogar con la

fecha de caducidad pasada.

—No tengo nada, Runner.

La miró fijamente, el brazo contra la puerta para cortarle el paso.

—Tienes joyas, ¿no? Tienes el anillo que te di.

—Runner, por favor, Ben está metido en un lío, un lío muy feo, me están pasando muchas cosas malas en este momento. Vuelve en otro momento, ¿vale?

—¿Qué demonios ha hecho Ben?

—Ha ocurrido algo en la escuela, y el pueblo está un poco alborotado. Creo que voy a tener que contratar un abogado, así que necesito todo el dinero que tengo para él y...

—Así que sí tienes dinero.

—No, Runner.

—Dame al menos el anillo.

—Ya no lo tengo...

Las niñas simulaban ver la tele, pero sus voces cada vez más altas hicieron que Michelle, la entrometida Michelle, se volviera y los mirara abiertamente.

—Dame el anillo, Patty —dijo extendiendo la mano como si ella aún lo llevara puesto, aquel anillo de compromiso de oro falso que a ella le daba vergüenza llevar, incluso a los diecisiete años. Se lo había regalado tres meses después de haberle pedido la mano. Tardó tres meses en levantar el culo, bajar a una tienda de todo a cien y comprar aquella baratija mientras se bebía la tercera cerveza. «Te quiero para siempre, nena», le había dicho. Ella supo de inmediato que él acabaría largándose, que no era el tipo de hombre del que se pudiera depender, que ni siquiera era un hombre que le gustara mucho. Aun así, se había quedado embarazada tres veces más, porque a él no le gustaba ponerse condón.

—Runner, ¿te acuerdas de qué tipo de anillo era? Con ese anillo no vas a conseguir dinero. Te costó unos diez dólares.

—No me vengas ahora con ésas.

—Te aseguro que, si hubiera valido algo, lo habría empeñado.

Permanecieron de pie, mirándose, Runner respirando como un burro enfadado, con las manos temblorosas. La cogió por los brazos y a continuación la soltó lentamente, con expresión furiosa. Le temblaba hasta el bigote.

—Te vas a arrepentir de esto, Patty.

—Ya lo estoy, Runner. Hace tiempo que me arrepentí.

Se volvió y tiró el paquete de cacao al suelo con la chaqueta, esparciendo aún más polvo marrón a sus pies.

—Adiós, niñas, vuestra madre es... ¡una ZORRA! —Le dio una patada a una de las sillas de la cocina, que salió despedida hasta el salón. Todas se quedaron inmóviles, como criaturas del bosque. Runner caminaba en pequeños círculos, y Patty se preguntaba si debía ir corriendo a por el rifle o coger un cuchillo de cocina, mientras deseaba con todas sus fuerzas que se largara.

—¡Gracias por NADA, HOSTIA! —Se dirigió a la puerta, la abrió con tanta fuerza que agrietó la pared tras ella, y ésta rebotó y se volvió a cerrar. La abrió de nuevo de una patada y la estampó otra vez contra la pared, bajó la cabeza y siguió pegando portazos, una y otra vez.

Al fin se fue, su coche se alejó de la casa con un chirrido. Patty cogió la escopeta, la cargó y la puso sobre la repisa de la chimenea, junto con más cartuchos. Por si acaso.

LIBBY DAY

Ahora

Krissi acabó durmiendo en el sofá. La había acompañado hasta la puerta y me di cuenta de que no estaba en condiciones de conducir, iba trastabillando con sus zapatos de tacón y llevaba el rímel corrido hasta la mejilla. De pronto se volvió y me preguntó por su madre, si sabía dónde estaba o cómo dar con ella, y entonces la acompañé adentro otra vez, le hice un bocadillo de Velveeta, la llevé al sofá y le eché una manta por encima. Mientras se acomodaba para dormir, después de dejar el último cuarto de bocadillo cuidadosamente en el suelo a su lado, tres de mis botellas de loción cayeron de un bolsillo de su chaqueta. Cuando se durmió volví a ponerlas en su lugar.

Ya se había ido cuando me levanté de la cama; la manta estaba plegada y había garabateado una nota en el reverso de un sobre: «Gracias. Lo siento». Así pues, Lou Cates no había asesinado a mi familia, si es que podía creer a Krissi. La creía. Al menos en ese aspecto.

Decidí ir a ver a Runner, ignorar los dos mensajes de Lyle y los cero mensajes de Diane. Ver a Runner, obtener algunas respuestas. No pensaba que él tuviera nada que ver con los asesinatos, dijera lo que dijera su novia, pero me preguntaba si sabría algo, con sus deudas y sus borracheras y sus amigos de los bajos fondos. Puede que supiera algo o que hubiera oído algo, o quizá sus deudas habían provocado una horrible venganza. Quizá pudiera creer en Ben de nuevo, que era lo que realmente deseaba. Ahora sabía por qué nunca había ido a visitarlo. Era demasiado tentador, demasiado fácil ignorar los

muros de la prisión y ver a mi hermano, oír la cadencia específica de la voz de Ben, aquella caída al final de cada frase, como si fuera la última vez que hablaba. Sólo al verlo recordé cosas, cosas bonitas, o no tan bonitas. Sólo cosas regulares. Podía respirar una bocanada de hogar. Volver a cuando todas estaban vivas. Tío, quería eso.

Me detuve en el 7-Eleven de las afueras de la ciudad, compré un mapa y unas galletas saladas con sabor a queso que descubrí que eran dietéticas al primer mordisco. De todos modos me las comí, dirigiéndome hacia el sur, mientras la harina de color naranja que las recubría flotaba por todo el coche. Pensaba detenerme a comer camino de Oklahoma. La atmósfera en la autopista era densa, olía tentadoramente a comida preparada: patatas fritas, pescado rebozado, pollo frito. Pero sentía un pánico absurdo, estaba preocupada sin razón, pensaba que si me detenía perdería la ocasión de ver a Runner, así que me comí las galletas saladas dietéticas y una manzana harinosa que había encontrado en un rincón de la encimera de mi cocina.

¿Por qué aquella nota, aquella nota obscena que no iba dirigida a Ben, estaba entre las cosas de la caja de Michelle? Si Michelle había descubierto que Ben tenía una novia, se le habría subido a la chepa, y más si se trataba de mantenerlo en secreto. Ben odiaba a Michelle. A mí me toleraba, e ignoraba a Debby, pero a Michelle la odiaba activamente. Lo recuerdo sacándola de su cuarto por un brazo, con el cuerpo inclinado a un lado, y a Michelle de puntillas, moviéndose a la par que él para evitar ser arrastrada. La empujó contra la pared y le dijo que si la volvía a encontrar hurgando en su habitación la mataría. Los dientes le brillaban mientras se lo decía. Él le gritaba porque ella lo tenía dominado: escuchaba detrás de su puerta día y noche. Michelle sabía todos y cada uno de los secretos de Ben, ella nunca decía nada que no escondiera una doble intención. Recordé esto aún con más viveza cuando descubrí sus extrañas notas. Si no tienes dinero, el chismorreo puede ayudarte a conseguirlo. Incluso dentro de tu propia familia.

—Ben habla mucho consigo mismo —anunció Michelle una mañana durante el desayuno, y Ben la agarró por el cuello de la camisa, por encima de la mesa, tirando el plato sobre su regazo.

—¡Déjame en paz de una puta vez! —gritó Ben. Y entonces mi madre intentó calmarlo, le dijo que volviera a su habitación, y luego nos sermoneó a

nosotras, como siempre. Más tarde encontramos trozos de huevo dispersos por todas partes, incluso en la lámpara de plástico de encima de la mesa, aquella lámpara que parecía de pizzería.

Entonces ¿aquello significaba algo? Ben no habría matado a su familia porque su hermana había descubierto que tenía una novia.

Pasé por un campo de vacas, inmóviles, y pensé en todos aquellos rumores sobre mutilaciones de reses y en la gente que juraba que había sido cosa de adoradores del diablo. El diablo acechaba por los alrededores de nuestro pueblo de Kansas, un mal tan patente y físico como una montaña. Nuestra iglesia nunca había sido demasiado dada a asustar con los azufres del infierno, pero el predicador había alimentado sin duda aquella idea: el diablo, con ojos de cabra y sangriento, podía poseer tu corazón con tanta facilidad como Jesús si no tenías cuidado. En todas las ciudades en que he vivido siempre había «chicos diabólicos» y «casas diabólicas», como también había siempre un payaso asesino que conducía una furgoneta blanca. Todo el mundo sabía de un viejo almacén vacío en las afueras de la ciudad donde había un colchón manchado con la sangre de un cruento sacrificio. Todo el mundo tenía un amigo o un primo que había visto un sacrificio de verdad, pero demasiado temeroso como para contar los detalles.

Llevaba diez minutos en Oklahoma, y unas buenas tres horas de viaje, y empecé a oler algo tremendamente dulce pero podrido. Me picaron los ojos, se me humedecieron. Tuve una ridícula punzada de miedo, de que mis pensamientos acerca del diablo hubieran invocado a la bestia. Entonces, en la distancia, el cielo revuelto se volvió de color morado, y la vi: una fábrica de papel.

Busqué en la radio —emisora 1, emisora 2, emisora 3—, ruidos desagradables, interferencias, anuncios de coches y más interferencias, así que la apagué otra vez.

Justo después de pasar un cartel con la foto de un vaquero —¡AMIGO, BIENVENIDO A LIDGERWOOD, OKLAHOMA!—, tomé la salida y me interné en la ciudad, que resultó ser una especie de trampa para turistas. Era como un pueblo del Lejano Oeste: una calle principal llena de ventanas con cristales esmerilados, bares que imitaban al típico *saloon* y tiendas. Había una que se llamaba La Vieja Tienda de Fotos, donde las familias podían hacerse fotos de

color sepia disfrazados con los atuendos propios de la época de los colonos. En el escaparate colgaba una foto tamaño póster: el padre sosteniendo una cuerda con lazo, intentando parecer amenazador debajo de un sombrero demasiado grande para él; la niña pequeña embutida en un vestidito de algodón y con cofia, demasiado joven para aquella pantomima; la madre, vestida como una puta, mostraba una sonrisa incómoda con las manos cruzadas a la altura de los muslos, justo donde se le abrían las enaguas. Al lado de la foto colgaba un cartel de EN VENTA. Más carteles en la puerta siguiente, un establecimiento que se llamaba Los Caramelos de Daphne la Chiflada, REBAJAS en las Galerías del Increíble Buffalo Bill y un escaparate con un nombre verdaderamente ridículo: Los Sorbetes de Wyatt Earp. Toda aquella ciudad parecía cubierta de polvo. Hasta el caduco y enorme tobogán del parque acuático que se veía en la distancia estaba lleno de tierra.

El Albergue Social para Hombres Sin Hogar Bert Nolan estaba a tres manzanas de la calle principal, en una plaza, un edificio bajo con un patio infestado de esas malas hierbas que llaman «colas de zorro». De pequeña siempre me habían gustado las colas de zorro, supongo que por culpa de mi cerebro literal, porque se parecían de verdad a su nombre: un tallo largo con una bola de pelusa en la punta, igual que la cola de un zorro, pero de color verde. Crecían por toda nuestra granja: praderas enteras repletas de aquellos hierbajos. Michelle, Debby y yo solíamos arrancar las puntas y hacernos cosquillas unas a otras en las muñecas. Mi madre nos enseñaba el nombre vulgar de todas las plantas: oreja de oveja, cresta de gallo, todas ellas respondían a las expectativas de sus nombres. Una oreja de oveja es suave como una oreja de oveja; una cresta de gallo se parece de verdad a una roja cresta de gallo. Salí del coche y pasé las manos por encima de los tallos de las colas de zorro. Quizá podría cultivar un jardín de hierbas en casa. Las aspas de molino se mueven de verdad como las aspas de los molinos de viento. Los lazos de la reina Ana son blancos y recargados. La hierba de bruja sería muy apropiada para mí. También algunas garras del diablo.

La puerta del Albergue Bert Nolan era de metal, pintada de gris oscuro, como un submarino. Me recordó las puertas de la prisión de Ben. Llamé al timbre y esperé. En la calle, dos chicos adolescentes en bicicleta daban vueltas en círculo, despacio, ensimismados. Llamé al timbre otra vez y di un

golpe en la superficie de metal, que no reverberó dentro. Pensé en preguntarles a los adolescentes de las bicicletas si sabían si había alguien dentro, sólo para romper el silencio. Cuando se empezaban a acercar a mí —«¿Qué hace ahí, señorita?»—, la puerta se abrió y apareció un hombre del tamaño de un duende, vestido con unas zapatillas blancas brillantes, unos vaqueros planchados y una camisa del Oeste. Movié un mondadientes entre los labios, sin mirarme, hojeando un ejemplar de la revista *Gato Caprichoso*.

—Por la noche no abrimos hasta las... —se calló al verme—. Oh, lo siento, querida. Esto es un albergue de hombres, tienes que ser hombre y mayor de dieciocho años.

—Estoy buscando a mi padre —dije, apoyándome en mi acento—. Runner Day. ¿Es usted el gerente?

—¡Ja! Gerente, contable, confesor, chico de la limpieza —dijo él abriendo la puerta—. Consejero de alcohólicos. Consejero de jugadores. Consejero de vagabundos. Bert Nolan. Ésta es mi casa. Entra, querida, y recuérdame tu nombre.

Abrió la puerta de una habitación llena de camastros, un fuerte olor a lejía se elevaba desde el suelo. El diminuto Bert me condujo por entre las filas de camastros, con los colchones aún hendidos desde la noche anterior, hasta un despacho de su mismo tamaño, de mi mismo tamaño, donde había un pequeño escritorio, un archivador y dos sillas plegables, en las que nos sentamos. La luz del fluorescente no le sentaba bien a la cara, salpicada de hoyuelos oscuros y espinillas.

—No soy un bicho raro, no crea —dijo sacudiendo la revista *Gato Caprichoso* en mi dirección—. Es que ahora tengo una gata, y nunca había tenido una. Por ahora no me gusta mucho. Se suponía que tenía que ser algo bueno para la moral, pero lo único que hace es mearse en las camas.

—Yo tengo un gato —dije conciliadora, sorprendiéndome a mí misma por mi repentina e intensa afición por *Buck*—. Si lo hacen fuera de su cajita de arena suele ser porque están enfadados.

—¿De verdad?

—Sí, de lo contrario son mascotas bastante dóciles.

—Ah —dijo Nolan—. ¿Así que buscas a tu padre? Sí, lo recuerdo, hablamos hace unos días. Day. Él es como la mayoría de los hombres de aquí,

se sienten felices de que alguien pregunte por ellos después de toda la mierda que han dejado en sus casas. Normalmente por asuntos de dinero. O más bien por asuntos de falta de dinero. Poco dinero, mucho alcohol. Eso no saca lo mejor de cada uno. Runner. Ah.

—Me escribió una carta, decía que volvía a estar aquí.

—¿Quieres llevártelo a casa, cuidar de él? —preguntó Bert. Sus ojos negros brillaron como si se riera de un chiste que sólo él sabía.

—Bueno, no estoy segura de eso. Sólo quería verlo.

—Ah, ya. Era una pregunta capciosa. La gente siempre dice que va a venir para llevárselos y cuidarlos, pero luego nunca lo hacen. —Nolan se olió los dedos—. Ya no fumo, pero a veces mis malditos dedos siguen oliendo a tabaco.

—¿Él está aquí?

—No, no está. Se ha ido otra vez. A los bebedores no les dejo que se queden. Él ya ha hecho unas cuantas... «huelgas» personales.

—¿Dijo adónde iba?

—Yo nunca doy direcciones. Creo que es la manera más inteligente de evitar problemas. Pero te diré una cosa, porque pareces una buena chica...

—¡Beeeert! —llegó un aullido desde fuera del edificio.

—Ah, no hagas caso, es sólo uno de mis hombres tratando de entrar antes de tiempo. Ésta es otra de las cosas que no se deben hacer: nunca dejes entrar a nadie antes de la hora, nunca. Y tampoco más tarde.

A Bert se le había ido el santo al cielo; se detuvo frente a mí, expectante.

—Ha dicho que me iba a decir algo —le recordé.

—¿Qué?

—¿Puede ayudarme a encontrar a mi padre?

—Ah, sí. Puedes darme una carta para él.

—Señor Nolan, ya le envié una para que se la diera. Por eso estoy aquí. Necesito encontrarlo de verdad. —Me sorprendí en la misma postura que Runner, las palmas en el borde de la mesa, lista para lanzarme si me enfadaba lo suficiente.

Nolan cogió una figurita de yeso que representaba a un hombre viejo y calvo, con los brazos extendidos hacia delante y expresión desesperada, pero no pude leer las palabras que había en la base. Bert parecía encontrar

consuelo en aquella cosa. Dejó escapar un suspiro entre los labios apenas abiertos.

—Bueno, querida, te diré algo: sé que tu padre está en Lidgerwood. Uno de mis hombres lo vio anoche en la puerta del Cooney's. Anda buscándose la vida por ahí. Pero prepárate para llevarte una decepción.

—¿Una decepción? ¿En qué sentido?

—Oh, en todos los sentidos.

CUANDO BERT NOLAN se levantó para acompañarme fuera de su despacho, me dio la espalda, y yo inmediatamente le robé la figurita. Pero me obligué a devolverla a su sitio, y me llevé una bolsa de patatas fritas y un lápiz en su lugar. Progreso. Los puse en el asiento del acompañante mientras conducía hacia el bar más cercano: el Cooney's.

El Cooney's no estaba decorado al estilo del Lejano Oeste. El Cooney's era un verdadero tugurio de mierda. Tres caras arrugadas me miraron cuando abrí la puerta. Incluida la del barman. Pedí una cerveza, el tipo me espetó que tenía que ver mi carné de conducir, y lo sostuvo a la luz, a la altura de su barriga, soltando un «mmm» cuando comprobó que no era falso. Di un trago, me senté y les di tiempo para que se acostumbraran a mí. Entonces hablé. En cuanto pronuncié el nombre de Runner, el lugar entero se iluminó.

—Ese capullo me robó tres cajas de cervezas —dijo el barman—. Se acercó por detrás, a plena luz del día, y me las birló de la camioneta. Y eso que le he invitado a un montón de copas, créeme.

El hombre de mediana edad me agarró por el brazo con fuerza y me dijo:

—Tu maldito padre me debe doscientos pavos. Y quiero cobrarlos. Dile que lo estoy buscando.

—Yo sé dónde podéis encontrarlo —dijo un viejo con una barba a lo Hemingway y la complexión de una niña.

—¿Dónde? —dijeron todos a la vez.

—Apuesto a que está con esos okupas que se han instalado en el vertedero del gobierno. Deberías ver aquello —añadió más para el barman que para mí—, es como los poblados de chabolas de la época de la Gran Depresión, sólo hay hogueras y barracas.

—¿Por qué diablos querría nadie vivir en el vertedero? —espetó el

barman.

—Bueno, ya sabes que por allí no se dejarán ver las autoridades.

Todos se rieron con desprecio.

—¿Ir allí es seguro? —pregunté. Me imaginé barriles de desechos tóxicos y lodo de color verde.

—Claro, si no bebes el agua del pozo y no eres un saltamontes.

Levanté las cejas.

—Es un viejo vertedero de pesticidas para plagas, todo aquello está empapado de arsénico.

—Y de mierda —dijo el barman.

BEN DAY

2 de enero de 1985

20.38

Se dirigían hacia el pueblo, empezaba a nevar, y Ben se acordó de que había dejado la bicicleta en la parte de atrás del Almacén. Ahora probablemente ya no estaría.

—¡Eh! —les gritó desde el asiento trasero. Trey y Diondra estaban hablando, pero no podía oírlos por culpa de la música estridente de la radio, como hojas de metal desgarrándose, uiiiiiiirng-uuirng-uuirng-uuirng—. ¿Podríamos pasar por el Almacén un momento para coger mi bici?

Trey y Diondra se miraron.

—No —soltó Diondra con una sonrisa, y se echaron a reír.

Ben se arrellanó en el asiento un segundo y volvió a incorporarse.

—En serio, la necesito.

—Olvídate de la bici, colega. Ya no estará —dijo Trey—. No se puede dejar ninguna mierda en el Almacén.

Fueron a la avenida Bulhardt, la calle principal del pueblo, donde no pasaba nada, como de costumbre. La zona de las hamburgueserías era un diorama de color amarillo brillante con unos cuantos deportistas y sus ligues, unos encima de otros. Las tiendas estaban a oscuras, y hasta el bar parecía cerrado: sólo se veía una tenue luz a través de un pequeño rectángulo en la ventana. El resto estaba pintado de azul marino y no revelaba nada.

Aparcaron enfrente. Diondra aún se estaba acabando su cerveza; Trey se la quitó y se bebió el resto: «A la nena no le importa». En la acera había un

viejo, su cara era una confusión de arrugas, la nariz y la boca parecían moldeadas en un torno, les frunció el ceño y se metió en el bar.

—Bien, entremos —dijo Trey saliendo de la camioneta. Y entonces, al ver dudar a Ben, aún sentado en el asiento de atrás con las manos en las rodillas, metió la cabeza en la camioneta y puso su sonrisa profesional—: No te preocupes, colega, estás conmigo. He tomado muchas cervezas en este bar. Venga, vamos, así visitarás a tu padre en su oficina.

Diondra se atusó el pelo, como hacía siempre, metiendo los dedos entre los rizos, y ambos siguieron a Trey adentro, Diondra con los labios fruncidos, cara soñolienta y mirada *sexy*, como salía en la mayoría de las fotos, como si acabara de despertarse y hubiera soñado contigo. A su lado, Ben caminaba desgarrado y mustio como siempre, literalmente arrastrando los pies.

El bar estaba lleno de humo y a Ben le costaba respirar; Diondra ya se había encendido un cigarrillo, bien erguida, como si eso la hiciera parecer mayor. Un tipo nervioso, con el pelo a jirones, como un pájaro que estuviera mudando las plumas, corrió hasta Trey y le murmuró algo al oído; Trey asintió, con los dientes apretados y cara de preocupación. Ben pensó que era el encargado, que iba a echarlos de allí, porque quizá Diondra pasaba por mayor de edad con todo aquel maquillaje que llevaba puesto, pero él no. Sin embargo, Trey le dio al tipo una palmada en la espalda y le dijo algo así como:

—No me hagas ir detrás de ti.

El tipo esbozó una enorme sonrisa y le dijo:

—No, no te preocupes por eso, no te preocupes.

Trey sólo contestó:

—El domingo. —Dejó al tipo allí, se fue a la barra y pidió tres cervezas y un chupito de *bourbon*, que se bebió de un trago.

El barman era otro hombre viejo y canoso. Parecía una broma. Todos los tipos que había allí tenían el mismo aspecto, como si sus vidas fueran tan duras que habían borrado sus rasgos individuales. El barman miró a Ben y a Diondra con una de esas miraditas de *os-pillé-y-lo-sabéis*, pero les puso las cervezas. Ben se apartó un poco de la barra, apoyó un pie en el taburete con aire distraído, como si lo hubiera hecho muchas veces, porque sentía la mirada de Trey clavada en él, como buscando algún motivo para burlarse.

—Mira, ahí está Runner —dijo Diondra, y antes de que Ben pudiera preguntarle por qué había pronunciado ese nombre con tanta familiaridad, Trey lo estaba llamando:

—¡Eh, Runner, ven aquí! —Runner mostró el mismo nerviosismo que el tipo de antes.

Llegó casi trotando, con un vaivén arriba y abajo, las manos en los bolsillos. Tenía los ojos grandes y amarillos.

—Aún no lo tengo, tío. He intentado conseguirlo, pero no he podido, he venido a ver si te encontraba, puedo darte un poco de hierba mientras tanto.

—¿No quieres saludar a Diondra? —lo interrumpió Trey.

Runner dio un respingo, y después sonrió.

—¡Ah, hola, Diondra, jejeje, guau, creo que estoy completamente borracho! —Cerró un ojo forzadamente como para poder verla mejor y se inclinó hacia delante—. Estoy tan borracho que no puedo fijar la vista.

—Runner, ¿quieres ver quién viene con Diondra? —Ben lo miraba de refilón, pensaba decirle algo como «Hola, papá», pero no pudo, así que se quedó quieto, esperando que pasara lo inevitable.

Runner miró a través de la penumbra del bar, pero no reconoció a Ben.

—Hola..., tú —dijo. Después se dirigió a Trey—: ¿Es tu primo? No veo muy bien por la noche, necesito lentillas...

—¡Oh, Dios! —Trey echó la cabeza hacia atrás, fingiendo que se reía pero mirándolo enfurecido—. Míralo bien, capullo. —Ben no estaba seguro de si tenía que mostrarse más simpático, como una tía que busca rollo. En cambio, se quedó allí, mirando su oscura mata de pelo en un viejo espejo con publicidad de cerveza Schlitz que había en la pared del fondo, mientras observaba furtivamente a Runner, extendiendo una mano hacia él como en un cuento de hadas, como si Runner fuera un trol y Ben algún horrible tesoro. Runner se acercó a él hasta tropezar con su pie, y entonces lo miró a los ojos y exclamó:

—¡Oh! —se puso aún más nervioso—. Tu pelo ya no es rojo.

—¿Recuerdas a tu hijo, verdad? Es tu hijo, ¿no? ¿Eh, Runner?

—¡Sí, es mi hijo! Hola, Ben. ¡Joder, cómo iba a reconocerte! Tu pelo ya no es rojo. No sabía que conocieras a Trey.

Ben se encogió de hombros, mirando en el espejo el reflejo de Runner, que

se alejaba de él. Se preguntó cuánto dinero le debería a Trey, porque él se sentía como si fuera la víctima de un secuestro y Runner no estuviera dispuesto a pagar rescate por él. También se preguntó si aquel encuentro era fortuito o no. Parecía una casualidad, pero ahora estaba seguro de que ellos siempre acababan la noche en aquel garito.

—No me lo trago. Runner —continuó Trey, por encima de la música *country*—. Tú dices que no tienes dinero, Ben dice que no tienes dinero, pero tienes ese alijo de hierba desde hace dos semanas.

—Pero esa hierba no es buena. —Intentó eliminar a Ben de la conversación empujando a Trey hasta el centro del bar por el método de ir acercándose a él cada vez más.

—Deja ya de empujar, hombre —dijo Trey, y Runner se quedó quieto—. Desde luego, tío, tienes razón, esa mierda no es nada buena. Pero me la has cobrado como si lo fuera.

—Yo nunca te he cobrado nada, ya lo sabes.

—No me has cobrado porque me debes dinero, gorrón de mierda. Pero sé que has estado cobrando veinte dólares por cada bolsa de diez centavos, así que ¿dónde coño está el dinero? ¿Se lo has dado a tu mujer para que lo guarde?

—¡Ex! Exmujer —dijo Runner—. No, no le he dado nada a mi mujer, al contrario, he intentado sacarle dinero. Sé que tiene dinero en casa, siempre tiene dinero escondido por ahí, rollos de billetes, cientos, de la venta de las cosechas. Una vez encontré doscientos dólares metidos en unas medias. Quizá debería volver. —Miró a Ben, que fingía no escuchar. Estaba jugueteando con los rizos de Diondra, que no le hacía mucho caso.

—¿Podemos hablar de esto en privado? —Runner señaló un rincón, donde tres hombres como armarios jugaban al billar. El más alto, un tipo pálido y canoso con un tatuaje de la Marina, apoyó el taco de billar en el suelo e hinchó el pecho hacia ellos.

—Vale —dijo Trey.

—Podéis hablar delante de mí —dijo Ben, intentando sonar como si no le importara.

—Tu hijo necesita dinero, igual que yo —dijo Trey—. Quizá más que yo.

Runner abandonó su expresión acobardada ante los ojos negros y brillantes

de Trey y se dirigió hacia Ben, irguiéndose en toda su altura. En algún momento desde el verano Ben había crecido. Ahora era un poco más alto que Runner, uno setenta, tal vez más.

—¿Le debes dinero a Trey? Tu madre me dijo que tenías problemas. ¿Le debes algo a Trey? —Su aliento era acre: cerveza y tabaco, y quizá una ensalada de atún y mostaza. A Ben se le revolvió el estómago.

—¡No! ¡No! —Era consciente de que su voz sonaba nerviosa, acobardada. Diondra cambió el peso del cuerpo de un pie a otro y se acercó un poco a él —. No le debo nada a nadie.

—Entonces ¿por qué se supone que tengo que darte el dinero que he ganado con el sudor de mi maldito culo, eh? —dijo Runner—. Nunca he entendido eso de la pensión alimenticia, la manutención de los hijos..., y el gobierno metiendo la mano en mis bolsillos. Casi no puedo ni mantenerme a mí mismo, no sé por qué demonios tengo que matarme a trabajar para darle dinero a mi mujer, que tiene su *propia* granja. Su *propia* casa en la granja. Y a cuatro críos con ella, que la ayudan. Te aseguro que yo no crecí pensando que mi padre me debía la vida, que tenía que darme dinero para unas Nike y para la universidad y para camisas y...

—Para comida —dijo Ben, mirándose las botas rotas y manchadas de salsa del sándwich de chili.

—¿Qué? ¿Qué has dicho? —Runner acercó su cara a la de Ben; sus pupilas azules flotaban en sus ojos amarillos como peces en la superficie de un lago contaminado.

—Nada —murmuró Ben.

—¿Necesitas dinero para comprarte más tinte de pelo, es eso? ¿Quieres dinero para el salón de belleza?

—Quiere dinero para su chica... —soltó Trey, y Diondra empezó a negar con rápidos movimientos de la cabeza, «no, no, no».

—Pues definitivamente no estoy en posición de comprarle cosas a su chica —dijo Runner—. ¿Ahora eres su novia, Diondra? Qué pequeño es el mundo. Pero no es asunto mío.

Los hombres de la mesa de billar habían dejado de jugar y se burlaban de la escenita. El tipo canoso se acercó, renqueó hasta donde estaba Trey y le puso una mano en el hombro, con fuerza.

—¿Algún problema, Trey? Si está Runner aquí, seguro que lo hay. Dale otras veinticuatro horas, ¿de acuerdo? Yo me ocupo de él. —El hombre se mantenía en una posición extraña, como si la gravedad lo empujara hacia delante mientras su mano, musculosa y fuerte, aferraba el hombro de Trey.

Runner sonrió y le levantó las cejas un par de veces a Ben, como buscando su complicidad.

—No te preocupes, amigo, no hay problema —le dijo a Ben—. Ya está arreglado.

Trey se encogió de hombros bajo la mano de aquel tipo y dijo:

—Claro, veinticuatro horas, Whitey. Tú te ocupas.

—Gracias, indio —dijo el hombre. Emitió un ruido con la boca, como si estuviera llamando a un caballo, y volvió con sus amigos; un murmullo de risas llegó del grupo justo antes de que una bola entrara en la tronera.

—Pedazo de mierda —le dijo Trey a Runner—. Mañana por la noche aquí. O me pagas, o iré a por ti.

El rictus de victoria de Runner, aquella sonrisa de Halloween, desapareció de golpe. Asintió dos veces y, mientras se volvía hacia la barra, espetó:

—Está bien, pero después mantente lejos de mis asuntos.

—No veo la hora de hacerlo, tío.

Antes de marcharse, Ben quería decirle algo a Runner: lo siento, hasta luego, algo. Pero él ya estaba llamando al camarero para pedirle una copa a cuenta de la casa, o quizá a cuenta de Whitey, Whitey pagaría una ronda. Mientras Trey y Diondra iban hacia la puerta, Ben se quedó allí, con las manos en los bolsillos, contemplando su nuevo *look* en el espejo, y luego viendo su reflejo encaminarse hacia donde estaba Runner.

—Eh, papá. —Runner lo miró, molesto de que aún estuviera allí. Ben deseaba, de algún modo, congraciarse con él. Cuando, hacía un momento, Runner lo llamó «amigo», había creído percibir un débil tintineo de camaradería. Se había imaginado, fugazmente, a su padre y a él en la barra, tomando juntos unas cervezas. Eso era todo lo que quería de aquel hombre, sólo unas cervezas juntos de vez en cuando—. Sólo quería decirte algo que te hiciera sentir, no sé, un poco mejor —dijo Ben, esbozando, sin poder evitarlo, una sonrisa.

Runner se limitó a mirarlo con ojos soñolientos, sin expresión alguna en el

rostro.

—Diondra está embarazada. Yo, bueno, nosotros, Diondra y yo, vamos a tener un bebé. —Y entonces sonrió con los labios y con todo el rostro por primera vez, por primera vez se sentía bien diciendo eso en voz alta. Iba a ser padre. Un padre de familia con un pequeño que dependería de él y que lo llamaría «papá».

Runnerladeó la cabeza, levantó su cerveza hacia Ben y dijo:

—Primero asegúrate de que es tuyo, cosa que dudo. —Y le dio la espalda.

FUERA, TREY LE dio una patada a la camioneta, maldiciendo entre dientes.

—A ver si se mueren de una vez, todos éstos, porque estoy hasta las putas pelotas de protegerlos de sí mismos. Me dirás que es algo admirable, pero no lo es. Son cuatro viejos intentando aferrarse al último resto de su negocio antes de empezar a cagarse encima y de necesitar tarjetas con sus nombres escritos para saber quiénes son. ¡Puto Whitey! —Señaló a Ben con el dedo, la nieve lo cubría todo, le caía a Ben en la espalda y se le metía por el cuello—. Tu viejo es un pedazo de mierda si piensa que me creo una sola palabra de sus estupideces. Espero que no estés muy unido a él, porque un día de éstos tiraré de la cadena y se colará por el váter con toda su mierda.

—Vámonos ya, Trey —dijo Diondra abriendo la puerta—. Mi padre llegará a casa cualquier día de éstos, y me matará.

Ben se sentía como si lo hubieran abofeteado. Lo único que no tenía que decir y se lo había soltado a Runner. Estaba tan fuera de sí cuando subió a la camioneta, que empezó a dar golpes y a escupir, «cabróncabróncabrón», pateando el asiento, pegando puñetazos al techo, golpeándose la cabeza contra el cristal de la ventanilla una y otra vez hasta que la frente empezó a sangrarle de nuevo. Diondra le preguntó: «Cariño, cariño, ¿qué te pasa?».

—Lo juro por Dios, lo juro por Dios, Diondra, mierda.

«Aniquilación».

No debería haberle hablado así a Diondra.

—A la mierda con todo, coño —escupió Ben. Se agarró la cabeza con las manos, podía notar que Trey y Diondra se interrogaban el uno al otro con las miradas, en silencio.

Trey dijo finalmente:

—Tu padre es un puto retrasado, colega. —Salió marcha atrás, haciendo que Ben se diera contra la ventanilla. Diondra se volvió y le acarició los cabellos. Ben levantó un poco la cabeza. La cara de ella estaba verde a la luz de las farolas de la calle, y de repente Ben la vio como sería dentro de veinte años, flácida y con granos, como ella describía a su madre, la piel dura y arrugada, pero con aquel resplandor eléctrico de las cabinas de rayos UVA.

—Hay algo de mierda en la guantera —dijo Trey. Diondra la abrió, rebuscó dentro y sacó una pipa enorme llena de hierba, dejando que se derramara parte de ella. Trey le pidió que se tranquilizara. Diondra la encendió, le dio una chupada y se la pasó a Trey. Ben alargó la mano (se encontraba mal, débil, de no comer, mareado por las luces de las farolas de la calle, pero no quería permanecer al margen), y Trey le pasó la pipa.

—No sé si te va a sentar bien esto, colega. Esta hierba es superpotente. En serio, Diondra, creo que esta noche estoy sintiendo la fuerza en mí, no la sentía desde hace mucho tiempo. Es posible que haya llegado el momento.

Diondra seguía mirando adelante, la nieve caía densa.

—Puede que Ben también lo necesite —presionó Trey.

—Vale, pues hagámoslo. Gira a la izquierda por ahí —dijo Diondra.

Y, cuando Ben preguntó qué estaba pasando, ellos se limitaron a reír.

LIBBY DAY

Ahora

El cielo era de color púrpura artificial cuando salí del bar de Lidgerwood. Fui hacia el vertedero por una carretera secundaria llena de baches. Me preguntaba qué decía eso de mí: que mi propio padre viviera en un vertedero de residuos tóxicos y que hasta ahora no me hubiera interesado y ni siquiera me importara. Pesticida contra los saltamontes. Salvado, melaza y arsénico para acabar con las plagas de langostas de los años treinta, y cuando la gente ya no lo necesitaba, simplemente lo enterraban, bolsas y más bolsas, en agujeros como tumbas abiertas. Hubo gente que enfermó. Hubiera querido tener a alguien conmigo: a Lyle, inquieto en el asiento de al lado, con una de sus chaquetas ajustadas. Tendría que haberle telefoneado. Por culpa de mis prisas por venir aquí, no le había dicho a nadie adónde iba, y no había utilizado la tarjeta de crédito desde que llené el depósito en Kansas City. Si algo salía mal, nadie me echaría en falta durante días. Aquellos tipos del bar eran los únicos que sabían adónde me dirigía, y no parecían precisamente unos buenos ciudadanos. «Esto es ridículo», dije en voz alta, porque lo era. Me estremecí al pensar en la razón por la que estaba buscando a Runner: un buen montón de gente pensaba que él había asesinado a los Day. Pero eso a mí no me encajaba, incluso sin coartada. Me costaba imaginarme a Runner usando el hacha, de verdad. Podía imaginármelo agarrando una escopeta en un ataque de ira —levantarla, amartillarla y ¡bang!—, pero lo del hacha no encajaba. Demasiado esfuerzo. Además, lo encontraron en su casa, dormido y aún borracho, a la mañana siguiente. Runner podía haberse emborrachado después

de matar a su familia, sí. Pero no habría tenido la suficiente sangre fría como para no huir. Se habría fugado, anunciando accidentalmente a los cuatro vientos que era el culpable.

El vertedero estaba rodeado de una valla de alambre barato llena de agujeros. La mala hierba llegaba hasta la cintura y se veían pequeñas hogueras a lo lejos. Avancé a lo largo del perímetro de la valla, los hierbajos y la gravilla golpeaban contra los bajos del coche cada vez con más fuerza, hasta que me detuve. Cerré la puerta sin hacer ruido, con los ojos puestos en aquellas llamas. Tardaría unos diez minutos en llegar al campamento. Me colé fácilmente por un agujero en el alambre y empecé a caminar, las colas de zorro me rozaban las piernas. El cielo se estaba oscureciendo rápidamente, el horizonte ya no era más que una cutícula de color rosa. Me di cuenta de que estaba tarareando *Uncle John's Band*, sin razón aparente.

En la distancia se veían algunos árboles escuálidos, pero durante los primeros cientos de metros todo estaba lleno de matojos. Una vez más recordé mi infancia, la sensación de seguridad que me daba toda aquella hierba al acariciarme las orejas y las muñecas y las pantorrillas, como si las plantas quisieran tranquilizarme. Caminé unos cuantos pasos y la punta de mi bota dio contra las costillas de una mujer. Noté cómo la punta de cuero entraba un poco entre sus huesos. Estaba acurrucada en el suelo junto a un charco de orines, abrazada a una botella de alcohol sin etiqueta. Se incorporó un poco, aturdida, con la mejilla y el pelo cubiertos de barro. Tenía el rostro ajado y unos dientes bonitos.

—¡Déjame, déjame! —masculló.

—¿Qué diablos...? —exclamé dando unos pasos atrás y levantando los brazos como si me diera asco tocarla. Continué mi camino, esperando que la mujer se desmayara de nuevo, pero empezó a gritar detrás de mí, entre trago y trago de la botella: «Déjamedéjamedéjame». Los gritos se convirtieron en un sonsonete que luego se convirtió en llanto.

Los gritos de la mujer despertaron el interés de tres hombres, cuyas caras aparecieron detrás del bosquecillo de árboles raquíuticos hacia el que yo me dirigía. Dos de ellos me miraban, beligerantes, y el más joven, un tipo esquelético de unos cuarenta años, salió disparado hacia mí blandiendo un palo que había encendido en la hoguera. Di dos pasos hacia atrás y me planté.

—¿Quién eres? ¿Quién eres? —gritó. La llamita de la antorcha se debilitó al paso de una ráfaga de viento y se fue apagando a medida que se acercaba. El hombre trotó los últimos metros y se detuvo frente a mí, mirando lánguidamente la brasa y el hilillo de humo que salía de ella, su irritación convertida en decepción por la pérdida del fuego—. ¿Qué quieres? No deberías estar aquí, nadie puede estar aquí sin un permiso. —Tenía los ojos saltones, iba lleno de mugre, pero tenía el pelo amarillo brillante, como una gorra, como si fuera lo único de su aspecto que se preocupaba de cuidar—. No puedes estar aquí —dijo otra vez, pero más hacia los árboles que hacia mí. Deseaba haber traído mi revólver y me preguntaba cuándo iba a dejar de ser tan malditamente estúpida.

—Estoy buscando a un tipo que se llama Runner Day. —No sabía si mi padre tendría un alias, pero supuse que si lo tenía se habría olvidado de él en algún momento entre la tercera y la octava cerveza.

—¿Runner? ¿Qué quieres de Runner? ¿Te ha robado algo? A mí me quitó el reloj y no quiere devolvérmelo. —El hombre se dobló sobre sí mismo como un crío para recoger un botón que se le había caído de la camisa.

Al lado del camino, unos metros más allá, vi un movimiento súbito, frenético. Era una pareja en celo, todo piernas, pelo y caras como de enfado. Llevaban los vaqueros bajados hasta los tobillos, el culo rosado del hombre subía y bajaba como un martillo neumático. El tipo del pelo rubio miró hacia ellos, se rio y dijo algo entre dientes, algo como «guay».

—No se trata de eso —dije, haciendo que su atención pasara de la pareja a mí otra vez—. Sólo soy un familiar suyo.

—¡Runneeeeer! —gritó de repente por encima del hombro. Después volvió a mirarme—. Runner vive en aquella casa, fuera del campamento. ¿Tienes algo de comer?

Eché a caminar sin responderle. Detrás de mí, la pareja llegó al orgasmo ruidosamente. Las hogueras se hicieron más brillantes y cercanas entre sí a medida que entraba en la calle principal: un trozo de tierra aplanada, llena de tiendas de campaña medio hundidas, como paraguas rotos por una tormenta. Una gran hoguera ardía en el centro del campamento, una mujer con las mejillas hundidas y la mirada distante se ocupaba de alimentar el fuego, ignorando las latas de judías y de sopa que se estaban volviendo negras y

cuyos contenidos hervían y rebosaban. Una pareja más joven, con los brazos llenos de costras, miraba desde el interior de su tienda. La mujer llevaba un gorro de lana calado hasta media cabeza, su cara pálida asomaba hacia fuera, fea como la tripa de un pez. A pocos metros, dos viejos con los pelos enmarañados y llenos de dientes de león enganchados en ellos estaban sentados, comiendo ansiosamente de una lata con los dedos, el vapor espeso del guiso flotaba en el aire.

—¡Saca eso, Beverly! —le espetó el tipo de las costras a la que se ocupaba del fuego—. ¡Que ya está hecho, coño!

A medida que caminaba por el campamento, todos se quedaban en silencio. Habían oído que gritaban el nombre de Runner. Un viejo señaló con el dedo hacia el oeste —«está por ahí»— y yo dejé atrás el calor de las hogueras y me adentré en la fría maleza. Ahora la llanura se había convertido en una serie de pequeños montículos, como olas de un mar de barro, de un metro o metro y medio de altura, y unos nueve montículos más allá la vi: una luz constante, como la del amanecer.

Arriba, abajo, como flotando, llegué a la cima del último montículo y descubrí la fuente de luz. La casa de Runner, que resultó ser una especie de cisterna industrial, que parecía como una piscina pero encima del suelo. Se veía luz dentro, y por un segundo me preocupé de que aquello fuera radioactivo. ¿El arsénico de los saltamontes brillaba?

Cuando estaba frente a la cisterna pude oír los ecos amplificadas de los movimientos de Runner, como una cucaracha al caminar por una tubería de metal. Se hablaba a sí mismo en voz baja, en tono de maestro de escuela —«Bueno, supongo que deberías haberlo pensado antes, listillo»— y la cisterna transmitía el sonido hacia el cielo, que estaba violeta oscuro, como un vestido de luto. «Sí, creo que esta vez lo has hecho realmente, Runner», decía él. La cisterna tenía unos tres metros de altura, con una escalera de metal a un lado, que empecé a subir mientras llamaba a mi padre por su nombre.

—Runner, soy Libby. Tu hija —grité, el óxido de la escalera me picaba en las manos. De dentro salió el sonido de alguien haciendo gárgaras. Subí unos cuantos peldaños más y miré dentro de la cisterna. Runner estaba doblado sobre sí mismo, vomitando en el suelo de la cisterna, y de repente expulsó una masa gelatinosa de color rojo oscuro, como cuando un deportista escupe

saliva. Luego se recostó en una toalla de playa sucia, poniéndose una gorra de béisbol, de lado, en la cabeza, asintiendo como quien ve a alguien hacer un buen trabajo. Media docena de linternas, como si fueran velas, brillaban a su alrededor, iluminando su cara curtida y morena y un montón de desperdicios: tostadoras rotas, un bote de hojalata, un montón de relojes y cadenas de oro y una minivera que no estaba enchufada a nada. Se había tumbado sobre la espalda en esa postura relajada de los que toman el sol, una pierna cruzada sobre la otra, una cerveza en los labios, y un paquete de doce latas a su lado. Gritó su nombre de nuevo y él enfocó los ojos y apuntó la nariz hacia mí, como un perro rastreador. Era uno de mis gestos.

—¿Qué quieres? —me espetó Runner con los dedos aferrados a su cerveza—. Ya he dicho que no quiero saber nada de trapicheos esta noche.

—Runner, soy Libby. Libby, tu hija.

Entonces se incorporó sobre los codos, echándose la gorra hacia atrás y limpiándose con la mano rastros de saliva seca de la barbilla. Se limpió sólo una parte.

—¿Libby? —Estalló en una sonrisa—. ¡Pequeña, mi pequeña Libby! ¡Ven, cariño! Ven a saludar a tu viejo. —Se levantó y se esforzó por adoptar una posición erguida, plantado en medio de la cisterna, su voz, profunda y melódica, rebotaba contra las paredes; las linternas producían el resplandor de una extraña hoguera. Dudé, allí en la escalera, que se enroscaba por encima de la cisterna.

—¡Vamos, Libby, ésta es la nueva casa de tu viejo! —dijo tendiendo los brazos hacia mí. El salto al interior de la cisterna no era peligroso, pero tampoco fácil—. ¡Vamos, por los clavos de Cristo! ¡Vienes a verme desde tan lejos, y ahora no te atreves a entrar! —ladró él. Me senté en el borde; las piernas me colgaban como a un nadador indeciso. Tras otro «¡Vamos, por Dios!» de Runner, empecé a bajar con torpeza. Runner siempre nos llamaba a sus hijos «llorones» y «cobardes». Yo sólo lo conocía de un verano, pero había sido un verano infernal. Él se burlaba de mí y me provocaba, y yo solía acabar colgada de la rama de un árbol, o saltando del pajar, o lanzándome al río, a pesar de que no sabía nadar. Después nunca me sentía triunfante, sólo cabreada. Ahora estaba metiéndome en una cisterna oxidada y, cuando empezaron a temblarme los brazos y las piernas me flaquearon, vino Runner y

me sostuvo por la cintura, separándome de la pared, y empezó a darme vueltas en círculos, como un loco. Mis cortas piernas se balanceaban por los aires como si tuviera siete años otra vez. Forcejeé para que me dejara en el suelo y lo único que conseguí fue que él me agarrara con más fuerza. Sus brazos se deslizaban hacia mis pechos y yo flotaba como una muñeca de trapo.

—Para, Runner, bájame, para. —Golpeamos un par de linternas, que rodaron por el suelo, los haces de luz rebotaron por todas partes. Como los *flashes* de luz que intentaban darme caza aquella noche.

—Di «tío». —Se rio Runner.

—Bájame. —Empezó a girar más rápido. Me apretaba los pechos contra el cuello y sus dedos se me clavaban dolorosamente en las axilas.

—Di «tío».

—¡Tío! —grité, lanzándole una mirada furiosa.

Runner me soltó. Como si hubiera sido arrojada desde un columpio. De repente me encontré con todo mi peso en el aire, volando hacia delante. Aterricé de pie y di tres largos pasos hasta chocar contra la pared de la cisterna, con un retumbar metálico. Me froté el hombro.

—¡Mis hijos siempre fueron los mejores! —jadeó Runner con ambas manos en las rodillas. Se echó hacia atrás y el cuello le crujió—. Pásame una de esas cervezas, cariño.

Así es como Runner había sido siempre: te hacía las mil y una, y luego esperaba que tú fingieras que no había sido nada. Me planté allí con los brazos cruzados, sin hacer movimiento alguno hacia las cervezas.

—Maldita sea, Debby, digo Libby, ¿acaso te has convertido en una de esas feministas? Ayuda a tu viejo.

—¿Sabes por qué estoy aquí, Runner? —le pregunté.

—No. —Fue a buscarse la cerveza él mismo mientras levantaba una ceja hacia mí, haciendo que toda su frente desapareciera entre pliegues de carne. Yo suponía que mi presencia lo impresionaría, pero Runner hacía tiempo que había machacado la parte de su cerebro encargada de sorprenderlo. Sus días eran muy largos y su vida imprevisible, así que ¿por qué no iba a poder visitarlo su hija después de media década?

—¿Cuánto hacía que no te veía, pequeña? ¿Aún tienes aquel cenicero con forma de flamenco que te mandé? —Recibí aquel cenicero hacía más de veinte

años, cuando era una niña no fumadora de diez años de edad.

—¿Recuerdas la carta que me escribiste, Runner? —le pregunté—. ¿Sobre Ben? En ella me decías que él no fue quien... lo hizo.

—¿Ben? ¿Por qué te escribiría esa mierda? Él es un mal bicho. Ya sabes que no fui yo quien lo crío, de eso se ocupó tu madre. Nació raro y siguió siendo raro. Si hubiera sido un animal, si hubiera sido el raquíptico de la camada, lo habríamos matado.

—¿Te acuerdas de la carta que me escribiste, tan sólo hace unos días? Me decías que te estabas muriendo y que querías contar toda la verdad de lo que ocurrió aquella noche.

—A veces me preguntaba si era mío, si realmente era hijo mío. Siempre me sentí un imbécil por tener que criarlo. Y la gente seguro que se reía de eso a mis espaldas. Porque nada de él se parecía a mí, nada. Era cien por cien de su madre. El nene de mamá.

—En la carta, recuerda la carta, Runner, de sólo hace unos días, decías que no fue Ben quien lo hizo. ¿Sabías que hasta Peggy se desdijo de tu coartada? Tu antigua novia, Peggy.

Runner le dio un trago largo a su cerveza e hizo una mueca. Se metió uno de los pulgares en el bolsillo del pantalón y soltó una carcajada de desprecio.

—Sí, te escribí una carta. Pero olvida eso ahora. Me estoy muriendo, tengo escolio... ¿Cómo se llama eso, cuando tienes el hígado mal?

—¿Cirrosis?

—Eso es. Y algo más en los riñones. Me han dicho que me queda un año. Debería haberme casado con alguien que tuviera un seguro médico. Peggy tenía, siempre iba a hacerse limpiezas de dientes, y tenía *recetas*. —Dijo «recetas» como si hablara de que ella comía caviar—. Hay que tener siempre un seguro médico, Libby. Es muy importante. Sin eso no tienes una mierda. —Se estudió el dorso de la mano, después parpadeó—. Así que te escribí una carta. Hay cosas que es mejor olvidar. El día de los asesinatos cayó mucha mierda, Libby. He pensado mucho en ello, me atormenta. Aquel día fue terriblemente malo. Fue un día maldito. No pude actuar como me hubiera gustado. —Se dio unos golpecitos en el pecho con el dedo—. No, no habría sido inteligente.

Lo dijo como si hubiera sido una simple decisión de negocios, después

eructó en silencio. Me imaginé agarrando el bote de hojalata y aplastándoselo contra la cara.

—Bueno, ahora puedes hablar. ¿Qué pasó, Runner? Dime qué pasó. Ben sigue en la cárcel desde hace décadas, así que si sabes algo dilo ahora.

—¿Y que me metan en la cárcel a mí? —Soltó un gruñido de indignación, se sentó en la toalla de playa y se sonó la nariz con una esquina de la toalla—. Tu hermano no era un bebé desvalido en medio del bosque. Tu hermano estaba metido en cosas de brujería, esas mierdas de adoradores del diablo. Si andas por ahí con el diablo, tarde o temprano estás jodido... Debería haberme dado cuenta cuando lo vi con Trey Teepano, aquel cabrón... hijo de puta.

Trey Teepano, el nombre que salía constantemente pero que no llevaba a ninguna parte.

—¿Qué hizo Trey Teepano?

Runner sonrió, un diente mellado asomó por encima de su labio inferior.

—Mira, la gente no sabe una mierda de lo que pasó aquella noche. Tiene gracia.

—No tiene ninguna gracia. Mi madre está muerta, mi hermano está en la cárcel. Tus hijas están muertas, Runner.

Al oír eso inclinó la cabeza hacia atrás y miró la luna, curvada como una tajada de melón.

—Tú no estás muerta —dijo.

—Michelle y Debby están muertas. Patty está muerta.

—Pero tú no, ¿nunca te has parado a pensarlo? —Escupió una masa gelatinosa de sangre—. ¿No te parece raro?

—¿Qué tiene que ver Trey Teepano con todo esto? —insistí.

—¿Conseguiré algo de dinero si hablo?

—Estoy segura, sí.

—Yo no soy inocente, no del todo, pero tampoco tu hermano, y tampoco Trey.

—¿Qué hiciste, Runner?

—Yo no fui el que se quedó con todo el dinero. No fui yo.

—¿Qué dinero? Nosotros no teníamos dinero.

—Tu madre tenía dinero. La zorra de tu madre tenía dinero, créeme.

Se levantó y me miró con las pupilas tan dilatadas que casi le eclipsaban

el iris, convirtiendo sus ojos azules en erupciones solares. Sacudió la cabeza de nuevo, de un modo brutal, y caminó hacia mí. Me enseñaba las palmas de las manos como diciendo que no temiera, que no iba a hacerme daño, con lo que consiguió justo lo contrario.

—Libby, ¿dónde está el dinero del seguro de vida de Patty? Ése es otro misterio por resolver. Porque yo estoy seguro como de la mierda que no lo tengo yo.

—Nadie tiene ese dinero, Runner, se fue todo en la defensa de Ben.

Ahora Runner estaba justo encima de mí, tratando de asustarme como hacía cuando yo era pequeña. Él era un hombre bajito, pero seguía midiendo diez centímetros más que yo, y estaba respirando en mi cara, su aliento era caliente, metálico, olía a cerveza.

—¿Qué pasó, Runner?

—Tu madre siempre se guardaba dinero para ella, y mira que le metí años a esa granja, pero nunca vi un centavo. Bueno, siempre teníamos un pollo para asar. Pero tu maldita madre se lo guardaba todo para ella. Si me hubiera dado ese dinero...

—¿Aquel día le pediste dinero?

—Toda mi vida he debido dinero. Nunca he conseguido salir adelante, siempre debiéndole a alguien. ¿Tú tienes algo de dinero, Libby? Demonios, seguro que sí, escribiste aquel libro, ¿no? Entonces tú tampoco eres inocente del todo. Dame algo de dinero, Libby. Dale a tu viejo algo de calderilla. Compraré un hígado en el mercado negro y después testificaré lo que quieras. Lo que quiera mi niña. —Me puso dos dedos en medio del pecho, y yo me aparté de él lentamente.

—Si aquella noche estuviste implicado de algún modo, tengo que saberlo, Runner, tengo que saber qué pasó.

—Bueno, entonces no se supo nada, ¿por qué tendría que saberse ahora? ¿Crees que los policías, los abogados, todos los implicados en el caso, todos los que se hicieron famosos con el caso —me señaló a mí, su labio inferior le sobresalía—, crees que ellos iban a decir... «ooh, lo sentimos, nos hemos equivocado, bueno, Benny, vete y sigue adelante con tu vida»? No. Ya es demasiado tarde, él pasará allí el resto de su vida.

—No, si dices la verdad.

—Eres como tu madre, ¿sabes? Joder, nunca nadas a favor de la corriente, siempre sigues el camino más difícil. Si ella me hubiera ayudado sólo una vez en todos aquellos años... Pero era una zorra. No digo que mereciera morir... —Se rio, se mordió un padraastro—. Pero, hombre, era una mujer dura. Y crio a un maldito niño abusador de menores. A un puto enfermo. Ese chico nunca, jamás, fue un hombre. Ah, y puedes decirle a Peggy que me la chupe.

Al oír eso me volví para marcharme, y me di cuenta de que no podía salir de allí sin su ayuda. Me volví de nuevo hacia él.

—El nenito Ben, ¿de verdad crees que cometió aquellos asesinatos él solo? ¿Ben?

—Entonces ¿quién más había allí, Runner? ¿Qué intentas decirme?

—Te hablo de Trey, él era un corredor de apuestas al que había que pagar.

—¿Tú le debías dinero?

—No voy a hacer acusaciones ahora, pero él era un corredor de apuestas. Y esa noche estaba con Ben. ¿Qué crees que estaban haciendo en aquella casa de mierda?

—Si crees que Trey Teepano mató a nuestra familia, deberías denunciarlo. Si ésa es la verdad.

—¿Qué sabrás tú de la vida! —Me agarró por el brazo—. Tú lo esperas todo, lo quieres todo gratis, y yo tengo que arriesgar el cuello por... Te he dicho que quiero dinero. Te lo he dicho.

Me solté, agarré la nevera y la arrastré hasta debajo de la escalera; hacía tanto ruido contra el suelo que tapó la voz de Runner. Salté encima, y mis dedos todavía quedaban unos centímetros por debajo del borde de la cisterna.

—Dame cincuenta pavos y te subo —dijo Runner evaluando mi torpeza. Me estiré para alcanzar el borde con las puntas de los dedos, de puntillas, y entonces noté la nevera volcándose bajo mis pies, y caí al suelo, golpeándome la barbilla y mordiéndome la lengua; me saltaron lágrimas de dolor. Runner se rio—. Jesús, qué torpe —dijo viéndome en el suelo—. ¿Me tienes miedo, pequeña?

Me deslicé detrás de la nevera, sin dejar de mirarlo, mientras buscaba cosas para apilar y poder salir de allí.

—Yo no mato niñas —dijo él a nadie en especial—. Yo no mataría niñas. —Y entonces se le iluminaron los ojos—. Oye, ¿dieron con Dierdre?

Yo sabía el nombre, sabía qué intentaba decir.

—¿Diondra?

—¡Sí, Di-on-dra!

—¿Qué sabes tú de Diondra?

—Siempre me he preguntado si la mataron también a ella, nunca más se la vio después de aquella noche.

—La novia... de Ben —solté.

—Sí, claro, supongo. La última vez que la vi estaba con Ben y con Trey, y luego... se esfumó. A veces me gusta la idea de ser abuelo.

—¿De qué estás hablando?

—Ben la había dejado embarazada. O eso es lo que dijo él dándose aires, como si eso fuera algo difícil. Después de aquella noche, desapareció para siempre. Me temo que pueda estar muerta. ¿No es eso lo que hacen ellos, los adoradores del diablo, matar mujeres embarazadas y a sus bebés?

—¿Y no le dijiste nada a la policía?

—¿Acaso era eso asunto mío?

PATTY DAY

2 de enero de 1985

21.12

La casa se había quedado en silencio durante unos cuantos latidos de su corazón, después de que Runner se hubiera ido en busca de alguien a quien intimidar para que le diera dinero. Patty había oído que Peggy Bannion era ahora su novia. ¿Por qué no la acosaba a ella? Probablemente ya lo habría hecho. Un latido, dos latidos, tres latidos. Entonces las niñas empezaron a hacer preguntas y a expresar sus temores. La tocaban con sus manitas, como si intentaran calentárselas en la hoguera de un campamento. Esta vez Runner las había atemorizado de verdad. Siempre había habido algo amenazador en él, siempre se irritaba cuando no se salía con la suya, pero esta vez había sido la que más cerca había estado de agredirla en serio. Con mucho. Cuando estaban casados se peleaban, él le daba manotazos en la cabeza, para enfurecerla, para recordarle su indefensión, que era lo que a ella realmente le dolía. «¿Por qué no hay comida en la nevera?». ¡Plaf! «¿Por qué está todo tan sucio que parece un agujero lleno de mierda?». ¡Plaf! «¿En qué te has gastado todo el dinero, Patty?». ¡Plaf, plaf, plaf! «¿Me estás oyendo, nena? ¿Qué coño has hecho con todo el dinero?». Runner estaba obsesionado con el dinero. Incluso en alguno de sus pocos momentos paternales, jugando de mala gana al Monopoly con los críos, sisaba dinero de la banca, sujetando con fuerza en su regazo los brillantes billetes naranja y morados. «¿Me estás llamando tramposo?». ¡Plaf! «¿Estás diciendo que tu viejo hace trampas, Ben?». ¡Plaf, plaf, plaf! «¿Te crees que eres más listo que yo?». ¡Plaf!

Ahora, casi una hora después de que se hubiera ido, las niñas aún seguían abrazadas a ella, a su lado, detrás, todas en el sofá preguntándole qué estaba pasando, qué le pasaba a Ben, por qué papá estaba tan loco. ¿Por qué ella ponía tan loco a papá? Libby estaba sentada en un extremo del sofá, acurrucada, chupándose el dedo, preocupada por la visita a casa de Cates, por el policía. Parecía que tenía fiebre y, cuando Patty le tocó la mejilla, se estremeció.

—No pasa nada, Libby.

—No es verdad —dijo ella mirándola con los ojos muy abiertos y sin parpadear—. Quiero que Ben vuelva.

—Volverá —dijo Patty.

—¿Cómo lo sabes? —sollozó Libby.

Debby saltó al oír eso.

—¿Es que sabes dónde está? ¿Por qué no vamos a buscarlo? ¿Tiene problemas por culpa de su pelo?

—Sé que está metido en problemas —dijo Michelle con su voz más zalamera—. Problemas de sexo.

Patty se volvió hacia ella, furiosa por la sonrisa boba de su hija, furiosa por su tono chismoso. Como una de esas mujeres con la cabeza llena de rulos que cotilleaban en el supermercado. Ahora la gente usaría ese tono para hablar de los Day por todo Kinnakee. Agarró a Michelle por el brazo con más fuerza de la que era consciente.

—¿Qué quieres decir, Michelle? ¿Qué crees que sabes?

—Nada, mamá, nada. Sólo lo he dicho, no lo sé. —Michelle empezó a balbucear, como hacía siempre que se metía en problemas y sabía que tenía la culpa.

—Ben es tu hermano, no tienes que decir cosas malas sobre tu hermano. No en esta casa, y tampoco fuera de ella. Ni en la escuela, ni en la iglesia, en ningún sitio.

—Pero, mamá... —empezó Michelle, aún llorando—. Ben no me gusta.

—No digas eso.

—Es malo, hace cosas malas, en la escuela lo dicen...

—¿Qué dicen, Michelle? —Sintió que empezaba a arderle la frente, deseó que Diane estuviera allí—. ¿Estás diciendo que Ben ha hecho... te ha hecho

algo... malo... a ti?

Se había prometido a sí misma que nunca preguntaría eso, que sólo pensar en eso era traicionar a Ben. Cuando Ben era más pequeño, cuando tenía siete u ocho años, venía a su cama por la noche, y ella se había despertado alguna vez y le había sorprendido jugueteando con sus cabellos, tocándole un pecho. Eran momentos inocentes pero inquietantes, en los que ella se despertaba sensual, excitada, y entonces saltaba de la cama y se ponía el camisón y la bata como una doncella horrorizada. «No, no, no, no tienes que tocar a mamá de este modo». Pero nunca sospechó —hasta ahora— que Ben pudiera hacerles nada a sus hermanas. Así que dejó la pregunta en el aire, mientras Michelle se agitaba cada vez más, subiéndose y bajándose sus enormes gafas arriba y abajo de su nariz puntiaguda, llorando.

—Michelle, siento haberte gritado. Ben tiene problemas. Y ahora, dime, ¿Ben te ha hecho algo que quieras contarme? —Tenía los nervios a flor de piel: atravesaba momentos de puro pánico, seguidos de una sensación de abandono absoluto. Podía sentir cómo el miedo le subía por el cuerpo, como impulsado a propulsión, como cuando despegaba un avión.

—¿Que me haya hecho qué?

—¿Te ha tocado alguna vez de un modo raro, de un modo distinto a como lo hacen los hermanos? —Ahora flotaba libre, como si hubieran apagado los motores.

—Las únicas veces que me toca es cuando me empuja o me tira del pelo —canturreó Michelle con su habitual sonsonete.

Alivio, oh, alivio.

—Entonces ¿por qué hablan de él en la escuela?

—Porque es un tarado. No le cae bien a nadie. No hay más que ver su habitación, mamá. Está llena de cosas raras.

Estaba a punto de sermonearla por entrar en la habitación de Ben sin permiso, y quería abofetearse a sí misma. Pensó en lo que había dicho el inspector Collins, los órganos de animales metidos en táperes. Se los imaginó. Unos disecados y apelotonados como bolas de madera, y otros frescos, que te golpeaban en la nariz cuando abrías la tapa.

Patty se levantó.

—¿Qué hay en su habitación?

Fue al pasillo, el maldito cable del teléfono de Ben se le enrolló en los pies, como siempre. Pasó de largo ante la puerta de su hijo, cerrada con candado, giró a la izquierda, dejó atrás la habitación de las niñas y se metió en la suya. Calcetines, zapatos y pantalones se amontonaban por todas partes, la ropa sucia de cada día amontonada en pilas.

Abrió la mesita de noche y encontró un sobre en el que estaba escrito «En caso de emergencia» con la letra alargada de Diane, que era igual que la de su madre. Dentro había quinientos veinte dólares. No sabía cuándo se había colado Diane en su habitación y lo había dejado allí, pero se alegró de no saberlo, porque Runner se habría dado cuenta. Se acercó el dinero a la nariz y lo olió. Luego devolvió el sobre a su lugar y sacó un cortafríos que había comprado semanas atrás, sólo para tenerlo a mano, por si necesitaba entrar en la guarida de Ben. Estaba avergonzada. Volvió por el pasillo, la habitación de las niñas parecía un albergue, camas pegadas a todas las paredes, excepto a la de la puerta. Podía imaginarse a la policía metiendo las narices allí —«¿Aquí duermen todas?»—. Después percibió un olor a orines y comprendió que alguna de las niñas se había meado en la cama la noche anterior. ¿O hacía dos noches?

Dudó si cambiar las sábanas, pero se obligó a caminar hacia la puerta de la habitación de Ben, donde había un adhesivo de una vieja guitarra Fender a la altura de los ojos que Ben había arrancado en parte. Tuvo una súbita sensación de náuseas cuando pensó que tal vez sería mejor no mirar dentro. ¿Qué pasaría si encontraba fotos incriminatorias, fotos repugnantes?

¡Crac! El candado cayó en la alfombra. Les gritó a las niñas, que ahora estaban asomadas al pasillo como ciervos asustados, que se pusieran a ver la tele. Tuvo que decirlo tres veces —«Idaverlateleidaverlateleidaverlatele»— antes de que Michelle se fuera por fin.

La cama de Ben estaba deshecha y las sábanas arrugadas debajo de un montón de chaquetas, pantalones y jerséis, pero el resto de la habitación no era una leonera. En su escritorio había cuadernos y casetes y una vieja bola del mundo que había sido de Diane. Patty la hizo girar y la detuvo con el dedo encima del polvo, cerca de Rodesia; entonces empezó a hojear los cuadernos. Estaban cubiertos de pegatinas de grupos musicales; AC/DC, con el relámpago en medio. Venom, Iron Maiden. En el interior de los cuadernos, Ben había

dibujado pentagramas y escrito poemas sobre asesinatos y sobre Satanás.

*El bebé es mío
aunque no del todo
porque Satanás tiene
un plan más oscuro.
Matar al bebé y a su madre.
Y luego ir a por más
y matar a otros.*

Se sintió enferma, como si una vena que fuera desde su garganta hasta la pelvis se hubiera agriado. Hojeó más cuadernos y, cuando cogió el último, se abrió por el medio, sin esfuerzo. En páginas y más páginas, Ben había dibujado vaginas con manos que entraban en ellas, úteros con criaturas dentro, con sonrisas demoníacas, mujeres embarazadas cortadas en dos y sus bebés cayendo.

Patty se sentó en la silla de Ben, mareada, pero siguió pasando páginas hasta llegar a una con varios nombres de chica escritos en columnas: Heather, Amanda, Brianne, Danielle, Nicole, y más y más, en una letra cada vez más cuidada: Krissi, Chrissy, Krissi, Krissie, Krissi, Krissi Day, Krissi Day, Krissi Dee Day, Krissi D. Day, Krissi D-Day.

Krissi Day dentro de un corazón.

Patty apoyó la cabeza en el frío escritorio. Krissi Day. Como si fuera a casarse con la pequeña Krissi Cates. Ben y Krissi Day. ¿Eso era lo que pensaba? ¿Significaba que creía que lo que había hecho con la niña estaba bien? ¿Se estaba imaginando a sí mismo trayendo a aquella niña a comer para presentársela a su madre? Y Heather. Ése era el nombre de la niña de los Hinkel que estaba en casa de los Cates. ¿Todos aquellos nombres pertenecían a niñas de las que había abusado?

Le pesaba la cabeza, no quería moverse. Sólo quería estar allí, con la cabeza apoyada en el escritorio, hasta que alguien le dijera lo que tenía que hacer. Estaba bien así, a veces se quedaba sentada durante horas, moviendo la cabeza como un paciente de hospital, pensando en su infancia, cuando sus padres hacían la lista de tareas para ella y le decían cuándo tenía que irse a la

cama y cuándo levantarse y qué hacer durante el día, y nadie le pedía que tomara decisiones. Pero cuando estaba mirando las sábanas arrugadas de la cama de Ben, con su estampado de aviones, recordando que le había pedido unas nuevas —«sábanas lisas»— hacía más de un año, se fijó en una bolsa de plástico arrugada que sobresalía de debajo del armazón de la cama.

Se agachó y sacó aquella vieja bolsa de plástico. La sostuvo en el aire. Pesaba, y se movió como un péndulo. Miró dentro y sólo vio ropa, y entonces se dio cuenta de que los estampados eran de niña: flores y corazones, champiñones y arcoíris. Lo vació todo en la alfombra, con miedo de que entre aquellas ropas aparecieran las fotos que se había imaginado. Pero sólo había prendas de vestir: ropa interior, camisetas, braguitas. Todas de tallas diferentes, desde la edad de Krissi para abajo. Estaban usadas. Habían sido utilizadas por niñas pequeñas. Justo como había dicho el inspector. Las volvió a meter en la bolsa.

Su hijo. Su hijo. Iría a la cárcel. Perderían la granja, Ben iría a la cárcel, y las niñas... Se dio cuenta, como le pasaba a menudo, de que no sabía cómo actuar. Ben necesitaba un buen abogado, y no sabía cómo conseguirlo.

Fue a la sala de estar, pensando en un juicio y en que no podría soportarlo. Mandó a las niñas a su cuarto a gritos, y ellas la miraron con las bocas abiertas, ofendidas y atemorizadas, y pensó en lo mal que había criado a Ben, una madre incompetente, abrumada, eso haría que lo vieran aún mucho peor de lo que era, y puso algo de leña y periódicos en la chimenea, y sólo un par de troncos encima, y lanzó la ropa al fuego. Un par de bragas con margaritas estampadas habían empezado a arder por el elástico cuando sonó el teléfono.

ERA LEN, EL Prestamista. Ella empezó excusándose, le explicó que no era el momento de hablar sobre la ejecución de la hipoteca. Que tenía un problema con su hijo.

—Por eso te llamo —la interrumpió—. He oído cosas sobre Ben. En principio no pensaba telefonearte, pero... creo que puedo ayudar. No sé si querrás. Pero tengo una opción.

—¿Una opción para Ben?

—Un modo de ayudar a Ben con sus costes legales. Para lo que os enfrentáis, vais a necesitar una buena suma.

—Entonces creo que todas las opciones quedan descartadas —dijo Patty.

—No todas.

LEN NO IRÍA a la granja, no se reuniría con ella en el pueblo. Tenían que verse clandestinamente, e insistió en que ella debería ir por la ruta secundaria 5 hasta la zona de pícnicos del parque. Discutieron y se enfadaron, y Len finalmente suspiró de un modo tan profundo que a ella se le arrugaron los labios al otro lado de la línea.

—Si quieres ayuda, haz lo que te digo. No vengas con nadie. No se lo digas a nadie. Hago esto porque creo que puedo confiar en ti, Patty, y porque me gustas. Quiero ayudarte.

Siguió una pausa, tan larga que Patty miró el auricular y susurró: «¿Len?», pensando que había colgado, y a punto de hacerlo también ella.

—Patty, realmente no sé cómo ayudarte si no es así. Bueno, ya lo verás. Rezo por ti.

Ella se volvió hacia la chimenea y miró a través de las llamas: sólo se había quemado la mitad de la ropa. Los troncos se habían consumido, así que corrió al garaje, cogió la vieja hacha de su padre, de hoja pesada y bien afilada —de cuando las herramientas se fabricaban bien—, cortó un buen montón de leña y lo cargó de vuelta.

Estaba alimentando el fuego cuando notó la presencia de Michelle a su lado.

—¡Mamá!

—¿Qué, Michelle?

Levantó la mirada y vio a su hija en camisón, señalando hacia el fuego.

—Estabas a punto de lanzar el hacha al fuego —sonrió Michelle—. Cabeza de chorlito. —Patty sostenía el hacha entre los brazos como si fuera leña. Michelle la cogió, manteniendo la hoja alejada del cuerpo, como le habían enseñado, y la dejó al lado de la puerta.

Patty vio que Michelle volvía a su habitación lentamente, como si estuviera caminando entre la hierba alta, y fue tras ella. Las niñas estaban sentadas en el suelo murmurándole a sus muñecas. Recordó lo que la gente solía decir en broma, que querían más a sus hijos cuando estaban dormidos, ja ja, y sintió una leve punzada. A ella realmente le gustaban más cuando estaban

durmiendo, cuando no le preguntaban cosas, cuando no necesitaban comer o divertirse, y también cuando estaban cansadas, tranquilas, cuando no la molestaban. Dejó a Michelle al cargo de sus hermanas y se fue, demasiado exhausta y desesperada para hacer otra cosa que acudir a la cita con Len, el Prestamista.

«No tengas demasiadas esperanzas —se dijo a sí misma—. No tengas demasiadas esperanzas».

Había media hora de coche a través de la nieve brillante, los copos parecían estrellas contra la luz de los faros. Era una «buena nieve», como solía decir su madre, amante del invierno, y pensó que las niñas jugarían en ella todo el día siguiente, pero luego reflexionó: «¿Lo harán? ¿Qué pasará mañana? ¿Dónde habrá ido Ben?».

«¿Dónde está Ben?».

Se dirigió a la zona de pícnic abandonada. El refugio era un enorme edificio de hormigón y metal construido en los años setenta con mesas comunitarias y un techo diseñado como un intento fallido de papiroflexia. Dos columpios tenían una capa de nieve de diez centímetros, las viejas sillas de neumático colgadas de las cadenas no se movían en absoluto, en contra de lo que cabía esperar. Soplaban viento, ¿por qué estaban tan quietas? El coche de Len no estaba allí. De hecho, no había un solo coche, y empezó a inquietarse, metía una uña entre los dientes de la cremallera del abrigo, saltando de uno a otro, emitiendo un clic. ¿Qué sucedería ahora? Iría a la mesa de pícnic y vería que Len le había dejado un sobre con un gran fajo de dinero —un gesto caballeroso—, que ella le devolvería. O quizá Len había reunido a un grupo de gente que se había compadecido de ella, y estaban a punto de llegar con las manos llenas de dinero para que ella empezara una nueva y maravillosa vida, y entonces se daría cuenta de que después de todo había gente que la quería.

Alguien dio un golpecito en la ventanilla del coche, unos nudillos rosados y brillantes de un hombre robusto. No era Len. Bajó un poco la ventanilla y miró afuera, preparada para oír cómo le decía: «Váyase de aquí, señora». Los golpecitos habían sido de ese tipo.

—Acompáñeme, por favor —dijo él, en cambio. El hombre no se había inclinado, y ella no podía verle el rostro—. Vayamos a sentarnos a uno de aquellos bancos.

Apagó el motor y salió; el hombre ya había echado a andar delante de ella, encogido bajo un abrigo grueso de ante y un sombrero vaquero. Ella llevaba un gorro de lana que nunca le había ajustado bien, siempre se le salían las orejas, por lo que ya se las estaba frotando cuando alcanzó al hombre.

Parecía un tipo agradable. Necesitaba que fuera agradable. Tenía los ojos negros y llevaba un bigote grueso, las puntas le colgaban a los lados de la barbilla. Tendría unos cuarenta años y aspecto de ser de la zona. Parecía agradable, pensó de nuevo. Se sentaron en un banco, olvidando que estaban cubiertos de nieve. ¿Quizá era un abogado? Un abogado al que Len le había pedido que representara a Ben. Pero entonces ¿por qué reunirse allí?

—He oído que tienes algunos problemas —dijo con una voz apagada, como su mirada. Patty asintió—. Están a punto de embargarte la granja y tu hijo va a ser arrestado.

—La policía sólo quiere hablar con él sobre un incidente que...

—Tu hijo va a ser arrestado, y yo sé por qué. Durante el próximo año necesitarás dinero para pagar a los acreedores, para mantener a tus hijos y tu casa —«su maldita casa»— y para el abogado de tu hijo, porque no querrás que vaya a la cárcel con la etiqueta de abusador de menores.

—Por supuesto que no, pero Ben...

—No puedes permitir que *tu* hijo entre en la *cárcel* con la etiqueta de *abusador de menores*. No hay nadie que lo pase peor en la cárcel que un abusador de menores. He visto lo que les hacen, es una pesadilla. Así que necesitas un abogado muy bueno, que costará mucho dinero. Necesitas uno ahora mismo, no dentro de unas semanas, ni días, sino ahora. Si no, este tipo de asuntos se descontrolan muy rápido.

Patty asintió, a la espera. El modo de hablar de aquel hombre le recordaba al de los vendedores de coches: tienes que comprarlo ahora, este modelo y a este precio. Ella siempre perdía en esas conversaciones, siempre se llevaba lo que el vendedor quería.

El hombre se ajustó el sombrero y soltó una bocanada de aliento como un toro.

—Yo también fui granjero una vez, y antes lo había sido mi padre, y antes el padre de él. Tres mil quinientas hectáreas, ganado, maíz, trigo, a las afueras de Robnett, en Missouri. Una buena hacienda, como la tuya.

—Nosotros nunca hemos tenido tres mil quinientas hectáreas.

—Pero tienes una granja familiar, tienes tu maldita tierra. Es tu maldita tierra. Los agricultores hemos sido estafados. Ellos decían: «¡Comprad más tierras!», y malditos nosotros por hacerlo. «Comprad más tierra», decían, ¡porque así ellos sacaban tajada! Y después: «Oh, lo sentimos, tenemos que darte una mala noticia. Te vamos a embargar la granja, ese sitio donde ha vivido tu familia durante generaciones, simplemente nos la quedamos, sin rencores. Tú eres sólo un capullo que creyó en nosotros, en realidad no es culpa tuya».

Patty ya había oído eso antes, ya había pensado eso antes. Había sido un trato injusto. «Pero volvamos a Ben». Cambió el peso de su cuerpo a la otra pierna y se estremeció, intentó mostrarse paciente.

—Bueno, yo no soy un hombre de negocios, no soy un banquero, no soy un político. Pero puedo ayudarte, si lo deseas.

—Sí, claro que lo deseo —dijo ella—. Por favor. —Y en su interior se decía a sí misma: «No te hagas ilusiones, no te hagas ilusiones».

LIBBY DAY

Ahora

Volví a casa a través de bosques desangelados. En algún lugar de aquellos largos caminos había un vertedero. Nunca vi el vertedero en sí, pero conduje a lo largo de treinta kilómetros de basura. A derecha e izquierda, el terreno estaba cubierto de miles de bolsas de plástico, que revoloteaban y flotaban por encima de la hierba. Parecían pequeños fantasmas. Empezó a lloviznar, después el agua cayó con más fuerza, helada. Todo lo que había fuera de mi coche parecía deformado. Cada vez que veía un lugar solitario — un hoyo en el terreno, un bosque de robles— me imaginaba a Diondra enterrada debajo, una colección de huesos que nadie había reclamado y trozos de plástico, un reloj, la suela de un zapato, tal vez los pendientes rojos que llevaba en la foto del anuario. ¿A quién le importaba un comino Diondra?, pensé. Las palabras de Diane volvían a estallar en mi cabeza. ¿A quién le importaba si la mató Ben? Porque él mató a mi familia, y ahí acababa todo. Yo deseaba lo peor para Runner, hasta el punto de que me había obligado a mí misma a creer que había sido él. Pero el simple hecho de verlo me recordó que era imposible que las hubiera matado él, por lo bobo que era. «Bobo» es una palabra que se usa cuando eres un crío, pero es la más apropiada para describir a Runner. Bribón y bobo, al mismo tiempo. Magda y el Kill Club se decepcionarían, aunque me encantaría darles la dirección de Runner por si querían continuar la conversación. Por mi parte, esperaba que se muriera pronto.

Atravesé una zona de terreno llano. Apoyado en una valla, bajo la lluvia,

había un adolescente, con cara de mal humor o de aburrimiento, mirando hacia la autopista. Mi cerebro volvió a Ben. Diondra y Ben. Embarazada. Todo lo que me había dicho Ben sobre aquella noche parecía correcto, creíble, pero había mentido insistentemente sobre Diondra. Eso era un motivo de preocupación.

Corrí a casa, me sentía sucia. Me metí en la ducha y me froté el cuerpo con un cepillo de uñas, con fuerza; cuando acabé, mi piel parecía como si hubiera sido rasguñada por un montón de gatos. Me metí en la cama sintiéndome todavía sucia, di vueltas bajo las sábanas durante una hora, me levanté y me duché otra vez. A eso de las dos de la madrugada me dormí. Tuve un sueño agitado en el que me sentía objeto de las miradas de un viejo lascivo que me pareció mi padre, hasta que estuve lo bastante cerca como para ver un rostro derretido. Le siguieron más pesadillas horribles: Michelle estaba cocinando tortitas, y había saltamontes flotando en la mantequilla, las patas se les caían a medida que Michelle los removía. Se cocinaron mezclados con las tortitas, y mi madre nos las hizo comer, buenas proteínas, crunch, crac. Entonces todas empezamos a morirnos —ahogadas, babeando, con los ojos en blanco— porque los saltamontes eran venenosos. Yo me tragué uno grande y noté cómo luchaba por subirme por la garganta; su cuerpo pegajoso sobresalía por mi boca, soltaba líquido en mi lengua, empujaba su cabeza contra mis dientes para escapar.

La mañana amaneció de un gris anodino. Me duché otra vez —aún necesitaba limpiar mi piel— y luego fui en coche a la biblioteca pública, un edificio blanco con columnas que había sido un banco. Me senté al lado de un hombre que llevaba una chaqueta militar sucia, una barba enmarañada y que olía mal, el típico tío que siempre termina refugiándose en un edificio público, y me conecté a internet. Busqué la enorme y triste base de datos de personas desaparecidas y escribí su nombre.

Mientras el ordenador emitía su destemplado sonido electrónico de estar pensando, yo sudaba confiando en que apareciera en la pantalla el mensaje de «No hay información». No hubo suerte. La foto era diferente a la del anuario, pero no tanto: Diondra con sus rizos y su flequillo, línea de ojos oscura y pintalabios rosa. Sonreía sólo un poco, poniendo morritos.

DIONDRA SUE WERTZNER
NACIMIENTO: 28 DE OCTUBRE DE 1967
DESAPARICIÓN: 21 DE ENERO DE 1985

BEN ME ESTABA esperando de nuevo, esta vez con los brazos cruzados, arrellanado en la silla, beligerante. Había pasado una semana en silencio antes de acceder a mi petición de verlo. Me saludó con la cabeza y me senté. Quería librarse de mí.

—¿Sabes, Libby? He estado pensando en lo que hablamos —dijo finalmente—. He estado pensando que no necesito esto, este dolor. Quiero decir, yo ya estoy aquí, en realidad no necesito que mi hermanita aparezca, creyendo en mí, no creyendo en mí. Me haces preguntas extrañas, me pones en guardia después de veinticuatro malditos años. No necesito esta tensión. Así que, si vienes, trata de «llegar al fondo de las cosas» —dijo haciendo aspavientos con las manos— o, si no, olvídalo. Porque yo no necesito esto.

—Fui a ver a Runner. —No se inmutó, se quedó sentado firmemente en su silla. Luego suspiró, uno de esos suspiros de cómo-es-posible.

—Guau, Libby, has desaprovechado tu vocación de detective. ¿Qué tenía que decir Runner? ¿Sigue en Oklahoma?

Sentí en mis labios la inapropiada contracción de una sonrisa.

—Vive en un vertedero del gobierno en las afueras de Lidgerwood, lo echaron del albergue.

Ben se rio al oír eso.

—Vive en un vertedero de productos tóxicos. Ja.

—Dijo que Diondra Wertzner era tu novia, que la habías dejado embarazada y que estabais juntos la noche de los asesinatos.

Ben se cubrió la cara con una mano, los dedos extendidos. Pude ver sus ojos brillando entre ellos. Dijo algo sin apartar la mano, y no entendí lo que decía. Lo probó dos veces más, y yo cada vez le pregunté qué era lo que había dicho, y a la tercera apartó la mano, se mordió el interior de la mejilla y se inclinó hacia mí.

—Digo que por qué esa puta obsesión por Diondra. Tienes una maldita

mota en el ojo con ese tema, ¿y sabes qué es lo que va a pasar? Pues que lo vas a joder todo. Has tenido la oportunidad de creer en mí, de hacer lo que debías y creer en tu hermano por fin. Al que conoces bien. No digas que no, porque mentirías. ¿Es que no lo entiendes, Libby? Es la última oportunidad para nosotros. El mundo puede creermme culpable, creermme inocente, pero los dos sabemos que esto no conduce a ninguna parte. No hay ningún ADN que vaya a liberarme, ya no hay una maldita *casa* que me espere. Ya no. No voy a salir. Ya no. La única persona que me importa, que puede decir que sabe que yo no pude haber *asesinado a mi familia*, eres tú.

—No puedes culparme por preguntarme si...

—Por supuesto que puedo. Claro que puedo. Puedo culparte por no creer en mí. A estas alturas, puedo perdonarte por tu mentira, porque estabas confundida, porque eras sólo una niña. Puedo perdonar eso. Pero, maldita sea, Libby, ¿qué pasa ahora? ¿Cuántos años tienes? ¿Treinta y tantos? ¿Y aún sigues creyendo que alguien de tu propia sangre pudo hacer algo como aquello?

—Oh, claro que lo creo —dije, sintiendo crecer la ira en mí, golpeándome contra las costillas—. Creo absolutamente que nuestra sangre es malvada. Lo siento en mí misma. Le he sacudido la mierda a la gente, Ben. Yo. He reventado puertas y ventanas y... he matado cosas. La mitad de las veces que miro hacia abajo, mis manos están cerradas en un puño.

—¿Crees que somos tan malos?

—Lo creo.

—¿Incluso llevando la sangre de mamá?

—Incluso así.

—Bueno, eso me entristece por ti, pequeña.

—¿Dónde está Diondra?

—Olvida eso, Libby.

—¿Qué hiciste con el bebé?

Me sentía mareada, febril. Si el bebé estaba vivo, si lo estaba (si él, o ella, estaba vivo), ahora tendría, ¿qué, veinticuatro años? El bebé ya no sería un bebé. Intenté imaginarme a un adulto, pero mi cerebro me devolvía la imagen de un niño pequeño envuelto en una manta. Pero, demonios, si apenas podía imaginarme a mí misma como a una adulta. En el siguiente cumpleaños cumpliría treinta y dos, la edad de mi madre cuando fue asesinada. Ella

parecía tan adulta... Más de lo que yo nunca he sido.

Así que, si estaba vivo, el bebé tendría veinticuatro años. Tuve una de mis horribles visiones. Una visión de lo que podría haber sido. Nosotros, todos vivos, en nuestra casa de Kinnakee. Michelle, jugueteando con sus gruesas gafas, en la sala de estar, con un montón de niños alrededor que no hacen lo que se les dice. Debby, gorda y charlatana, con un marido enorme y rubio y con una habitación especial en su propia granja para su taller, llena de hilos de costura y trozos de tela y pistolas de pegamento. Mi madre, cincuentona y vestida con una bata ancha, cubierta de canas, discutiendo relajadamente con Diane. Y, entrando en la habitación, la hija de Ben, una chica pelirroja de veinticuatro años, delgada y segura, con brazaletes en sus delicadas muñecas, una licenciada universitaria que no nos toma en serio a ninguno de nosotros. Una chica de los Day.

Me atraganté con mi propia saliva, empecé a toser, se me había cerrado la tráquea. El visitante de dos cabinas más allá se echó hacia atrás para verme y, convencido de que no me iba a morir, siguió charlando con su hijo.

—¿Qué pasó aquella noche, Ben? Necesito saberlo. Sólo necesito saberlo.

—Libby, no puedes ganar este juego. Ya te lo he dicho, soy inocente, y eso significa que tú eres culpable, arruinaste mi vida. Si te digo que soy culpable..., no creo que te sintieras mejor, ¿no?

Tenía razón. Era una de las razones por las que no había hecho nada durante tantos años. Seguí preguntándole:

—¿Y qué hay de Trey Teepano?

—Trey Teepano.

—Sé que era un corredor de apuestas, y que estaba mezclado en esas mierdas del diablo, y que era amigo tuyo, y que estaba contigo aquella noche. Y con Diondra. Todo eso parece muy turbio.

—¿De dónde has sacado toda esa información? —Ben me miró a los ojos, y luego le echó un largo vistazo a las raíces rojas que me crecían por encima de las orejas.

—Me lo dijo papá. Dijo que le debía dinero a Teepano y que...

—¿Papá? ¿Ahora le llamas «papá»?

—Runner dijo...

—Runner dijo «que os jodan a todos». Tienes que crecer, Libby. Tienes

que elegir un bando. Puedes pasarte el resto de la vida tratando de imaginarte lo que pasó, tratando de razonar. O puedes confiar en ti misma. Elige un bando. Pásate al mío. Es mejor.

BEN DAY

2 de enero de 1985

22.23

Dejaron atrás el pueblo, la carretera pasó de asfalto a tierra, Ben iba rebotando en el asiento de atrás, presionando con las manos contra el techo de la camioneta, intentando no ir de un lado a otro. Estaba colocado, realmente colocado, y la mandíbula y la cabeza le temblaban. «¿Has perdido un tornillo?». Había perdido dos o tres. Quería dormir. Primero comer, luego dormir. Vio desaparecer las luces de Kinnakee y luego recorrieron kilómetros de nieve azul brillante, algunos islotes de hierba por aquí, la cicatriz de una valla por allá, pero la mayor parte del terreno estaba cubierto de nieve, parecía la superficie lunar. Como si estuviera en el espacio exterior, en otro planeta, y nunca fuera a volver a casa. Giraron por un camino, los árboles los cubrieron por completo, como en un túnel, y se dio cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaban. Sólo esperaba que lo que fuera a ocurrir sucediera pronto. Le apetecía una hamburguesa. Su madre hacía unas hamburguesas rarísimas, las llamaban «restos de basura», hechas de carne barata, con cebollas y macarrones y cosas a punto de pudrirse. Podía jurar que una vez se encontró un trozo de plátano untado en *ketchup*: su madre pensaba que, con un poco de *ketchup*, cualquier cosa quedaba bien. Pero no era así, ella cocinaba de puta pena; sin embargo ahora mismo se comería una de aquellas hamburguesas. Pensaba: «Tengo tanta hambre que me comería una vaca». Y entonces, como si su ferviente deseo hubiera sido escuchado, reorientó la mirada desde una mancha grasienta en el asiento hasta el paisaje que había

fuera del coche y allí había diez o veinte terneras Hereford tumbadas en la nieve sin razón aparente. No había ningún establo por allí cerca, ninguna señal de que hubiera una casa, y las vacas eran demasiado estúpidas para volver a su establo, así que allí estaban, como un montón de idiotas grasientas, echando vapor por las narices. Las Hereford eran las vacas más feas de los alrededores, gigantes, rojizas, con caras blancas y arrugadas y ojos rosados. Las vacas Jersey tenían mucho mejor aspecto, con aquellas caras grandes y alargadas, pero las Hereford parecían prehistóricas, hostiles, mezquinas. Andaban torpemente y tenían los cuernos curvados y afilados, y cuando Trey detuvo la camioneta, Ben sintió un nudo en el estómago. Iba a pasar algo malo.

—Ya hemos llegado —dijo Trey aún sentado, la calefacción apagada, el frío que se colaba en el interior—. Todos fuera. —Trey rebuscó en la guantera por encima de Diondra. Rozó la barriga de niña de Diondra, y luego se sonrieron el uno al otro de un modo extraño. Sacó un casete y lo metió en el reproductor. Una música frenética empezó a arañarle el cerebro a Ben.

—Vamos, Ben —dijo Trey haciendo crujir la nieve bajo sus pies. Levantó su asiento para que Ben pudiera salir, y Ben tropezó, perdiendo el equilibrio. Trey tuvo que sostenerlo—. Ya es hora de que empieces a entender, de que sientas un poco de poder. Pronto serás padre, colega. —Trey lo sacudió por los hombros—. ¡Padre! —Su voz sonaba amigable, pero no sonreía. Sólo lo miraba, con los labios apretados y los ojos enrojecidos, casi ensangrentados. Decidiendo. Tenía aspecto de estar a punto de decidir algo. Entonces Trey se volvió, se dio unas palmadas en su chaqueta tejana y fue a la trasera de la camioneta. Ben trató de mirar a través del parabrisas, captar la mirada de Diondra, hacerle un gesto de qué-coño-está-pasando, pero ella estaba inclinada dentro de la camioneta, sacando una bolsita de debajo del asiento, gruñendo, con una mano en el vientre, como si le costara doblar su cuerpo. Se levantó con la mano en los riñones y rebuscó dentro de la bolsita. Estaba llena de papelinas, sacó tres.

—Comparte ésta con Ben —dijo Trey tras meterse dos en el bolsillo y abrir la tercera.

—No quiero compartirla —se quejó Diondra—. Me siento como una mierda, necesito una entera.

Trey soltó un suspiro de frustración, le dio una papelina a ella y murmuró:

«¡Dios santo!...».

—¿Qué es esa mierda? —preguntó Ben por fin. Sintió el goteo caliente en su frente y supo que estaba sangrando de nuevo. Ahora el dolor de cabeza era mucho más intenso, le taladraba por detrás del ojo izquierdo y le bajaba por el cuello hasta el hombro, como una infección que recorriera su cuerpo. Se frotó la zona, era como si le hubieran anudado una manguera de jardín al cuello.

—Es la fiebre del diablo, colega. —Trey se puso los polvos en la palma de la mano, esnifó y luego lamió los restos como un caballo un trozo de azúcar. A continuación echó la cabeza hacia atrás, aspirando ruidosamente desde la nariz a la garganta, dio unos pasos hacia atrás y miró a Diondra y a Ben como si no tuviera nada que ver con ellos. Una circunferencia de un intenso color naranja se dibujó alrededor de su boca.

—¿Qué coño estás mirando, Ben Day?

Las pupilas de Trey se agrandaban y empequeñecían como si estuviera persiguiendo con la mirada a un colibrí invisible. Diondra esnifó su parte con la misma avidez, y luego cayó de rodillas riendo. Fue una risa alegre durante tres segundos, después se volvió una risa nerviosa, de esas que se te escapan cuando no puedes creer tu puta suerte de mierda. Se reía y lloraba, con el cuerpo doblado, hundiendo las rodillas en la nieve. Cuando se levantó, queso, nachos y gruesos espaguetis que hasta casi olían bien se mezclaron en su vómito caliente. Aún tenía un trozo de espagueti colgándole de la boca cuando levantó la vista. Cuando se dio cuenta, se lo quitó. Ben se imaginó la otra mitad del fideo en su garganta, intentando recorrer el camino hacia arriba. Ella se dejó caer al suelo, a gatas, llorando, arrugando la cara y abriendo la boca, como sus hermanas cuando se hacían daño. El llanto del fin del mundo.

—Diondra, ¿estás bien, cariñ...? —empezó él.

Ella se echó hacia delante y vomitó el resto a los pies de Ben. Él se apartó para evitar las salpicaduras y se quedó mirando a Diondra en el suelo, que estaba a gatas y llorando.

—¡Mi padre me matará! —se lamentó una vez más. El sudor le había humedecido las raíces de los cabellos. Su rostro se desencajó cuando se miró el vientre—. Me matará.

Trey, ignorando a Diondra por completo, sólo miraba a Ben; le hizo un gesto con un dedo, que significaba que dejara de entretenerse y esnifara su

parte de fiebre del diablo. Acercó la nariz y aquello le olió a goma de borrar vieja y a bicarbonato.

—¿Qué es? ¿Como la cocaína?

—Como ácido de batería para tu cerebro. Métetela.

—Tío, ya me siento como la mierda, no sé si necesito esto ahora. Tengo un hambre del carajo, tío.

—Lo necesitas para lo que está a punto de pasar. Hazlo.

Diondra se reía de nuevo, su cara blanca bajo el maquillaje. Un nacho desmenuzado flotaba hacia el pie de Ben en un charco de flujo rosado. Él se apartó. Luego les dio la espalda para mirar a las vacas, se puso los polvos en la mano y los dejó a merced del viento. Cuando ya había volado más de una cuarta parte, esnifó ruidosamente, como habían hecho ellos, y sólo le entró una parte por la nariz. Lo cual estuvo bien. Porque le fue directa al cerebro, ácida como la lejía pero más punzante, y pudo imaginar los polvos crepitando como ramas de árbol, quemando las venas de su cabeza. Sintió como si toda la sangre se le hubiera convertido en hojalata caliente, hasta los huesos de las muñecas le empezaron a doler. Las entrañas se movieron como una serpiente al despertarse, y durante un segundo pensó que se iba a cagar encima, pero en cambio vomitó un poco de cerveza por la nariz, perdió la visión y cayó al suelo, la herida de la cabeza le palpitaba, la sangre le goteaba en la cara a cada latido. Se sentía como si pudiera correr a cien kilómetros por hora, y pensó que tenía que hacerlo, porque si se quedaba allí quieto su pecho se abriría y algún demonio asomaría de su interior, aletearía para sacudirse la sangre de Ben y luego, enfurecido ante la idea de seguir en este mundo, echaría a volar, tratando de volver al infierno. Entonces, tan pronto como pensó que necesitaba un arma y dispararse en la cabeza para acabar con todo aquello, llegó una gran burbuja de aire liberador que se propagó a través de él, calmando el dolor de sus venas, y se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Empezó a tragar aire, y se sintió endiabladamente bien. Endiabladamente listo por respirar aire, eso era. Sintió que se expandía, que se volvía grande, incuestionable. No importaba lo que hiciera, sería la elección perfecta, sí, señor, seguro, como si pudiera poner en fila todas las decisiones que tendría que tomar durante los próximos meses y pudiera dispararles como a los animales de cartón de una feria y ganar un peluche

grande. Era grande. Hurra por Ben, subido a hombros de todos porque el mundo estaba brindándole una puta ovación.

—¿Qué coño es esta mierda? —preguntó. Su voz sonó sólida, como una puerta pesada que se cierra a la perfección.

Trey lo ignoró, miró a Diondra, que se levantaba del suelo con los dedos rojos de escarbar en el hielo. Parecía que la mirara con sorna, pero sin darse cuenta. Luego rebuscó en la parte trasera de la camioneta y volvió con un hacha que brillaba tan azul como la nieve. Se la tendió a Ben, con el filo hacia delante, y Ben mantuvo los brazos a los lados del cuerpo, «Nononono, no puedes hacerme coger eso», como un niño al que le obligan a coger en brazos a un recién nacido. Llorando, «nononono».

—Cógela.

Ben la agarró, sintió frío en las manos, manchas de óxido en la punta.

—¿Esto es sangre?

Trey le lanzó una de sus miradas silenciosas y no se molestó en contestarle.

—¡Oh, yo quiero el hacha! —chilló Diondra, y fue hacia la camioneta. Ben se preguntó si le estaban tomando el pelo como siempre.

—Demasiado pesada para ti, coge el cuchillo de caza.

Diondra balanceó el torso hacia delante y hacia atrás, con las manos en los bolsillos, la capucha se movió arriba y abajo un par de veces.

—No quiero el cuchillo, es demasiado pequeño, dale a Ben el cuchillo, él caza.

—Entonces también necesitará esto —dijo Trey tendiéndole una escopeta del calibre 10.

—Déjame la escopeta a mí, la llevaré yo —dijo Diondra.

Trey le cogió la mano, se la abrió, le puso el cuchillo de caza Bowie y se la cerró.

—Está muy afilado, así que no hagas el capullo.

Pero ¿no habían venido a eso, a hacer el capullo?

—Ben, límpiate la cara, lo estás dejando todo perdido de sangre.

Con el hacha en una mano y la escopeta en la otra, Ben se limpió con la manga y se mareó. Seguía saliéndole sangre, ahora tenía el pelo pringoso y le goteaba sobre un ojo. Se estaba congelando y pensó que eso era lo que pasaba

cuando te desangrabas, sentías frío, pero claro, ¿cómo no iba a sentir frío vestido con la delgada chaqueta de Diondra? Tenía la piel de gallina en todo el cuerpo.

Trey sacó una última hacha, con filo por un lado y pico por el otro, enorme, la hoja tan afilada que parecía la astilla de un carámbano. Se la apoyó en el hombro, como un leñador camino del trabajo.

Diondra seguía haciendo pucheros con el cuchillo en la mano, y Trey le espetó bruscamente:

—¿Quieres hacerlo?

Ella salió de su enfurruñamiento, asintió vivamente y puso su cuchillo en el medio del círculo accidental que habían formado. Pero no, no era accidental, porque entonces Trey puso su hacha al lado del cuchillo Bowie y le indicó a Ben que lo imitara, haciéndole ese gesto impaciente que los padres hacen a sus hijos cuando quieren que hagan una gracia. Así que Ben obedeció, puso la escopeta y el hacha encima de aquel montón de metal brillante y afilado que le hacía latir el corazón con fuerza.

De repente, Diondra y Trey le cogieron de las manos, Trey con fuerza, caliente, Diondra pegajosa, mustia, y se colocaron en círculo alrededor de las armas. La luz de la luna hacía que todo resplandeciera. El rostro de Diondra parecía una máscara, todo hoyos y bultos, y cuando levantó la barbilla hacia la luna, Ben entre la boca abierta de ella y el montón de metal, tuvo una erección y no le importó. Su cerebro ardía en la parte de atrás de su conciencia, su cerebro estaba literalmente frito, y entonces Diondra se puso a declamar.

—Satanás, te ofrecemos el sacrificio, te ofrecemos el dolor, y la sangre, y el miedo, y la rabia, los fundamentos de la vida humana. Te honramos. Oscuro. En tu poder, seremos más poderosos, en tu exaltación seremos exaltados.

Ben no sabía qué significaban aquellas palabras. Diondra rezaba todo el tiempo. Rezaba en la iglesia, como la gente normal, pero también rezaba a diosas, a geodas y a cristales y a mierdas. Siempre estaba buscando ayuda.

—Esta noche haremos que tu bebé se convierta en un puto guerrero, tío — dijo Trey.

Entonces se separaron, cada uno cogió sus armas, y se dirigieron en silencio al prado, la nieve crujía y se resquebrajaba a su paso. Ben se notaba los pies literalmente congelados, como algo ajeno a su cuerpo, artificialmente

unidos a él. Pero no le importaba, no le importaba ni eso ni nada de lo que estaba pasando, porque esa noche estaba en una burbuja, nada tenía consecuencias, y mientras pudiera estar metido en aquella burbuja, todo estaría bien.

—¿Cuál, Diondra? —dijo Trey cuando se detuvieron. Cuatro Hereford estaban cerca, inmóviles en la nieve, evaluándolos despreocupadamente. Imaginación limitada.

Diondra hizo una pausa, apuntó con el dedo, moviéndolo de una res a otra, hasta que lo detuvo señalando al animal más grande, un toro con una polla enorme, peluda, grotesca y chorreante que le colgaba hasta el suelo nevado. Diondra ensanchó la cara en una sonrisa de vampiro, con los colmillos al descubierto, y Ben esperó oír un grito de guerra, verla cargar contra el animal, pero en cambio simplemente se acercó. Tres pasos largos y torpes hacia el toro, que sólo dio un paso atrás antes de que ella le clavara el cuchillo de caza en la garganta.

«Esto está sucediendo —pensó Ben—. Está sucediendo. Un sacrificio a Satanás».

Al toro le salía la sangre como aceite, oscura y densa, glug, glug, y luego, de repente, se contrajo, la vena se reventó o algo así, y la sangre empezó a salpicar, una nube furiosa, llenándole de gotas rojas la cara, la ropa, el pelo. Ahora Diondra gritaba, por fin, como si hasta ese momento hubiera estado bajo el agua y hubiera emergido de repente, sus gritos resonaban contra el hielo. Clavó el cuchillo en la cara del toro, reventándole el ojo izquierdo, que se hundió en la cabeza, resbaladizo y cubierto de una sangre casi negra. El toro trastabilló, torpe y confuso, como alguien a quien despiertan repentinamente, asustado pero aturdido. La sangre salpicaba su pelaje blanco. Trey levantó el hacha hacia la luna, soltó un grito ferino, la dejó caer con todas sus fuerzas y la hundió en los intestinos del animal. Las patas traseras le temblaron durante un segundo, entonces se tensó y empezó a trotar como si estuviera borracho. Los otros animales habían hecho un círculo a su alrededor, como si fueran niños viendo una pelea, mirando y mugiendo.

—Dale —gritó Diondra. Trey avanzó a grandes zancadas por la nieve, levantaba las rodillas como si estuviera bailando, el hacha trazaba círculos en el aire. Le estaba cantando a Satanás, y a media canción descargó el hacha en

la espalda del toro, rompiéndole la espina dorsal, haciendo que se desplomara en la nieve. Ben no se movió. Moverse significaba querer participar y él no quería, no quería sentir la carne del toro abriéndose bajo sus golpes, no porque estuviera mal, sino porque podría gustarle, como la hierba, como cuando dio la primera calada a un canuto y supo que nunca dejaría de fumar. Como si el humo hubiera encontrado dentro de su cuerpo un lugar hecho especialmente para el humo y se hubiera acurrucado en él. Y también podía tener un lugar para aquello. La sensación de matar podía tener un agujero vacío esperando a ser llenado.

—Vamos, Ben, no te rajes ahora —lo instó Trey, tragando aire después de un tercer, un cuarto, un quinto golpe de hacha.

El toro estaba tumbado sobre un costado, gimiendo, un desesperado aullido de otro mundo, como podría haber sonado el grito de un dinosaurio en un pozo de brea, aterrado, moribundo, aturdido.

—Vamos, Ben, mata tú también. No puedes venir y limitarte a quedarte ahí —gritó Diondra haciendo que sonara como la cosa más despreciable del mundo. El toro la miraba desde el suelo, y ella empezó a darle cuchilladas en la papada, golpes rápidos y certeros, con los dientes apretados, gritando «¡Cabrón!», mientras se lo clavaba una y otra vez, con el cuchillo en una mano y con la otra sobre el vientre.

—Apártate, Diondra —dijo Trey apoyándose en el hacha—. Hazlo, Ben. Hazlo o iré a por ti, tío. —Sus ojos todavía tenían el brillo del colocón, y Ben deseó haber esnifado más fiebre del diablo, deseó no haberse quedado en ese estado intermedio, donde había algo de lógica pero no miedo.

»Ésta es tu oportunidad, amigo. Sé un hombre. Tienes aquí a la madre de tu hijo mirándote, y ella está haciendo su parte. No seas un castrado cagado toda tu vida, no dejes que la gente te empuje, no dejes que la gente sienta que tienes miedo. Antes yo era como tú, tío, y no quiero volver a serlo nunca más. Coño, mira cómo te trata tu padre. Como a un picha fría. Pero tienes lo que te mereces, ¿sabes? Sí, creo que lo sabes.

Ben se llenó los pulmones de aire helado, las palabras se filtraron por su piel, enfureciéndolo cada vez más. Él no era un cobarde.

—Vamos, Ben, hazlo, hazlo —lo incitó Diondra.

Ahora el toro sólo jadeaba, la sangre manaba de docenas de heridas, había

un gran charco rojo en la nieve.

—Tienes que dejar que te aflore la ira, es la clave del poder, estás demasiado asustado, tío, ¿no estás cansado de estar asustado?

La imagen del toro en el suelo era tan patética que a Ben le resultaba repugnante. Tenía las manos apretadas contra el mango del hacha, aquella cosa necesitaba que la mataran, que acabaran con su agonía, y entonces levantó el hacha, alta y pesada, por encima de su cabeza, y la lanzó contra el cráneo del toro, un crujido impresionante, el último grito del animal, y trozos de cerebro y huesos rotos salpicando, y entonces sintió los músculos tan entonados, trabajando a la perfección en sus hombros —un trabajo de hombres—, que volvió a descargar otro golpe, abriéndole el cráneo por la mitad, ahora el toro finalmente muerto, un último estertor en sus patas delanteras, y luego trasladó su atención al centro del animal, golpeando arriba y abajo, haciendo volar huesos y pedazos burbujeantes de entrañas. «Jódete, jódete, jódete», gritaba, con los hombros increíblemente tensos, como fundidos con el torso, la mandíbula desencajada, los puños apretados, la polla dura apretada contra los pantalones, como si su cuerpo entero fuera a estallar en un orgasmo. ¡Cortar, destrozar a golpes!

Estaba a punto de ir a por la escopeta, cuando se le aflojaron los brazos; estaba agotado, la furia había salido de su cuerpo, y ya no sentía ningún poder en él. Se sintió avergonzado, como después de correrse con una revista guarra, flácido, mal y tonto.

Diondra rompió a reír.

—Eres muy fuerte cuando el bicho ya está prácticamente muerto —se burló ella.

—Lo he matado, ¿no?

Todos jadeaban, consumidos, sus caras cubiertas de sangre, excepto los ojos, que se habían limpiado. Parecían mapaches.

—¿Estás segura de que éste es el tipo que te ha dejado embarazada, Diondra? —dijo Trey—. ¿Estás segura de que se le levanta? No me extraña que sea mejor con las niñas pequeñas.

Ben dejó caer el hacha y echó a andar hacia la camioneta, pensando que ya era hora de irse a casa, pensando que aquello era culpa de su madre, que había sido una zorra esa mañana. Si no se hubiera cabreado por lo de su pelo, él

habría estado en casa esa noche. Limpio y caliente bajo su manta, oyendo a sus hermanas al otro lado de la puerta; la tele estaría sonando en la sala, su madre prepararía la cena. En cambio estaba allí, siendo el centro de las burlas, como siempre, después de haber hecho todo lo posible para probarse a sí mismo y quedándose corto, como siempre. Al final, la verdad siempre relucía. Esa noche siempre estaría ahí para recordárselo, la noche que Ben no había podido matar.

Pero ahora ya conocía el sabor de la violencia, y quería más. Al cabo de pocos días estaría pensando en ello, la llamada sonaría en su cabeza, no podría impedirlo, y seguiría pensando en ello, obsesionado con matar, pero dudaba que Trey y Diondra volvieran a llevarlo con ellos otra vez, y él se sentiría demasiado apenado, demasiado atemorizado, como siempre, como para hacerlo solo.

Les dio la espalda, después se puso la escopeta al hombro, la volvió a coger, la amartilló, puso el dedo en el gatillo. ¡Bam! Se imaginó el sonido en el aire, la escopeta embistiendo contra su hombro como si fuera un amigo dándole una palmada, diciéndole ¡buen trabajo! Y recargando el arma, disparando otro tiro, adentrándose en el campo, levantando el arma otra vez, y ¡bam!

Se imaginó que le zumbaban los oídos y que el aire olía a pólvora, y a Trey y a Diondra callados de una vez, mientras él se erguía de pie en medio de un campo de cadáveres.

LIBBY DAY

Ahora

Lyle había dejado nueve mensajes durante los días en que yo había estado incomunicada en Oklahoma, con tonos de voz muy distintos: al principio, parecía una viuda ansiosa, hablando por su nariz afilada, interesándose por mí, un poco de comedia, después cambió al tono molesto, severo, urgente y aterrorizado, antes de virar de nuevo al tono tontorrón: «Si no me llamas, iré a verte... ¡y el infierno vendrá conmigo!», y después añadió: «No sé si has visto *Tombstone*». La había visto, pero él hacía de Kurt Russell muy mal.

Le telefoneé, le di mi dirección (algo muy inusual en mí), le dije que podía venir si quería. De fondo oí la voz de una mujer que le preguntaba con quién hablaba y luego le pedía que me preguntara algo —«pregúntaselo, no seas tonto, sólo pregúntaselo»—, y Lyle tratando de tapar el teléfono. ¿Quizá Magda quería un informe sobre Runner? Se lo daría. De hecho, quería hablar, o me metería en la cama y no me levantaría durante otros diez años. Mientras esperaba, me arreglé el pelo. Había comprado un tinte en el camino de vuelta después de ver a Ben. Pensaba coger mi rubio habitual —Platino Intenso—, pero se había acabado, y al final me llevé Escarlata Insolente; la pelirroja de la caja me sonrió atrevidamente. Prefiero el cambio al mantenimiento, sí, siempre lo he preferido. Había meditado la posibilidad de volver a tener mi color natural desde que Ben me dijo lo mucho que me parecía a mi madre, una idea irresistible para mí. Tal vez, si me presentaba en la puerta de Diane pareciendo Patty Day resucitada, me dejaría entrar. Maldita Diane, no me había telefonado.

Me puse un pegote carmesí de tinte en la cabeza, olía como si algo se quemara suavemente. Quince minutos más y habría acabado, pero sonó el timbre de la puerta. Lyle. Por supuesto, llegaba antes de lo previsto. Se lanzó adentro, hablando de lo aliviado que se sentía de volver a saber de mí, luego se detuvo y se volvió hacia mí.

—¿Qué es eso, una permanente?

—Vuelvo a ser pelirroja.

—Oh. Bien. Quiero decir, es bonito. Más natural.

Al cabo de trece minutos estaría lista, le hablaría a Lyle sobre Runner, y sobre Diondra.

—Perfecto —dijo Lyle mirando a su izquierda, apuntando su oreja hacia mí en su habitual postura de prestar atención—. Así que, según Ben, volvió a casa aquella noche, brevemente, se peleó con tu madre y se fue otra vez, y no sabe nada después de eso.

—Según Ben —asentí.

—Y según Runner, ¿qué? Trey mató a tu familia porque Runner le debía dinero, o Ben y Trey mataron a tu familia y a Diondra en una suerte de ritual satánico. ¿Qué dijo Runner de que su novia desmintiera su coartada?

—Dijo que ella podía chupársela. Tengo que enjuagarme el pelo.

Me acompañó hasta el lavabo, ocupó toda la puerta, las manos a cada lado del marco, pensando.

—¿Puedo decir algo sobre aquella noche, Libby?

Yo estaba inclinada sobre la bañera, el agua me caía de la manguera del grifo que sobresalía de la pared —no hay duchas en Al Otro Lado del Camino—, pero me detuve.

—No sé, pero me da la sensación... de que tuvieron que hacerlo dos personas. El asesinato de Michelle fue normal, pero tu madre y Debby fueron como... casi cazadas. Michelle murió en su cama, cubierta con las mantas. Tuvieron diferentes comportamientos con ellas. Creo.

Me encogí de hombros un poco, pero con rigidez, imágenes del Lugar Oscuro empezaban a arremolinarse a mi alrededor, y metí la cabeza debajo del chorro, donde no podía oír a nadie. El agua empezó a correr hacia el desagüe, roja. Mientras seguía inclinada boca abajo, noté que Lyle me cogía la manguera y me echaba agua en la nuca. Torpe, nada romántico, sólo haciendo

su trabajo.

—Aún te queda algún pegote —gritó por encima del ruido del agua, y me devolvió la manguera. Me levanté, él se volvió a acercar y me secó con los dedos el lóbulo de una oreja—. También tenías un poco de rojo en el lóbulo. Eso probablemente no se ha ido por los pendientes.

—No tengo agujeros en las orejas —dije cepillándome el pelo, tratando de averiguar si el color era el correcto. Tratando con fuerza de no pensar en los cadáveres de mi familia, concentrándome sólo en el pelo.

—Pensaba que todas las niñas tenían las orejas perforadas.

—Nunca tuve a nadie que me lo hiciera.

Se quedó mirando cómo me cepillaba, con una sonrisa tonta en el rostro.

—¿Cómo te ha quedado el pelo? —preguntó.

—Lo averiguaremos cuando se seque.

Nos sentamos en el viejo sofá de la sala de estar, cada uno en una punta, escuchando la lluvia caer de nuevo.

—Trey Teepano tenía una coartada —dijo por fin.

—Bueno, Runner también tenía una. Parece que no es muy difícil de conseguir.

—Quizá deberías seguir adelante y retractarte oficialmente de tu declaración.

—No voy a retractarme de nada antes de estar segura —dije—. No lo haré.

La lluvia empezó a caer con más fuerza. Añoré tener una chimenea.

—Sabes que la hipoteca de la granja fue ejecutada el día de los asesinatos, ¿verdad? —dijo Lyle.

Asentí. Era uno de los nuevos cuarenta mil datos que tenía en la cabeza, gracias a Lyle y a sus archivos.

—¿No te resulta chocante? —dijo—. Es como si se nos escapara algo obvio. Una niña dice una mentira, una granja es embargada, un jugador debe pagar sus deudas a un, caray, a un corredor de apuestas adorador del diablo. Y todo el mismo día.

—Y todas las personas implicadas en el caso mintieron, han mentido y mienten.

—¿Qué deberíamos hacer ahora? —preguntó.

—Ver un poco la tele —dije yo. Encendí el televisor, me senté de nuevo, me miré un mechón de pelo seco para comprobar el color rojo intenso. Pero, bueno, ése era el color de mi pelo.

—¿Sabes, Libby? Estoy orgulloso de ti —dijo Lyle secamente.

—No digas eso, suena jodidamente condescendiente, me molesta.

—No estaba siendo condescendiente —dijo él, su voz se hizo más aguda.

—Me molesta.

—No lo estaba siendo. Lo que quiero decir es que es genial haberte conocido.

—Sí, qué emocionante. Valgo mucho.

—Sí, vales mucho.

—Lyle, para ya, ¿vale? —Doblé la rodilla, apoyé la barbilla en ella y ambos fingimos mirar un programa de cocina, la voz del presentador era demasiado chillona.

—¿Libby?

Volví los ojos hacia él lentamente, como si eso me doliera.

—¿Puedo decirte algo?

—Qué.

—¿Alguna vez has oído hablar de los incendios forestales cerca de San Bernardino, en 1999, que destruyeron ochenta casas y miles de hectáreas de bosque?

Me encogí de hombros. Me daba la impresión de que California siempre había estado en llamas.

—Yo fui el niño que inició el fuego. No lo hice a propósito. O al menos no pensaba que escaparía a mi control.

—¿Qué?

—Yo sólo era un niño de doce años, y no era un pirómano ni nada de eso, pero tenía un encendedor, un mechero, no recuerdo de dónde lo había sacado, pero me gustaban las chispas que salían, ya sabes, y yo estaba caminando por detrás de mi urbanización, aburrido, y el sendero estaba cubierto de hojas y hierba seca. Y yo lo iba recorriendo, haciendo que el encendedor soltara chispas con una mano e intentando atrapar con la otra la pelusa de esas hierbas que tienen una bola en la punta.

—Colas de zorro.

—Y me di la vuelta y... y estaban todas ardiendo. Había como veinte miniincendios detrás de mí, como antorchas. Y era la época de los vientos de Santa Ana, así que las bolas de pelusa empezaron a volar por los aires, y cuando aterrizaban prendían otra brizna de hierba, y luego volaban unas decenas de metros más. Y luego ya no había pequeños fuegos aquí y allí. Había un enorme fuego.

—¿Así de rápido?

—Sí, en pocos segundos el incendio se propagó. Aún recuerdo aquella sensación. Por un momento quise creer que aún podría deshacer lo que había provocado, pero no. Inmediatamente después todo estaba... Me sentía desbordado. En aquel mismo instante supe que nunca superaría aquello. Y no lo he superado. Es duro, siendo tan joven, asumir algo así.

Supuse que tenía que decir algo.

—No lo hiciste a propósito, Lyle. Fuiste un niño con una extraña mala suerte.

—Sí, y por eso, seguramente, me identifico contigo. Cuando empecé a saber de ti, pensé: «Puede que ella sea como yo, puede que ella conozca esa sensación de cuando algo está completamente fuera de tu control». Ya sabes, con tu declaración, y lo que pasó después...

—Ya.

—Nunca le había contado esta historia a nadie. Quiero decir, voluntariamente. Sólo a ti.

—Gracias.

Si yo fuera una buena persona, en ese momento habría puesto mi mano en la suya, se la habría apretado cálidamente, haciéndole saber que lo comprendía, que me ponía en su lugar. Pero no lo era, y ya me había costado bastante darle las gracias. *Buck* saltó al sofá y se colocó entre los dos, rondándome para que le diera de comer.

—Oye, ¿qué haces este fin de semana? —preguntó Lyle adelantándose hasta el borde del sofá, el mismo lugar donde Krissi se había tapado la cara con las manos y se había echado a llorar.

—Nada.

—Es que... mi madre me ha dicho que te dijera si querías venir a la fiesta de cumpleaños que ha organizado para mí. Sólo para comer algo, entre

amigos.

La gente celebra fiestas de cumpleaños, fiestas de adultos, pero el modo en que lo dijo Lyle me hizo pensar en payasos y globos y quizá hasta en una carrera de ponis.

—Oh, probablemente querrás disfrutar de ese momento con tus amigos — dije mirando por la habitación en busca del mando a distancia.

—Claro. Por eso te invito.

—Oh. Entonces, vale.

Traté de no sonreír, eso habría sido demasiado espantoso, y traté de imaginar qué tenía que decir a continuación; preguntarle cuántos años tenía — doce en 1999 significaba, por Dios, ¿veintidós?—, pero empezó un boletín de noticias. El cadáver de Lisette Stephens había sido encontrado esa mañana en el fondo de un barranco. Llevaba meses muerta.

PATTY DAY

3 de enero de 1985

00.01

V arada en Kinnakee. En realidad, Patty no quería dejar ese pueblo, especialmente en invierno, cuando las carreteras estaban llenas de baches y el mero hecho de conducir te descolocaba el esqueleto. Cuando llegó a casa, las niñas se habían dormido: Debby y Michelle tendidas en el suelo, como siempre; Debby con un peluche por almohada, Michelle chupando su bolígrafo en el suelo, su diario bajo el brazo, con aspecto de sentirse cómoda a pesar de tener una pierna debajo de la otra. Libby estaba en la cama, hecha un ovillo, los puños a la altura de la barbilla, rechinando los dientes. Pensó en llevarlas a la cama, pero no quería arriesgarse a despertarlas. De hecho, les lanzó un beso a distancia y cerró la puerta. Al hacerlo, el olor a orina la golpeó. Patty se dio cuenta de que no había cambiado las sábanas, después de todo. La bolsa de la ropa estaba completamente quemada, sólo quedaban unos pocos restos al fondo de la chimenea. Entre las cenizas, se veía un trozo de algodón con una estrella roja estampada, desafiante. Puso otro tronco para asegurarse, cogió el pedazo de tela y lo echó al fuego. Después llamó a Diane y le pidió que al día siguiente viniera muy temprano, al amanecer, así podrían ir en busca de Ben otra vez.

—Puedo ir ahora mismo, si quieres compañía.

—No, estoy a punto de meterme en la cama —comentó Patty—. Gracias por el sobre. Por el dinero.

—Ya he mirado lo de los abogados, tendré una buena lista para mañana.

No te preocupes, Ben volverá a casa. Probablemente está asustado. Pasando la noche en casa de alguien. Aparecerá.

—Le quiero mucho, Diane... —empezó Patty, e inmediatamente se reprimió—. Que duermas bien.

—Mañana os llevaré cereales, hoy me he olvidado de cogerlos.

Cereales. Era algo tan normal que lo sintió como un puñetazo en el estómago.

Patty fue a su habitación. Deseaba descansar, y pensar, y tomarse una copa. En un primer momento contuvo el impulso, pero era como tratar de reprimir un estornudo. Se sirvió dos dedos de *bourbon* y se puso todas sus capas de ropa de dormir. Pensó que se le agotaba el tiempo. Pero debía intentarlo, y también debía relajarse.

Pensó que se echaría a llorar —el alivio para todo—, pero no lo hizo. Se metió en la cama, miró al techo agrietado y pensó: «Ya no tendré que preocuparme de que se caiga el techo nunca más». No tendría que ver la ventana rota de la habitación, pensando año tras año que tenía que arreglarla. Por las mañanas, cuando fuera a poner la cafetera, no tendría que preocuparse de si funcionaría o no. No tendría que preocuparse de los precios de las cosas, ni de los costes de las operaciones, ni de los tipos de interés, ni de la tarjeta de crédito que se había llevado Runner y que había cargado con unas deudas que nunca podría pagar. No tendría que ver más a la familia Cates, al menos durante mucho tiempo. No tendría que preocuparse de Runner y sus pavoneos de gallo de corral, ni del juicio, ni del elegante abogado con pelo sedoso y grueso reloj de oro que diría las cosas suavemente y la juzgaría. No tendría que preocuparse por lo que el abogado le dijera esa noche a su esposa, acostado en su cama de plumas, contándole historias sobre «la madre de los Day» y su sucia prole. No tendría que preocuparse de que Ben fuera a prisión. No tendría que preocuparse por no ser capaz de cuidar de él. Ni de sus hijas. Las cosas iban a cambiar.

Por primera vez en diez años, no estaba preocupada, así que no lloraría. En algún momento después de la una, Libby abrió la puerta, sonámbula, y se metió en su cama, y ella se volvió y le dio un beso de buenas noches, y le dijo te quiero, estaba contenta de poder decirle eso en voz alta a una de sus hijas, y Libby se durmió tan rápido que Patty se preguntó si la habría oído.

LIBBY DAY

Ahora

Me desperté sintiéndome como si hubiera soñado con mi madre. Tenía antojo de aquellas extrañas hamburguesas que ella hacía, de las que siempre nos burlábamos, rellenas de zanahorias y pedazos de nabo y a veces de fruta medio podrida. Cosa rara, porque no como carne, pero me apetecía una de esas hamburguesas.

Estaba pensando en cómo se hacían cuando Lyle llamó por teléfono con su discursito de siempre. Sólo uno más, sólo tenía que hablar con una persona más y, si no conseguía nada, lo dejaba. Trey Teepano. Debía encontrar a Trey Teepano. Cuando objeté que sería difícil localizarlo, Lyle me dio su dirección. «Ha sido fácil, tiene su propia empresa: Piensos Teepano». Yo hubiera debido decirle: «Buen trabajo». Qué fácil hubiera sido, ¿no? Pero no lo hice. Lyle me dijo que las mujeres de Magda me darían quinientos dólares por hablar con Trey. Lo habría hecho gratis, pero acepté el dinero. Yo sabía que ya no podría parar hasta encontrar algún tipo de respuesta. Ben sabía más cosas, estaba segura de eso. Pero no las decía. Así que había que seguir. Recuerdo haber visto una vez en la tele a un experto en relaciones de pareja muy sensato. Su consejo: «No te desanimes: todas nuestras relaciones van mal, hasta que encontramos a la persona correcta». Eso es lo que sentía sobre esta deprimente búsqueda: todas las personas con las que hablara me decepcionarían, hasta que encontrara a la persona que pudiera ayudarme a entender aquella noche.

Lyle vendría conmigo a Piensos Teepano, en parte porque quería ver cómo

era Trey Teepano y, en parte, creo, porque ese tío le ponía nervioso. («No me fio de los adoradores satánicos»). Piensos Teepano estaba al este de Manhattan, Kansas, en alguna granja ocupada, entre nuevas zonas residenciales. Las urbanizaciones eran blancas y limpias. Parecían tan falsas como las tiendas de recuerdos del Lejano Oeste en Lidgerwood, un lugar donde la gente sólo simula vivir. A mi izquierda, las casas cuadradas finalmente dejaban paso a una laguna esmeralda de hierba. Un campo de golf. Completamente nuevo y pequeño. En la fría lluvia de la mañana, varios hombres, con las cabezas inclinadas sobre el césped, practicaban sus *swings*, como si fueran banderas amarillas y rosa contra el verde. Entonces, todas aquellas casas de mentira, la hierba de mentira y los hombres con camisas de color pastel desaparecieron de mi vista tan rápido como habían surgido, y me encontré contemplando un campo de bonitas vacas marrones Jersey, que me miraban, expectantes. Yo les devolví la mirada: las vacas son de los pocos animales que realmente parecen verte. Estaba tan concentrada en ellas que no vi el viejo y gran edificio de ladrillos llamado Piensos Teepano y Suministros para Granjas: Lyle me estaba dando golpecitos en el hombro, «Libby, Libby, Libby». Pisé el freno y derrapé durante unos buenos quince metros, una sensación que me recordaba a cuando Runner me soltaba después de hacerme girar. Di marcha atrás como una loca y viré bruscamente hacia el aparcamiento de gravilla.

Sólo había un coche aparcado delante del edificio, que presentaba un aspecto ruinoso. Las ranuras de cemento entre los ladrillos estaban llenas de porquería, y al tiovivo que había junto a la puerta de entrada —a un cuarto de dólar el viaje— le faltaban los asientos. Mientras subía los amplios peldaños de madera de la entrada, se encendieron las luces de neón en las ventanas. ¡TENEMOS LLAMAS! Palabras extrañas para un neón. Un cartel de hojalata, en el que se podía leer MATARRATAS SEVIN 5 EN POLVO, colgaba de una columna del edificio.

—¿Qué son las Codornices Pharoah? —preguntó Lyle cuando llegamos al escalón más alto. Al abrir la puerta sonó una campana, y accedimos a una habitación en la que hacía más frío que en la calle: el aire acondicionado estaba a tope, al igual que el equipo de sonido, en el que sonaba un *jazz* cacofónico, la banda sonora de un ataque de apoplejía.

Tras un largo mostrador había rifles guardados bajo llave en una vitrina oscura, el cristal tentador como la superficie de un estanque. Hileras y más hileras de fertilizante y perdigones, picos, sacos de tierra y sillas de montar se extendían hasta el fondo de la tienda. Contra la pared del fondo había una jaula de alambre con un montón de conejillos imperturbables. «La mascota más tonta del mundo», pensé. ¿Quién quiere un animal que permanece sentado, temblando, y se caga por todas partes? Dicen que se les puede enseñar a hacer sus necesidades en una caja, pero es mentira.

—Espero que no empieces a..., ya sabes, como la otra vez... —le dije a Lyle, que miraba de un lado a otro, componiendo su habitual gesto de inquisidor inconsciente—. Sabes a qué me refiero, ¿no?

—No lo haré.

El *jazz* enloquecedor continuó mientras Lyle gritaba un hola. No se veía un solo empleado por allí, ni un solo cliente, pero claro, era media mañana, de un martes lluvioso. Entre la música y la iluminación de las despiadadas lámparas fluorescentes, me sentía colocada. Entonces percibí un movimiento en la parte trasera, un hombre agachado en uno de los pasillos, y eché a andar hacia él. Era un tipo moreno, musculoso, con un pelo negro espeso recogido en una coleta. Se levantó al vernos.

—¡Joder! —dijo estremeciéndose. Nos miró fijamente, y después a la puerta, como si se le hubiera olvidado que habían abierto—. No os he oído entrar.

—Probablemente por la música —gritó Lyle señalando al techo.

—¿Está demasiado alta? Es posible. Espera un segundo.

Desapareció en una oficina en la parte trasera y de repente ya no había música.

—¿Mejor? Y ahora, ¿en qué os puedo ayudar? —Se apoyó en un saco de semillas y nos lanzó una mirada que significaba que más nos valía no haberle hecho bajar la música para nada.

—Estoy buscando a Trey Teepano —dije—. ¿Es él el dueño de esta tienda?

—Yo soy el dueño. Soy Trey. ¿Qué puedo hacer por vosotros? —Tenía una energía tensa, saltaba sobre sus talones, se mordía los labios. Era muy atractivo, parecía joven y viejo, dependiendo del ángulo.

—Bueno. —No sabía cómo empezar. Su nombre me flotaba en la cabeza como un encantamiento, pero ¿cómo abordar el tema? ¿Preguntarle si había sido un corredor de apuestas, si conocía a Diondra? ¿Acusarle de asesinato?

—Eh, es sobre mi hermano.

—Ben.

—Sí —dije sorprendida.

Trey Teepano me sonrió como un frío cocodrilo.

—Sí, me ha costado un poco, pero te he reconocido. El pelo rojo, me imagino, y la misma cara. Tú eres la que sobrevivió, ¿no? ¿Debby?

—Libby.

—Ya. ¿Y tú quién eres?

—Sólo soy su amigo —dijo Lyle. Noté que se contenía, no como en la charla que mantuvimos con Krissi Cates.

Trey se puso a organizar las estanterías, recolocando las botellas de repelente para ciervos, simulando, sin éxito, estar ocupado, como quien finge estar leyendo y tiene el libro al revés.

—¿También conociste a mi padre?

—¿A Runner? Todo el mundo conocía a Runner.

—Runner mencionó tu nombre la última vez que lo vi.

Se echó la coleta hacia atrás.

—¿Ah, sí? ¿Ya ha muerto?

—No, vive, en Oklahoma. Él cree que estuviste de alguna manera... implicado en lo que pasó aquella noche, que tal vez podrías decirnos algo de lo que pasó. Con los asesinatos.

—Ya. Ese viejo está loco, siempre lo ha estado.

—Dijo que en aquella época eras una especie de corredor de apuestas o algo por el estilo.

—Sí.

—Y que hacíais rituales satánicos.

—Sí.

Contestaba con el tono ligero y desenfadado —como el de unos vaqueros desteñidos— del exadicto, en plan buen rollito, pero forzado.

—¿Así que es cierto? —dijo Lyle, y me miró con cara de culpabilidad.

—Sí, y Runner me debía dinero. Mucho dinero. Aún me lo debe, supongo.

Pero eso no significa que yo sepa lo que pasó en tu casa esa noche. Ya pasé por todo esto hace diez años.

—Más bien veinticinco.

Trey arqueó las cejas.

—Guau, supongo que sí —dijo, haciendo como que contaba los años, como si no estuviera convencido del todo.

—¿Conocías a Ben? —insistí.

—Un poco, no mucho.

—Tu nombre aparece por todas partes.

—Tengo un nombre muy pegadizo. —Se encogió de hombros—. Mira, en aquellos tiempos Kinnakee era la hostia de racista. Los indios no les gustaban. Me acusaron de mucha mierda que no hice. Esto era antes de *Bailando con lobos*, ¿entiendes lo que quiero decirte? Todo era CDI en PME.

—¿Cómo?

—CDI, Culpa del Indio. Lo admito, yo era una mierda. No era un buen tío. Pero después de esa noche, de lo que le pasó a tu familia, fue como... Como si me acojonara, me desenganché. Bueno, no fue inmediatamente después, sino un año más tarde o así. Dejé las drogas, dejé de creer en el diablo. Fue duro dejar de creer en el diablo.

—¿De verdad creías en el diablo? —dijo Lyle.

Se encogió de hombros:

—Claro. Todo el mundo tiene que creer en algo, ¿no? Cada uno tiene sus creencias.

«Yo no», pensé.

—No sé, es algo raro. Es como que... como que crees que tienes el poder de Satanás dentro, y entonces lo tienes —dijo Trey—. Pero eso fue hace mucho tiempo.

—¿Y Diondra Wertzner? —dije.

Dio media vuelta, fue hacia la jaula de los conejos y se puso a acariciar a uno a través del alambre con el dedo índice.

—¿Adónde quieres llegar con esto, Deb, eh, Libby?

—Estoy intentando localizar a Diondra Wertzner. He sabido que estaba embarazada de Ben en el momento de los asesinatos y que desapareció después. Algunas personas dicen que fue vista por última vez contigo y con

Ben.

—Ah, coño. Siempre supe que esa chica me daría por saco antes o después. —Esta vez sonrió ampliamente—. Joder... Diondra. No sé nada de ella, siempre estaba escapándose, montando numeritos. Se escapaba, sus padres la buscaban como locos hasta encontrarla, jugaban a ser felices durante un tiempo, y luego pasaban otra vez de ella, y vuelta a empezar. Diondra necesitaba drama, vivir situaciones extremas, empezar alguna mierda, escaparse, lo que fuera. Culebrón total. Me imagino que finalmente decidió que no merecía la pena volver a casa. ¿Has probado con el listín de teléfonos?

—Figura como persona desaparecida —dijo Lyle, y me miró de nuevo para ver si me había importado la interrupción. No me había importado.

—Oh, bueno —dijo Trey—. Supongo que estará en alguna parte, con otra identidad, con uno de esos putos nombres raros.

—¿Nombres raros? —dije, y le puse una mano en el brazo a Lyle para mantenerlo callado.

—Oh, nada, simplemente que era de ese tipo de chicas que siempre están intentando ser diferentes. Un día hablaba con acento inglés y, al siguiente, sureño. Nunca le decía a nadie su verdadero nombre. Iba al salón de belleza y daba un nombre falso, iba a pedir una *pizza* y daba un nombre falso. Le gustaba fastidiar a la gente, ya sabes, jugando. «Soy Desiree, de Dallas, soy Alexis, de Londres». Siempre daba su, ejem, su nombre porno, ¿sabes?

—¿Hacía porno? —dije.

—No, como el juego ese... ¿Cómo se llamaba tu mascota cuando eras pequeña?

Le miré fijamente.

—¿Cómo se llamaba la mascota que tenías de pequeña? —insistió.

Dije el nombre del perro muerto de Diane:

—*Gracie*.

—¿Y cómo se llamaba la calle en la que vivías?

—Ruta comercial 2.

Se rio.

—Bueno, ésa no sirve. Se supone que tiene que sonar como de putilla, como Bambi Evergreen o algo por el estilo. El de Diondra era... Polly algo... Palm. Polly Palm, ¿no es fantástico?

—¿No crees que esté muerta?

Se encogió de hombros.

—¿Crees que Ben realmente fue el culpable? —pregunté.

—No tengo una opinión sobre eso. Puede ser.

Lyle de repente se puso tenso, moviéndose de un lado a otro, clavándome sus dedos puntiagudos en la espalda, intentando llevarme hacia la puerta.

—Bueno, gracias por tu tiempo —soltó Lyle. Le miré con el ceño fruncido, y él a mí. Un fluorescente empezó a parpadear, iluminándonos con su luz enfermiza, los conejillos correataron por la paja. Miraron enfadados a la luz y ésta se apagó, como si le hubieran reñido.

—Bueno, ¿puedo darte mi número, por si recuerdas algo? —dije.

Trey sonrió y agitó la cabeza en señal de negación.

—No, gracias.

Y se dio la vuelta. Mientras caminábamos hacia la puerta, la música volvió a sonar fuerte. Me volví justo en el momento en que se desató una tormenta, una parte del cielo estaba negra, la otra amarilla. Trey salía de nuevo de la oficina y nos miraba, con las manos en las caderas. Detrás de él, los conejillos corrían de un lado a otro.

—Eh, Trey, ¿y qué es eso de PME? —grité.

—Put a Mierda Egypt, Libby. Mi pueblo natal.

LYLE GALOPABA DELANTE de mí, saltando de escalón en escalón. Llegó al coche en tres grandes zancadas, agarrando la manilla de la puerta para que le abriera, «vamosvamosvamos». Me dejé caer en el asiento, casi enfadada.

—¿Qué pasa? —dije. Un rayo crujió. Un golpe de aire nos trajo olor a gravilla.

—Arranca, salgamos primero de aquí, deprisa.

—Sí, señor.

Salimos del aparcamiento, de vuelta hacia Kansas City, la lluvia caía a raudales. Llevábamos cinco minutos, cuando Lyle me dijo que parara en el arcén, se volvió hacia mí y exclamó:

—¡Oh, Dios mío!

BEN DAY

3 de enero de 1985

00.02

Llegaron a la casa de Diondra, los perros ladraban de manera frenética, como siempre, como si nunca hubieran visto una camioneta, una persona, ni siquiera a Diondra. Accedieron a la casa por la verja de atrás, Diondra le dijo a Ben y a Trey que se quitaran la ropa antes de entrar para no llenarlo todo de sangre. «Pondremos toda la ropa en un montón y la quemaremos».

Los perros le tenían miedo a Trey. Ladraban, pero no se le acercaban: una vez le había dado una paliza al blanco, y desde entonces todos se apartaban de su camino. Trey se sacó la camisa por la cabeza, como los tipos duros de las películas, y después se desabrochó los vaqueros, con la mirada puesta en Diondra, como si fueran a follar, una especie de juego preliminar. Ben se quitó la camisa de la misma manera, se deshizo de los pantalones, esos pantalones de cuero que ya estaban sudados, y entonces los perros se le tiraron encima, olfateándole la entrepierna, lamiéndole los brazos, como si fueran a devorarlo. Apartó a uno dándole un manotazo en el hocico, una, otra vez, pero el perro volvía, baboso, agresivo.

—Te quiere chupar la polla, tío. —Trey se echó a reír—. Bueno, las ocasiones son para aprovecharlas, ¿no?

—Conmigo que no cuente para eso, así que igual le conviene aprovechar la ocasión —espetó Diondra, sacudiendo la cabeza como hacía siempre que estaba cabreada. Se quitó los vaqueros y se le vio la piel blanca, sin broncear, donde tendrían que haber estado las braguitas, donde no había braguitas, sólo

piel blanca y el pelo negro, de punta como un gato mojado. Después se quitó el jersey y permaneció ahí, sólo con el sujetador, los pechos hinchados, cubiertos de estrías.

—¿Qué? —le dijo a Ben.

—Nada, que deberías entrar a cambiarte.

—Gracias, genio. —Lanzó su ropa al montón de una patada y le dijo a Trey, de alguna manera dejó claro que era sólo a Trey, que iba a ir a buscar un poco de gasolina de la que utilizaban para rellenar los mecheros.

Trey lanzó su ropa de otra patada. Luego se volvió hacia Ben, sin más prenda de vestir que sus calzoncillos azules, y le dijo que no había superado la prueba, que no había demostrado su valía.

—Pues yo creo que sí —dijo Ben, pero, cuando Trey dijo «¿Qué?», se limitó a negar con la cabeza. Uno de los perros se le echó encima, intentando lamerle el estómago, donde se había concentrado la sangre—. Vete de aquí —le espetó Ben, y, cuando el perro le volvió a saltar encima, le dio un manotazo. El perro gruñó, y el segundo también, y el tercero, enseñando los dientes. Ben, desnudo, entró en la casa gritando «Largaos». Los perros sólo obedecieron al ver a Diondra.

—Los perros respetan la fuerza —dijo Trey, haciendo una mueca por la desnudez de Ben—. Bonita mata de fuego.

Le cogió el bote de gasolina a Diondra, aún desnuda desde su enorme estómago para abajo, cuyo ombligo sobresalía como un dedo pulgar, y vertió el líquido sobre la ropa, cogiendo el bote a la altura de la polla, como si estuviera meando. Encendió el mechero, y ¡BUUUM! La ropa quedó envuelta en llamas, haciendo que Trey diera dos traspiés hacia atrás. Fue la primera vez que Ben le había visto quedar como un tonto. Diondra miró a otra parte para no avergonzar a Trey. Eso fue lo que más entristeció a Ben esa noche: la mujer que quería como esposa, la mujer que iba a ser madre de su hijo, había tenido esa gentileza con otro hombre, pero nunca, nunca, la tendría con él.

Tenía que conseguir que lo respetara.

ESTABA ATRAPADO ALLÍ, en casa de Diondra, mirando cómo fumaban canutos. No podía volver a casa sin su bici: hacía demasiado frío, un frío de muerte; estaba nevando mucho, y el viento ululaba en la chimenea. Si había ventisca,

el resto de las vacas morirían congeladas si el puto granjero no hacía algo para evitarlo. Bien. Dale una lección. Ben sintió cómo le subía la rabia de nuevo, con fuerza.

Le iba a dar a todo el mundo una jodida lección. Todos esos cabrones que nunca parecían tener problemas, que parecían deslizarse suavemente por la vida —incluso Runner, un borracho de mierda—, aparentaban tener menos problemas que él. Había mucha gente que merecía una lección, se merecían entenderlo de verdad, como lo entendía él, entender que nada era fácil, que casi todo se iba a volver agrio.

Diondra había quemado accidentalmente sus vaqueros junto con los pantalones de cuero. De modo que Ben llevaba puesto un pantalón de chándal lila de Diondra, un jersey amplio y unos gruesos calcetines blancos de polo, que ella ya había dicho dos veces que quería de vuelta. En ese momento estaban sin rumbo, ya había pasado el gran acontecimiento, Ben aún se preguntaba lo que significaba, si realmente había invocado al diablo, si era cierto que iba a empezar a sentirse poderoso. O si se trataba de un engaño, o una de esas cosas que uno se empeña en creer: como un tablero de güija o un payaso asesino en una furgoneta blanca. ¿Estaban realmente convencidos de que habían hecho un sacrificio a Satanás? ¿O era una simple excusa para colocarse y liarla?

No tenían que haberse colocado tanto. Era mierda barata, lo notaba porque le dolía todo. Incluso la hierba era peleonera. Sí, mierda barata que volvía mala a la gente. Trey se durmió viendo la tele, parpadeando al principio, y luego dando cabezadas. Finalmente, se desplomó a un lado y se durmió.

Diondra dijo que iba hacer un pis, así que Ben permaneció sentado en el salón, deseando estar en su casa. Se imaginaba en su cama, con sus sábanas de franela, hablando con Diondra por teléfono. Ella nunca llamaba desde su casa, y a él le había prohibido que la llamara porque sus padres estaban locos. Así que ella cogía unos cigarrillos y se iba a la cabina de la gasolinera o al centro comercial. Era lo único que hacía por él, le hacía sentir bien, que ella se esforzara un poco, le encantaba. Tal vez le gustaba más la idea de hablar con Diondra que estar con ella, pues últimamente se comportaba con él de un modo jodidamente cruel. Se estaba acordando del toro despanzurrado y pensando que ojalá tuviera la escopeta de nuevo, eso era lo que quería, cuando

Diondra le llamó desde la habitación.

Fue a ver qué quería y se la encontró junto a su brillante contestador rojo, con la cabeza ladeada, y simplemente le dijo: «Estás jodido», y apretó el botón.

—Eh, Dio, soy Megan. Estoy flipando del todo con lo de Ben Day, ¿te has enterado de que ha estado *abusando* de todas esas niñas? Mi hermana está en *sexto*. Ella está perfectamente, gracias a Dios, pero, Dios mío, es un *enfermo*. Me imagino que los polis ya lo habrán arrestado. Bueno, llámame.

Después se oyó un clic, un zumbido y la voz de otra chica, profunda y nasal:

—Hola, Diondra, soy Jenny. Ya te *dije* que Ben Day era un amigo del diablo, ¿te has enterado de esa mierda? Me imagino que debe de estar *escondiéndose* de la poli. Creo que hay una charla sobre todo esto en la escuela mañana. No sé, quería saber si ibas a ir.

Diondra miraba el contestador como si quisiera aplastarlo, como si fuera un animal al que estuviera a punto de pegar.

Se volvió hacia Ben.

—¿Qué coño has...? —le gritó, poniéndose colorada y con una expresión terrible.

Ben dijo lo que no debía:

—Será mejor que me vaya a casa.

—¿Mejor irte a casa? ¿Qué coño es esto, Ben? ¿Qué está pasando?

—No lo sé, por eso debería irme a casa.

—No, no, no, no, no, niño de mamá. Puta mierda de niño de mamá *despreciable*. ¿Qué pretendes, ir a casa a esperar a que te metan en la cárcel? ¿Me vas a dejar aquí esperando a que vuelva mi puto *padre* a casa? ¿Con tu puto bebé del que no puedo deshacerme?

—¿Y qué quieres que haga? —«A casa». Es lo que pensaba todo el tiempo.

—Esta misma noche nos vamos del pueblo. Tengo unos doscientos dólares. ¿Cuánto puedes conseguir tú? —Al ver que no contestaba, porque estaba pensando en Krissi Cates y en si el beso era motivo de arresto y cuánto había de verdad en aquello, y si los polis realmente lo estaban buscando, Diondra se le acercó y le pegó un bofetón en la cara, fuerte—. ¿Cuánto puedes conseguir?

—No lo sé. Tengo algo de dinero ahorrado, y mi madre suele tener cien dólares, doscientos, escondidos por ahí, no sé dónde.

Diondra se tambaleó, cerró un ojo y miró el despertador.

—¿Crees que tu madre estará despierta a estas horas?

—Si la policía está allí, sí. —Si no, estaría dormida, aunque estuviera muerta de miedo. Era una broma recurrente en su familia decir que su madre nunca había celebrado la Nochevieja, siempre se dormía antes de la medianoche.

—Iremos a tu casa y, si no vemos ningún coche de la poli, entraremos. Tú cogerás el dinero, algo de ropa, y después nos largaremos.

—¿Y después qué?

Diondra se acercó a él y le acarició la mejilla, que aún le picaba. Ella tenía la mejilla manchada de rímel, y Ben aún sintió una oleada de ¿qué?, ¿amor?, ¿poder? Algo. Una oleada, un sentimiento, algo bueno.

—Ben, cariño, soy la madre de tu hijo, ¿no? —Él asintió, levemente—. Bien, pues sácame de aquí. Sácanos a los tres del pueblo. No puedo hacer esto sin ti. Necesitamos irnos. Hacia el oeste. Podemos acampar en algún lado, dormir en el coche, lo que sea. De lo contrario irás a la cárcel, y mi padre me matará. Me obligará a tener el bebé y luego me matará. No querrás que tu bebé sea huérfano..., cuando podemos evitarlo, ¿no? Así que vámonos.

—Yo no he hecho lo que dicen con esas niñas, no lo he hecho —susurró Ben, con Diondra apoyada en su hombro, sus mechones de pelo se enredaban en su boca.

—¿A quién le importa si lo has hecho? —dijo ella, apoyada ahora en su pecho.

LIBBY DAY

Ahora

Lyle daba botes en el asiento.

—Libby, ¿te has dado cuenta? Joder, ¿no te has dado cuenta?

—¿De qué?

—El nombre porno de Diondra, el que usaba siempre, ¿te has dado cuenta?

—Polly Palm, ¿y qué?

Lyle sonreía, y sus largos dientes brillaban en la oscuridad del coche.

—Libby, ¿qué nombre llevaba tu hermano tatuado en el brazo? ¿Te acuerdas de los nombres que dijimos? Molly, Sally, y el que yo decía que sonaba a nombre de perro.

—Dios.

—Polly, ¿te acuerdas?

—Dios —volví a decir.

—No parece que sea una mera coincidencia, ¿no?

Por supuesto que no lo era. Todo el que guarda un secreto se muere por contarlo, y ésa era la forma de Ben de contarlo, su homenaje a su novia secreta. Pero no se podía tatuar su verdadero nombre, «Diondra, la Desaparecida», así que tiró del nombre de guerra. Me lo imaginé pasándose los dedos por los trazos aún hinchados, la piel aún irritada, orgulloso. Polly. Puede que fuese un gesto romántico, puede que un recuerdo.

—Me pregunto desde cuándo tiene el tatuaje —dijo enseguida Lyle.

—No parecía ser muy antiguo —dije yo—. Aún tenía, no sé, brillo, no había perdido nada de color.

—Venga, vamos, encuentra una señal.

—¿Qué haces?

—No creo que Diondra esté muerta. Pienso que está en el exilio. Si tú tuvieses que exiliarte y escoger un nombre, ¿no sentirías la tentación de utilizar uno que ya hubieses usado antes, uno que sólo unos pocos amigos conociesen, una broma para ti, un trocito... de tu hogar? Algo que tu novio se pudiera tatuar en el brazo y que significase algo para él, algo permanente que pudiese mirar. Vamos. —Dio otra palmada a su portátil.

Continuamos otros veinte minutos deambulando por las autopistas, hasta que finalmente Lyle se pudo conectar a internet y comenzó a teclear y a hacer clic al ritmo de la lluvia, y yo intentaba echar vistazos a la pantalla sin que nos matáramos.

Por fin levantó la vista con una amplia sonrisa de loco en la cara:

—Libby —dijo—, puede que quieras volver a parar en el arcén.

Frené de pronto y di un bandazo, casi llegando a Kansas City, y un tráiler me pegó tal bocinazo que mi coche se quedó temblando cuando el camión pasó de largo.

Allí estaba su nombre, en la pantalla: la Polly Palm de los cojones y de Kearney, Missouri. Dirección y número de teléfono, ahí mismo, la única Polly Palm que aparecía en todo el país, con la excepción de una manicura en Shreveport.

—En serio, tengo que ponerme internet —dije.

—¿Será ella? —dijo Lyle mientras contemplaba el nombre como si fuera a desaparecer—. Tiene que ser ella, ¿no?

—Comprobémoslo. —Saqué mi móvil.

Respondió al cuarto tono, justo cuando estaba tomando aire para dejarle un mensaje.

—¿Eres Polly Palm?

—Sí. —La voz era realmente preciosa, en plan cigarrillos y leche.

—¿Eres Diondra Wertzner?

Pausa. Clic.

—¿Podrías encontrarme algunas indicaciones para llegar a su domicilio, Lyle?

LYLE QUERÍA VENIR, quería venir a toda costa, pensaba que debía venir, pero yo no creí que la cosa funcionase, y tampoco lo quería allí, así que lo dejé en el bar Sarah's. Él intentó no parecer malhumorado mientras me marchaba, y yo prometí que le llamaría en cuanto saliera de la casa de Diondra.

—¡Que no se te olvide! —gritó a mi espalda.

Le di un toque de claxon y arranqué. Todavía me estaba gritando algo cuando doblé la esquina.

Tenía los dedos muy tensos de agarrar el volante; Kearney estaba a no menos de cuarenta y cinco minutos al noreste de Kansas City, y el domicilio de Diondra, según las muy específicas indicaciones de Lyle, se encontraba a otros quince minutos de la ciudad propiamente dicha. Supe que estaba cerca en cuanto empecé a ver los indicadores de la granja y de la tumba de Jesse James. Me pregunté por qué Diondra habría escogido vivir en la ciudad natal de un proscrito. Eso es algo que haría yo. Dejé atrás el desvío a la granja de James —había estado allí en mi época de primaria, una casa pequeña y fría, donde, durante un ataque sorpresa, mataron al hermanastro pequeño de Jesse—, y recuerdo que pensé: «Igual que en nuestra casa». Seguí adelante por un caminucho lleno de curvas, subiendo y bajando colinas para salir de nuevo a campo abierto, donde las polvorientas casas de tablones de madera estaban asentadas en terrenos grandes y llanos, y ladraban los perros encadenados que había en todas las parcelas. No apareció ni una sola persona, la zona parecía absolutamente desierta. Sólo perros y algunos caballos, y a lo lejos una suntuosa línea de bosque que habían aceptado dejar entre las casas y la autopista.

La casa de Diondra apareció diez minutos más tarde. Era fea, aunque con personalidad, inclinada hacia un lado como una mujer de caderas marcadas que estuviera cabreada. Necesitaba esa personalidad, porque no tenía mucho más que ofrecer. Estaba apartada, lejos de la calle, con aspecto de ser la vivienda de los aparceros de un caserón más grande, pero no había ninguna otra casa, sólo unos pocos acres de barro alrededor, ondulados y con montículos, como si el terreno tuviese acné. Y aquel triste recordatorio de los bosques en la distancia.

Subí por el largo camino de tierra que llevaba hasta la casa, preocupada de no quedarme tirada con el coche, y por lo que pasaría si me quedaba tirada.

Desde detrás de las nubes de tormenta, el sol de poniente surgió justo a tiempo para cegarme conforme cerraba la puerta del coche y caminaba hacia la casa con la barriga fría. Al acercarme a los escalones de delante, una zarigüeya muy grande salió disparada de debajo del porche, siseándome. Aquella cosa me inquietó, aquella cara blanca, puntiaguda, y aquellos ojos negros que miraban como algo que ya debería estar muerto. Además, las zarigüeyas son unas cabronas. Corrió hacia los arbustos, golpeé con el pie los escalones para asegurarme de que no había más, y entonces los subí. Mi tullido pie derecho se agitó dentro de la bota. Cerca de la puerta colgaba un cazador de sueños, con dientes tallados de animales y plumas que se mecían.

Del mismo modo que en la ciudad la lluvia hacía aflorar el olor del asfalto, aquí traía el olor a tierra y a estiércol. Olía a mi hogar, y eso no estaba bien.

A mi llamada a la puerta le siguió una larga y relajada pausa y, a continuación, se aproximaron unos pasos silenciosos. Diondra abrió la puerta, un muerto viviente, sin duda. La verdad es que no tenía un aspecto muy distinto del de las fotos que había visto. Se había quitado las ondas de la permanente, pero aún llevaba el grueso lápiz de ojos negro que los hacía parecer azul turquesa, como unos caramelos. Llevaba un rímel de doble capa, pestañas finas y alargadas, que le había dejado motas negras en la piel. Sus labios eran carnosos como una vulva, y todo su rostro y su cuerpo eran una sucesión de generosas curvas: mejillas rosadas con un atisbo de caída, pechos que rebosaban ligeramente del sujetador y un anillo de piel que sobresalía por encima de la cintura del pantalón vaquero.

—Oh —dijo, al tiempo que abría la puerta y salía una oleada de calor—.
¿Libby?

—Sí.

Me cogió la cara entre las manos.

—Joder, Libby. Siempre creí que algún día me encontrarías. Chica lista.
—Me abrazó y me apartó extendiendo ambos brazos—. Hola. Pasa.

Entré en una cocina con un cubil en un lateral, la distribución me recordó mucho a mi hogar desaparecido. Recorrimos un pasillo corto. A mi derecha, la puerta de un sótano estaba abierta y entraban ráfagas de frío. Negligente. Entramos en un salón con el techo bajo, el humo de un cigarrillo ascendía

desde un cenicero en el suelo, las paredes amarillentas y todos los muebles con aspecto de ajados. Había un televisor gigantesco, y también un sofá de dos plazas contra una pared.

—¿Te importaría quitarte los zapatos, corazón? —dijo, señalando la alfombra, que estaba sucia y pegajosa. Junto a las escaleras había un montoncito de mierda de un perro canijo, que Diondra esquivó con destreza al pasar.

Mientras me conducía hasta el sofá, percibí al menos tres aromas diferentes: laca afrutada, una loción de flores y puede que... ¿insecticida? Llevaba una blusa corta, vaqueros ajustados y unas joyas de pega de adolescente. Era una de esas mujeres de mediana edad que se creen que engañan a la gente.

La seguí, echando de menos los centímetros de los tacones de mis botas, sintiéndome infantil. Diondra me mostró su perfil al mirarme con el rabillo del ojo, y pude ver un colmillo puntiagudo que asomaba por debajo de su labio superior.

Ladeó la cabeza y dijo:

—Vamos, siéntate. Dios, sí que eres de verdad una Day, ¿eh? Ese pelo rojo fuego siempre me ha encantado.

En cuanto nos sentamos, tres caniches de patas rechonchas entraron corriendo y haciendo sonar sus collares como unos cascabeles y se encaramaron a su regazo. Me puse en tensión.

—Hostia, *sí* que eres una Day —se carcajeó—. Ben se ponía también de los nervios con los perros. Los que tenía antes, por supuesto, eran más grandes que éstos. —Dejaba que los perros le lamieran los dedos de las manos, unas lenguas de color rosa que aparecían y desaparecían—. Entonces, *Libby* —empezó. Al igual que mi nombre, mi existencia era una broma familiar—. ¿Te dijo Ben dónde encontrarme? Dime la verdad.

—Di contigo a partir de algo que dijo Trey Teepano.

—¿Trey? Jesús, ¿cómo llegaste hasta Trey Teepano?

—Tiene un negocio de piensos. Está en las páginas amarillas.

—Un negocio de piensos. No creo que le hubiera llamado. ¿Tiene buen aspecto, por cierto?

Asentí enérgicamente —tenía muy buen aspecto—, sorprendiéndome a mí

misma.

—Tú estabas con Ben aquella noche —dije de pronto.

—Mmmm... Hmmm. Estaba. —Buscó mi rostro, cautelosa pero interesada.

—Quiero saber qué pasó.

—¿Por qué? —preguntó.

—¿Por qué?

—Lo siento, señorita Libby, pero te presentas así, por las buenas... ¿Te ha dicho algo Ben? ¿Por qué vienes a buscarme ahora? ¿Por qué ahora?

—Tengo que saber con seguridad lo que pasó.

—Oh, Libby, ohhh. —Me dedicó una mirada compasiva—. A Ben le va bien cumplir condena por lo que pasó aquella noche. Quiere cumplir condena. Déjale.

—¿Mató él a mi familia?

—¿Por eso has venido?

—¿Mató Ben a mi familia? —Ella se limitó a sonreírme, dejando rígidos aquellos labios redondeados—. Necesito algo de paz, Diondra, por favor. Tan sólo dímelo.

—¿Esto va de encontrar la paz entonces, Libby? ¿Crees que, si sabes la verdad, encontrarás la paz? ¿Como si el saberlo fuese a arreglar las cosas? ¿Crees que puede haber paz para ti después de lo que pasó, corazón? A ver qué te parece esto. En vez de preguntarte por lo que pasó, límitate a aceptarlo. «Dame serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar». La oración de la serenidad. A mí me ha ayudado un montón.

—Sólo dilo, Diondra, sólo cuéntamelo. Entonces intentaré aceptarlo.

El sol se estaba poniendo, ahora entraba por la ventana de atrás y me cegaba. Diondra se inclinó hacia mí y me tomó ambas manos.

—Libby, lo siento mucho, pero no lo sé, sin más. Yo estaba con Ben aquella noche, nos íbamos a largar del pueblo. Estaba embarazada de él y nos íbamos a escapar. Él vuelve a su casa para coger dinero. Pasa una hora, dos horas, tres horas. Pienso que ha perdido los nervios y, finalmente, me pongo a llorar hasta que me quedo dormida. A la mañana siguiente me enteré de lo que había pasado, al principio pensé que él también había muerto. Después me entero de que no, de que está arrestado y la policía cree que forma parte de

algún aquelarre, una secta satánica en plan Charles Manson. Yo me quedo esperando a que llamen a *mi* puerta, pero nada de nada. Pasan los días y me entero de que Ben no tiene coartada. No me ha mencionado en ningún momento, me está protegiendo.

—Todos estos años.

—Todos estos años, sí. A la poli no le gustaba la idea de que lo hubiera hecho Ben solo. Querían más, suena mejor, pero Ben nunca dijo ni *mu*. Es mi puto héroe.

—Nadie sabe, entonces, lo que pasó aquella noche. Nunca en la vida lo voy a descubrir. —Sentí un extraño alivio al decir eso en voz alta. Podría dejarlo ya, quizá, olvidarme de todo. Si nunca lo iba a saber, ¿para qué seguir?

—Yo creo que sí puedes encontrar algo de paz, si aceptas aquello. Quiero decir, Libby, que no creo que Ben lo hiciera, creo que está protegiendo a tu padre, es mi opinión. Aunque ¿quién sabe? Odio decir esto, pero fuera lo que fuese lo que ocurriera aquella noche, Ben necesitaba estar en prisión. Hasta él mismo lo dice. Él tiene algo en su interior que no encaja en el mundo exterior: violencia. Le va mucho mejor en prisión, es muy popular allí dentro. Se cartea con todas esas mujeres, mujeres que se ponen como locas con él. Recibe una docena de propuestas de matrimonio al año. De vez en cuando, piensa que quiere volver al exterior, pero en el fondo no quiere.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Nos mantenemos en contacto —me soltó, y sonrió con dulzura. Los rayos de luz amarilla con tintes naranja de la puesta de sol le daban ahora en la barbilla y los ojos se le quedaron de pronto en la oscuridad.

—¿Dónde está el bebé, Diondra? ¿El bebé del que estabas embarazada?

—Aquí estoy —dijo la hija de Ben Day.

BEN DAY

3 de enero de 1985

1.11

Ben abrió la puerta que daba paso al oscuro salón y pensó: «Por fin en casa». Como un marino, un héroe que regresa tras meses en la mar. Casi le cerró la puerta en las narices a Diondra —«no me pillas»—, pero la dejó pasar porque sí. Porque tenía miedo de lo que podía ocurrir si no lo hacía. Era un alivio haberse librado al menos de Trey. Ben no quería a Trey husmeando en su casa, con sus comentarios de listillo acerca de cosas que a él le resultaban embarazosas.

En la casa todos dormían, en una aspiración-espíración colectiva. Deseaba despertar a su madre, verla aparecer en el pasillo con la mirada soñolienta, vestida con su ropa de dormir, y que le preguntara dónde diantre había estado, qué diantre le había poseído.

«El diablo. Me ha poseído el diablo, mamá». Ben no quería ir a ninguna parte con Diondra, pero ella estaba a su espalda, su cuerpo emanaba ira como si de calor se tratara y tenía los ojos como platos —«deprisa, deprisa»—, así que él empezó a registrar en silencio los armarios, a buscar dinero en los escondites de su madre. En el primer armario encontró una caja vieja de cereales, la abrió y engulló un buen puñado de copos resecaos, algunos se le quedaron adheridos a los labios y la garganta y le hicieron toser un poco, unos tos de bebé. A continuación, agarró otro puñado y se lo metió en la boca, abrió el frigorífico y encontró un táper con guisantes, dados de zanahoria y una fina capa de mantequilla encima; se llevó el borde del envase de plástico a la boca

y con una cuchara fue empujando hacia dentro. Los guisantes le rodaban por el pecho hasta caer al suelo.

—¡Vamos! —siseó Diondra. Ben aún llevaba puesto su pantalón de chándal morado, ella, un buen vaquero nuevo, una sudadera roja y los zapatos negros tipo chico que le gustaban, sólo que tenía los pies tan grandes que eran realmente zapatos de chico. No quería que nadie lo supiera. Ahora daba golpecitos en el suelo con uno de ellos. Venga, venga.

—Vamos a mi cuarto —dijo él—. Ahí sí tengo dinero, seguro. Y un regalo para ti. —A Diondra se le iluminó la cara; incluso en momentos como ése, parpadeando sin cesar y tambaleándose por las drogas y el alcohol, le gustaba recibir regalos.

El candado de la puerta de su cuarto estaba reventado, y Ben se enfadó; después se preocupó. ¿Mamá, o la policía? No es que hubiera allí nada especial que encontrar. Pero aun así... Entraron, encendió la luz, Diondra cerró la puerta tras ella y se recostó en la cama. Hablaba, hablaba y no paraba de hablar, pero él no escuchaba. De pronto rompió a llorar y entonces él dejó de hacer el equipaje y se tumbó a su lado. Le acarició el cabello, le masajeó la tripa e intentó tranquilizarla, susurrarle cosas que la calmaran, hablar de lo fantástica que iba a ser su vida juntos y otras mentiras de ese tipo. Pasó una buena media hora antes de que se tranquilizara. Y antes de eso era ella la que no paraba de meterle prisa a él. Típico.

Ben se puso en pie, mirando el reloj, con el deseo de salir de allí, si es que de verdad iban a largarse. La puerta se había abierto un poco, pero no se molestó en ir a cerrarla, la quería abierta, y no tenía tiempo que perder. Metió pantalones vaqueros y sudaderas en una bolsa de deporte, junto con su cuaderno lleno de nombres de niña que le gustaban para el bebé: seguía pensando que Krissi Day iba ganando, que era un buen nombre, Krissi Day. Krissi Patricia Day o, si no, en honor a Diane, Krissi Diane Day. Ése le gustaba porque, entonces, sus amigos podrían llamarla D-Day, molaría. Aunque tendría que convencer a Diondra, ella pensaba que todos sus nombres eran demasiado vulgares. Ella quería nombres como Ambrosia, Calliope y Nightingale.

Con la bolsa de deporte al hombro, metió la mano por detrás del cajón de su escritorio y extrajo su montón de billetes oculto. Había estado apartando

billetes de cinco y de diez pavos aquí y allá, y calculaba que tenía trescientos, cuatrocientos dólares, pero ahora descubría que no tenía ni cien. Guardó los billetes en el bolsillo, se puso a cuatro patas para buscar debajo de la cama y sólo encontró un espacio vacío donde antes estaba la bolsa de ropa. La ropa de su hija.

—¿Dónde está mi regalo? —dijo Diondra con un sonido gutural, debido a la posición. Estaba tumbada boca arriba, la barriga apuntaba al techo, agresiva como un dedo corazón alzado.

Ben alzó la cabeza, la miró, el lápiz de labios corrido y los ojos con churretes negros, y pensó que parecía un monstruo.

—No lo encuentro —dijo él.

—¿Qué quieres decir con que no lo encuentras?

—Aquí ha entrado alguien.

Ambos permanecieron a la luz de la única bombilla del cuarto de Ben, sin saber qué hacer.

—¿Crees que ha sido una de tus hermanas?

—Puede ser Michelle, siempre está metiendo aquí las narices. Además, tengo menos dinero del que creía.

Diondra se sentó en la cama sujetándose la barriga, algo que nunca hacía de manera afectuosa, protectora. Se la agarraba como si se tratase de una carga que él no se ofrecía a llevar. Se la mostró a Ben, diciendo:

—Tú eres el padre de esta maldita niña, así que más te vale pensar en algo rápido, tú me dejaste embarazada, así que encárgate de arreglarlo. Estoy casi de siete meses y puedo dar a luz en cualquier momento a partir de ahora, y tú...

Una oscilación en la puerta, apenas un roce de camisón, y después un pie que sobresalía intentando mantener el equilibrio. Un toque accidental y la puerta se abrió de par en par. Michelle había estado escuchando al otro lado de la puerta, hasta que se inclinó demasiado y toda su cara adormilada quedó a la vista, con esas enormes gafas que reflejaban dos cuadrados de luz. Sostenía su diario nuevo, y de la boca le salía un hilo de tinta.

Michelle pasó la mirada de Ben a Diondra y, a continuación, de forma evidente, a la barriga de ésta, y dijo:

—Ben ha dejado embarazada a una chica, ¡lo sabía! —Ben no podía verle

los ojos, sólo el reflejo de la luz en los cristales de las gafas y la sonrisa, más abajo—. ¿Se lo has contado a mamá? —preguntó, empezando a sentirse confundida, con un tono acusador en la voz—. ¿Voy a contárselo a mamá?

Ben estaba a punto de agarrarla, tirarla de espaldas contra la cama y amenazarla, cuando Diondra entró a matar. Michelle intentó llegar hasta la puerta, pero Diondra la agarró por el pelo, su largo pelo castaño, y la tiró al suelo. Michelle aterrizó con un fuerte golpe sobre la rabadilla y el susurro de Diondra, «ni una palabra, chochito, ni una puta palabra», pero Michelle se revolvió y se escabulló a base de empujar con los pies contra la pared y dejó a Diondra con un mechón de pelo en la mano. Ésta lo tiró al suelo y se fue a por la niña, y tan sólo con que Michelle hubiera salido corriendo al cuarto de su madre, podía haber salido todo bien, su madre se habría encargado de todo, pero en cambio se fue directa a su cuarto, el de las niñas, y Diondra la siguió, y Ben iba detrás, susurrando «Diondra, para ya, Diondra, déjala». Pero Diondra no la iba a dejar, llegó hasta la cama de Michelle, donde ésta se encontraba acurrucada contra la pared, sollozando, y la agarró por una pierna, la tumbó en la cama y se sentó sobre ella: «¿Le quieres contar a todo el mundo que estoy embarazada, esa idea tienes, uno de tus maravillosos planes, un secretito de mierda que vendes por cincuenta centavos? Eso le vas a decir a tu mamá: “¿A que no sabes de qué me he enterado?”. Me parece que no, mierdecilla. ¿Por qué es tan estúpida toda esta familia?», y rodeó su cuello con ambas manos; los pies de Michelle enfundados en unas zapatillas, unos pies que se suponía que debían parecerse a las patas de un perrito, pateaban arriba y abajo, y Ben miraba los pies, desconectado, pensando que de verdad parecían las patas de un perrito, y Debby se despertaba lentamente de su dormir de zombi, así que Ben cerró la puerta en lugar de abrirla de par en par y llamar a su madre, quería que todo permaneciese en silencio, sin otro instinto que el de ceñirse al plan que consistía en no despertar a nadie, e intentaba razonar con Diondra con la idea de que todo estaría bien, «Diondra, Diondra, cálmate, no lo contaré, suéltala», y Diondra cada vez más hundida en el cuello de Michelle, «¿Crees que me voy a pasar la vida preocupada por esta putita?», y Michelle que la arañaba y después le clavaba el bolígrafo en la mano, el brillo de la sangre, Diondra que la soltaba un instante, con aspecto de sorprendida, como si no se lo pudiera creer, Michelle que se ladeaba y

tomaba una bocanada de aire, y Diondra que la agarraba otra vez por el cuello; Ben le puso las manos a Diondra sobre los hombros para apartarla, pero en cambio, se limitaron a descansar sobre ellos.

LIBBY DAY

Ahora

La hija de Ben Day era esbelta, más bien alta, y al entrar en la sala me dejó ver la imagen de un rostro que era prácticamente el mío. Tenía también nuestro pelo rojizo, teñido de marrón, pero las raíces pelirrojas asomaban del mismo modo que las mías días atrás. Su altura debía de provenir de Diondra, pero su rostro era absolutamente nuestro, mío, de Ben y de mi madre. Me miró embobada y sacudió la cabeza.

—Perdona, me he quedado un poco sorprendida —dijo ruborizada. Tenía la piel cubierta de las pecas de nuestra familia—. No lo sabía. Es decir, supongo que tiene sentido que nos parezcamos, pero... guau. —Miró a su madre y de nuevo a mí, mis manos, las suyas, el dedo que me faltaba—. Yo soy Crystal. Tu sobrina.

Me sentí como si tuviera que darle un abrazo, y quería hacerlo. Nos dimos la mano.

La chica se quedó titubeando cerca de nosotras, cruzando los brazos como si se tratara de una trenza, sin dejar de mirarme de reojo, de la forma en que te miras en un cristal o un escaparate al pasar por delante, intentando captar tu imagen sin que nadie se dé cuenta.

—Ya te dije que sucedería si tenía que suceder, corazón —dijo Diondra—. Así que aquí está. Ven aquí, siéntate.

La chica se dejó caer, indolente, sobre su madre, y se abrió un hueco bajo el brazo de Diondra, con la barbilla apoyada en su hombro, y su madre se puso a jugar con uno de sus mechones rojizos. Me miraba desde aquella posición de

ventaja. Protegida.

—No puedo creer que finalmente haya llegado a conocerte —dijo—. En principio, no parecía posible que llegara a conocerte. Soy un secreto, ya sabes. —Levantó la vista hacia su madre—. La hija de un amor secreto, ¿verdad?

—Así es —dijo Diondra.

De manera que la chica sabía quién era, quiénes eran los Day, que su padre era Ben Day. Me asombró que Diondra confiara en que su hija sabría guardar el secreto, en que no me buscara. Me preguntaba desde cuándo lo sabía Crystal, si alguna vez habría pasado por delante de mi casa, sólo para mirar, sólo para mirar. Me preguntaba por qué Diondra le había contado a su hija una verdad tan horrible, cuando, en realidad, no necesitaba hacerlo.

Diondra debió de captar el hilo de mis pensamientos.

—Crystal conoce toda la historia. Se lo cuento todo. Somos muy buenas amigas.

Su hija asintió y dijo:

—Incluso tengo un pequeño álbum de fotos de todos vosotros. Bueno, son fotos que yo misma he ido recortando de revistas y eso. Es como un falso álbum de familia. Siempre quise conocerte. ¿Puedo llamarte tía Libby? ¿Suena raro? Suena demasiado raro.

Yo no sabía qué decir. Tan sólo sentí alivio. Los Day no se iban a extinguir, aún no. Estaban floreciendo, de hecho, con esta chica hermosa y alta que se parecía a mí, pero con todos sus dedos en las manos y en los pies y sin mi cerebro de pesadilla. Quería hacer un montón de preguntas cotillas: ¿tuvo problemas en la vista, como Michelle? ¿Era alérgica a las fresas, como mi madre? ¿Tenía la sangre dulce, como Debby? ¿Se la comían viva los insectos y se pasaba el verano apestando a repelente de mosquitos Campho-Phenique? ¿Tenía genio, como yo, o era distante como Ben? ¿Era manipuladora e ingenua como Runner? Cómo era, cómo era, habládme de las muchas cosas en que era como los Day, y recordadme cómo éramos nosotros.

—También leí tu libro —añadió Crystal—. *Un nuevo día*. Era realmente bueno. Quería contarle a la gente que te conocía, porque, ya sabes, estaba orgullosa. —La cadencia de su voz era como una flauta, como si estuviera de manera perpetua al borde de la carcajada.

—Oh, gracias.

—¿Estás bien, Libby? —preguntó Diondra.

—Hum, imagino... imagino que aún no alcanzo a entender por qué os habéis mantenido al margen tanto tiempo. Por qué sigues haciendo que Ben finja que no te conoce. Él ni siquiera ha visto a su hija...

Crystal negaba con la cabeza.

—A mí me encantaría verle. Es mi héroe. Nos ha protegido a mi madre y a mí todos estos años.

—Necesitamos que nos guardes este secreto, Libby —dijo Diondra—. Tenemos la esperanza de que lo hagas. No puedo arriesgarme a que piensen que fui cómplice o algo parecido. No puedo arriesgarme a eso, por Crystal.

—A mí no me parece que haya necesidad de...

—Por favor —dijo Crystal. Su voz era tranquila, pero apremiante—. Por favor. En serio, no puedo soportar la idea de que vengan en cualquier momento y se lleven a mi madre de mi lado. Es de verdad mi mejor amiga.

Eso habían dicho ambas. Casi elevé la mirada al cielo, pero vi que la chica estaba al borde de las lágrimas. Era evidente que le aterrorizaba la película que Diondra le había montado en la cabeza: los vengativos polis, hombres del saco que podían irrumpir y llevarse a mamá.

—Así que ¿huiste y nunca se lo contaste a los tuyos?

—Me fui en cuanto se me empezó a notar —dijo Diondra—. Mis padres eran unos maníacos. Me alegré de verme libre de ellos. Era nuestro secreto, de Ben y mío.

Un secreto en casa de los Day, qué poco habitual. Al final, Michelle se perdió la primicia.

—Estás sonriendo —dijo Crystal con una sonrisa idéntica en sus labios.

—Sí, estaba pensando en lo mucho que mi hermana Michelle habría disfrutado echándole el guante a ese cotilleo. Le encantaba el drama. —Me miraron como si las hubiese abofeteado—. No pretendía frivolar, lo siento —añadí.

—Oh, no te preocupes por eso —dijo Diondra. Nos quedamos mirándonos fijamente unas a otras, con los dedos, las manos y los pies inquietos.

Diondra volvió a romper el silencio.

—¿Te gustaría quedarte a cenar?

ME SIRVIÓ UN estofado salado que intenté tragar y un montón de vino rosado de una caja que parecía no tener fondo. No lo bebíamos a sorbitos, lo deglutíamos. Ella era una de las mías. Charlamos de bobadas, historias sobre mi hermano, y Crystal hacía una pregunta tras otra y me avergonzaba no poder responderlas. ¿A Ben le gustaba el *rock* o la música clásica? ¿Leía mucho? ¿Tenía diabetes? Porque ella tenía problemas por un bajo nivel de azúcar en la sangre. Y su abuela Patty, ¿cómo era?

—Quiero conocerlos como, ya sabes, personas, no como víctimas —dijo con pía apariencia de veinteañera.

Me excusé para ir al cuarto de baño. Necesitaba alejarme un momento de los recuerdos, de la chica, de Diondra. Caí en la cuenta de que se me había acabado la gente con la que hablar, que había llegado al final, y que ahora tenía que dar la vuelta al círculo y volver a pensar en Runner. El cuarto de baño era tan ordinario como el resto de la casa, lleno de mugre, el agua del retrete que no paraba de caer, trozos de papel higiénico con manchurroneos de pintura de labios por el suelo, alrededor del cubo de la basura. Sola por primera vez en la casa, no me podía resistir a la búsqueda de un *souvenir*. Un florero rojo de cristal sobre la cisterna del váter, pero no tenía el bolso. Necesitaba algo pequeño. Abrí el botiquín y encontré varios botes de medicinas recetadas a nombre de Polly Palm, escrito en la etiqueta. Pastillas para dormir, analgésicos y rollos de éstos para la alergia. Cogí unas vicodinas, me metí en el bolsillo una barra de labios de color rosa pálido y un termómetro. Menuda suerte, porque a mí nunca jamás se me ocurriría comprar un termómetro, aunque siempre quise uno. Cuando me quedo en cama, es bueno saber si es que estoy mala o sólo en plan vago.

Volví a la sala, Crystal estaba sentada con un pie sobre su asiento y el mentón apoyado en la rodilla.

—Tengo aún más preguntas —dijo, haciendo escalas con su voz de flauta.

—Es probable que yo no tenga las respuestas —repliqué, en un intento por escurrir el bulto—. Yo era demasiado pequeña cuando sucedió aquello. Y casi me había olvidado de mi familia, hasta que hablé con Ben.

—¿No tienes álbumes de fotos? —preguntó Crystal.

—Sí. Los tuve guardados en cajas durante una buena temporada.

—Demasiado doloroso —dijo Crystal en un susurro.

—No hace mucho que me he puesto a rebuscar en esas cajas: álbumes de fotos, anuarios y un montón de cosas viejas.

—¿Como qué? —me preguntó Diondra mientras aplastaba unos guisantes con el tenedor como una adolescente aburrida.

—Bueno, prácticamente la mitad eran trastos de Michelle —les dije, deseosa de poder responder a alguna pregunta de manera definitiva.

—¿Juguetes y cosas así? —dijo Crystal jugando con el dobladillo de su falda.

—No, notas..., diarios... Con Michelle, todo quedaba por escrito. Que veía a un profesor hacer algo raro, al diario que iba. Que pensaba que mamá tenía sus favoritos, al diario que iba. Que tenía una discusión con su mejor amiga por un chico que les gustaba a las dos, al...

—... Todd Delhunt —murmuró Crystal con un gesto de asentimiento. Se bebió de golpe otro trago de vino.

—... Diario que iba —proseguí, sin atender. Entonces lo hice. ¿Había dicho «Todd Delhunt»? Sí, lo había dicho; yo nunca habría recordado ese nombre sin ayuda, aquella bronca en la que se metió Michelle por el pequeño Todd Delhunt. Aquello pasó en Navidad, justo antes de los asesinatos. Recuerdo que estuvo alterada toda la mañana de Navidad, garabateando en su diario nuevo. Todd Delhunt, ¿cómo...?

—¿Conocías a Michelle? —le pregunté a Diondra, aún dándole vueltas en mi cabeza.

—No mucho —dijo Diondra—. En realidad, no —añadió, y me recordó a Ben cuando fingía no conocer a Diondra.

—Ahora me toca a mí ir a hacer pis —dijo Crystal apurando el vino.

—Bueno —comencé a decir, y me detuve en seco. No había forma de que Crystal supiese lo colgada que Michelle estaba de Todd Delhunt a menos que... A menos que hubiese leído el diario de Michelle. El que recibió la mañana de Navidad, para empezar 1985. Yo había dado por sentado que no faltaba ninguno de los diarios, porque el de 1984 estaba intacto, pero ni siquiera me había acordado de 1985. El nuevo diario de Michelle, apenas nueve días de pensamientos: eso es lo que Crystal estaba citando. Había leído el diario de mi hermana fallecida... Capté un destello de metal a mi derecha,

justo en el momento en que Crystal me estampaba una vieja plancha en la sien, con una mueca en la boca, una sonrisa congelada.

PATTY DAY

3 de enero de 1985

2.03

Patty se había quedado dormida, incomprensiblemente, y se había despertado a las 2.02; se quitó a Libby de encima y recorrió el pasillo con sigilo. Alguien estaba haciendo ruido en la habitación de las niñas, una cama chirriaba. Michelle y Debby tenían el sueño pesado, pero eran ruidosas: tiraban las colchas, hablaban dormidas. Pasó de largo el cuarto de Ben, con la luz encendida desde que ella había entrado. Ella podía haberse detenido un momento para mirar, pero ya iba con retraso, y no parecía que Calvin Diehl aguantase los retrasos.

Su pequeño Ben.

Mejor no disponer de tiempo. Fue hasta la puerta de la casa y, en lugar de preocuparse por el frío, pensó en el océano, aquel viaje a Texas cuando era una cría. Se imaginó embadurnada de crema y tostándose, las olas que rompían, sal en los labios. Sol.

Abrió la puerta, el cuchillo se introdujo en su pecho, y ella se dobló sobre los brazos del hombre, que le susurraba «No te preocupes, todo habrá acabado en unos treinta segundos, demos otra para asegurarnos», y la apartó de sí hacia abajo, la caída de una bailarina, y entonces sintió el giro del cuchillo en su pecho, no le había alcanzado el corazón, debía habérselo alcanzado, sentía el acero moverse en su interior, y el hombre bajó la mirada hacia ella con gesto bondadoso, preparándose para repetir, pero entonces miró por encima del hombro de Patty y se le borró el rostro bondadoso, se le empezó a agitar el

bigote...

—¿Qué demonios...?

Patty giró la cabeza apenas un poco, hacia el interior de la casa, y vio que era Debby, con su camisón de color lavanda, las coletas medio sueltas de la cama, una cinta blanca que le caía por el brazo, y gritaba: «¡Mamá, le están haciendo daño a Michelle!», sin darse cuenta siquiera de que también le estaban haciendo daño a mamá, tan concentrada estaba en su mensaje, «Ven, mamá, ven», y Patty sólo era capaz de pensar: «Qué mal momento para una pesadilla». Y a continuación: «Cerrar la puerta». Estaba sangrando hasta las piernas y, cuando intentaba cerrar la puerta para que Debby no pudiera verla, el hombre la abrió de un empujón y gritó: «¡Joderjoder-jodeeeeeerrrr!», tronando en el oído de Patty, que sintió cómo él intentaba extraer el cuchillo de su pecho y comprendió lo que significaba, que quería a Debby, este hombre que había dicho que nadie debía enterarse, que nadie podía verle, quería que Debby muriera con Patty, y Patty agarró con fuerza la empuñadura y la empujó más dentro de sí, y el hombre seguía gritando y por fin soltó el cuchillo, abrió la puerta de una patada y entró, y mientras Patty caía lo vio dirigirse a por el hacha, el hacha que Michelle había apoyado junto a la puerta, y Debby empezó a correr hacia su madre, corría para ayudar a su mamá, y Patty gritaba: «¡Huye!». Y Debby se detuvo en seco, chilló, se vomitó encima, se levantó con dificultad sobre las baldosas y corrió en dirección contraria, llegó al final del pasillo, dobló el recodo, pero el hombre iba tras ella, con el hacha en alto, y ella vio cómo la hacía descender; y Patty tiró de sí y se levantó, se tambaleó como un borracho, incapaz de ver por un ojo, moviéndose como en una pesadilla, donde los pies van rápido pero no llegan a ninguna parte, gritando: «Corre, corre, corre», para doblar el recodo y ver a Debby en el suelo con el brazo ensangrentado, y al hombre, muy enfadado en ese momento, con los ojos húmedos y encendidos, gritando: «¿Por qué me has obligado a hacer esto?». El hombre se volvió como si se fuera a marchar, y Patty pasó junto a él corriendo, y recogió a Debby, que dio unos pasos tambaleantes, como cuando era un bebé regordete, y estaba muy herida, su brazo, su bracito, «No pasa nada, cielo, estás bien», y el cuchillo se resbaló del pecho de Patty y cayó al suelo con estrépito, con la sangre que ahora manaba de su pecho más rápido, y el hombre volvió, esta vez con una escopeta. La escopeta de Patty, la que por precaución

había dejado sobre la chimenea del salón, fuera del alcance de las niñas. Le apuntó con ella mientras Patty intentaba ponerse delante de Debby porque ahora no podía morir.

El hombre accionó el percutor de la escopeta, y Patty tuvo tiempo para un último pensamiento: «Ojalá, ojalá, ojalá pudiera anularlo todo».

Y entonces, con un rugido, como el aire del verano que entra por la ventanilla del coche, el disparo le voló la mitad de la cabeza.

LIBBY DAY

Ahora

—Lo siento, mamá —dijo Crystal.

Yo estaba medio ciega, sólo veía un color naranja tostado, como cuando el sol te ciega. Percibía fogonazos procedentes de la cocina, que de inmediato desaparecían. Sentía dolor en la mejilla, me palpitaba a lo largo de la columna, hasta los pies. Estaba tendida en el suelo, boca abajo, y Diondra sentada a horcajadas sobre mí. Podía olerla —aquel olor a insecticida— encima de mí.

—Oh, Dios, la he jodido.

—No pasa nada, hija, anda ve y tráeme la pistola.

Pude oír los pasos de Crystal en la escalera, y a continuación Diondra me daba la vuelta, me agarraba por la garganta. Yo quería que me insultara, que gritara algo, pero permanecía en silencio, en plan matón, respirando con calma; sus dedos me presionaban el cuello. La yugular me ardía y latía fuerte contra su pulgar. No veía nada. Estaba a punto de morir. Lo sabía. El pulso se me aceleró y después se ralentizó muchísimo. Me sujetaba los brazos con las rodillas, no podía moverlos, lo único que podía hacer era dar patadas al suelo, pero se me resbalaban los pies. Notaba su aliento en la cara, sentía el calor, me imaginaba su boca ahí, abierta. Sí, eso es, me podía imaginar dónde estaba su boca. Giré el cuerpo con fuerza, liberé los brazos y le di un puñetazo en la cara.

Le di lo bastante fuerte para quitármela de encima un segundo —sentí el crujido de un huesecillo— y para que el puño me doliera. A continuación me

arrastré por el suelo, intentando encontrar una silla, intentando ver de una puta vez, y entonces sus manos me agarraron por el tobillo, «Esta vez no, corazón», y me sujetaba el pie por encima del calcetín, pero era mi pie derecho, en el que me faltaban los dedos, de manera que era más difícil de sujetar, los calcetines siempre me quedan holgados, y de pronto me encontré de pie, la había dejado allí con el calcetín en la mano, y de Crystal nada de nada aún, nada de pistolas, y yo huía hacia la parte de atrás de la casa, pero no podía ver, no podía caminar en línea recta; en cambio, viré a mi derecha, a través de aquella puerta abierta, y caí de bruces escalera abajo, al frío del sótano, elástica como un niño, sin oponer resistencia, la forma correcta de caer, de manera que cuando llegué al fondo ya estaba de nuevo en pie, en medio de un olor frío y húmedo. Mi visión parpadeaba como una tele vieja —iba y venía—, y pude distinguir la sombra de Diondra en el rectángulo de luz en lo alto de las escaleras. Entonces me cerró la puerta.

Podía oírlas en el piso superior, con Crystal de vuelta.

—Tendremos que...

—Sí..., *ahora sí*.

—¡Cómo he podido meter la pata de esa manera! ¡Qué estúpida soy!...

Yo corría en círculos por el sótano intentando dar con una salida; tres muros de hormigón y una pared cubierta de trastos hasta el techo. Diondra y Crystal no parecían preocupadas por mí, estaban de cháchara tras la puerta de la escalera, y yo a por la montaña de cosas, en busca de un lugar donde esconderme, intentando dar con algo que pudiera utilizar como arma.

—No sabe lo que pasó realmente, no con total seguridad...

Abrí un arcón donde podría esconderme, y morir.

—Lo sabe, no es tonta...

Aparté un perchero, dos ruedas de bicicleta, la forma de la pared cambiaba con cada cosa que retiraba.

—Yo lo haré, ha sido culpa mía...

Llegué a una montaña de cajas viejas, deformadas como las que yo tenía bajo las escaleras. Las aparté y encontré un saltador, uno de esos zancos con muelles para ir dando saltos, demasiado pesado para blandirlo.

—Lo haré yo...

Voces de enfado-culpa-enfado-culpa-decisión.

El sótano era más grande que la propia casa, un buen sótano del Medio Oeste, construido para resistir tornados, para guardar verduras, profundo y seco. Quitó trastos y seguí avanzando, me colé por detrás de una cómoda enorme y encontré una puerta vieja. Era otra habitación, el verdadero corazón de la bodega antitornados, sí, un callejón sin salida, pero no había tiempo para pensar. Tenía que seguir adelante, y ahora la luz iluminaba el sótano, Diondra y Crystal venían a por mí, cerré la puerta a mi espalda y avancé por la estrecha pieza, con más trastos almacenados: tocadiscos viejos, una cuna, un minifrigorífico, todo amontonado a los lados, no había mucho más de seis metros para continuar huyendo. Detrás de mí oía ruido de trastos que se venían abajo, pero aquello no me sería de mucha ayuda, me alcanzarían dentro de unos pocos segundos.

—Por allí, tiene que estar por allí —decía Crystal, y Diondra le chistaba, sus pies pesados en los últimos escalones, tomándose su tiempo. Apartaban las cosas a patadas conforme avanzaban hacia la puerta, acorralándome, como si yo fuera un animal rabioso que hubiera que sacrificar; Diondra, no muy concentrada, dijo de repente:

—Ese estofado tenía mucha sal.

Dentro de mi pequeño refugio, percibí un atisbo de luz en una esquina. Provenía de algún lugar en el techo.

Me dirigí hacia allí y me tropecé con un carrito rojo. Oí las risas de las dos mujeres cuando me oyeron caer, y el grito de Crystal:

—Te va a salir un buen cardenal.

Diondra seguía apartando las cosas a golpes, y yo estaba ya bajo el punto de luz, que era la abertura de una turbina de aire, el hueco de ventilación del refugio antitornados, demasiado pequeño para que pudiese pasar por allí la mayoría de la gente, pero no para mí, así que empecé a apilar cosas para llegar con las manos al agujero y subir a pulso. Crystal y Diondra ya casi habían atravesado la barrera de trastos. Intenté subirme a un cochecito de niño, el fondo cedió, me rasguñé la pierna, empecé a amontonar más cosas: un cambiador de bebé y unas enciclopedias, y yo en lo alto de las enciclopedias, con la sensación de que se iban a derrumbar, pero metí los brazos por el hueco y atravesé las lamas de la turbina oxidada, un buen empujón y estaba respirando el frío aire de la noche, lista para el siguiente impulso que me

terminara de sacar entera, y entonces Crystal me agarró del pie, tirando hacia abajo, yo le daba patadas y me revolvía. Gritos por debajo de mí: «¡Dispárale!». Y Crystal gritaba: «La tengo», y tiraba de mí con todo su peso, y yo perdía fuerza, con medio cuerpo fuera, cuando solté una buena patada con mi pie malo, le clavé el talón en toda la cara, en toda la nariz, un aullido de lobo debajo de mí, y Diondra que gritaba «Oh cielo», y yo libre, de nuevo en pie, con los brazos llenos de profundos arañazos rojos, pero en pie y en el suelo, y mientras respiraba de manera agitada en busca de aire, en el barro, todavía podía oír a Diondra: «Sube arriba, sube arriba».

Las llaves de mi coche estaban en alguna parte dentro de la casa, así que corrí hacia el bosque, un trote de tullido, como algo que tuviese tres patas, con un calcetín sí y otro no, a través del barro, apestando a estiércol a la luz de la luna, y entonces me volví, sintiéndome casi bien, y las vi fuera de la casa, venían tras de mí, corrían tras de mí —dos caras pálidas, sin sangre en la cara—, pero conseguí llegar hasta el bosque. La cabeza me daba vueltas, no era capaz de fijar los ojos en nada: un árbol, el cielo, un conejo que huía de mí, asustado. «¡Libby!», detrás de mí. Me adentré en el bosque, a punto de desmayarme, y, cuando la vista se me empezaba a nublar, encontré un roble descomunal. Se apoyaba en unas raíces nudosas, levantadas del suelo, que salían del árbol como los rayos de un sol dibujado, me arrastré y escarbé para meterme en la vieja madriguera de algún animal, bajo una de las raíces, gruesa como un hombre adulto. Escarbé en el suelo frío y húmedo, una cosa pequeña en un hueco pequeño, temblando pero en silencio, escondida: algo que sabía hacer bien.

Las linternas se acercaban, alumbraron el tronco del árbol, las mujeres pasaron por encima de mí, el destello de una falda, un vistazo de una pierna con pecas rojizas, «Tiene que estar por aquí, no puede haber ido muy lejos», y yo aguantando la respiración, consciente de que una bocanada de aire significaría un tiro en la cara, así que aguanté cuando noté que las raíces del árbol cedían bajo su peso y Crystal decía: «A lo mejor ha vuelto a la casa», y Diondra le respondía: «Sigue buscando, es rápida», como si me conociera, y cambiaron de dirección, se adentraron más en el bosque, y respiré contra el suelo, tragué aire terroso, con la cara embozada en la tierra. Durante horas el bosque resonó con sus gritos de indignación y frustración —«Esto no es

bueno, es muy malo»—, y en algún momento cesaron los gritos y esperé unas horas más, hasta el amanecer, antes de arrastrarme fuera y renquear entre los árboles camino de casa.

BEN DAY

3 de enero de 1985

2.12

Diondra estaba aún inclinada sobre el cuerpo de Michelle. Escuchando. Ben seguía sentado en su hatillo, balanceándose, oyendo los gritos y las palabrotas en el pasillo, el hacha golpeando la carne, la escopeta y el silencio, y entonces otra vez su madre, no estaba herida, puede que no estuviera herida, pero entonces supo que lo estaba, emitía sonidos incoherentes, «gaahhaahhjy» y «guiiiijj», y se daba golpes contra las paredes, y esas pesadas botas se acercaron por el pasillo, hacia el cuarto de su madre, y entonces el horrible sonido de unas manos pequeñas buscando un asidero, las manos de Debby que arañaban el suelo de madera y entonces otra vez el hacha y una sonora liberación de aire, y a continuación otro disparo de escopeta; Diondra dio un respingo sobre Michelle.

Los nervios de Diondra sólo eran evidentes en su pelo, sus gruesos rizos vibraban. Aparte de eso no se movía. Las zancadas pausadas al otro lado de la puerta, la que Ben había cerrado al comenzar los gritos, la puerta tras la cual él se escondía mientras su familia yacía fuera, moribunda. Oyeron un aullido —«¡Jodeeeeeer!»—, y entonces los pasos corrieron, pesados y sonoros, fuera de la casa.

Ben susurró a Diondra, señalando a Michelle.

—¿Está bien?

Diondra frunció el ceño como si la hubiese insultado.

—No, está muerta.

Ben no podía ponerse en pie.

—¿Estás segura?

—Totalmente segura —dijo Diondra, y Ben se apartó de ella, la cabeza de Michelle cayó hacia un lado, con los ojos abiertos hacia él. Sus gafas, rotas junto a ella.

Diondra se acercó a Ben, con las rodillas a la altura de su rostro, y le tendió una mano.

—Vamos, levántate.

Abrieron la puerta. A Diondra se le pusieron los ojos como platos, como si estuviera viendo nevar por primera vez. Había sangre por todas partes, Debby y su madre en un charco, el hacha y la escopeta tirados en el pasillo, un puñal un poco más lejos. Diondra se aproximó a mirar y vio su reflejo, oscuro, en el charco de sangre.

—Me cago en la puta —susurró—. Puede que de verdad la hayamos jodido con todo ese asunto del diablo.

Ben fue corriendo a la cocina para vomitar en el fregadero, la reconfortante sensación de las arcadas, «échalo todo, échalo todo», como su madre solía decirle sujetándole la frente sobre el retrete cuando era un crío. «Echa todo lo malo». Pero no pasó nada, así que fue tambaleándose hacia el teléfono, y allí estaba Diondra, para detenerle.

—¿Vas a chivarte de mí? ¿Por Michelle?

—Hay que llamar a la policía —dijo él con un ojo sobre la taza de su madre, aún con algo de café Folgers en el fondo.

—¿Dónde está la pequeña? —preguntó Diondra—. ¿Dónde está la niña?

—¡Oh, mierda! ¡Libby! —Ben regresó corriendo por el pasillo, intentando no mirar los cuerpos, como si sólo fueran obstáculos que saltar, y miró en el interior del cuarto de su madre y sintió una ráfaga de frío, vio la brisa jugando con las cortinas y la ventana abierta. Volvió a la cocina—. Se ha ido —dijo él—. Ha salido por la ventana.

—Muy bien, ve a buscarla.

Ben se volvió hacia la puerta, a punto de salir corriendo, y se detuvo.

—¿A buscarla? ¿Para qué?

Diondra fue hasta él, le cogió las manos y se las puso en su vientre.

—Ben, ¿no te das cuenta de que todo esto tenía que pasar? ¿Crees que es

una coincidencia lo del ritual de esta noche, que necesitemos dinero y que, ¡pumba!, un hombre se cargue a tu familia? Vas a heredarlo todo, cobrarás el seguro de vida de tu madre, podrás hacer lo que quieras, irte a vivir a California, a la playa, a Florida, puedes hacerlo. —Ben nunca había dicho que quisiera vivir en California o en Florida, era Diondra quien lo decía—. Ahora somos una familia, podemos ser una familia de verdad. Pero Libby es un problema, si ha visto algo.

—¿Y si no ha visto nada?

Pero Diondra negaba con la cabeza.

—Hay que cortar por lo sano, cielo. Es demasiado peligroso. Toca echarle valor.

—Pero si nos vamos esta noche, no cobraré el seguro de vida.

—Está claro que ya no podemos irnos esta noche. Ahora tenemos que quedarnos, resultaría sospechoso si te fueras. ¿No te das cuenta? Esto es un regalo. La gente se olvidará de toda esa mierda de Krissi Cates, porque ahora tú eres la víctima. La gente querrá ser buena contigo. Yo intentaré ocultar esto —se señaló el vientre— durante otro mes, como sea. Llevaré abrigos y cosas así. Luego cobraremos el dinero y nos piraremos de una puta vez. Libres. No tendrás que tragar más mierda.

—¿Y qué pasa con Michelle?

—Tengo su diario —dijo Diondra enseñándole el cuaderno nuevo con una pegatina de Minnie Mouse en la tapa—. Podemos estar tranquilos.

—Pero ¿qué decimos sobre Michelle?

—Que lo hizo el loco ese, como el resto. Como Libby también.

—Pero...

—Y, Ben, no puedes decir a nadie que me conoces, no hasta que nos hayamos ido. No se me puede relacionar con esto de ninguna forma. ¿Lo entiendes? ¿Quieres que dé a luz a nuestra hija en prisión? Ya sabes lo que pasará después, que se la llevarán a un hogar de acogida y nunca volverás a verla. ¿Es eso lo que quieres para tu hija, para la madre de tu hija? Aún tienes la oportunidad de portarte como un adulto, de ser un hombre. Ahora ve y tráeme a Libby.

Ben agarró la linterna grande y salió al frío llamando a Libby. La niña era veloz, buena corredora, a esas alturas podía haber recorrido todo el camino

hasta la autopista, o podría estar escondida en su sitio habitual, abajo, junto al estanque. Caminó por la nieve, que crujía a su paso, preguntándose si todo aquello no sería un alucine. Regresaría a la casa y todo estaría como antes, cuando oía el clic de la cerradura y todo era normal, todo el mundo dormía, una noche habitual.

Entonces recordó a Diondra encorvada sobre Michelle como un ave depredadora gigante, temblando ambas en la oscuridad, y supo que nada iba a salir bien y también supo que no iba a traer a Libby de vuelta a la casa. Alumbró con la linterna por encima del cañaveral y captó el rojo de su pelo entre el color amarillento y gritó:

—¡Libby, quédate donde estás, cariño!

Se volvió y corrió de regreso a la casa.

Diondra estaba pegando tajos en las paredes, en el sofá, gritaba con los dientes apretados. Había salpicado las paredes con sangre, había escrito cosas, había pisado la sangre con sus zapatos de chico, había comido Krispies en la cocina y dejado rastros de comida y huellas dactilares por todas partes, sin parar de gritar:

—Hay que dejarlo todo como es debido, hay que dejarlo todo como es debido.

Pero Ben sabía lo que pasaba, era la sed de sangre, la misma sensación que tenía él, esa llamarada de ira y poder que te hace sentir tan fuerte.

Ben limpió las huellas de los zapatos bastante bien, pensó, aunque resultaba difícil distinguir cuáles eran de Diondra y cuáles del hombre: ¿quién cojones era aquel hombre? Limpió todo lo que ella había tocado: los interruptores de la luz, el hacha, las encimeras, todo lo que había en su habitación, y Diondra que aparece por la puerta, diciéndole:

—He limpiado el cuello de Michelle.

Y Ben que intentaba no pensar. «No pienses». Dejó las palabras escritas en las paredes, no sabía cómo arreglar eso. Diondra había golpeado a su madre con el hacha, tenía unos cortes nuevos, extraños, profundos, y él se preguntaba cómo podía estar tan calmado, y cuándo se le fundirían los huesos y se vendría abajo, y se dio la orden de arrimar el hombro de una puta vez. «Sé un hombre de una puta vez, hazlo, sé un hombre, haz lo que hay que hacer, sé un hombre», y acompañó a Diondra fuera de la casa, y todo el lugar ya olía

a tierra y a muerte. Cuando cerró los ojos vio un sol rojo y pensó de nuevo:
«Aniquilación».

LIBBY DAY

Ahora

Iba a perder más dedos de los pies. Me senté en el exterior de una gasolinera cerrada y estuve casi una hora frotándome los pies temblorosos, esperando a Lyle. Cada vez que pasaba un coche me escondía detrás del edificio por si eran Crystal y Diondra. Si me encontraban ahora, no podría salir corriendo. Me alcanzarían y todo se habría acabado. Había deseado la muerte durante años, pero no últimamente y, sin duda, no a manos de esas zorras.

Había llamado a Lyle desde un teléfono junto a la gasolinera, que estaba convencida de que no funcionaría, y él se había puesto a hablar incluso antes de que la operadora nos diese línea: «¿Lo has oído? ¿Lo has oído?». Yo no lo había oído. «No quiero oír nada. Sólo ven a por mí». Colgué antes de que empezara con sus preguntas.

—¿Qué ha pasado? —dijo Lyle cuando por fin apareció, yo tiritaba hasta los huesos, el aire congelado. Me metí en el coche con los brazos en posición de momia por el frío.

—Definitivamente, Diondra no está jodidamente muerta. Llévame a casa. Quiero ir a casa.

—Adonde tienes que ir es a un hospital, tienes la cara..., ¿te has visto la cara? —Me puso bajo la luz del techo del coche para vérmela mejor.

—No la he visto, pero me la he sentido.

—¿O deberíamos ir a la comisaría de policía? ¿Qué ha pasado? Debía haber ido contigo. Libby, ¿qué ha pasado?

Se lo conté. Todo, dejando que él lo interpretara entre mis ataques de llanto y finalizando con «y entonces, entonces intentaron matarme...», palabras que me salían como sentimientos heridos, una niña pequeña que le cuenta a su madre que alguien ha sido malo con ella.

—Entonces fue Diondra quien mató a Michelle —dijo Lyle—. Hay que ir a la poli.

—No, no vamos a ir a la poli. A donde quiero ir es a casa. —Mis palabras entrecortadas por el moqueo y las lágrimas.

—Tenemos que ir a la poli, Libby.

Empecé a chillar cosas desagradables, golpeé la ventanilla con la mano, chillé hasta escupir por la boca, y eso no hizo más que reafirmarlo en la idea de ir a la policía.

—Querrás ir a la policía, Libby..., cuando te cuente lo que tengo que contarte.

Sabía que era eso lo que debía hacer, pero tenía el cerebro infectado por los recuerdos de lo que había pasado después de que mi familia fuera asesinada: las largas horas, agotada, repasando una y otra vez mi relato con la policía, con las piernas colgando de unas sillas demasiado altas para mí, chocolate caliente —frío— en vasos desechables, incapaz de entrar en calor, con el único deseo de irme a dormir, ese agotamiento absoluto, cuando hasta la cara se te entumece. Y, digas lo que digas, da igual, porque todos están muertos.

Lyle puso la calefacción a tope y dirigió hacia mí todas las rejillas de ventilación.

—Libby, tengo... novedades. Creo, bueno, vale, voy a soltarlo ya.

—Me estás cabreando, Lyle. Dilo ya. —La luz del techo no iluminaba lo suficiente, seguía mirando hacia el aparcamiento para asegurarme de que no venía nadie.

—¿Te acuerdas del Ángel de la Deuda? —arrancó Lyle—. Ese al que estaban investigando los del Kill Club... Lo han cogido en una zona residencial de Chicago, cuando estaba amañando la muerte de un pobre imbécil de la bolsa. Se suponía que tenía que parecer un accidente de caballo. Lo han cazado en un sendero machacándole la cabeza con una piedra. Se llama Calvin Diehl. Antes era granjero.

—Ya —dije, pero sabía que no se acababa ahí la cosa.

—Pues resulta que lleva desde los años ochenta ayudando a la gente a matarse. Es un tipo listo. Tiene notas manuscritas de todas sus víctimas, treinta y dos personas, donde juran que ellos lo contrataron.

—Ya.

—Una de esas notas era de tu madre. —Me doblé por la cintura, pero seguí mirando a Lyle—. Ella lo contrató para que la matara. Se suponía que sólo a ella. Para cobrar el seguro de vida, salvar la granja. Salvaros a vosotras, a Ben. Tienen la nota.

—¿Y qué? Eso no tiene sentido. Diondra mató a Michelle. Ella tenía su diario. Sabemos que fue Diondra...

—Bueno, ése es el tema. Este Calvin Diehl se las da ahora de héroe. Te lo juro, estos días ha habido manifestaciones a la puerta de la cárcel, gente exhibiendo pancartas con lemas como «Diehl es auténtico». A este paso, acabarán escribiendo canciones sobre él: el que ayudaba a morir a la gente endeudada impidiendo que los bancos se hiciesen con sus propiedades, y encima sacándoles los cuartos a las compañías aseguradoras. La gente se lo está tragando. Él dice que no va a confesarse culpable de haber asesinado a ninguna de las treinta y dos personas, dice que todos fueron suicidios asistidos. Muerte con dignidad. Pero sí reconoce su culpa en el caso de Debby, que apareció por allí, se metió por medio y salió mal. Dice que es la única por la que lo siente.

—¿Y qué pasa con Michelle?

—Dice que a ella jamás la vio, y no veo por qué iba a mentir.

—Dos asesinos —dije—. Dos asesinos en la misma noche. Eso sería una suerte para nosotros.

ENTRE EL TIEMPO que pasé escondida en el bosque, luego sollozando en la gasolinera, después berreando en el coche de Lyle, y finalmente convenciendo a un *sheriff* local somnoliento de que no estaba loca, —«¿Que eres la hermana de *quién?*»— desperdicié siete horas. Por la mañana, Diondra y Crystal se habían ido sin dejar rastro. Y digo bien: sin dejar rastro. Habían rociado la casa con gasolina, y había ardido hasta los cimientos antes de que los camiones de bomberos hubieran salido siquiera de su garaje.

Conté mi relato un montón de veces más, un relato recibido con una mezcla de desconcierto y de duda, y, por fin, una pizca de crédito.

—Lo único que necesitamos es, ya sabe, alguna prueba para relacionarla con el asesinato de su hermana —dijo un inspector, mientras yo sostenía un vaso desechable de café frío en la mano.

Dos días más tarde aparecieron ante mi puerta más inspectores. Tenían fotocopias de cartas de mi madre. Querían ver si reconocía su letra, querían saber si yo las quería ver.

La primera era una nota muy simple, de una página, en la que absolvía a Calvin Diehl de su asesinato.

La segunda era para nosotros:

Queridos Ben, Michelle, Debby y Libby:

No creo que lleguéis nunca a leer esta carta, pero el señor Diehl dijo que él la guardaría por mí, y supongo que eso me proporciona cierto consuelo. No lo sé. Vuestros abuelos siempre me dijeron: «Haz de tu vida algo útil». No siento que de verdad lo haya hecho, pero de mi muerte sí puedo hacer algo útil. Espero que todos vosotros me perdonéis. Ben, pase lo que pase, no te culpes. Las cosas han escapado a nuestro control, y esto es lo que hay que hacer. Para mí está muy claro. En cierto sentido estoy orgullosa. Mi vida se ha visto siempre determinada por accidentes, y parece adecuado que sea ahora un «accidente a propósito» lo que arregle las cosas. Un feliz accidente. Cuidaos mucho los unos a los otros. Sé que Diane lo hará bien a vuestro lado. Tan sólo estoy triste porque no veré lo buenas personas que llegaréis a ser. Aunque no lo necesito. Así de segura estoy de mis hijos.

Os quiere,

MAMÁ

Sentí un vacío. La muerte de mi madre no había sido útil. Sentí una punzada de ira contra ella y entonces me imaginé aquellos últimos malditos momentos sangrientos en la casa, cuando se dio cuenta de que todo había

salido mal, cuando Debby yacía moribunda, y todo acabó, su anodina vida. Mi ira dejó paso a una extraña ternura, lo que una madre sentiría por su hijo, y pensé: «Al menos lo intentó». Lo intentó, aquel último día, más de lo que nadie podía haberlo intentado. Y en eso intentaría yo hallar la paz.

CALVIN DIEHL

3 de enero de 1985

4.12

Qué estupidez, qué mal había salido todo, qué precipitado. Y eso que le estaba haciendo un favor a la granjera pelirroja. Joder, y ni siquiera le había dado suficiente dinero; habían acordado dos mil dólares y le dejó un sobre con tan sólo ochocientos doce dólares con setenta y cinco centavos. Todo fue mezquino, precipitado y estúpido. Un desastre. Se había confiado demasiado, había sido indulgente y eso había conducido a... Ella había sido demasiado fácil, también. La mayoría de sus clientes eran muy puntillosos a la hora de elegir su forma de morir, pero lo único que había pedido ella era que no la estrangulara. No quería morir ahogada, por favor. Él podía haberlo hecho de una manera sencilla, como siempre. Pero se le ocurrió ir a echar un trago al bar, nada del otro mundo, siempre había camioneros de paso por allí, y él pasaría desapercibido. Pero el marido de Patty Day estaba allí, aquel capullo de mierda, aquella rata de cloaca, y él oyó comentarios sobre los trapicheos del tal Runner, la gente contaba todo tipo de historias sobre él, cómo había arruinado la granja, a su familia, siempre endeudado hasta el cuello. Calvin Diehl, un hombre de honor, había pensado: «¿Por qué no?».

Acuchillo a la mujer en la puerta de su casa, y de paso hago que el Runner este sude un poco. Dejemos que la poli le interrogue, a esta triste mierda que no asume responsabilidades. Que trague un poco. En última instancia, parecería un crimen aleatorio, tan creíble como los demás que había cometido: accidentes de coche, tolvas que se venían abajo. Allá, cerca de Ark City, había

ahogado a un hombre en su propio trigo. Lo había planificado para que pareciera que el tipo había metido la pata de mala manera. Los asesinatos de Calvin siempre iban al hilo de las estaciones: ahogamientos durante las inundaciones de la primavera, accidentes de caza en el otoño. Enero era la temporada de los robos en las casas y la violencia doméstica. Se habían acabado las Navidades, y el nuevo año te recordaba lo poco que había cambiado tu vida, y, tío, la gente en enero se ponía de mala leche.

Así que le atravesó el corazón con un cuchillo de caza Bowie. Todo listo en treinta segundos, y no muy doloroso, decía la gente. Una muerte casi fulminante. Ella muere y es la hermana quien se la encuentra la mañana siguiente, ya se ha asegurado ella de que la hermana vaya temprano. Muy previsora la señora en este aspecto.

Calvin necesitaba volver a su casa, cruzar de nuevo la frontera de Nebraska, y lavarse. Se había frotado con puñados de nieve, le salía humo de la cabeza por el frío. Pero seguía pegajoso. No había contado con salpicarse de sangre, y tenía que quitársela, podía olerla dentro del coche.

Se detuvo en un lado de la carretera, las manos le sudaban dentro de los guantes. Le pareció ver a un niño corriendo por la nieve, pero pensó que sólo estaba imaginándose a la niña que acababa de matar. Regordeta, aún con sus coletas, corriendo, y él, presa del pánico, no la había visto como lo que era, una niña, sino como una presa que había que abatir. No quería hacerlo, pero ella lo había visto y debía protegerse él en primer lugar y tenía que cogerla antes de que despertara al resto de los niños: él sabía que había más y no tenía estómago para matarlos a todos. Ésa no era su misión, su misión era ayudar.

Vio a la niña dar media vuelta y echar a correr y de repente él tenía aquella hacha en la mano; también vio la escopeta, y pensó: «El hacha es más silenciosa, aún puedo mantener esto en silencio».

Y entonces, puede que se volviera loco, estaba tan enfadado con la niña — se había liado a hachazos con una niña—, tan enfadado con la mujer pelirroja, por joderlo todo, por no haberse muerto como debía. Había matado a una niña con un hacha. Le había volado la cabeza a una madre de cuatro hijos, en lugar de darle la muerte que se merecía. Sus últimos momentos fueron de horror, una pesadilla dentro de su casa, en lugar de desangrarse en la nieve mientras él la sostenía en sus brazos, el rostro contra su pecho. Se había liado a hachazos

con una niña pequeña.

Por primera vez, Calvin Diehl pensó en sí mismo como un asesino. Se dejó caer sobre el respaldo del asiento y lanzó un grito.

LIBBY DAY

Ahora

Habían pasado trece días desde que Crystal y Diondra habían desaparecido sin dejar rastro, y la policía no había encontrado ninguna prueba física que relacionara a Diondra con Michelle. La caza se estaba quedando en un caso de piromanía, perdía fuerza.

Lyle vino a mi casa a ver cualquier cosa en la tele, su nueva costumbre. Le dejaba venir a cambio de que no hablara mucho, lo que suponía un gran reto para él, pero le echaba de menos cuando no venía. Estábamos viendo algún *reality show* especialmente grotesco cuando Lyle de repente se incorporó en su asiento.

—Eh, ese jersey es mío.

Yo llevaba puesta una de sus sudaderas demasiado ajustadas que en algún momento había cogido del asiento de atrás de su coche. A mí me quedaba mucho mejor, la verdad.

—A mí me queda mejor, la verdad —dije.

—Joder, Libby, podías preguntar al menos. —Se volvió hacia la tele, donde unas mujeres se peleaban entre ellas como perros furiosos—. Libby, la Ladrona. Qué pena que no te llevaras de casa de Diondra, no sé, su cepillo del pelo, por ejemplo. Tendríamos su ADN.

—Ah, el socorrido ADN —dije yo. Había dejado de creer en el ADN.

En la tele, una mujer rubia tenía agarrada por el pelo a otra mujer rubia y la arrastraba escalera abajo. Cambié a un canal en el que ponían un documental sobre cocodrilos.

—Oh, Dios mío. —Corrí a la habitación. Regresé y deposité el lápiz de labios y el termómetro de Diondra sobre la mesa—. Lyle Wirth eres un puto genio —dije, y le di un abrazo.

—Bueno —dijo, y después se rio—. Yo un genio. Libby, la Ladrona piensa que soy un genio.

—Absolutamente.

EL ADN EXTRAÍDO de ambos objetos coincidía con el de la sangre en la colcha de Michelle. La cacería humana se puso en marcha. No era de extrañar que Diondra no quisiera que nadie la relacionara con Ben. Todos esos avances científicos, uno detrás de otro, hacían cada vez más fácil obtener muestras de ADN. Cada año que pasaba, ella misma debía de sentirse más en peligro, y no menos. Dios.

A Diondra le echaron el guante en un tugurio de giros postales en Amarillo. No encontraron a Crystal por ninguna parte, pero habían pillado a su madre, aunque hicieron falta cuatro polis para meterla en el coche. Así que Diondra estaba en la cárcel y Calvin Diehl había confesado. Incluso cierto turbio agente de préstamos había caído en una redada, su simple nombre me ponía los pelos de punta: *Len*. Con todo eso, se podría pensar que la liberación de Ben sería inminente, pero las cosas no van tan rápido. Diondra no confesaba, y, hasta que se celebrara el juicio, retendrían a mi hermano, que se negaba a implicarla a ella. Finalmente fui a visitarle a finales de mayo.

Parecía más rellenito, cansado. Me dedicó una débil sonrisa mientras me sentaba.

—No estaba segura de que quisieras verme —dije.

—Diondra siempre pensó que darías con ella. Y parece que estaba en lo cierto.

—Sí, eso parece.

Ninguno de nosotros parecía tener ganas de ir más allá de aquello. Ben había protegido a Diondra durante casi veinticinco años, y yo lo había desmontado todo. Parecía disgustado, pero no triste. Puede que él, en el fondo, albergara la esperanza de que ella quedara finalmente al descubierto. Yo estaba dispuesta a creer eso, sólo por mí. Resultaba sencillo no hacer la pregunta.

—Saldrás pronto de aquí, Ben. ¿Te lo puedes creer? Vas a salir de la cárcel. —De ningún modo aquello era seguro: una mancha de sangre en las sábanas de una niña muerta está bien, pero una confesión es mejor. No obstante, yo estaba esperanzada. No obstante.

—No me importaría que eso sucediera —dijo él—. Puede que ya sea hora. Puede que veinticuatro años sean suficientes por... haberme quedado allí sin hacer nada. Por dejar que ocurriera.

—Yo creo que sí.

Lyle y yo habíamos juntado las piezas de aquella noche a partir de lo que Diondra me había contado. Seguramente estaban en la casa, listos para largarse, ocurrió algo que enfureció a Diondra, y mató a Michelle. Ben no hizo nada por evitarlo. Yo creo que Michelle se enteró de su embarazo, la hija secreta. Ya le preguntaría por los detalles a Ben algún día, pero sabía que ahora no me iba a decir nada.

Los dos Day sentados, mirándose el uno al otro, pensando cosas y tragándose las. Ben se rascó un grano en el brazo, la «Y» del tatuaje de Polly le asomaba por debajo de la manga.

—Bien, Libby, ¿y qué puedes contarme de Crystal? ¿Qué *pasó* aquella noche? He oído diferentes versiones. ¿Le va mal? ¿Es... mala persona?

Así que ahora era Ben el que se preguntaba lo que había pasado en una casa fría, solitaria, en las afueras de la ciudad. Señalé las dos cicatrices con forma de lágrima en mi pómulo, las marcas de los orificios del vapor de la plancha.

—Es lo bastante lista para haber podido esquivar a la policía todo este tiempo —dije—. Diondra nunca dirá dónde se encuentra.

—No es eso lo que te he preguntado.

—No lo sé, Ben, estaba protegiendo a su madre. Diondra dijo que le había contado todo a Crystal, y yo creo que es cierto. Todo: «Yo maté a Michelle y nadie lo puede saber». ¿Cómo afecta a una niña saber que su madre es una asesina? Se obsesiona, intenta encontrarle algún sentido, archiva fotos de sus familiares muertos, lee y se aprende de memoria el diario de su tía muerta, conoce cada punto de vista, se pasa la vida preparada para defender a su mamá. Y entonces aparezco yo, y Crystal se va de la lengua. ¿Y qué es lo que hace? Intenta arreglarlo. En cierto modo, lo entiendo. «Mamá no va a ir a la

cárcel por mi culpa».

Había sido muy vaga con la policía en cuanto a Crystal, querían hablar con ella acerca del incendio, pero lo que no sabían era que había intentado matarme. No iba a acusar a otro miembro de mi familia, simplemente no iba a hacerlo, aunque éste resultara ser culpable; intenté convencerme de que ella no estaba tan perturbada. Podía tratarse de una locura transitoria, provocada por el amor. Aunque, claro, a su madre ya le había ocurrido eso, y el resultado fue mi hermana muerta.

Espero no volver a ver nunca a Crystal, pero si eso sucede me alegraré de llevar un arma encima, por decirlo de algún modo.

—¿De verdad lo entiendes?

—Sé algo sobre intentar hacer lo correcto y joderla del todo —añadí.

—¿Lo dices por mamá? —dijo Ben.

—Lo digo por mí.

—Podrías decirlo por todos nosotros.

Ben apoyó la mano en el cristal, e hicimos coincidir nuestras palmas.

BEN DAY

Ahora

El otro día, en el patio de la prisión, Ben olió a humo, un humo que flotaba en el aire, a unos dos metros y medio por encima de su cabeza, y recordó las hogueras del campo en otoño cuando era un crío. Hileras de llamas que avanzaban por el suelo, parpadeantes, quemando lo que no era útil. Siempre había odiado ser un chico de campo, pero ahora sólo pensaba en eso: en el campo. Por la noche, cuando los demás emitían sus sonoros ruidos, él cerraba los ojos y veía hectáreas de sorgo repiqueteando en sus piernas con aquellas brillantes cuentas de color marrón, como los abalorios de una chica. Veía las colinas Flint de Kansas, con sus inquietantes lomas, que parecían aguardar a su propio coyote para que aullase desde allí. O cerraba los ojos y se imaginaba con los pies hundidos en el barro, la sensación de que la tierra lo engullía, lo sujetaba.

Una o dos veces por semana, le sobrevenía una sensación de vértigo que casi le producía risa. Estaba en la cárcel. De por vida. Por asesinar a su familia. ¿Era eso justo? A estas alturas pensaba en Ben, un Ben de quince años, casi como en su hijo, un ser por completo diferente; a veces deseaba estrangular al chico, el chico que no había sufrido en sus carnes su merecido: se imaginaba sacudiéndolo hasta que el rostro se le tornaba borroso.

Pero a veces se sentía orgulloso.

Sí, aquella noche había sido un cobardica, un chico que había dejado que las cosas pasaran. Asustado. Pero, tras los asesinatos, su comportamiento fue distinto. Se mantuvo en silencio para salvar a Diondra, su mujer, y al bebé. Su

segunda familia. No fue capaz de salir de aquella habitación y salvar a Debby y a su madre. No fue capaz de detener a Diondra y salvar a Michelle. No fue capaz de hacer nada, excepto callarse y aceptarlo. Quedarse quieto y aceptarlo. Eso sí pudo hacerlo.

Era su forma de ser.

Se había hecho famoso por ser así. Primero fue el cabrón satánico con mala leche del que todo el mundo se alejaba. Hasta los guardias de la cárcel se asustaban. Y después fue el prisionero bondadoso, víctima de un malentendido. Las mujeres no paraban de ir a verlo, y él intentaba no decir mucho, dejando que imaginaran lo que él estaba pensando. Y solían imaginarse que tenía buenos pensamientos. Y así era a veces. Y a veces pensaba en qué hubiera pasado si aquella noche las cosas hubieran ocurrido de manera diferente. Diondra y él, y un bebé chillón, en alguna parte al oeste de Kansas, Diondra llorando desconsoladamente en el cubículo sucio de alguna habitación de motel que alquilarían por semanas. Él la habría matado. En algún momento, podría haberlo hecho. O puede que hubiera agarrado a la niña y hubiera huido, y Crystal y él serían felices en alguna parte, ella una graduada universitaria, él llevando la granja, la cafetera siempre en el fuego, como en casa.

Puede que ahora fuera su turno de estar fuera, y el de Diondra de estar dentro, y que él saliera y encontrara a Crystal donde fuera que estuviera; sería una chica tutelada, no podía desaparecer por mucho tiempo, la encontraría y cuidaría de ella, estaría bien cuidar de ella, hacer algo de verdad, aparte de callar y aceptar.

Pero, incluso mientras pensaba eso, sabía que tendría que apuntar más bajo. Eso es lo que había aprendido de su vida hasta ahora: apunta siempre más abajo. Había nacido para sentirse solo, eso lo sabía con certeza. Cuando era un crío, cuando era un adolescente, y sin duda ahora. A veces se sentía como si hubiera estado lejos toda su vida: en el exilio, lejos del hogar donde se suponía que debía estar, y allí, como un soldado, suspiraba porque lo mandaran de regreso. Con añoranza de un hogar en el que nunca había estado.

Si salía de allí, iría a ver a Libby, puede. Libby, que se parecía a su madre, que se parecía a él, que poseía todas esas pulsaciones vitales que él conocía de sobra. Podría pasarse el resto de su vida suplicando el perdón de Libby,

buscando a Libby, su hermana pequeña, en algún lugar allí fuera. En algún lugar pequeño.

Eso es todo lo que quería.

LIBBY DAY

Ahora

Los espirales del alambre de púas de la prisión brillaban amarillos cuando llegué a mi coche y me puse a pensar en toda la gente que había sufrido de manera intencionada, accidental, merecida, injusta, leve, total. Mi madre, Michelle, Debby. Ben. Yo. Krissi Cates. Sus padres. Los padres de Diondra. Diane. Trey. Crystal.

Me pregunté si aún se podría arreglar algo de aquello, si se podría sanar a alguien, o al menos consolarlo. Me detuve en una gasolinera a preguntar, porque se me había olvidado cómo llegar hasta el *camping* de la caravana de Diane, y maldita sea, iba a ver a Diane. Me atusé el pelo con la mano en el espejo del servicio de la gasolinera y me puse en los labios un poco de una barra de cacao que había estado a punto de robar, pero que finalmente había comprado (sin sentirme del todo bien por aquella decisión). A continuación crucé la ciudad hasta el *camping* de caravanas delimitado por una vallita blanca donde vivía Diane, con narcisos amarillos que crecían por todas partes.

Sí, existe tal cosa, un *camping* de caravanas bonito. La casa de Diane estaba donde yo la recordaba. Detuve el coche y toqué el claxon tres veces, su ritual cuando ella nos visitaba por aquellos tiempos. Estaba en su pequeño jardín toqueteando los tulipanes, con su ancho trasero hacia mí, una mole de mujer con el pelo lleno de ondas plateadas.

Se volvió ante mis pitidos, pestañeando como una loca mientras yo salía del coche.

—¿Tía Diane? —dije.

Atravesó el jardín a grandes y sólidas zancadas, con la cara tensa. Cuando llegó a mí, me agarró y me abrazó con tal fuerza que me extrajo el aire de los pulmones. Entonces me dio dos fuertes palmadas, me sostuvo a la distancia de sus brazos, y volvió a abrazarme.

—Sabía que podías hacerlo, sabía que podías, Libby —murmuró entre mi pelo, cálida y oliendo a humo.

—¿Hacer qué?

—Intentarlo sólo con un poco más de esfuerzo.

ME QUEDÉ EN casa de Diane dos horas, hasta que se nos agotaron los temas, como nos ocurría siempre. Me volvió a abrazar con brusquedad y me ordenó volver el sábado. Necesitaba ayuda para instalar una encimera.

No fui directamente a la autopista, sino que me desvié hacia el lugar donde una vez estuvo nuestra granja, conduciendo despacio, como si estuviera dando una vuelta y pasara por allí de manera accidental. El tiempo era inestable, pero bajé las ventanillas. Llegué al final del largo tramo de camino que llevaba hasta la granja, preparándome para ver alguna nueva urbanización o algún centro comercial. En cambio, di con un buzón de correos viejo: «*Los Muehler*», escrito en cursiva. Nuestra granja era de nuevo una granja. Un hombre caminaba por los campos. Allá lejos, junto al estanque, una mujer y una niña observaban a un perro chapotear en el agua, la niña movía los brazos alrededor de la cintura como las aspas de un molino, aburrida.

Lo observé todo durante unos pocos minutos, manteniendo mi cerebro estable, apartada del Lugar Oscuro. Nada de gritos, ni escopetas, ni graznidos de cuervos. Sólo percibía la calma. El hombre se percató finalmente de mi presencia y saludó con la mano. Yo le devolví el saludo, pero reanudé la marcha, al tiempo que él se acercaba paseando, como un vecino. No quería conocerle, y no quería presentarme. Sólo quería ser una mujer de vuelta a casa, Al Otro Lado del Camino.

AGRADECIMIENTOS

Como me he criado en Kansas City, Missouri, donde si conduces apenas veinte minutos puedes contemplar las grandes extensiones de maíz y trigo, desde pequeña me he sentido fascinada por las granjas. Fascinada, pero no, digamos, bien informada. Estoy enormemente agradecida a los agricultores y expertos que me instruyeron sobre las realidades de la agricultura, tanto de la crisis de las granjas de los años ochenta como de la actualidad: Charlie Griffin, de la Kansas Rural Family Helpline; Forrest Buhler, del Kansas Agriculture Meditation Service; Jerrold Oliver; mi prima Christy Baioni y su marido David, un granjero de Arkansas de toda la vida. Tengo una deuda gigante de agradecimiento con Jon y Dana Robnett. Jon no sólo me dejó jugar a ser granjera por un día en sus tierras de Missouri, sino que además respondió a mis interminables preguntas sobre agricultura y ganadería, cuyos contenidos iban desde los silos de cereales hasta la castración de los toros. No me dio demasiados detalles de cómo se sacrifica exactamente una vaca en un ritual satánico, pero le perdono esa muestra de buen gusto.

Mi hermano, Travis Flynn, uno de los mejores tiradores de la región de Missouri-Kansas, fue increíblemente generoso con su tiempo, me asesoró sobre el contexto histórico y las características de las armas y me enseñó a disparar desde una escopeta del calibre 10 hasta una Magnum 44. Y gracias a su esposa, Ruth, por soportarnos a ambos.

Le doy las gracias a mi grupo de superamigos de la escritura: Emily Stone tiene una visión extraordinaria para los detalles y me recuerda que disfrute del mero acto de escribir, que algunas veces me ha supuesto un verdadero esfuerzo. Scott Brown lee y relee mi trabajo y siempre me hace sentir bastante

brillante. Además, sabe cuándo hay que hacer una pausa y llevarme a visitar granjas de pollos embrujadas en Alabama.

Les doy las gracias a mis padres, Matt y Judith Flynn. Papá, tu humor, creatividad y bondad me siguen sorprendiendo. Mamá, eres la persona más amable y generosa que conozco y algún día escribiré un libro en el que la madre no sea: a) malvada, o b) asesinada. ¡Te mereces algo mucho mejor! Gracias a ambos por acompañarme durante los diversos viajes que realicé por Missouri-Kansas y por decirme siempre que os sentís orgullosos de mí. Una niña no desea nada más.

Por último, gracias a mi genial, divertido, de corazón gigante, y superguapo marido Brett Nolan. ¿Qué puedo decir de un hombre que sabe cómo pienso y aun así continúa durmiendo a mi lado con la luz apagada? ¿A un hombre que me hace las preguntas que me ayudan a encontrar mi camino? ¿A un hombre que lee vorazmente, cocina un *gumbo* que te mueres, parece inteligente incluso vestido con *smoking* y silba mejor que Bing? ¿A un hombre que es tan genial al estilo de la vieja escuela como Nick Charles, por el amor de Dios! ¿Qué puedo decir sobre nosotros? Dos palabras.



GILLIAN FLYNN (Kansas City, 1971) es una escritora estadounidense y excrítica de televisión para *Entertainment Weekly*. Ya había publicado otros dos libros antes de que *Perdida* (2012) se convirtiese en un éxito de ventas internacional. El primero, *Heridas abiertas* (2006), fue finalista del Premio Edgar de novela negra y fue galardonado con el Premio Fleming Steel Dagger 2007 al mejor *thriller*; el segundo, *Lugares oscuros* (2009), fue elegido libro del año por los reseñistas del *New Yorker*, mejor lectura del verano según la revista *Weekend ToDay*, mejor libro de 2009 en la *Publishers Weekly* y mejor novela según el *Chicago Tribune*. Las obras de Flynn han sido traducidas a cuarenta y un idiomas. Actualmente vive en Chicago con su marido y sus hijos.